



DAD A

CIÓN C



ROUSSEAU

LAS
CONFESIONES

1



PQ2036

A7

V.1

C.1





1080078118





LAS
CONFESIONES

DE

J. J. ROUSSEAU

VERSIÓN CASTELLANA

por

ÁLVARO G. GIL

Intus et in cute
PARR. Sat. III, v. 30.

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
PARÍS

37359



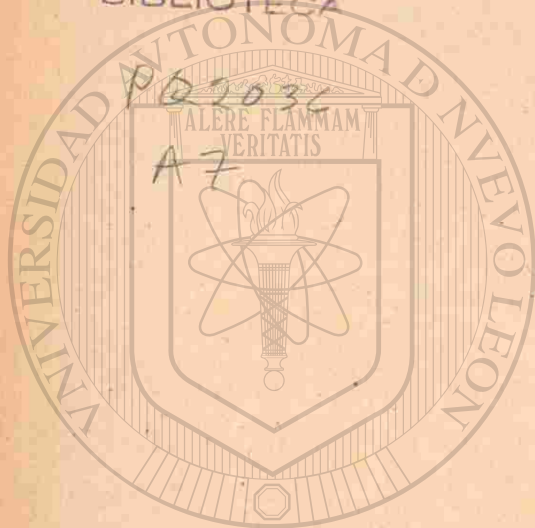
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

4706 eA



BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



LAS CONFESIONES

DE

J. J. ROUSSEAU

PARTE PRIMERA

LIBRO PRIMERO

(1712 á 1719.)

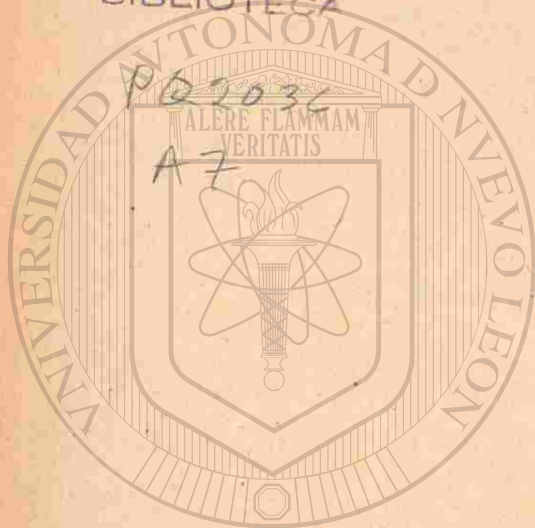
Emprendo una tarea que no ha tenido jamás ejemplo y que no tendrá, seguramente, imitadores. Quiero mostrar á mis semejantes un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo.

Yo solamente. Conozco á los hombres y siento lo que hay dentro de mí mismo. No estoy hecho como ninguno de cuantos he visto, y aun me atrevo á creer que no soy como ninguno de cuantos existen. Si no valgo más que los demás, á lo menos soy distinto de ellos. Si la naturaleza ha obrado bien ó mal rompiendo el molde en que me ha vaciado, sólo podrá juzgarse después de haberme leído.

Cualquiera que sea el día en que suene la trompeta del juicio, yo, con este libro en la mano, me presentaré ante el supremo.



BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



LAS CONFESIONES

DE

J. J. ROUSSEAU

PARTE PRIMERA

LIBRO PRIMERO

(1712 á 1719.)

Emprendo una tarea que no ha tenido jamás ejemplo y que no tendrá, seguramente, imitadores. Quiero mostrar á mis semejantes un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo.

Yo solamente. Conozco á los hombres y siento lo que hay dentro de mí mismo. No estoy hecho como ninguno de cuantos he visto, y aun me atrevo á creer que no soy como ninguno de cuantos existen. Si no valgo más que los demás, á lo menos soy distinto de ellos. Si la naturaleza ha obrado bien ó mal rompiendo el molde en que me ha vaciado, sólo podrá juzgarse después de haberme leído.

Cualquiera que sea el día en que suene la trompeta del juicio, yo, con este libro en la mano, me presentaré ante el supremo

juez y le diré respetadamente: he ahí lo que hice, lo que pensé, lo que fui. Dije lo bueno y lo malo con igual franqueza. Nada malo me callé, ni me atribuí nada bueno, y si he empleado algún adorno indiferente, lo hice únicamente para llenar un vacío causado por mi falta de memoria. Pude haber supuesto cierto lo que sabía que podía haberlo sido, pero nunca lo que sabía que era falso. Me he mostrado cual fui según los casos: despreciable y vil, ó bueno, generoso y sublime; he puesto de manifiesto mi alma tal como tú la has visto, oh Ser Supremo. Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes á fin de que escuchen mis confesiones, lamenten mis flaquezas, se avergüencen de mis ruindades, y luego descubra cada cual su corazón con igual sinceridad que la mía, y si hay entonces alguno que se atreva, diga en tu presencia: *Yo fui mejor que ese hombre.*

Nací en Ginebra, en 1712¹. Fueron mis padres el ciudadano Isaac Rousseau y Susana Bernard, ciudadana. Mi padre no tenía más medio de subsistencia que su profesión de relojero — en que, ciertamente, era muy hábil, — pues le correspondió muy poco ó casi nada de una escasa herencia repartida entre quince hermanos. Mi madre, hija del ministro Bernard, era más rica; además era bella y discreta. No sin prolijo trabajo obtuvo mi padre su mano: comenzaron sus amores casi al comenzar la vida; de ocho á nueve años se paseaban juntos por la Treille, y á los diez ya no podían vivir separados. El sentimiento que había despertado en ellos la costumbre, se afirmó por la simpatía, la uniformidad de sus almas. Nacidos tiernos y sensibles ambos, sólo esperaban la ocasión de hallar

¹ Rousseau dice en otro lugar que nació el 4 de julio de 1712; pero esto es un error, pues nació en 28 de junio.

igual disposición en otra alma, ó mejor, esta ocasión les esperaba á ellos mismos, que entregaron su corazón al primero que encontraron dispuesto á recibirle.

La suerte, que parecía contrariar su pasión, no hizo sino aumentarla. El joven amante, no pudiendo obtener á su amada, se consumía de dolor; ella le aconsejó que viajase para olvidar, cuyo consejo siguió, aunque en vano, porque volvió aún más amante al lado de aquella que había continuado fiel y llena de ternura. Después de esta prueba, ¿qué más podía resultar que amarse yo toda la vida? Así se lo juraron, y el cielo bendijo su juramento.

Gabriel Bernard, hermano de mi madre, se prendó de una de las hermanas de mi padre, la cual sólo consintió en dar su mano al joven, si su hermana se casaba con mi padre, y he aquí cómo se encargó el mismo amor de componerlo todo, verificándose los dos matrimonios en un mismo día. Así pues, mi tío carnal era el marido de mi tía carnal, y por lo tanto sus hijos fueron doblemente primos míos. Uno de cada matrimonio vino al mundo un año después; luego fué preciso separarse nuevamente.

Mi tío Gabriel Bernard era ingeniero, y su profesión le llevó á servir al imperio en Hungría, á las órdenes del príncipe Eugenio, distinguiéndose en el sitio y en la batalla de Bellegarde. Mi padre partió después del nacimiento de mi único hermano para Constantinopla, adonde fué llamado para ser relojero del Serrallo. Durante su ausencia, la hermosura de mi madre, su talento, su instrucción¹, le atrajeron admiradores, entre ellos

¹ Era esta muy brillante para su estado. El ministro su padre, que la idolatraba, se había esmerado en su educación, de modo que dibujaba, cantaba acompañándose con la tiorba; había leído mucho y componía regulares versos. He aquí los que improvisó un día estando de paseo con su cuñada y sus hijos durante la ausencia de

estaba Mr. de la Closure, ministro residente de Francia, uno de los más asiduos y que debió amarla apasionadamente, pues que hablándome de ella treinta años después, le vi todavía enternecerse. Pero mi madre poseía más que la virtud para su defensa; amaba á su marido. Instóle á que volviese, lo que verificó el dejándolo todo. Yo fui el triste fruto de esta vuelta: nací diez meses más tarde, débil y enfermo, costando la vida á mi madre. Mi nacimiento fué el primero de mis infortunios.

Ignoro cómo pudo mi padre soportar este golpe, pero sí sé que jamás logró consolarse. Creía verla en mí, sin poder olvidar que yo había causado su muerte. Cada vez que me abrazaba me decían sus suspiros, sus apretones convulsivos que en sus caricias iba mezclado un amargo recuerdo que las hacía más cariñosas. Cuando me decía: «Hablemos de tu madre, Juan Jacobo», yo le respondía: «bien, padre mio, vamos, pues, á llorar», y esta sola frase hacía brotar las lágrimas de sus ojos.

Oh, decía gimiendo; devuélvemela, consuélame de su pérdida, llena el vacío que en mi corazón ha dejado. ¿Te amaría yo tanto, si no fueses más que hijo mio?

Murió, cuarenta años después de haberla perdido, en brazos de su segunda mujer, pronunciando, empero, el nombre de la primera, cuya imagen conservaba impresa en el fondo de su corazón.

Tales fueron los autores de mis días. De cuantos dones les su hermano y de su marido á propósito de unas frases que le dirigieron acerca de los mismos:

*Ces deux messieurs qui sont absents
Nous sont chers de bien de manières:
Ce sont nos amis, nos amants;
Ce sont nos maris et nos frères
Et les pères de ces enfants.*

He aquí la traducción: Estos dos señores ausentes nos son queridos de distintos modos: como amigos, como amantes, como maridos, como hermanos y como padres de estos niños.

había otorgado el cielo, sólo me legaron un corazón sensible, que así como había sido origen de su felicidad, fué para mí la causa de todos mis males.

Nacido casi moribundo, había pocas esperanzas de salvarme. Vine al mundo con el germen de una dolencia⁴ que los años han reforzado, y cuyos intervalos sólo me sirven para dejar espacio á sufrimientos mucho más crueles de otra especie. Salvóme el extremo cuidado de una hermana de mi padre, amable y prudente doncella, que me tomó á su cargo.

En los momentos en que escribo estas líneas vive todavía, cuidando, á la edad de ochenta años, á su marido más joven que ella, pero consumido por el uso de las bebidas. Tía querida⁵, yo os perdono que me hayáis hecho vivir, y siento en el alma no poder devolveros en vuestra vejez los desvelos que os costó mi infancia. Vive también mi amiga Jaquelina, sana y robusta. Las manos que abrieron mis ojos al venir al mundo podrán cerrarlos cuando le abandone.

Antes de pensar senti: tal es el destino común de la humanidad, que experimenté yo más que otro alguno. Ignoro cuánto hice hasta la edad de cinco ó seis años; no sé cómo aprendí á leer; sólo recuerdo mis primeras lecturas y el efecto que en mí causaban: desde este punto juzgo que empieza sin interrupción, la conciencia de mí mismo. Había dejado mi madre algunas novelas, que leíamos por las noches después de cenar mi padre y yo; al principio lo hacíamos con el único objeto

⁴ Era una retención continua de orina, casi causada por un vicio de conformación de la vejiga.

⁵ Llamábase esta tía la señora Gonceru. En 1767, Rousseau le señaló una pensión de 100 libras, que pagó siempre religiosamente, aun en las épocas en que pasó mayores apuros.

de adiestrarme en la lectura con ejercicios agradables; pronto, empero, creció el interés de tal manera, que nos pasábamos las noches en claro leyendo alternativamente sin descanso, sin que nos fuera dable abandonar el libro hasta su conclusión. Á veces mi padre, al oír el canto matutino de las golondrinas, me decía como avergonzado: «Vamos, vamos á acostarnos, soy más niño yo que tú».

Por medio de este peligroso método adquiri en breve tiempo no sólo una extraordinaria facilidad en leer y en escucharme, sino también un conocimiento, sin par á mi edad, sobre las pasiones. Cuando carecía aún de todo conocimiento de las cosas, estaba ya familiarizado con todos los sentimientos. Cuando aun nada había concebido, ya lo había sentido todo. Estas confusas emociones que experimentaba sucesivamente en nada modificaron seguramente mi razón, puesto que carecía de ella; pero formaron mi inteligencia de tal suerte, que concebí acerca de la vida humana ideas extrañas y románticas, de que á pesar de la reflexión y la experiencia, jamás pude desprenderme por completo.

(1719 á 1723.)

Con el verano de 1719 se concluyeron las novelas. Agotada la biblioteca de mi madre, tuvimos que acudir en el inmediato invierno á la parte que de la de su padre nos había tocado. Por fortuna se hallaban en ella muy buenos libros, como no podía menos de ser procediendo de un ministro verdaderamente tal, sabio además, según la moda de entonces, y hombre de talento y de buen gusto. Fueron trasportados al taller de mi padre la *Historia de la Iglesia y del Imperio* por Le Sueur, el *Discurso de Bossuet sobre la Historia Universal*, los

Varones ilustres de Plutarco, la *Historia de Venecia* por Nani, las *Metamorfosis de Ovidio*, *La Bruyère*, los *Mundos de Fontenelle*, sus *Diálogos de los muertos* y algunos tomos de Molière; y mientras él trabajaba, yo se los leía, tomándoles una afición rara, quizás única á mi edad. Plutarco fué sobre todo mi lectura favorita, curándome un poco de mi afición á las novelas el gusto que encontraba en repetirla. Bien pronto preferí Agesilao, Bruto, Aristides á Orondato, Artamenes y Juba. Estas interesantes lecturas y las conversaciones á que dieron lugar entre mi padre y yo formaron ese espíritu libre y republicano, ese carácter indomable y fiero, enemigo de todo yugo y servidumbre, que siempre me ha torturado en las circunstancias menos oportunas para dejarle libre vuelo. Constantemente ocupado con Roma y Atenas, viviendo, como quien dice, con sus grandes hombres, nacido yo mismo ciudadano de una República é hijo de un padre cuya pasión dominante era el amor patrio, me entusiasmaba á ejemplo suyo, y me creía un griego ó un romano: convertíame en el personaje cuya vida estaba leyendo, y el relato de los rasgos de constancia y de intrepidez que me habían impresionado daban fuerza á mi voz y centelleo á mis miradas. Un día, que durante la comida hice el relato de Scévola, asusté á los circunstantes que me vieron poner la mano sobre un hornillo para representar su acción.

Tenia un hermano que me llevaba siete años, dedicado al oficio de mi padre. El entrañable cariño que á mi me tenían, hacia que le tratasen con algún desvío, — hecho que no apruebo en ningún modo, — y de que se resintió su educación.

Entregóse al libertinaje antes de tener edad para ser un libertino. Pusieronle de aprendiz en otra casa de donde á menudo se escapaba, como lo había hecho de la casa paterna. Yo apenas le veía, casi puedo decir que no le conocía: pero no por esto dejaba de quererle tiernamente, mientras que él me amaba como puede amar un pilluelo cualquier cosa. Re-

cuerdo que un día en que mi padre, lleno de coraje, le castigaba rudamente, yo me arrojé impetuosamente en medio de ellos y le abracé estrechamente, ocultándole así y recibiendo sobre mi los golpes que le iban dirigidos, y, tal fué mi tenacidad en conservar aquella actitud, que fué preciso que mi padre le dejara, ya fuese aplacado por mis ruegos y mis lágrimas, ya para no maltratarme más que á él. En fin, tanto se fué maleando, que desapareció de repente. Algún tiempo después tuvimos noticia de que estaba en Alemania, aunque no escribió ni una sola vez. Desde entonces nada se ha sabido de él; y he aquí cómo vine á quedar hijo único.

Si aquel pobre muchacho fué educado con descuido, no sucedió lo mismo con su hermano. Ni los hijos de los reyes podrian ser objeto de tanto esmero como lo fui yo durante mis primeros años; y — por caso raro, — idolatrado de cuantos me rodeaban fui siempre tratado como hijo querido, jamás como hijo mimado. Hasta que salí del hogar paterno, nunca me permitieron ir solo por las calles con los otros niños; jamás tuvieron que reprimir en mí ni permitirme ninguno de esos caprichos que se imputan á la naturaleza y que son único efecto de la educación. Tenia, sí, los defectos propios de aquella edad; era hablador, goloso y algunas veces mentiroso. Hubiera robado fruta, dulces, cosas de comer; pero nunca me agradó hacer mal, perjudicar ni acusar á nadie, como tampoco inquietar á los pobres animales. Acuérdomme, sin embargo, de haberme orinado un día en el puchero de una vecina llamada la señora Clot, á tiempo en que estaba ella en el templo, y confieso que todavía me hace reir este recuerdo, porque, aunque buena mujer, era la más gruñona que en mi vida he conocido. He aquí la corta y verídica historia de mis diabluras infantiles.

¿Cómo habria yo podido ser malvado, no teniendo sino ejemplos de dulzura que imitar, y rodeado de las más buenas gen-

tes que darse puedan? Mi padre, mi tía, mi amiga, mis parientes, nuestros amigos y vecinos, cuantas personas trataba, no me obedecian, ciertamente, pero me amaban todas, y yo las queria también. Veíame tan poco excitado, y tan sin contrariedades, que jamás me ocurría tener exigencias, ni mostrarme voluntarioso; puedo jurar que hasta que me vi reducido á servir á un amo, no supe lo que era un capricho.

Salvo los ratos dedicados á la lectura con mi padre y á pasear con mi amiga, me pasaba el tiempo junto á mi tía mirándola bordar y escuchando sus canciones ya de pie, ya sentado cerca de ella, y era dichoso de este modo; su buen humor, su dulzura, su rostro agradable, se hallan tan impresos en mi memoria, que aun me parece que veo su aire, su mirada y su ademán; recuerdo sus cariñosas advertencias; pudiera describir su traje y tocado, sin olvidar los dos rizos de su negro cabello que adornaban sus sienes según la moda de aquel tiempo.

Seguro estoy de que á ella debo el gusto, ó mejor, la pasión por la música, que no se desarrolló en mí hasta mucho tiempo después. Poseía un prodigioso caudal de canciones que cantaba con una voz dulcísima. La serenidad de alma de esta excelente mujer disipaba toda tristeza alrededor suyo. Tanto me cautivaban sus canciones, que no sólo he conservado en la memoria muchas de ellas, sino que aún hoy día, que casi la he perdido, algunas que tenia completamente olvidadas desde la infancia, reaparecen á medida que voy siendo viejo, con un encanto que trataría en vano de explicar. ¿Quién diría que yo, viejo caduco, roído por los cuidados y sufrimientos, me he sorprendido algunas veces llorando como un chiquillo, al murmurar aquellos cantos con voz ya trémula y cascada? Uno de ellos, sobre todo, se ha reproducido en mi memoria enteramente en cuanto á la música, habiendo sido vanos todos mis esfuerzos para recordar la mitad de la letra, aunque hallo con-

fusamente los consonantes. He aquí cómo empieza y todo lo que de ella recuerdo :

*Tircis, je n'ose
Écouter ton chalumeau
Sous l'ormeau,
Car on en cause
Déjà dans notre hameau.*

*Un berger
s'engager
sans danger,
Et toujours l'épine est sous la rose¹.*

No puedo explicarme en qué consiste el conmovedor encanto que hallo en este cantar; pero me es de todo punto imposible llegar al último verso sin que me interrumpa el llanto. Mil veces me ha tentado el deseo de escribir á París para hacer buscar el resto de las palabras que no puedo recordar, si es que hay aún quien las sepa.

Pero estoy casi seguro de que gran parte del placer que me causa el recuerdo de esta canción se desvanecería, si adquiriese la certeza de que la habian cantado otras voces que la de mi tia Susana.

¹ He aquí la canción :

*Tircis, je n'ose
Écouter ton chalumeau
Sous l'ormeau;
Car on en cause
Déjà dans notre hameau.
Un cœur s'expose
A trop s'engager
Avec un berger,
Et toujours l'épine est sous la rose.*

(Tircis, no me atrevo á escuchar tu caramillo, bajo la copa del olmo, porque andamos ya en lenguas en la aldea. ¡Ah! un corazón se expone á prendarse demasiado de un pastorcillo, y siempre bajo la rosa está oculta la espina.)

Tales fueron las primeras emociones de mi vida : así empezó á formarse ó darse á conocer mi corazón tan tierno á la vez y tan altivo, mi carácter afeminado y sin embargo indomable, que, fluctuando siempre entre el valor y la flaqueza, entre la molicie y la virtud, me ha puesto siempre en oposición conmigo mismo : y ésta es la causa por que ni he tenido abstinencia, ni la sensualidad me ha veneido, ni he sido prudente ni disipado.

Esta forma de educación fué interrumpida por un accidente cuyas consecuencias han influido en todo el resto de mi vida. Tuvo mi padre una riña con un capitán francés, llamado Gautier, que contaba con parientes en el Consejo. Este hombre, insolente y cobarde, echó sangre por la nariz, y para vengarse acusó á mi padre de haber usado de la espada en la ciudad, obteniendo un auto de prisión contra el acusado. Mi padre se obstinaba en que se prendiese también al acusador con arreglo á la ley; mas, no pudiendo lograrlo, prefirió expatriarse para toda la vida, saliendo de Ginebra, á ceder en esta cuestión en que juzgó comprometidos la libertad y el honor.

Quedé bajo la tutela de mi tío Bernard, á la sazón empleado en las fortificaciones de Ginebra. Había muerto su hija mayor, quedándole un hijo de la misma edad que la mía, y ambos fuimos enviados á Bossey, donde nos pusieron de pensionistas en casa del señor Lambercier, para que aprendiésemos, juntamente con el latín, toda la hojarasca de que rodean su enseñanza y á que dan el nombre de educación.

Los dos años que permanecí en la aldea dulcificaron un tanto mi romana aspereza, restituyéndome á la infancia.

Mientras habia estado en Ginebra, donde á nada se me forzaba, hallé la aplicación grata, me gustaba la lectura; y casi no tenia otra diversión; mas en Bossey el trabajo me hizo aficionarme á los juegos que nos servian de descanso.

Tan nuevo era el campo para mí que no podía cansarme de

él, y le tomé tal afición, que nunca más se ha extinguido. Con el recuerdo de los días felices que entonces transcurrieron, he echado de menos en todas las edades la vida del campo, y sus placeres hasta que se me ha cumplido este deseo.

Era el señor Lambercier un hombre muy juicioso, que sin descuidar nuestra instrucción, jamás cargó la mano al imponernos temas y trabajos. En prueba de ello diré, que á pesar de mi repugnancia á toda sujeción, nunca me ha disgustado la memoria de aquellas horas de estudio; y aunque no fué gran cosa lo que me enseñó aquel hombre, esto poco lo aprendí bien y sin dificultad, y nunca se me ha olvidado.

Es inapreciable el bien que debí á la sencillez de la vida campestre, abriendo mi corazón á la amistad. Yo no había conocido hasta entonces más que sentimientos elevados, pero imaginarios; la costumbre de vivir juntos en apacible vida me unió á mi primo Bernardo tan estrechamente, que en poco tiempo senti por él un afecto mucho más intenso del que me inspiraba mi hermano, afecto que nunca se ha amortiguado. Era un muchacho alto y flaco, muy delicado, tan dulce de corazón, como débil de cuerpo, que abusó bien poco de la predilección que por él tenían por ser hijo de mi tutor.

Eran idénticos nuestros gustos, nuestros pasatiempos, nuestras ocupaciones; estábamos solos, teníamos la misma edad y cada cual necesitaba un compañero. Separarnos era en cierto modo anonadarnos. Aunque tuviésemos pocas ocasiones de acrisolar nuestra amistad, era nuestro afecto extremo, de suerte que no sólo no podíamos vivir un momento separados, sino que tampoco ni concebíamos que pudiésemos estarlo nunca. Sensibles ambos al menor halago, serviciales cuando no se trataba de obligarnos, siempre estábamos de acuerdo. En presencia de nuestros preceptores, él era superior á mí por el favoritismo que gozaba, pero en cambio cuando quedábamos solos, tenía yo un ascendiente sobre él, que restablecía el equilibrio.

En el estudio le apuntaba la lección cuando él balbuceaba, concluido mi tema le ayudaba á concluir el suyo, y en nuestros juegos siempre se dejaba llevar de mi gusto, más decidido que el suyo. Tal era en fin la armonía de nuestros caracteres, que en los cinco años que estuvimos juntos, así en Bossey como en Ginebra, jamás fué necesario que mediara nadie en las varias veces que nos pegamos, debo confesarlo; pero jamás nuestras contiendas duraron más de un cuarto de hora, ni nos delatamos nunca uno á otro. Quizás todos estos detalles sean pueriles; pero resulta de ellos un hecho que tal vez no se haya repetido desde que hay niños en el mundo.

Tanto me agradaba el género de vida que hacíamos en Bossey, que hubiera bastado prolongar mi permanencia allí para que del todo se fijara mi carácter. Formaban su base los sentimientos tiernos, afectuosos y tranquilos. No creo que haya habido otro individuo de nuestra especie con menos vanidad natural que yo. El entusiasmo me llevaba á veces á raptos de sublimidad, de que pronto descendía cayendo en mi habitual languidez. El más ardiente de mis deseos consistió en ser querido de cuantos me rodeaban. Mi primo, nuestros preceptores y yo éramos todos apacibles; durante dos años enteros no fui víctima ni testigo de violencia alguna; todo contribuía á fomentar las inclinaciones que mi corazón debía á la naturaleza; nada me parecía tan hermoso como tener contentas á cuantas personas trataban conmigo y verlas satisfechas. Siempre me acordaré de que al decir, en el templo, mi lección de catecismo, lo que más me conturbaba, en los momentos de vacilación, era la inquietud y pena que se dibujaban en el rostro de la señorita Lambercier. Más me dolía aún que la vergüenza, de quedar mal publicamente, y esto, sin embargo, me daba una desazón extraordinaria; pues, aunque nunca la alabanza me ha movido, siempre me ha impresionado vivamente la vergüenza, pudiendo asegurar que el temor de una reprensión de la

señorita Lambercier no me sobresaltaba tanto como la idea de haberla disgustado.

No dejaba, con todo, de mostrarse severa, cuando era necesario, lo mismo que su hermano; mas, como nunca se conducían violentamente, su severidad, casi siempre justa, me affligía en extremo, sin que me irritase jamás. Más sentía desagradar que ser castigado, y era para mí más cruel una señal de descontento que cualquier pena aflictiva.

Preciso es que explique esto mejor, aunque me sea con extremo embarazoso. Si se viera bien cuán lejos se está de obtener el resultado apetecido, seguramente se abandonaría el método que en la educación de la juventud se emplea, sin distinción siempre, y tan indiscretamente á menudo. El hecho que voy á relatar, tan común como funesto, ofrece una gran lección, y esto me decide á publicarlo.

El cariño propio de una madre que la señorita Lambercier nos profesaba, la revestia de la autoridad de tal, y usaba algunas veces de ella imponiéndonos castigos merecidos. Concretóse durante largo tiempo á la amenaza, pareciéndome espantosa la prometida pena, nueva enteramente para mí; mas desde el momento en que la hube sufrido, parecióme mucho menos terrible de lo que habia imaginado: y lo más particular es, que aquel castigo aun me aficionó más á la que me lo habia impuesto, de modo que fué necesaria mi natural dulzura y toda la verdad del afecto que le profesaba para que no tratara de merecer la repetición del mismo, porque hallé una mezcla de sensualismo en el dolor y en la misma vergüenza del castigo, que me hacía desear recibirlo otra vez de la misma mano; es verdad que habia en ello cierta instintiva precocidad de sexo, y por lo tanto el mismo tratamiento practicado por su hermano no me habria parecido tan gustoso. Pero atendido su carácter, no habia que temer semejante sustitución: y si me abstenía de merecer el correctivo, no era sino por temor de

disgustar á la señorita Lambercier; pues tal es el imperio que sobre mí ejerce la benevolencia, aun á quella que debe su origen á mis sentidos, que siempre se sujetaron éstos á su ley en mi corazón.

Mas aunque yo procuraba evitarlo, sin temerlo, llegó un dia la repetición del castigo, sin culpa mia, á la verdad, ó á lo menos sin que me la hubiese yo procurado deliberadamente, y debo en conciencia confesar que aproveché la ocasión. Pero fué por segunda y última vez, porque habiendo ella observado, sin duda por alguna señal, que no lograba el fin que se proponia, declaró que renunciaba al procedimiento, añadiendo que se fatigaba demasiado. Hasta entonces habiamos dormido en su cuarto y á veces en su misma cama en las noches de mucho frio: dos dias después se nos trasladó á otro cuarto y de allí en adelante tuve el honor, que ninguna falta me hacia, de ser tratado por ella como adolescente.

¿Quién creería que este castigo de chiquillo recibido á la edad de ocho años por mano de una mujer de treinta fué lo que decidió de mis inclinaciones, gustos y pasiones, de mi, en fin, por todos los dias de mi vida, y precisamente en sentido contrario del que podria naturalmente imaginarse? Mientras por una parte se despertaron mis sentidos, tomaron tal giro mis deseos que se limitaron á lo que habia experimentado: de modo que, dotado de una sensualidad ardiente desde la más tierna infancia, conservéme libre de toda impureza hasta la edad en que se desarrollan los temperamentos más lúgidos y tardios. Hostigado largo tiempo sin saber por qué, contemplaba con ardientes ojos las mujeres bellas que se representaban á mi fantasia con insistencia, sin otro objeto que gozar á mi singular manera, convirtiéndolas en otras tantas señoritas Lambercier.

Pero este gusto extraño, siempre vivo, llevado al extremo, hasta la locura, aun después de la pubertad, fué causa de que

conservara las costumbres honestas que parece debía haberme arrebatado. Dificilmente se hallaría otra persona cuya educación haya sido más modesta, más casta que la mía. Mis tres tías no solamente poseían una prudencia ejemplar, sino también una reserva que las mujeres no conocen hace mucho tiempo. Mi padre, hombre jovial, pero galante á la moda antigua; aun con las mujeres que más amó en su vida, nunca soltó una frase que pudiese ruborizar á la más casta virgen, y es imposible mayor esmero en el respeto que se debe á los niños del que se observaba entre mi familia y en presencia mía. Había en este punto el mismo miramiento en casa del señor Lambeccier, de suerte que una muy buena sirvienta fué despedida sólo por una expresión algo libre que soltó en nuestra presencia.

No solamente no tuve una idea clara de la unión de sexos hasta la adolescencia, sino que esta idea confusa siempre se me representaba bajo una imagen odiosa y repugnante. Sentía por las mujeres públicas un horror que siempre se ha conservado vivo; no podía ver un libertino sin menosprecio, hasta me inspiraban terror. Mi aversión por el libertinaje era tan grande desde que, yendo un día á Petit Saconex por un camino hondo, vi á ambos lados unas cavidades que me dijeron ser los lugares donde se entregaban á la licencia aquellas gentes. Además, siempre que pensaba en eso, recordaba lo que había visto de los perros, y este solo recuerdo me producía el mayor asco.

Estas preocupaciones, hijas de la educación, bastantes por sí solas á retardar los primeros desbordamientos de un temperamento ardiente, fueron auxiliadas por la desviación que me produjo, como dejo dicho, el primer aguijón de la sensualidad. No imaginando sino lo que había sentido, á pesar de molestísimas efervescencias de la sangre, mis deseos se concretaban á la especie de sensualidad que me era conocida, sin que llegaran nunca á la que me habían hecho aborrecible, y que tan

cerca estaba de la otra, sin que yo lo sospechase. En mis necios antojos, en mis críticos furoros, en las acciones estravagantes á que á veces me conducían, valiame imaginariamente del sexo bello, sin pensar que pudiese ofrecer otro concurso del que yo ardientemente deseaba.

Así fué como, dotado de un temperamento ardiente, lascivo, precocísimo, no solamente pasé la pubertad sin anhelar y sin conocer más placeres de los sentidos que aquel cuya idea me había inocentemente sugerido la señorita Lambeccier, sino que cuando ya fui hombre, esto mismo que hubiera debido precipitarme, fué la causa de conservarme sin mancilla. En vez de desvanecerse con el tiempo mi antigua afición de niño, de tal suerte se asoció á la que me enseñaron los sentidos despertados, que jamás pude separarlas. Esta locura, unida á mi natural timidez, me ha quitado toda osadía con las mujeres, privado de poder decirlo todo ó de satisfacer mi pasión; no pudiendo la especie de goce, que para mí era un preliminar indispensable, ser adivinado por la persona que podía dispensármelo, ni ser usurpada por el mismo que experimenta tan extraño deseo. Así he pasado mi vida anhelante y callado junto á las personas que más he amado. No atreviéndome á declarar mi afición, la entretenía por medio de conexiones que despertaban su recuerdo en mi alma. Estar á los pies de una mujer imperiosa, obedecer sus mandatos y tener que pedirle mil perdones eran para mí placeres inefables; y cuanto mayor impulso comunicaba mi viva imaginación á mi sangre, tanto más parecía un amante tímido. Cualquiera concibe que semejante modo de enamorar debe producir exiguos resultados, y es muy poco peligroso para la virtud del objeto amado. Por lo tanto he alcanzado poca cosa, aunque no he dejado de gozar mucho á mi manera, esto es, imaginariamente.

He ahí cómo mi carácter tímido, mis sentidos y mi romanticismo se aunaron para conservarme la honestidad y puros

sentimientos, por efecto precisamente de una pasión que tal vez me habría sumido en un abismo de torpes deleites á haber sido menos vergonzoso.

He dado ya el paso primero y más difícil en el oscuro y cegoso laberinto de mis confesiones. Ciertamente no cuesta tanto confesar lo criminal como lo vergonzoso y ridiculo. Ahora no puedo temer que me falte resolución para decirlo todo. Calcúlese cuán penosas deben haberme sido esas revelaciones cuando nunca pude atreverme á declarar mi locura á las mujeres que más he amado, ni aun en los momentos en que, arrebatado por la pasión, estaba sin sentido, poseído de un convulsivo temblor, y privado de dominio sobre mí mismo; ni menos implorar el único favor que me faltaba obtener, en las ocasiones de más íntima familiaridad. Una sola vez lo he obtenido, en la infancia todavía, con una niña de mi edad y aun no tomé yo la iniciativa.

Así, remontándome á las primeras manifestaciones de mi personalidad sensible, hallo elementos que pareciendo á veces incompatibles, no obstante han contribuido enérgicamente á la formación de un todo simple y uniforme, y hallo también otros que podrían creerse idénticos y que por efecto de las circunstancias han formado combinaciones tan diversas que nunca se hubiera sospechado que entre ellos existiese relación ninguna. Por ejemplo: ¿quién creería que uno de los más varoniles móviles de mi alma estuviere templado en la misma corriente que introdujo en mi sangre la molicie y la lujuria? Sin que me aparte del asunto de que acabo de hablar, vase á ver surgir de él una impresión enteramente distinta.

Estábame un día estudiando la lección, solo, en el cuarto contiguo á la cocina. La criada había puesto á secar sobre la chimenea los peines de la señorita Lamercier, y cuando fué á recogerlos se halló con uno que tenía rotos todos los dientes

de un costado. ¿Quién podía haberlo hecho? Nadie más que yo había entrado en el cuarto. Me interrogan, niego haber tocado el peine; júntanse mi preceptor y su hermana, me exhortan á que me confiese culpable, me excitan y amenazan, y me mantengo yo en mis trece; mas era su convicción harto profunda y fueron inútiles todas mis protestas, aunque por vez primera hallaran en mí tanta osadía en la mentira. Como el caso requería, fué tomado seriamente, porque merecían á la par castigo la maldad, la mentira y la obstinación; mas esta vez no fué la señorita Lamercier quien se encargó de castigarme. Escribieron á mi tío, el cual vino á Bossey. Mi pobre primo estaba acusado de una falta no menos grave que la mía, y ambos recibimos el mismo tratamiento, que fué atroz. Si hubiesen querido ahogar para siempre mis instintos depravados buscando en el mal mismo su remedio, no habrían podido hacerlo mejor. Dejéronme luego tranquilo mucho tiempo.

De ningún modo lograron arrancarme la confesión que apetezcan. Estrechado varias veces, se cansaron en torturarme horriblemente: fui siempre indomable. Hasta la fuerza misma tuvo que ceder á la diabólica terquedad de un niño. En fin, sali destrozado de esta prueba cruel, pero triunfante.

Esta aventura tuvo lugar ha cerca de cincuenta años y no he de temer castigo alguno por aquella culpa. Pues bien, declaro á la faz del mundo que me hallaba inocente, que ni había roto ni tocado el peine, que ni me había acercado adonde estaba, ni había pensado en ello tan siquiera. No se me pregunte cómo pudo haberse roto, porque todavía lo ignoro y no lo entiendo: lo que me consta es mi inocencia.

Imagínes ahora un carácter tímido y dócil en la vida ordinaria, pero vehementemente, activo é indomable en sus pasiones; un niño dirigido siempre con la voz de la razón, tratado siempre con dulzura, con equidad, con benevolencia, extraño todavía á la idea de injusticia, víctima de ella por vez primera tan cruel-

mente y procediendo cabalmente de las personas que más respeta y quiere. ¡Qué cambio en las ideas! ¡qué desorden en los sentimientos! ¡qué trastorno tan grande en su corazón, en su cerebro, en todo su ser inteligente y moral! Digo que se imagine todo esto, si es posible, porque yo no me hallo capaz de discernir y examinar el menor vestigio de cuanto por mí pasó en aquel entonces.

Aun no tenía suficiente conocimiento para comprender cuán en contra mía estaban las apariencias todas, ni para colocarme en el lugar de los demás. Manteniámeme en el mío y no sentía más que el rigor del espantoso castigo, aplicado por un delito que no había cometido. Aunque intenso, el sufrimiento del cuerpo érame indiferente; lo que me torturaba era la indignación, la ira, la desesperación. Mi primo, que se encontraba en caso análogo al mío, castigado por una falta involuntaria tenida por premeditada, se irritaba y enfurecía, poniéndose, por decirlo así, al unísono conmigo. Juntos en una misma cama, nos abrazábamos convulsos y sofocados, y cuando nuestros jóvenes corazones nos daban una tregua para desahogar la cólera que los despedazaba, incorporándonos, gritábamos á una con todas nuestras fuerzas repetidas veces: *carnifex, carnifex, carnifex.*

Todavía al escribir esto siento bullir mi sangre; aquellos momentos, aunque viviese mil años, no se borrarían jamás de mi memoria. Tan profundamente grabada quedó en mi alma esta impresión primera de injusticia, que todas las ideas de este género me reproducen aquella emoción misma y este sentimiento que en su origen á mí solo me atañía tomó tal consistencia en sí mismo, desprendiéndose de todo interés personal, que mi corazón se inflama en presencia ó á la simple relación de cualquier acto injusto, sea cual fuere su objeto y el lugar donde se cometa, como si á mí mismo me perjudicase. Cuando leo las crueldades de un tirano feroz, las sutiles falacias de un cura trapacero, volaría gustoso á hundir un puñal

en el pecho miserable, aunque debiese costarme la vida una y mil veces. Frecuentemente he sudado á chorros, persiguiendo á la carrera ó á pedradas á un gallo, á una vaca, á un perro, etc., á un animal cualquiera que atormentaba á otro, sólo por sentirse más fuerte. Quizá me sea natural este movimiento, y así lo creo también; pero tanto tiempo estuvo enlazado con el vivo recuerdo de la primera injusticia que he sufrido, que debe haber contribuido poderosamente á arraigarlo en mi alma.

Allí se acabó la paz de mi niñez; allí el goce de una felicidad pura, y aun hoy día siento que allí está el límite de los gratos recuerdos de la infancia.

Seguimos todavía en Bossey algunos meses. Estuvimos allí del modo que nos representan al primer hombre, aun en el paraíso terrenal, mas ya sin gozar en él: todo parecía seguir sin alteración; mas en el fondo había cambiado todo. El afecto, el respeto, la intimidad, la confianza; todos los lazos que unían á los discípulos con sus maestros estaban rotos; ya no veíamos en ellos á dos seres superiores que leían en nuestros corazones; ya no temíamos tanto el obrar mal como ser descubiertos, y ya empezábamos á disimular, á mentir y á rebelarnos. Corrompían nuestra inocencia y afeaban nuestros juegos todos los vicios que pueden tenerse en aquella edad. Hasta el campo perdió para nosotros ese carácter de sencillez y dulzura que mueve el corazón; parecíamos desierto y sombrío, como cubierto por un velo que ocultaba á nuestros ojos toda su belleza. Dejamos de cultivar nuestras plantas y nuestras flores. Ya no íbamos á escarbar la tierra y lanzar al viento voces de contento al descubrir el germen de la semilla que habíamos sembrado. Esta vida nos disgustaba, y nosotros no dábamos más que enojos. Por fin, mi tío nos sacó de allí, y nos separamos de los señores Lamercier hartos unos de otros y con poco sentimiento por dejarnos.

Trascurrieron cerca de treinta años desde que salimos de Bossey, sin que me haya sido grata, por una serie de recuerdos, la memoria del tiempo que allí estuvimos; pero cuando pasada la edad madura voy caminando hacia la ancianidad, renacen esos recuerdos á medida que se borran los demás y se fijan en mi memoria con caracteres cuya fuerza y encanto aumentan cada día: cual si, sintiendo escapárseme la vida, quisiese recobrarla desde su principio. Me complace el recuerdo de hechos insignificantes de aquel tiempo, sólo por ser de aquel tiempo. Recuerdo todas las circunstancias de los lugares, de las personas, de las horas. Me parece ver á la muchacha y al criado brujulear en el cuarto, entrar una golondrina por la ventana, posarse sobre mi mano una mosca al tiempo de estar yo diciendo la lección; veo todo el ajuar de nuestras habitaciones; á la derecha, el gabinete del señor Lambeccier, en el que llamaban la atención una estampa con los retratos de los papas, un barómetro, un gran calendario, las frambuesas del jardín que estaba más elevado que la casa y cuyas ramas daban sombra á la ventana y penetraban por ella algunas veces. Bien sé que todo esto al lector le importa poco, pero yo tengo necesidad de contárselo. Contaría todas las minuciosidades de aquella edad dichosa, cuyo recuerdo me estremece de placer, si á tanto me atreviese, sobre todo cinco ó seis anécdotas.... Capitulemos, amable lector. Quiero dispensarte cinco de ellas, con tal que me sea permitido gozarme relatando una con toda la latitud que me sea posible.

Si ahora no tuviese otra mira que distraer al lector, podría escogerla del tumbo de la señorita Lambeccier, con tanta desdicha dado en lo hondo del prado, delante del rey de Cerdeña á tiempo que éste pasaba, que puso de manifiesto más de lo que hubiera querido; pero la del nogal del jardín es más entretenida, para mí que fui actor en ella, que la de la voltereta de que fui simple espectador, y aun debo añadir que aquel inci-

dente, si bien cómico por sí mismo, me hizo muy poca gracia, por recaer sobre una persona á quien amaba tanto, y más tal vez de lo que se quiere á una madre.

¡Oh lectores, los que estáis impacientes por saber la grande historia del nogal del patio, escuchad esa tragedia horrible, y absteneos de temblar si os es posible!

Fuera de la puerta del patio había á mano izquierda una terraza donde á menudo acudíamos á pasar un rato después de comer, aunque nada había que lo abrigase de los rayos del sol, hasta que nuestro preceptor se decidió á plantar allí un nogal. Esta operación se hizo con toda solemnidad: los dos pensionistas fueron padrinos, y mientras cubrían el hoyo, nosotros sosteníamos el árbol y entonábamos cantos de triunfo: con objeto de regarlo se hizo una concavidad alrededor del tronco. Entusiastas espectadores de aquel riego mi primo y yo, nos convencíamos cada día de que era más hermoso plantar un árbol en la terraza que una bandera en la brecha del enemigo, y tomamos la resolución de procurarnos esta gloria sin participación de nadie. Con este objeto cortamos una rama de un sauce joven y la plantamos á unas tres varas del soberbio nogal, sin olvidarnos de cavar al pie del arbolillo su correspondiente socava para regarlo mejor. Pero, ¿cómo llenarla? porque no había agua sino bastantes lejos y no nos dejaban ir á buscarla. Sin embargo, nuestro sauce la necesitaba indispensablemente. Durante algunos días pudimos procurárnosla valiéndonos de un sinnúmero de ardides, obteniendo tan feliz resultado, que en breve le vimos echar botones y pequeñas hojas cuyo crecimiento mediamos y espiábamos á cada instante, convencidos de que no habíamos de tardar en cobijarnos bajo su sombra, aunque el arbolito apenas se levantaba un palmo sobre tierra.

Como nuestra obra nos preocupaba de tal suerte que ni estudiábamos nada, ni éramos capaces de la menor aplicación, y

estábamos como locos, ignorando la causa de ello, nos acortaron las riendas; conque, viendo venir el momento en que no podríamos procurarnos el agua necesaria, nos afligia la idea de ver morir de sed á nuestro árbol. Por fin, la necesidad, madre de la industria, nos sugirió una invención para librar al árbol y á nosotros de una muerte segura. Consistió en construir un canal oculto que partiendo del pie del nogal encaminaba á nuestro sauce una parte del agua con que aquél era regado. Pero nuestra empresa por de pronto no dió buen resultado; habíamos tomado el declive tan mal, que el agua no corría, se desmoronaba la tierra y obstruía el canal; se llenaba de lodo la entrada y todo se desbarataba. Pero nada nos arredró: *Labor omnia vincit improbus*. Ahondamos más el hoyo y la reguera, cortamos fondos de cajas en tablillas, y colocando unas horizontalmente y otras en ángulo, apoyadas en aquéllas, formamos un túnel triangular. Plantamos en el orificio algunos palitos delgados, de modo que formase una reja ó emparriñado, que detenía el barro y las piedras dejando al agua libre paso. Tapamos cuidadosamente nuestra construcción con tierra bien apretada; y el día que lo tuvimos dispuesto todo, esperamos el riego del nogal llenos de inquietud y de esperanza. Por fin llegó la hora, después de un siglo de impaciencia; nuestro preceptor acudió, como de costumbre, á presenciar el acto, durante el cual permanecimos nosotros detrás de él á fin de ocultar nuestro árbol, al cual daba él la espalda por fortuna. Apenas hubieron vaciado en el hoyo del nogal el primer cubo de agua, cuando la vimos acudir al nuestro. En este punto, perdiendo la serenidad, prorrumpimos en gritos de alegría que llamaron la atención del señor Lambercier: fué una verdadera lástima, porque estaba él celebrando la buena calidad de la tierra que tan de corrida absorbía el agua que le echaban. Sorprendido al ver dicha agua dividirse en dos partes, exhala también exclamaciones, observa, descubre la bribonada, y co-

giendo bruscamente un azadón, revienta de un golpe nuestro canal, saltan dos ó tres astillas, y gritando á voz en cuello: *¡Un acueducto! ¡un acueducto!* golpea acá y acullá sin piedad, y cada golpe iba á dar en nuestros corazones. En un instante fué deshecho conducto, tablillas, hoyo, sauce, todo fué á rodar, sin que se oyera durante tan horrible estrago más que esta exclamación que no cesaba de repetir: *¡Un acueducto! ¡un acueducto!*

Creerá alguno que esta aventura tuvo un fin desastroso para los infantiles arquitectos; nada de eso: todo acabó aquí. El señor Lambercier no nos riñó ni una sola vez, ni nos puso mal gesto, ni nos dijo una palabra más sobre el asunto; y aun, poco después, hallándose con su hermana, le oímos reirse á carcajada tendida, pues su risa se oía desde lejos; y lo más particular es que, pasada la impresión primera, nosotros mismos no nos sentimos extremadamente desconsolados. Plantamos en otro sitio un nuevo árbol, y á menudo recordábamos la catástrofe del primero repitiendo enfáticamente la exclamación: *¡Un acueducto! ¡un acueducto!* Hasta entonces había tenido arrebatos de orgullo cuando me sentía un Aristides, un Bruto; entonces experimenté el primer movimiento de vanidad bien determinada. Haber construido un acueducto con nuestras propias manos, haber puesto una rama en competencia con un grande árbol, me parecía el colmo de la gloria. A la edad de diez años juzgaba mejor en este punto que César á los treinta.

Tan fija ha permanecido ó vuelto á mi memoria la idea de quel nogal y de la historieta que con él se relaciona, que uno de los más gratos motivos que me condujeron á Ginebra el año 1754, fué el de ir á Bossey para visitar los monumentos de mis juegos infantiles, y sobre todo el nogal querido, que á la sazón contaría ya un tercio de siglo. Pero me vi tan asediado, sin tener un instante mio, que no encontré oportunidad para lograr mi anhelo. Ya no es probable que tenga otra ocasión de

ir allá : sin embargo, conservo todavía este deseo y no he perdido la esperanza ; y estoy casi seguro de que si algún día lograrse volver otra vez á aquellos sitios amados, regaría con lágrimas mi querido nogal si lo encontrase todavía.

De vuelta á Ginebra, permaneci tres ó cuatro años en casa de mi tío, mientras resolvían lo que se había de hacer de mí. Como trataba de hacer ingeniero á su hijo, hizole aprender nociones de dibujo y los Elementos de Euclides. Yo estudiaba lo mismo por acompañarle y me aficioné á ello, al dibujo sobre todo. Entre tanto deliberaban sobre si me dedicarían á relojero, procurador ó ministro del culto. Yo prefería esto último, porque me parecía muy hermoso predicar ; pero la parte que me tocaba de la exigua renta de mi madre, que debía compartir con mi hermano, era insuficiente para pagar mis estudios. Como por otra parte mi corta edad no exigía una resolución pronta, continué en casa de mi tío, casi perdiendo el tiempo, sin que dejase de pagar una pensión bastante cara.

Era mi tío jovial como mi padre, pero no poseta aquella cualidad tan bella de éste que sabía complacerse en el cumplimiento de sus deberes, y así se cuidaba muy poco de nosotros. Mi tía era una beata de austeridad algo afectada, que prefería cantar salmos á cuidar de nuestra educación. Nos dejaban casi en completa libertad, de que jamás abusamos. Inseparables siempre, nos bastábamos mutuamente ; y no teniendo el menor deseo de frecuentar el trato de los muchachos de nuestra edad, no adquirimos ninguno de los malos hábitos que nuestra ociosidad podía originar. Pero hago mal en suponernos ociosos, porque no lo fuimos, y lo más particular es que los varios entretenimientos de que sucesivamente nos apasionamos nos tenían ocupados juntos dentro de casa, sin que tuviésemos siquiera la tentación de salir á la calle. Hacíamos jaulas, flautas,

volantes, tambores, casitas, tacos ¹ y ballestas. Echábamos á perder las herramientas de mi anciano abuelo para construir relojes imitándole. Lo que más nos complacía era embadurnar papel, dibujar, lavar, iluminar y hacer un despillarro de colores. Un día fuimos á ver un titiritero italiano llamado Gamba-Corta, que vino á Ginebra ; nos desagradó y no volvimos más ; pero en seguida nos pusimos á imitar los títeres que llevaba : esos títeres representaban una especie de comedias, y nosotros también las compusimos para los nuestros. Faltos de aparatos, imitábamos con la garganta la voz del Polichinela para dar aquellas deliciosas representaciones á que nuestros buenos parientes tenían la paciencia de asistir. Pero un día que mi tío Bernard leyó en casa un magnífico sermón suyo, quedaron arrinconados los muñecos, porque nos dedicamos á componer sermones. Indudablemente todos estos detalles son escasamente interesantes, pero prueban claramente que nuestra educación primera debió llevar muy buen camino, para que, casi enteramente dueños de nosotros mismos en edad tan tierna, nos sintiésemos tan poco inclinados al abuso. Tan poco nos importaba tener compañeros, que hasta evitábamos las ocasiones de adquirirlos. Siempre pue íbamos á paseo veíamos de paso sus juegos, sin codicia, sin pensar en mezclarnos con ellos. Llenaba la amistad tan cumplidamente nuestros corazones, que nos bastaba estar juntos para hallar el colmo de la felicidad en los goces más insignificantes.

El vernos tan inseparables comenzó á llamar la atención tanto más cuanto que mi primo muy alto, yo muy pequeño, formábamos una chocante pareja. Su rostro estrecho y prolongado, cara de manzana cocida, su ademán flojo, y su andar negligente, incitaban á los muchachos á burlarse de él. En el

¹ *Equifles*, especie de palos de sahuco hueco, que sirven á los niños para disparar bolitas de papel causando gran estallido.

lenguaje provinciano del país le llamaban *Barná Bredanná*, y cada vez que salíamos no se oía en derredor nuestro más que *Barná Bredanná* repetidas veces. Él lo sufría con paciencia: yo me incomodaba y quise pelearme. No buscaban otra cosa. Pegué y me pegaron; mi pobre primo quería ayudarme, mas era harto cándido, y de un puñetazo le tumbaban, y entonces me enfurecía yo hasta la exasperación. A pesar de que me llevé una buena ración de porrazos, á quien buscaban no era á mi sino á *Barná Bredanná*; pero empeoré yo tanto la cosa con mi embravecido coraje, que ya no nos atrevimos á salir más que durante las horas de clase, temerosos de ser silbados y perseguidos por los estudiantes.

Heme aquí ya un desfacedor de entuertos. Para ser un paladín en toda regla, solo me faltaba una dama, y tuve dos. Iba yo á ver á mi padre de cuando en cuando á Nyón, pequeña ciudad del territorio de Vaud, donde se había establecido. Era tenido allí en mucho aprecio, que también á su hijo se extendía; de modo que las cortas temporadas en que allí permanecía me hallaba obsequiado á competencia. Sobre todo, una tal señora Vulson me hacía mil caricias, y para colmar la medida me tomó su hija por amante. Ya se ve lo que es un galán de once años para una joven de veintidós; pero á todas esas bribonzuelas, ¡les gusta tanto traer por delante pequeños muñecos para encubrir los grandes, ó para excitarlos con un simulacro cuyos atractivos conocen tan á fondo! Yo tomé la cosa por lo serio, sin advertir la discordancia, y me abandoné con todo mi corazón; ó mejor dicho, con todo mi cabeza, porque mi amor era de esta especie, aunque rayase en locura y aunque mis raptos, sobresaltos y delirios diesen lugar á escenas en que había para reventar de risa.

Dos modos bien diferentes de amar conozco, ambos verdaderos, entre los cuales nada de común existe, aunque igualmente vehementes, y que en nada se parecen á la tierna

amistad. Entre estas dos clases de amores se ha deslizado mi vida, y aun las he sentido simultáneamente; así, por ejemplo, en esta época de que voy hablando, al tiempo que me enseñoreaba de la señorita de Vulson tan pública y tiránicamente, que no sufría le hablase ningún otro, tenía entrevistas con la linda señorita Gotón, aunque cortas, bastante animadas, en que ésta se dignaba representar el papel de maestra de escuela, y nada más: pero este nada más que para mí lo era todo, me parecía la mayor ventura; y presintiendo ya el valor de lo misterioso, si bien no sabía sacar de ello más que un partido pueril, sin que lo sospechase la señorita Vulson, le pagaba así la buena maña que empleaba en valerse de mí para encubrir otros amores. Mas con grande sentimiento mío hubo de descubrirse el secreto, ó es que mi pequeña maestra de escuela no fué tan reservada como yo, porque nos vimos á poco separados.

¡Qué singular era aquella niña! Tenía, sin ser bella, un rostro que no podía olvidarse fácilmente. Todavía lo recuerdo, quizás harto á menudo para un viejo chocho. Ni su estatura, ni su porte, ni sobre todo sus ojos eran propios de su edad; tenía un ademán imperioso ó imponente, que cuadraba divinamente á su papel, cuya idea nos había sugerido. Pero lo más raro era una mezcla de audacia y de modestia incomprensible. Permitíase conmigo las mayores libertades sin dejar que me tomase ninguna con ella; me trataba enteramente como un niño, lo cual me da á entender que había dejado ya de serlo ella, ó que, por el contrario, todavía lo era bastante para no ver simplemente más que un juego en el peligro á que se exponía.

Yo porteneía enteramente á cada una de las dos; tanto, que nunca estando al lado de una me ocurrió el recuerdo de la otra. Por lo demás, el afecto que me inspiraban era de todo punto diferente. Habría pasado toda mi vida junto á la señorita Vulson, sin pensar nunca en dejarla; pero en su presencia sentía un placer tranquilo que jamás llegaba á la emoción.

Donde la adoraba era en sociedad, á vista de todos; las chanzonetas, los melindres y las mismas rivalidades me atraían, me intersaban; yo estaba radiante con mi victoria sobre los rivales mayores á quienes parecía dar enojos. Estaba inquieto, pero me complacia este tormento. Los aplausos, las excitaciones y la broma me enardecían y animaban; tenía arranques y agudezas, estaba completamente arrebatado de amor cuando me hallaba en sociedad; y á solas hubiera estado lívido, lánguido y hasta fastidiado. Sin embargo, me interesaba tiernamente por ella: cuando estaba enferma, yo sufría; hubiera dado mi salud para conservar la suya; y cuenta que ya sabía por experiencia qué cosa era la salud y qué cosa enfermedad. Lejos de ella, me perseguía su memoria, la echaba de menos; en su compañía sus halagos conmovían mi corazón, no mis sentidos. Nuestra familiaridad no era peligrosa, pues mi fantasía no apetecía más de lo que buenamente me era concedido: con todo, no habría podido resistir verla conceder otro tanto á nadie más. La quería como un hermano; pero estaba celoso como amante.

De la señorita Gotón lo habría estado como un turco, como un furioso, como un tigre, si hubiese siquiera imaginado que podía dispensar á otro el mismo favor que yo gozaba; porque aun era esto una gracia que debía implorar de rodillas. Presentábase á la señorita de Vulson lleno de placer, pero sin turbarme; mientras que tan sólo de ver á la señorita Gotón, se me iba la cabeza quedando todo mi ser desconcertado. Tenía con la primera franqueza sin intimidad; en presencia de la segunda, estaba tan tembloroso como agitado hasta en los instantes de mayor familiaridad. Creo que si hubiese seguido con ella mucho tiempo, me habría muerto sin remedio, ahogado por mis palpitaciones. Temía igualmente disgustarlas, pero era más complaciente con una de ellas y más obediente con la otra. Por nada de este mundo habría querido inco-

modar á la señorita de Vulson; pero si la de Gotón me hubiese ordenado que me arrojase al fuego, creo que inmediatamente lo hubiera ejecutado.

Duraron poco tiempo mis amores, ó mejor, mis entrevistas con esta última, felizmente para ella y para mí; y aunque mis relaciones con la de Vulson no fuesen temibles, tuvieron fin con una catástrofe, después de haberse prolongado poco tiempo más. Era fácil prever que el desenlace de todo esto tendría un carácter algo romántico dando lugar á lamentaciones. Aunque mi trato con la señorita de Vulson fuese menos animado, tenía quizá más atractivo: cada vez que nos separábamos habían de derramarse lágrimas, y es notable el vacío insoponible que en mi corazón quedaba después de haberla dejado. Sólo de ella podía hablar y sólo en ella se ocupaba mi pensamiento. Era mi pesar muy verdadero, aunque creo que en el fondo, sin que de ello me hiciese cargo, había en aquel heroico sentimiento una buena parte para las diversiones que su presencia animaba. Para templar el rigor de la ausencia, nos dirigíamos cartas tan patéticas que eran capaces de partir las piedras. Por fin tuve la gloria de que, no pudiendo resistir por más tiempo, viniese ella á Ginebra; yo acabé de volverme loco; ebrio estuve durante los días de su estancia entre nosotros. Cuando partió quise lanzarme al agua en su seguimiento y atroné los aires con mis voces. Ocho días después me remitió dulces y unos guantes, lo cual me hubiera parecido una fina galantería, si al propio tiempo no hubiese sabido que había contraído matrimonio y que aquel viaje con que tuvo la amabilidad de honrarme había tenido por objeto la compra de sus vestidos de boda. No describiré aquí mi coraje: ya se puede concebir. Juré en mi noble despecho no ver más á la pérfida, no hallando mayor castigo para ella, que no se murió por ello; pues veinte años más tarde, paseándome por el lago con mi padre, á quien fui á ver, pregunté quiénes eran unas

señoras que se hallaban en otra barca no lejana de la nuestra. ¡Hombre! replicó mi padre sonriendo; ¿no te lo dice el corazón? son tus antiguos amores, la señora de Cristin, la señorita de Vulson. Estremecíme al oír este nombre ya casi olvidado; pero di orden á los remeros de cambiar de rumbo, juzgando que, si bien tenía oportunidad de tomar la revancha, no valía la pena de ser perjuro, reproduciendo una querrela de veinte años con una mujer de cuarenta.

(1723 á 1728.)

En esas frivolidades se perdía el más precioso tiempo de mi infancia, antes que se decidiese cuál había de ser mi destino.

Prolongadas deliberaciones tuvieron lugar á fin de dedicarme á lo que más en armonía estuviese con mi disposición natural; y decidiéndose al fin por lo que menos me convenia, me colocaron en casa del señor Masserón, escribano de la ciudad, á fin de que aprendiese el útil arte de picapleitos, como el señor Bernard decía. Este sobrenombre me repugnaba soberanamente; la esperanza de ganar dinero por medio de ocupaciones vulgares cuadraba mal á mi carácter altivo; aquella ocupación me parecia fastidiosa, insoportable; la asiduidad y la sujeción acabaron de desalentarme, y así es que nunca entré en la oficina sino poseído de un sentimiento de repulsión profunda, que iba creciendo cada día. Por otra parte, el señor Masserón, descontento de mi, tratábame con desprecio, echándome sin cesar en rostro mi indolencia y estolidez, repitiéndome sin cesar que mi tío le habia asegurado *que yo sabia, que yo sabia*, siendo la verdad que no sabia nada; que le habia prometido llevarle un muchacho listo y que le habia metido allí un asno. En fin, fui echado ignominiosamente de la escribanía por inepto, y los amanuenses fallaron que yo no servía más que para manejar la lima.

Resuelta así mi vocación, pusiéronme de aprendiz, aunque no de relojero, sino de grabador. El menosprecio del escribano me humilló de tal modo, que obedecí sin murmurar. Mi amo, el señor Ducommun, era un joven palurdo y brusco, que en breve tiempo logró empañar el brillante recuerdo de mi infancia, embrutecer mi carácter vivo y cariñoso y reducirme á mi verdadera posición de aprendiz, tanto en cuanto á la inteligencia, como en cuanto á la fortuna. Mi latin, mis antigüedades, mi historia, todo fué olvidado en poco tiempo: ya no me acordaba de que hubiese habido romanos en el mundo. Y cuando iba á ver á mi padre, ya no hallaba en mí á su ídolo, ya no era yo para aquella gente el galante Juan Jacobo; y yo mismo, conociendo que los señores Lambercier no reconocerian en mí á su alumno, me avergonzaba de que me viesen, y así es que desde entonces ya no los he vuelto á ver. Los gustos más viles y la más baja dervergüenza suplantaron á mis delicados entretenimientos, de que ni conservé memoria tan siquiera. Preciso es que tuviese propensión á degenerar, porque este cambio se operó sin dificultad en corto tiempo. Jamás un César tan precoz pasó tan rápidamente á convertirse en un Laridón.

Aquel oficio no me disgustaba del todo, porque el dibujo me atraía vivamente, y luego hallé muy entretenido el manejo del buril; y como el grabado para relojería no es una cosa suprema, habia concebido la esperanza de llegar á perfeccionarme en él. Quizás lo habria logrado si la brutalidad del amo y la excesiva falta de recursos no me hubieran hecho aborrecer el trabajo. Dedicábame á hurtadillas á otros trabajos del mismo género, pero con el aliciente de la libertad, como grabar medallas para servirnos de orden de caballería á mí y á mis compañeros, en cuya faena de contrabando fui cogido por el amo que me molió á golpes, diciendo que hacia moneda falsa, porque las medallas tenían las armas de la República.

Puedo jurar que no solamente no tenía idea alguna de la moneda falsa, sino que apenas la tenía de la corriente. Sabía mucho mejor cómo se hacía un as romano que nuestras monedas de tres sueldos.

La tiranía de aquel hombre acabó por hacerme insupportable un trabajo á que me habria aficionado y por llenarme de vicios que hubiera aborrecido: la mentira, la holgazanería, el robo. Nada me ha dado una idea tan clara de la diferencia que hay entre la dependencia filial y la esclavitud servil como el recuerdo de la metamorfosis que se verificó en mí entonces. Naturalmente tímido y vergonzoso, de ningún defecto estaba tan lejos como de la desvergüenza; pero habia gozado de una prudente libertad que hasta entonces se habia ido restringiendo poco á poco y que acabó por desvanecerse completamente. En el hogar paterno fui atrevido, libre en casa del señor Lambertier, discreto en la de mi tío; en casa de mi amo me volví temeroso, y desde aquel momento fui un perdido. Acostumbrado á una perfecta igualdad con mis superiores en cuanto al modo de vivir, á no ver una diversión que me fuese vedada, ni un manjar de que no participase, á no tener que ocultar ningún deseo, en fin á tener el corazón en los labios, júzuese qué pude ser en una casa donde ni siquiera me atrevia á despedirlos; donde era preciso abandonar la mesa antes de concluirse la comida y salir del cuarto tan luego como nada tenía que hacerse en él; donde amarrado al trabajo sin cesar, no veía más que satisfacciones para los demás y sólo privaciones para mí; donde la idea de la libertad del amo y de mis compañeros aumentaba el peso de mi servidumbre; donde no me atrevia á abrir la boca, cuando se disputaba sobre cosas que sabia yo mejor que ellos; donde, en fin, codiciaba cuanto veía sólo porque me veía privado de todo. Adiós bienestar y alegría, adiós felices ocurrencias que tan á menudo en tiempos mejores me habian valido el perdón de algún castigo. No puedo re-

cordar sin reirme que un dia en casa de mi padre, habiendo sido condenado por alguna travesura á acostarme sin cenar, y pasando con un triste pedazo de pan por la cocina, oí y miré el asado dando vueltas al asador. Estaban todos alrededor del fuego, y tenía que acercarme á dar las buenas noches; cuando hubé saludado á todos, mirando de soslayo el asado que tan buen aspecto tenía y oía tan bien, no pude menos de inclinarme también ante él, diciendo con tono lastimoso: *Adiós, asado*. Esta candorosa salida les hizo tanta gracia, que me hicieron quedar, levantándome el castigo. Tal vez habria obtenido el mismo éxito en casa de mi amo; pero es bien seguro que allí no se me hubiera ocurrido, ó á lo menos no me habria atrevido á hacer lo mismo.

He aquí cómo aprendí á codiciar en silencio, á disimular y mentir, á ser solapado al fin y hasta ratero: antojo que nunca habia tenido y de que no pude luego librarme completamente. Siempre conducen á esto la codicia y la impotencia. Por esto son bribones todos los criados y lo deben ser los aprendices: pero estos últimos pierden más tarde las vergonzosas inclinaciones adquiridas, porque llegan á un estado de igualdad tranquilo, en que, cuanto ven está á su disposición. No tuve yo tanta fortuna, así tampoco toqué aquel resultado.

Casi siempre el primer paso hacia el mal lo dan los niños por mala dirección de sentimientos buenos. Á pesar de todas las privaciones y tentaciones continuas, hacia más de un año que estaba en casa de mi amo, sin que me resolviera á tomar nada, ni siquiera cosas de comer. Mi hurto primero fué asunto de complacencia; pero fué la introducción de muchos otros, cuyo objeto no era tan loable.

Habia en casa de mi amo un camarada llamado Verrat cuya casa vecina tenía jardín, algo separado, en que se criaban magníficos espárragos. Verrat, que andaba muy escaso de dinero, entró en deseos de robar á su madre unos espárragos á la

sazón en que daban sus primicias, y venderlos para hacer algún almuerzo divertido; mas como no quería exponerse y tampoco era muy ligeró, escogíome á mi para esta expedición.

Después de varias zalamerías preliminares que me engañaron tanto mejor cuanto que no veía el fin que llevaban, hizome la propuesta como una ocurrencia del momento.

Yo me negué á ello; pero él insistió, y como nunca supe resistir á las caricias, hubé de rendirme al fin. Todos los dias iba por la mañana á coger los mejores espárragos, que llevaba al mercado en donde alguna mujer, conociendo que acababa de robarlos, me lo echaba en cara para obtenerlos más baratos. Lleno de espanto tomaba lo que querían darme por ellos y lo llevaba á Verrat: pronto lo convertía en un almuerzo, que yo había procurado y que se zampaba él con otro compañero; en cuanto á mí, contentándome con algunas sobras, ni siquiera les tocaba al vino.

Este teje-maneje duró algunos dias sin que se me ocurriera robar al ladrón, cobrando mi diezmo del producto. Ejecutaba la picardia con la mayor fidelidad, no llevaba otro objeto que agradar al que me la hacía cometer, y sin embargo, si me hubiesen cogido, ¡cuántos golpes, cuántas injurias y cuán malos tratamientos habria recibido! mientras que el miserable, desmintiéndome, habria sido creído por sola su palabra y héchome castigar con más rigor, por el atrevimiento de disculparme con él, siendo oficial y yo simple aprendiz. He aqui de qué modo en todos tiempos el culpable poderoso escapa á expensas del débil inocente.

Así fui comprendiendo que no era el robo una cosa tan terrible como habia imaginado; y pronto fue tal el partido que saqué de mi descubrimiento, que nada de cuanto codiciaba estaba seguro á mi alcance. No comia del todo mal en casa de mi amo, y por otra parte la sobriedad no me era penosa sino porque la veía tan poco practicada por los demás. La

costumbre de echar á los niños de la mesa, precisamente cuando se trae lo que más les tienta, me parece un medio muy seguro para hacerles tan golosos como bribones. Una y otra cosa fui yo en poco tiempo, y comunmente me iba muy bien; pero cuando me sorprendían, pésimamente.

Todavía me hace temblar y reir al propio tiempo el recuerdo de una caza de manzanas que me costó muy cara. Estaban colocadas en el fondo de una despensa que recibía la luz de la cocina por una reja bastante alta. Un dia que estaba solo, me encaramé para ver en aquel jardín de las Hespérides el precioso frulo que no podia tocar. Fui á buscar el asador para ver si alcanzaria; pero era corto: lo alargué añadiéndole otro más pequeño que servia para la caza menuda, porque mi amo era aficionado á la caza. Piqué varias veces sin provecho; pero al fin, lleno de gozo, sentí que tenía una manzana. Voy tirando con cuidado, la manzana llega ya á la reja, ya está al alcance de mi mano. Mas, ¡oh dolor! era tan grande que no pasaba por los claros de la reja. ¡Cuántos medios puse en juego para cogerla! Fue preciso hallar un sustentáculo para mantener el asador, un cuchillo bastante largo para partir la manzana, una pala para sostenerla. A fuerza de tiempo y destreza, al fin logré partirla, para ir sacando los trozos uno á uno: pero aun no acabé de dividirla, cuando las dos mitades cayeron dentro de la despensa. ¡Oh tú, compasivo lector, conduélete de mi aflicción!

No me descorazoné por esto; pero habia perdido mucho tiempo, y temeroso de verme sorprendido, dejé para el dia siguiente probar nueva fortuna, y volví á mi trabajo tan sereno como si nada hubiese hecho, sin pensar en los indiscretos testigos que habian quedado en la despensa y me acusaban.

Al siguiente dia, hallando nueva oportunidad, tenté un nuevo ensayo. Subo sobre mi caballete, alargó el asador y lo sujeto; ya estaba á punto de pillar una manzana... Por desgracia ei

dragón no dormía : se abre la puerta de la despensa de repente: aparece mi amo, cruza los brazos, me mira y dice : ¡ Adelante !... Se me cae la pluma de las manos.

Á fuerza de sufrir malos tratamientos, pronto me fué menos sensible; me parecían una especie de compensaciones del robo, que me daban pie para continuar. En vez de mirar hacia atrás para ver el castigo, miraba hacia adelante para ver la venganza. Juzgaba que tratarme como á un pillo era autorizarme para serlo. Hallaba que iban juntos el robo y el castigo y constituían las cosas de tal modo que, llenando yo la parte que me correspondía, quedaba lo demás al cuidado de mi amo. Discurriendo así, me dediqué á robar más tranquilamente que antes. Decía yo para mí : ¿Qué puede suceder? Recibiré una paliza. Bueno : yo he nacido para esto.

Me gusta comer, sin ser comilón; soy sensual, pero no goloso. Bastantes otros gustos me distraen de éste; nunca me he ocupado de la boca sino cuando mi corazón ha estado ocioso; y esto me ha sucedido tan raras veces durante toda mi vida, que me ha quedado muy escaso tiempo para pensar en los buenos bocados. Por esto mi rapacidad se limitó á las golosinas tiempo muy breve, y pronto se extendió á cuanto me tentaba; y si no llegué á ser un ladrón en toda regla, fué porque nunca me atrajo mucho el dinero. Dentro del taller común mi amo tenía otro reservado para sí, que cerraba con llave : yo encontré medio de abrir y cerrar la puerta sin que se conociera. Allí ponía á contribución sus buenas herramientas, sus mejores dibujos, sus grabados, todo lo que parecía alejar de mí y yo codiciaba. En el fondo, esos robos eran inocentes, porque al fin los hacía para emplearlos en servicio suyo; yo saltaba de gozo con tener en mis manos aquellas bagatelas; me parecía apoderarme del talento al coger sus productos. Por lo demás, había en cajitas recortes de oro y de plata, dijes, objetos de valor y dinero. Tener cuatro ó cinco sueldos en el bolsillo,

va era mucho para mí; con todo, lejos de tocar nada de aquello, no recuerdo que nunca hubiese dirigido allí una mirada codiciosa; al contrario, lo veía más bien con espanto que no con gusto. Creo firmemente que este horror á robar dinero y á lo que podía producirlo procedía en gran parte de mi educación, porque en él iban envueltas vagas ideas de infamia, de prisión, de tormentos y patibulo, que á tener semejante tentación me habrían horrorizado; mientras que mis maldades me parecían travesuras, y no eran otra cosa ciertamente. Todas ellas no merecían más que una buena tunda de mi amo, y á esto me atenía de antemano.

Pero, lo repito, no codiciaba lo bastante para tener que contenerme; no sentía en mí necesidad de dominarme; no tenía necesidad de luchar conmigo mismo para enfrenar mi codicia.

Un solo pliego de papel bueno para dibujar me tentaba más que el dinero para una resma. Esta rareza es debida á una singularidad de mi carácter que ha influido tanto en mi conducta, que no puedo menos de explicarla.

Mis pasiones son tan vehementes, que mientras estoy por ellas dominado, mi impetuosidad no tiene límites: entonces no conozco miramientos, ni respeto, ni temor, ni decoro; entonces me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido; no hay empacho que me detenga ni peligro que me espante; fuera del objeto que me preocupa, para mí no existe el mundo. Pero esto es sólo en el momento; inmediatamente después caigo anonado. En los períodos de calma soy la indolencia y la timidez mismas; todo me espanta, todo me desanima; me asusta el vuelo de una mosca; alarma mi pereza tener que hacer un gesto, ó una palabra que decir; el temor y la vergüenza me subyugan hasta tal extremo que quisiera hacerme invisible á todos los mortales. Cuando conviene obrar, no sé qué hacer; si hablar, no sé qué decir; si me miran, me turbo. Ajasionado, doy á veces con lo que debo decir; pero en la conversación ordinaria,

nada, absolutamente nada encuentro que decir; me es insoponible por el mero hecho de que me obliga á hablar.

Añádase á esto que ninguno de mis gustos puede satisfacerse con dinero. Necesito goces puros, y el oro los envenena todos. Por ejemplo: me gustan los placeres de la mesa; pero, no pudiendo sufrir las molestias de la etiqueta, ni la crápula de las tabernas, sólo puedo disfrutarlos con un amigo, porque sólo me es imposible. En este caso mi imaginación se ocupa en otras cosas y no hallo ningún goce en el comer. Si el ardor de la sangre me excita á los placeres sensuales, mi corazón conmovido exige algo más que amor. Comprado, perdería á mis ojos su encanto, y dudo que pudiese aprovecharlo. Lo propio me sucede con todos los placeres que se hallan á mi alcance: pagados, son desabridos. Sólo me gusta lo que no pertenece más que al primero que sabe gozarlo.

El oro nunca me ha parecido tan precioso como se supone. Hay más, nunca me ha parecido muy cómodo: por sí misma para nada sirve; para gozar de su posesión es preciso transformarlo; hay que comprar, regatear, verse engañado muchas veces, pagar bien para ser mal servido. Quisiera una cosa buena por su calidad: con mi dinero estoy seguro de obtenerla mala. Compró caro un huevo fresco y me lo dan pasado; una magnífica fruta, me resulta verde; me agrada una mujer, está deteriorada; me gusta el buen vino, pero, ¿dónde lo encuentro? ¿en una taberna? Donde quiera que sea me darán veneno. ¿Quiero estar bien servido? ¿cuántos apuros, cuántas dificultades! ¿Tener amigos, correspondencia, hacer encargos, escribir, ir y venir, esperar; y al fin, por punto general verse, engañado. ¡Cuánto embarazo con mi dinero! Es más de temer que de estimar el buen vino.

Durante y después de mi aprendizaje, tuve mil veces el deseo de comprar alguna golosina. Me llegaba á una confitería, veía mujeres en el mostrador, ya me figuraba verlas reirse

del golosillo. Pasando junto á frutería, observo de reojo unas hermosas peras, que exhalan un perfume tentador; en seguida veo dos ó tres mancebos que me miran, ó se encuentra allí delante un conocido; ó veo de lejos venir una muchacha, ¿no es la criada de casa? Mi vista corta me engaña á cada instante. Todos los que pasan me parecen conocidos; siempre intimidado, contenido por algún obstáculo; crece mi cordedad con mi deseo, y me vuelvo hecho un estúpido, devorado por el ansia y sin haberme atrevido á comprar nada, teniendo con qué.

Descendería á los más insulsos detalles si explicase el engorro, la vergüenza, la repugnancia, los inconvenientes y disgustos de todos géneros que siempre he experimentado en el empleo del dinero, ya fuese para mí, ya para otra persona. El lector lo irá comprendiendo, sin que me tome la pena de decirselo, á medida que vaya conociendo mi carácter por el curso de mi vida.

Esto entendido, se comprenderá fácilmente una de las pretendidas contradicciones de mi carácter, la de reunir una avaricia casi sórdida al mayor desprecio del dinero. Es para mí un mueble tan molesto, que ni aun me atrevo á desear el que no tengo, y cuando lo poseo estoy mucho tiempo sin gastarlo, por no saber emplearlo á mi gusto; pero cuando se presenta ocasión agradable y oportuna, la aprovecho de tal modo, que mi bolsa queda vacía sin que yo lo note. Pero no se hallará en mí el defecto de los avaros, de gastar por ostentación; al contrario, lo hago secretamente y para recrearme: en vez de gloriarme de ello, lo oculto. Estoy tan penetrado de que el dinero no se ha hecho para mi uso, que me avergüenzo de tenerlo, cuanto más de servirme de él. Si por ventura hubiese tenido una renta suficiente para vivir cómodamente, de seguro que jamás hubiera tenido la menor sombra de avaricia; disiparía mi renta por entero sin pensar en aumentarla: pero me tiene con temor mi situación precaria. Adoro la libertad, y abo-

rrezco la molestia, la fatiga y la sujeción. Mientras me queda algún dinero, no he de temer por mi independencia, y me dispensa de empeñarme en procurármelo nuevamente, necesidad que me pareció siempre horrible: así que, temeroso de verlo pronto agotado, lo sepulto. El oro que se tiene es instrumento de libertad; el que se busca lo es de servidumbre. He aquí por qué lo encierro y nada codicio sin embargo.

Mi desinterés, por tanto, no es sino pereza; el gusto de poseer no vale el trabajo de adquirir; mis disipaciones mismas no son más que efectos de la pereza; cuando se presenta oportunidad de gastar á satisfacción, no puede aprovecharse demasiado. Menos me importa el dinero que los objetos, porque entre aquél y la cosa deseada siempre se halla un intermediario; mientras que entre el objeto y el que lo desea no existe nada. Veo el objeto y me tienta; pero si no veo más que el medio de poseerlo, ya no lo deseo. Por consiguiente, he sido ratero y aun hoy día lo soy alguna vez, de bagatelas que me tientan y que prefiero tomar á pedir las; pero no recuerdo haber tomado nunca un ochavo de nadie, salvo una vez, no hace quince años, que hurté siete libras y diez sueldos. La aventura vale la pena de contarse, porque contiene un conjunto imperdonable de estupidez y descaró, que difícilmente creería, si me lo contaran de otra persona.

Ocurrió en París. Paseábame por el *Palais-Royal* con el señor de Francueil, á eso de las cinco de la tarde. Miró su reloj y me dijo: «Vamos á la Ópera. Convenido, vamos.» Toma dos butacas de anfiteatro, me entrega una y sigue adelante; entra y yo le sigo. Encuentro ocupada la entrada, miro á uno y otro lado, veo que todo el mundo está todavía en pie; pienso que podría perderme entre tanta gente, ó que por lo menos podría creerlo así el señor de Francueil, y saliendo nuevamente, tomo el importe de mi billete y me largo, sin pensar que, apenas habría salido cuando estaría sentado todo el mundo y

que entonces el Sr. Francueil vería claramente que yo había desaparecido.

Como nada estuvo más lejos de mi ánimo que un hecho semejante, lo consigno para demostrar que hay momentos de desvario, durante los cuales no puede juzgarse á los hombres por sus acciones. Esto no era precisamente robar dinero, sino desviarlo de su destino: cuanto menos tenía de robo tanto más tenía de infamia.

Nunca acabaría, si quisiese seguir todas las sinuosidades, porque durante mi aprendizaje pasé de la sublimidad del heroísmo á la vileza de un bribón. Pero aunque tomé todos los vicios propios de mi estado, siempre me fué imposible tomar sus aficiones. Las diversiones de mis compañeros me aburrían, y cuando la excesiva sujeción me hubo disgustado del trabajo, todo me fastidiaba; y esto me trajo nuevamente la afición á la lectura que había olvidado hacía mucho tiempo; para satisfacerla usurpaba el tiempo al trabajo, resultando por tanto un nuevo delito que me costó nuevos castigos. El gusto, exaltado por la contrariedad, se convirtió en pasión y á poco en frenesí. Una mujer llamada la Tribu, famosa alquiladora de libros, me los proporcionaba de todas clases. Bueno y malo, todo pasaba; yo no escogía nunca; todo lo leía con idéntica avidéz. Leía en el taller, leía por el camino siempre que me enviaban; leía en el retrete horas enteras olvidándome de todo; á fuerza de leer se me iba la cabeza, y no hacía más que leer continuamente. Mi amo me vigilaba, me atrapaba, me pegaba y me cogía los libros. ¡Cuántos volúmenes fueron rasgados, abrasados ó tirados por la ventana! ¡Cuántas obras quedaron truncadas en casa de la Tribu! Cuando no tenía con que pagarla, le daba las camisas, las corbatas, los vestidos; cada domingo le entregaba sin falta los tres sueldos que me daban de regalo.

Acaso se me dirá: he ahí el dinero hecho necesario. En

efecto; pero eso fué cuando la lectura me hubo privado completamente de la actividad. Completamente entregado á mi nuevo gusto, no hacia más que leer, ya no robaba nada. Y véase ahora otra de mis diferencias características. En los momentos en que más sujeto me tiene un hábito, la cosa más pequeña me distrae, me cambia, me domina, y por fin me apasiona; entonces todo queda olvidado; sólo pienso en el nuevo objeto que me preocupa. El corazón me latía de impaciencia por hojear el nuevo libro que llevaba en mi bolsillo; sacábalo tan pronto como quedaba sin testigos, y ya no me acordaba de registrar el gabinete de mi amo.

Creo que aun cuando mis pasiones hubieran sido más costosas, nunca hubiera robado. Por ejemplo, en el presente caso, estaba muy lejos de pensar en valirme de semejante medio para lo sucesivo. La Tribu me fiaba, los anticipos eran muy escasos; y cuando tenía el libro, ya no me acordaba de nada; pero asimismo pasaba á esta mujer todo el dinero que me venía naturalmente, y cuando me pedía con premura, nada tenía tan á mano como mis efectos. Robar de antemano hubiera sido harta previsión, y lo que es hacerlo para pagar, ni tentación siquiera.

Á fuerza de altercados y de golpes, de lecturas á hurtadillas y mal escogidas, mi carácter se volvió taciturno y salvaje; empezaba á trastonarse mi cabeza, y vivía como un hurón. Con todo, si bien es verdad que mi gusto no me preservó de las lecturas insustanciales y desabridas, tuve la fortuna de no entregarme á la de libros obscenos y licenciosos; no porque la Tribu, mujer en extremo tolerante bajo todos conceptos, tuviese escrúpulo en prestármelos, sino porque á fin de darles importancia, me los nombraba con un aire de misterio, que cabalmente me obligaba á rehusarlos, así por repulsión como por vergüenza; y la suerte fué tan favorable á mis púdicos instintos, que á los treinta años aun no había

pasado los ojos por ninguno de esos peligrosos libros que una elegante mujer de mundo encuentra incómodos porque no puede leerse sino á hurtadillas.

En menos de un año agoté el mezuino almacén de la Tribu, y entonces me hallaba en mis ocios extremadamente fastidiado. Curado de mis gustos de niño y de pilluelo por el de la lectura, y hasta por efecto de lo que leía, pues aunque fuese desordenado y muchas veces malo, elevaba, sin embargo, mi corazón á sentimientos más nobles que los adquiridos en aquel mi estado; todo lo que á mi alcance había me disgustaba, y viendo harto lejos cuanto pudiera tentarme, nada veía capaz de halagar mi corazón. Mis sentidos, alterados hacia ya mucho tiempo, me pedían un goce que ni siquiera imaginaba en qué pudiera consistir: tan ajeno estaba del verdadero objeto, como si hubiese carecido de sexo, y ya en la pubertad y lleno de sensibilidad, pensaba alguna vez en mis locuras, pero nada veía más allá.

En tan extraña situación, mi inquieta fantasía tomó un partido que me salvó de mi mismo, calmando mi naciente sensualidad. Consistió en alimentarse de las situaciones que me habían interesado en mis lecturas, recordarlas, variarlas y combinarlas, apropiármelas de tal modo que yo me convirtiese en uno de los personajes que imaginaba; que me viese colocado en las situaciones más adecuadas á mi gusto; en fin, que el estado ficticio en que lograba encontrarme me hiciese olvidar el verdadero, de que tan pesároso estaba. Este cariño por los objetos imaginarios y la facilidad de embeberme en ellos acabaron de disgustarme de cuanto me rodeaba y determinaron este amor á la soledad que desde entonces jamás me ha abandonado.

Más de una vez se verán, en lo que sigue, los particulares efectos de esta predisposición tan misantrópica y sombría al parecer, pero que en realidad es hija de un corazón por demás

afectuoso, amante y tierno, que, no hallando otros que se le parezcan, se ve precisado á alimentarse de ficciones. Me basta, por ahora, haber indicado el origen y primera causa de una inclinación que ha modificado todas mis pasiones, y que, contentiéndolas por medio de ellas mismas, siempre me ha hecho perezoso para obrar, por excesivo ardor en el deseo.

Así llegué á los diez y seis años, inquieto, cansado de todo y de mí mismo, fastidiado de mi situación, ajeno á los placeres propios de aquella edad, devorado por deseos cuyo objeto ignoraba, llorando sin motivo determinado, suspirando sin saber por qué; en fin, acariciando tiernamente mis quimeras, porque nada veía en derredor que les fuese equivalente. Venían todos los domingos mis compañeros á buscarme, al salir de la iglesia, para que fuera á divertirme con ellos. Si hubiese podido excusarme, lo habría hecho de muy buena gana, pero una vez engolfado en sus juegos, me entusiasmaba más que todos ellos, y era muy difícil sosegar me ni detenerme. Por este tenor he sido constantemente: cuando íbamos á paseo fuera de la ciudad, seguía siempre adelante sin acordarme de la vuelta, á menos que los demás pensasen por mí. Dos veces llegué á la ciudad cuando estaban las puertas ya cerradas y tuve que quedarme fuera. Puede imaginarse cómo fui tratado al día siguiente; y me prometieron tal acogida para la tercera, que me propuse no exponerme á la prueba; sin embargo, esta temible reincidencia hubo de llegar un día. Mi vigilancia fué burlada por un maldito capitán llamado Minutoli que siempre cerraba la puerta donde estaba de guardia media hora antes que los otros. Volví yo con dos compañeros, cuando á media legua de la ciudad oigo la retreta y redoblo el paso; suena el tambor y corro desalado; llego sin aliento y sudando á mares; el corazón me latía fuertemente; distingo de lejos á los soldados en sus puestos, corro gritando con sofocada voz, pero ya era tarde. Á veinte pasos de la avanzada, veo levantar el pri-

mer puente, y me estremezco al espectáculo de aquellas terribles astas que se mueven, siniestro y fatal augurio de la desdichada suerte que en aquel momento empezaba para mí.

En el primer arrebato de dolor, dejéme caer en el glacis y mordí la tierra; mis compañeros, riéndose de su desgracia, tomaron su partido desde luego. Yo también tomé el mío, pero fué muy diferente. Juré allí mismo no volver á casa de mi amo; y cuando al abrirse las puertas entraron en la ciudad, me despedí de ellos para siempre, encomendándoles solamente que participasen á mi primo la resolución que había tomado y el sitio donde podría verme por última vez.

Cuando entré de aprendiz, hallándonos más separados que antes, nos veíamos menos. Durante las primeras semanas todavía nos juntábamos todos los domingos; pero cada cual fué tomando insensiblemente diferentes hábitos, y así nos fuimos alejando, á lo que su madre contribuyó mucho seguramente. Él pertenecía á la clase elevada, mientras que yo, mezquino aprendiz, formaba entre los trabajadores. No había entre nosotros igualdad, á pesar del nacimiento, y tratarse conmigo era rebajarse. Con todo, nuestras relaciones no cesaron completamente; pues, como tenía buenos sentimientos, se dejaba guiar á veces por su corazón, á pesar de las sugerencias de su madre. Acudió tan luego como supo mi designio, mas no para disuadirme ni para seguir mi suerte, sino para proporcionarme un lenitivo trayéndome algunos regalos, porque mis recursos no me permitían ir muy lejos. Dióme entre otras cosas una espada pequeña de la que estaba prendado y que llevé hasta Turín, donde la necesidad me obligó á venderla, pasándomela, como vulgarmente se dice, á través del cuerpo.

Cuanto más he reflexionado después sobre la conducta que mi primo observó conmigo en ocasión tan crítica, más me he convencido de que obró por consejo de su madre y quizás también de su padre; porque es imposible que, siguiendo sus

propias inspiraciones, no hubiese hecho ningún esfuerzo para detenerme, ó no hubiese tenido deseos de venirse conmigo: pero todo lo contrario; en vez de disuadirme, todavía me animó á llevar á cabo mi proyecto; y cuando me vió resuelto firmemente, se separó de mi sin costarle muchas lágrimas. Nunca más nos hemos visto ni escrito, y es lástima, porque tenía un carácter esencialmente bueno y habíamos nacido para amarnos.

Séame permitido, antes de abandonarme á la fatalidad de mi destino, volver un instante los ojos hacia el que me aguardaba naturalmente, si hubiese ido á parar en manos de mejor amo. Nada más conforme á mi carácter, ni más propio para hacerme dichoso que la oscura y tranquila posición de un buen artesano, sobre todo la de ciertas clases, como la del grabador en Ginebra. Bastante lucrativo para proporcionar una subsistencia cómoda, y poco á propósito para enriquecerse con ella, habria limitado para siempre mi ambición, y dejándome bastante espacio para entregarme á sencillos recreos, me habria encerrado dentro de mi esfera, sin ofrecerme ocasión para salirme de ella.

Dotado de una imaginación bastante rica para revestir con sus quimeras cualquier posición, capaz de transportarme, digámoslo así, de una posición á otra á medida de mi gusto, poco me importaba aquella en que realmente me hallase. La distancia que mediara entre mi situación real y cualquier castillo en el aire no podía ser tan grande que no me fuese facilísimo salvarla. De aquí se sigue que la situación que mejor me convenia era la que exigiese menos bullicio y cuidados, que dejara el espíritu más libre; y esto era cabalmente la mia. En el seno de mi religión, de mi patria, mi familia y mis amigos, habria vivido tranquila y dulcemente cual convenia á mi carácter, en la monotonía de una ocupación grata y de una

sociedad propia para mi corazón. Habría sido buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo, buen artesano, hombre de bien, en una palabra. Hubiera vivido satisfecho de mi profesión, quizás le hubiera hecho honor; y al fin de una vida oscura y sencilla, pero dulce y uniforme, hubiera muerto en paz rodeado de mis deudos y amigos; y aunque olvidado al poco tiempo, á lo menos habria sido llorado mientras se hubiese conservado mi memoria.

En lugar de todo esto... ¡Qué espectáculo voy á presentar! ¡Oh! no nos anticipemos en hablar de las miserias de mi vida; harto tendré que ocupar con tan triste motivo la atención de mis lectores.

LIBRO SEGUNDO

(1728 á 1731.)

Cuanto más triste me pareció el primer momento en que el terror me sugirió el proyecto de la huida, tanto más encauzador me pareció el acto de ejecutarlo.

Niño todavía, abandonar mi país, mis parientes, mis protectores y mis recursos; dejar una profesión sin haberla aprendido lo bastante para con ella ganarme la vida; entregarme á los horrores de la miseria sin medio alguno para combatirla; en la edad de la inocencia y la flaqueza, exponerme á todas las tentaciones de la desesperación y del vicio; ir al encuentro de los males, de los errores, de los engaños, de la esclavitud y de la muerte, bajo un yugo mucho más inflexible que el que no había podido soportar: á todo esto me lanzaba, ésta es la perspectiva que hubiera debido fijar mis miradas.

¡Cuán diferente era lo que yo me imaginaba! El sentimiento de la independencia que creía haber conquistado era el único que me embargaba. Libre y dueño de mi mismo, creía poder hacerlo todo, lograrlo todo; no tenía más que lanzarme para elevarme y volar en el espacio. Entraba con planta firme en el vasto espacio del mundo; mi mérito iba á llenarlo todo; iba á encontrar á cada paso festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos á servirme, mujeres ávidas de complacerme; el universo iba á llenarse con mi aparición; no precisamente el universo todo, ya le dispensaba en parte de ello, no siéndome necesario tanto; contentábase con un círculo agradable, lo demás nada me importaba. Mi moderación me inscribía en una esfera limitada, pero deliciosamente esco-

gida, cuyo imperio tenía asegurado. Concretábase mi ambición á un solo palacio: ser el favorito de los señores, el amante de la hija, amigo del hermano y protector de los vecinos, y ya estaba satisfecho; nada más necesitaba.

Entre tanto llegaba este modesto porvenir, anduve algunos días errante no lejos de la ciudad, acogido por algunos campesinos conocidos, que me recibieron con más afabilidad que lo habrían hecho personas urbanas. Me acogían dándome alimentación y alojamiento harto buenos para ser una acción meritoria. Esto no podía llamarse una limosna; pues no se daban aires de superioridad.

Á fuerza de viajar y recorrer el mundo, fui á parar á Cónfignón, país de Saboya, á dos leguas de Ginebra. Llamábase el cura párroco señor de Pontverre. Este nombre, famoso en la historia de la República, me llamó sobremanera la atención. Tenía curiosidad de saber cómo eran los descendientes de los caballeros de la Cuchara. Fui, pues, á ver al señor de Pontverre, que me recibió muy bien: me habló de la herejía de Ginebra, de la autoridad de la santa madre Iglesia, y me dió de comer. Yo no sabía qué contestar á argumentos que acababan de tal manera, y juzgué que los párrocos que daban tan buena comida valían, por lo menos, tanto como nuestros ministros. Seguramente sabía yo mucho más que el cura á pesar de su nobleza; pero no podía ser tan buen teólogo como buen convidado; y su vino de Frangí, que me pareció excelente, argumentaba con tanta fuerza en favor suyo que me hubiera avergonzado de hacer callar á tan buen huésped. Cedía, por consiguiente, ó á lo menos no le resistía de frente.

Cualquiera que hubiese visto mis rodeos me hubiera creído falso, equivocadamente; lo cierto es que no era más que agradecido. La lisonja, ó mejor dicho, la condescendencia no siempre es un vicio; frecuentemente es más bien un acto virtuoso, sobre todo en la juventud. La bondad con que nos tratá

una persona nos atrae á ella y no cedemos para engañarla, sino para no entristecerla, para no volverle mal por bien. ¿Qué interés más que el mio propio podía mover al señor de Pontverre á darme hospitalidad y buen tratamiento y á quererme convencer? Mi joven corazón me lo decía y estaba lleno de reconocimiento y respeto hacia el buen sacerdote. Conocía mi superioridad, pero no quería agobiarle en pago de su hospitalidad. No había en esta conducta la menor hipocresía; no tenía intención ninguna de cambiar de religión, y lejos de familiarizarme tan rápidamente con esta idea, me causaba tal horror que debía alejarla de mí durante mucho tiempo; sólo quería no disgustar á los que me halagaban con esta mira; quería mantener su benevolencia y dejarles en la esperanza de lograr su objeto, apareciendo peor armado de lo que realmente estaba. En esto, mi falta se parecía á la coquetería de las mujeres honradas, que, á veces, para lograr sus fines, sin permitir ni prometer nada, saben hacer esperar más de lo que se proponen conceder.

La razón, la piedad, el amor al orden, exigían sin duda que, lejos de favorecer mi locura, me aiejasen de la perdición á que corría, volviéndome al seno de mi familia. Esto es lo que hubiera hecho ó intentado á lo menos cualquier hombre verdaderamente virtuoso; pero el señor de Pontverre distaba mucho de serlo, á pesar de ser un buen hombre; al contrario, era de estos que no conocen otra virtud que adorar las imágenes y rezar el rosario; una especie de misionero que nada mejor imaginaba para el servicio de la fe que publicar libelos contra los ministros de Ginebra. Lejos de volverme á mi casa, aprovechó mi deseo de alejarme de ella, para imposibilitarme de volver, aun cuando yo mismo lo hubiese deseado. Podía asegurarse que me encaminaba á ser un tunante ó á perecer de miseria. Mas no paró mientes en ello: no vió más que un alma arrancada á la herejía y llevada á la Iglesia. ¿Qué la

importaba que fuese un pícaro ó un hombre de bien, con tal de que fuese á misa? Mas no se crea que semejante modo de pensar sea peculiar de los católicos; es propio de toda religión dogmática cuya esencia no consiste en la obrar, sino en creer.

« El Señor os llama, me dijo, id á Annecy; encontraréis allí á una buena señora muy caritativa á quien los beneficios que el rey le dispensa le permiten apartar á otras almas del error en que ella misma se había visto sumida. » Referíase á la señora de Warens, convertida recientemente, á quien los curas obligaban á compartir una pensión que le tenía asignada el rey de Cerdeña con la canalla que iba á vender su fe. La necesidad de recurrir á una buena señora muy caritativa me humillaba. Me agradaba, sí, que me diesen lo necesario; pero no que me hiciesen limosna; y una devota no tenía para mí atractivo alguno. Mas, empujado por el cura, por el hambre que me apretaba y por el deseo de emprender un viaje y de llevar un fin determinado, resolvíme, aunque con dolor, y partí á Annecy. Podía ir en un dia fácilmente; pero no me apresuraba, y tardé tres. No divisaba castillo á derecha é izquierda del camino adonde no corriese en busca de las aventuras que estaba en la seguridad de que me esperaban en ellos. No me atrevía á entrar ni llamar á sus puertas, porque mi timidez era extrema; pero cantaba al pie de la ventana que mejor me parecía, extrañándome sobremanera no ver asomarse, después de haberme desgañitado, damas ni doncellas atraídas por la belleza de mi voz ó la gracia de las canciones, atendido á que las sabía admirables, aprendidas de mis camaradas, ya que las cantaba divinamente.

En fin llegué, y vi á la señora de Warens. Aquella época de mi vida determinó mi carácter; no puedo resolverme á pasar por ella ligeramente.

Sin ser lo que se llama un joven guapo, era, aunque de baja estatura, bien formado, tenía el pie pequeño, la pierna bien

contorneada, aire desembarazado, rostro animado, boca pequeña, cejas y cabello negros, los ojos pequeños y algún tanto hundidos, pero que lanzaban con vigor el fuego en que yo ardía. Por desgracia ignoraba todo esto, y en mi vida se me ha ocurrido pensar en mi figura, hasta que ya no era tiempo de valerme de ella. A la timidez natural á mi edad se reunía la de un carácter afectuoso, turbado siempre por el temor de disgustar. Por otra parte, aunque mi entendimiento estaba regularmente cultivado, como no conocía el mundo, carecía completamente de urbanidad, y lejos de suplirla, mis conocimientos no hacían más que aumentar mi timidez, porque me hacían comprender cuanta falta me hacía.

Temiendo, por consiguiente, que mi presentación produjera mal efecto, me previne de otra suerte, escribiendo una magnífica carta en estilo oratorio, en que, urdiendo frases que había encontrado en los libros con locuciones de aprendiz, desplegué toda mi elocuencia, para bienquistarme con la señora de Warens. Incluí en esta carta la del cura y me dirigí á la terrible audiencia. Era el domingo de Ramos del año 1728. Cuando llegué á la casa, me dijeron que la señora acababa de salir y que se dirigía á la iglesia. Corro en su seguimiento, la diviso, la alcanzo, le hablo... Debo recordar aquel lugar venturoso que posteriormente he regado con lágrimas y cubierto de besos muchas veces. ¡Que no pueda ceñirlo con una balaustrada de oro y atraerle el homenaje del mundo entero! Todo aquel que sea aficionado á honrar los monumentos de la salvación de los hombres, no debería llegar allí sin postrarse de rodillas.

Era un pasadizo que había detrás de su casa, entre un arroyo á la derecha que lo separaba del jardín y la pared del patio á la izquierda, y conducía á una puerta falsa de la iglesia de los franciscanos. Estaba ya junto á esta puerta, cuando se volvió al oír mi voz. ¡Qué sorpresa la mía! Habíame figurado

una beata vieja y ceñuda; á mi entender no podía ser otra cosa la *buena señora* del señor de Pontverre. Pero vi un rostro lleno de gracias, bellos ojos azules, llenos de dulzura, una tez deslumbradora, una garganta de contorno encantador. Nada se escapó á la rápida ojeada del joven prosélito; porque lo fui suyo desde aquel instante, seguro de que una religión predicada por tales misioneros no podía dejar de conducir al paraíso. Tomó sonriendo la carta que con mano trémula le presenté, ábrela, pasa los ojos sobre la del cura y los vuelve á la mía que lee toda, y que habría vuelto á leer si su criado no le hubiese advertido que era hora de entrar. «¡Tan joven, errante ya por el mundo,» me dijo con un tono que me hizo estremecer. «Es una verdadera lástima!» Luego añadió sin esperar mi respuesta: «Id á esperarme en mi casa y decid que os den de almorzar; ya hablaremos en saliendo de misa.»

Luisa Leonor de Warens era una señorita de la Tour de Pil, antigua y noble familia de Vevai, ciudad del país de Vaud. Se había casado muy joven con el señor de Warens de la casa de Loys, hijo mayor del de Villardin, de Lausana.

Este matrimonio, que no tuvo sucesión, fué desgraciado. Un día la señorita de Warens, impulsada por algún pesar doméstico, aprovechó la ocasión de hallarse el rey Víctor Amadeo en Evián, y atravesando el lago fué á echarse á sus pies, abandonando así á su marido, su familia y su país por una lijereza muy semejante á la mía, y que lo mismo que yo ha tenido ocasión de lamentar. El rey, amigo de mostrarse católico ferviente, tomola bajo su amparo, señalóle una pensión de mil quinientas libras del Piamonte, que, para un príncipe tan poco pródigo, era mucho; y viendo que por esta acogida se le juzgaba enamorado, la envió á Annecy con una escolta de guardias reales, donde, bajo la dirección de Miguel Gabriel de Bernex, obispo titular de Ginebra, abjuró en el convento de la Visitación.

Seis años hacía entonces que allí estaba, y tenía veintiocho, habiendo nacido con el siglo. Era una de esas hermosuras que se conservan, porque consisten más en la fisonomía que en las facciones; así la suya se conservaba todavía en todo su esplendor primero. Tenía el ademán cariñoso y tierno, muy dulce la mirada, sonrisa angelical, la boca como la mía, un cabello ceniciento de rara belleza, peinado con cierto descuido que le daba una expresión graciosísima. Era pequeña de estatura, muy pequeña, y un poco llena para su estatura, aunque sin deformidad; pero no puede darse una cabeza más hermosa, más bello seno, manos más delicadas, mejor contorneados brazos.

Su educación había sido muy variada; como yo, había perdido su madre al venir al mundo, y adquiriendo conocimientos sin método, según se presentaban, aprendió un poco de su aya, un poco de su padre, un poco de sus maestros y mucho de sus amantes, principalmente de uno llamado de Tavel, que comunicó á la que amaba parte del buen gusto y conocimientos que le adornaban. Mas la diversidad de géneros hizo que se dañaran mutuamente, y el orden incompleto en que los puso ella misma impidió que sus varios estudios alcanzasen el desarrollo que su capacidad permitía. Por esto, á pesar de conocer algunos principios de filosofía y de física, no pudo librarse de la afición de su padre hacia la medicina empírica y la alquimia; componía elixires, tinturas, bálsamos, precipitados y pretendía poseer secretos. La asediaron los charlatanes, aprovechándose de su debilidad, se apoderaron de ella, la arruinaron, y entre drogas y hornillos aniquilaron su vivacidad, su talento y sus gracias, que hubieran podido hacer la delicia de la sociedad más escogida.

Pero si algunos malvados abusaron de su educación mal dirigida para oscurecer la luz de su inteligencia, su corazón excelente á toda prueba se conservó siempre el mismo; su

carácter afectuoso y dulce, su compasión por los desgraciados, su inagotable bondad, su buen humor franco y expansivo, no se alteraron nunca, y hasta en los umbrales de la ancianidad, sumida en la indigencia, agobiada de males y calamidades, la serenidad de su alma le conservó hasta el fin de su vida toda la jovialidad de sus más hermosos tiempos.

Sus errores provenían de un fondo de actividad interminable que exigía una ocupación constantemente. No intrigas mujerieles, sino empresas que combinar y dirigir era lo que le convenía. Había nacido para las empresas de grande importancia. La señora de Longueville en su lugar, no hubiera pasado de ser una enredadora; ella en el lugar de ésta habría gobernado el Estado. Su capacidad no fué convenientemente empleada; y lo que la habría hecho famosa colocada en posición más elevada sirvió para perderla en aquella en que vivió. En lo que estaba á su alcance, siempre organizaba un plan en su interior y veía su objeto engrandecido. De aquí resultaba que, empleando medios más bien proporcionados á sus miras que á sus fuerzas, fracasaba por culpa de los demás; y una vez fracasado su proyecto, quedaba arruinada donde otros no hubieran perdido casi nada.

Este carácter emprendedor, que le causó tantos daños, le hizo en cambio un gran bien impidiéndole fijarse para el resto de su vida en su monástico asilo, como tenía pensado hacerlo. La vida simple y uniforme de las religiosas y su cháchara de locutorio no podían cautivar un carácter siempre en movimiento, que, formando cada día nuevos planes, necesitaba libertad para entregarse á ellos. El bueno del obispo de Bernex, con menos inspiración, tenía muchos puntos de contacto con Francisco de Sales; y la señora de Warens, á quien llamaba su hija, y que se parecía mucho á la senora de Chantal, hubiera podido parecersele además en su retiro, si sus inclinaciones no la hubiesen desviado de la ociosidad del convento. Si aquella

amable mujer no se dedicó á las minuciosas prácticas de devoción que parecían convenir á una nueva convertida que vivía bajo la dirección de un prelado, no fué seguramente por falta de celo. Cualquiera que fuese el motivo que la indujese á cambiar de religión, fué sincera en la que había abrazado. Pudo haberse arrepentido de la falta cometida, pero no desear volver atrás; y no solamente murió siendo buena católica, sino que vivió como tal, de buena fe; y me atrevo á afirmar, yo, que pienso haber leído en el fondo de su corazón, que si no se las echaba de devota en público era únicamente por aversión á las gazmoñerías. Poseía una piedad harto sólida para afectar devoción. Pero no es ahora ocasión de extenderme acerca de sus principios; otras vendrán oportunas para tratar de ellos.

Expliquen, si pueden, los que niegan la existencia de las simpatías, cómo es que desde la primera entrevista, desde la primera palabra, desde la primera mirada, me inspiró la señora de Warens no solamente un afecto vivo, si que también una confianza completa que jamás se ha desmentido. Supongamos que mi afección por ella fuese verdadero amor, cosa que parecerá por lo menos dudosa á cualquiera que examine nuestras relaciones, ¿cómo pudo esta pasión ir desde el primer instante acompañada de los sentimientos que menos le convienen, la paz del corazón, la calma, la serenidad, la confianza, la seguridad? ¿Cómo, hallando por vez primera una mujer amable, fina, seductora, una señora de rango superior al mío, que no había conocido igual, de quien en parte dependía mi suerte, según el mayor ó menor interés que por mí tomase; cómo, digo, con todo esto me encontré desde luego tan libre, tan tranquilo, cual si hubiese estado segurísimo de caerle en gracia? ¿Cómo no tuve un momento de embarazo, de timidez, de turbación? Naturalmente vergonzoso, retraído, sin conocer el mundo, ¿cómo tratando con ella,

hallé desde el primer día, desde el primer instante, las maneras fáciles, el lenguaje afectuoso, el tono familiar que tenía diez años después, cuando la mayor intimidad lo hizo natural? ¿Puede tenerse amor, no digo sin deseo, porque yo lo tuve, pero sin inquietudes, sin celos? ¿No se quiere saber á lo menos si es uno correspondido del objeto amado? Es una pregunta que en la vida se me ocurrió hacerle ni una sola vez, como preguntarme á mi mismo si yo me amaba; y ella tampoco se mostró nunca más curiosa conmigo. Hubo si algo singular en mi cariño hacia aquella mujer encantadora, y en lo que sigue se hallarán extrañezas que no es fácil esperar.

Húbose de tratar de mi suerte, y para hacerlo más despacio, me hizo quedar á comer. Por vez primera faltóme el apetito; y su doncella, que nos servía, declaró asimismo que no había visto faltarle á ningún viajero de mi edad y condición. Esta observación, que en nada me rebajaba á los ojos de su señora, caía de lleno sobre un palurdo que comía con nosotros y que devoró él solo una ración que hubiera sido decente para seis personas.

En cuanto á mí, me hallaba tan extasiado que no pensaba en comer. Mi corazón se alimentaba de un sentimiento nuevo que inundaba todo mi ser y no me dejaba libertad de espíritu para ninguna otra cosa.

La señora de Warens quiso conocer los detalles de mi historia, en cuyo relato recobré todo el calor que había perdido en casa de mi amo. Á medida que se interesaba en mi relación, más se lamentaba de la suerte á que iba á exponerme. Su tierna compasión se reflejaba en su semblante, en su ademán. No se atrevía á aconsejarme que volviese á mi casa; por su posición hubiera sido un crimen de lesa catolicismo, y sabía muy bien cuán vigilada estaba y que todas sus palabras eran comentadas. Pero me habló de la aflicción que debió haber sufrido mi padre, en tono tan conmovedor,

que bien claramente revelaba su aprobación á que fuera á consolarle. No sabía ella cómo, sin sospecharlo, abogaba en contra de si misma. Aparte de que mi resolución, como tengo dicho, según creo, era irrevocable, cuanto más elocuente, más persuasiva la encontraba, tanto más me interesaba y no podía resolverme á desprenderme de ella. Conocía que volverme á Ginebra era colocar entre los dos una barrera casi insuperable, á menos de volver á las andadas, y para esto más valía no volver atrás. A esto me atuve. La señora de Warens, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, no continuó hasta comprometerse; pero, mirándome compasivamente dijo: «Pobre niño, irás adonde Dios te llama; pero cuando seas hombre, te acordarás de mí.» No creo yo que imaginase cuán cruelmente se cumpliría su predicción.

Quedaba en pie la misma dificultad. ¿Cómo subsistir, tan joven, lejos de mi país? Á la mitad apenas de mi aprendizaje, estaba muy lejos de poder ejercer mi profesión, y aunque la hubiese conocido bastante, tampoco hubiera podido vivir en Saboya, país harto pobre para que en él viviesen las artes. El patán que comía por nosotros, obligado á hacer un alto para dar descanso á sus mandíbulas, emitió un pensamiento que dijo inspirado por el cielo y que á juzgar por sus resultados, debió venir del lado opuesto: consistía en que fuese yo á Turín donde hallaría, en un hospicio establecido para la instrucción de los catecúmenos, el alimento del cuerpo y del espíritu, hasta tanto que, admitido en el seno de la Iglesia, encontrase almas caritativas que me proporcionasen una colocación que me conviniese. «En cuanto á los gastos del viaje, prosiguió nuestro hombre, su eminencia monseñor el obispo no dejará de tener voluntad de proveer caritativamente, si la señora le propone tan santa obra; y la señora baronesa, añadiendo inclinándose sobre los platos, se apresurará también á contribuir seguramente.»

Todas esas caridades las encontraba yo muy duras; tenía el corazón oprimido, no decía nada, y la señora de Warens, sin acoger este proyecto con tanto calor como fué expuesto, se contentó con responder que cada cual debía contribuir al bien según sus facultades, y que hablaría á monseñor: pero aquel hombre endemoniado que tenía algún interés en el asunto, temiendo que ella no lo tomaría con empeño, corrió á prevenir á los limosneros y embaucó tan bien á aquellos buenos clérigos, que al ir á ver al obispo la señora de Warens, que temía por mí aquel viaje, todo lo encontró arreglado; de suerte que recibió de él desde luego el dinero destinado para mi pequeño viático. Ella no se atrevió á insistir para que me quedase; me iba acercando á una edad en que una mujer como ella no podía retenerme cerca de sí por decoro.

Así dispuesto mi viaje por las personas que por mí se interesaban, fué necesario someterme, y esto es lo que hice sin gran repugnancia. Aunque Turín estaba más lejos de allí que Ginebra, pensé que, siendo la capital, tendría con Annecy más relaciones que una ciudad extranjera y diferente en religión; además, yéndome para obedecer á la señora de Warens, me consideraba bajo su dirección, y esto era más aún que vivir á su lado. En fin, la idea de un viaje, de un gran viaje, halagaba mi espíritu ambulante que ya comenzaba á declararse. Parecíame muy bello á mi edad atravesar los montes y elevarme sobre mis camaradas toda la altura de los Alpes. Visitar un país es un incentivo á que no hay ginebrino capaz de resistir; li, por tanto, mi consentimiento. Nuestro palurdo debía marchar con su mujer á los dos días y les fui recomendado: les entregaron mi peculio aumentado por la señora de Warens; ésta me dió en secreto alguna cantidad que acompañó con amplias instrucciones, y partimos el miércoles santo.

Al siguiente día de mi salida de Annecy, llegó allí mi padre

siguiéndome la pista con un amigo suyo llamado Rival, relojero también, hombre de ingenio y aun de singular talento, que componía versos mejores que los de la Motte, y hablaba casi tan bien como éste; además hombre perfectamente honrado, pero cuya abandonada literatura no sirvió más que para hacer comediante á un hijo suyo.

Estos señores vieron á la señora de Warens, y se contentaron con llorar mi suerte en su compañía, en vez de seguirme y alcanzarme como hubieran logrado fácilmente, pues iban montados mientras yo iba á pie. Lo mismo ocurrió con mi tío Bernard. Fué á Confignón, desde donde se volvió á Ginebra, sabiendo que yo había salido para Anney. Parecía que mis parientes conspiraban con mi estrella para entregarme al destino que me esperaba. Mi hermano se había perdido por una indolencia semejante, y tan perdido que nunca se supo lo que fué de él.

Era mi padre no solamente un hombre de honor, sino de una probidad completa, y dotado de una de esas almas fuertes que producen las grandes virtudes; y además era un buen padre, sobre todo para mí. Amábame tiernamente, pero también amaba sus placeres, y desde que viví alejado de él, otros afectos entibaron el sentimiento paternal. Había contraído en Nyón segundas nupcias; su mujer no estaba ya en edad de darle hijos, pero tenía padres y de aquí resultó una nueva familia, nuevos objetos, otra casa que no recordaba tan frecuentemente mi memoria.

Mi padre envejecía y no podía contar con nada en su ancianidad; mi hermano y yo teníamos alguna cosa que nos había dejado nuestra madre, y ausentes nosotros, para él quedaba nuestra renta. No es que se le ocurriese esta idea y le impidiese cumplir con su deber, sino que le movía ocultamente, sin darse cuenta de ello él mismo, y enfriaba algunas veces su celo, que sin esto hubiera sido más vivo.

He aquí, según creo, por qué habiendo venido hasta Anney siguiéndome al principio, no prosiguió hasta Chamberi, donde moralmente estaba seguro de encontrarme. He aquí también por qué, habiendo ido á verle con frecuencia, después de mi huida, siempre me prodigó caricias paternales, pero sin grandes esfuerzos para que me quedase.

Semejante conducta de un padre cuya virtud y cariño tan bien he conocido, me han sugerido acerca de mí mismo reflexiones que han contribuido no poco á mantenerme sano el corazón. He deducido de esto una gran máxima moral, única quizás adaptable á la práctica: evitar las ocasiones que coloquen nuestros deberes en oposición con nuestros intereses, y que pongan nuestra conveniencia en el daño ajeno, seguro de que, en estos casos, por muy sincero que sea nuestro afecto á la virtud, tarde ó temprano sucumbimos sin sentirlo; y venimos á ser injustos y malvados en la práctica, sin haber dejado de ser justos y buenos en los sentimientos.

Profundamente impresa esta máxima en mi alma, y aunque un poco tarde puesta en práctica en todos mis actos, es una de las cosas que me han hecho aparecer en público con un carácter más extravagante y loco, sobre todo á los ojos de mis conocidos. Me han imputado querer ser original y obrar de un modo diferente de los demás, cuando, á la verdad, no pensaba en hacer lo que los otros ni lo contrario tampoco. Deseaba sinceramente hacer lo que estuviese bien hecho. Con todas mis fuerzas hula de cualquier situación en que mi interés estuviese en oposición con el de otra persona y, por consecuencia, pudiese sentir un deseo secreto aunque involuntario del mal de esta persona.

Hace dos años que milord Marechal quiso ponerme en su testamento, á lo que me opuse con todas mis fuerzas. Hícele observar que por nada del mundo quisiera saber que estaba incluido en el testamento de quien quiera que fuese, y mucho

menos en el suyo, y cedió á mis instancias. Ahora quiera señalarme una pensión vitalicia, á lo que yo no me opongo. Se dirá que me conviene el cambio: puede ser así, pero, ¡oh bienhechor y padre mio! si tengo la desgracia de sobreviviros, sé que al perderos lo pierdo todo y nada podré ganar.

Esta es á mi entender la buena filosofía, la única verdaderamente conforme con el corazón humano. Cada día me convenzo más de su solidez, y la he desarrollado de mil modos en todos mis últimos escritos; pero el público, que es frívolo, no ha sabido conocerlo. Si sobrevivo al fin de este trabajo lo bastante para emprender otro, me propongo ofrecer en la continuación del *Emilio* un ejemplo tan notable y bello de esta misma máxima que el lector se vea obligado á fijar su atención en él. Mas para un viajero ya son muchas reflexiones y es tiempo de continuar nuestro camino.

Hallélo más agradable de lo que podía esperar, y el patán no fué tan áspero como parecía. Era un hombre de mediana edad que llevaba en forma de coleta sus cabellos negros medio encanecidos; tenía aspecto de granadero y voz recia; era bastante divertido, buen andador, mejor comedor, y hacía todos los oficios por no conocer ninguno. Se había propuesto establecer no se qué industria en Annecy, plan en que la señora de Warens no dejó de trabajar, y hacia á Turin aquel viaje, bien pagado, para procurar que el ministro lo aprobara. Tenía nuestro hombre talento de intrigante, colándose siempre entre los curas; y haciéndose el solícito en servirles, aprendió en su escuela una jerga devota que usaba constantemente preciándose de gran predicador. Hasta sabía el latín, algún pasaje de la Biblia, y le valía tanto como si hubiese sabido mil, porque lo repetía mil veces cada día. Por lo demás, raras veces carecía de dinero, mientras supiese quien lo tenía. Era, sin embargo, más que pícaro, ladino, y endilgando siempre sus ram-

plones discursos con tono de reclutador, parecía Pedro el hermitaño predicando la cruzada con el sable al lado.

En cuanto á su esposa, la señora Sabrán, era mujer bastante regular, más quieta de día que de noche. Como yo dormía siempre en su cuarto, frecuentemente me despertaban sus ruidosos insomnios, que más me habrían despertado si hubiese comprendido su causa. Pero ni siquiera la sospechaba, siendo tan ignorante, que en esta materia quedó mi instrucción al solo cuidado de la naturaleza.

Hice alegremente el camino con mi devoto guía y su bulliosa compañera. Ningún accidente turbó nuestro viaje; yo me hallaba en la mejor disposición física y moral que haya experimentado en mi vida. Joven, vigoroso, rebosando salud, enteramente tranquilo, lleno de confianza en mi mismo y en los demás, me hallaba en este corto, pero precioso periodo de la vida en que su plenitud expansiva dilata, por decirlo así, nuestro ser, por medio de todas nuestras sensaciones, y embellece á nuestros ojos la naturaleza entera con el encanto de nuestra existencia. Mi tierna zozobra tenía un objeto que la hacía menos errante y fijaba mi imaginación. Me consideraba como la obra, el discípulo, el amigo, casi el amante de la señora de Warens. Las cosas amables que me había dicho, sus caricias, sus atenciones, aquel interés tan tierno que pareció tomar por mí, sus hechiceras miradas, que me parecían llenas de amor, porque á mi me lo inspiraban, todo esto alimentaba mi mente durante el camino y me hacía soñar deliciosamente.

Ningún temor, ninguna duda acerca de mi destino venían á turbar estos delirios. Enviarme á Turin era á mi entender obligarse á sostenerme allí, á colocarme convenientemente. Ya no tenía ningún cuidado por mí mismo; otros se habían encargado de ello. Así andaba yo ligero, libre de este peso; los deseos juveniles, la esperanza encantadora, los proyectos brillantes llenaban mi espíritu. Cuantos objetos veía me parecían

fiadores de mi próxima felicidad. Imaginaba festines rústicos en las casas, en los prados bulliciosos fuegos, paseos, baños, pescas en las riberas, sabrosas frutas en los árboles, voluptuosas entrevistas á su sombra; jarros de leche y de nata en las montañas, una agradable holganza, la paz, la sencillez, el placer de ir sin saber á donde. En fin, cuanto se ofrecía á mis ojos llevaba á mi corazón algún motivo de gozo. La grandeza, la variedad, la belleza real del espectáculo que presenciaba lo hacían digno de la razón, la misma unidad mezclaba en ello su partecita. Ir á Italia tan joven, haber visto ya tanto terreno, seguir á Anibal atravesando montes, me parecía una gloria que estaba por encima de mi edad. Añádase á todo esto frecuentes y buenas detenciones, mi buen apetito y tener con que satisfacerlo; aunque á la verdad no valía la pena de hablar de él, pues comparado con el señor Sabrán, lo que yo comía parecía nada.

No me acuerdo haber tenido en todo el curso de mi vida un intervalo más perfectamente exento de cuidados y penas que el de los siete ú ocho días que echamos en aquel viaje; porque el paso de la mujer de Sabrán, al cual teníamos que adaptar el nuestro, lo convirtió en un paseo. Este recuerdo me ha dejado una afición viva á todo lo que con él se relaciona, sobre todo por las montañas y los viajes pedestres. No he viajado á pie más que en mis días hermosos y siempre agradablemente. Pronto los deberes, los negocios, tener que llevar un equipaje me obligaron á echármelas de caballero, y tomar un coche, donde subían conmigo el roedor desasosiego, el engorro y la molestia, y desde entonces en lugar del solo placer de ir que antes sentía, no me ocurría más que el anhelo de llegar pronto. Durante mucho tiempo he buscado en París dos amigos de igual gusto que el mío que quisiesen consagrar cada uno cincuenta luises y un año á un viaje por Italia hecho así, juntos, sin más equipaje que un saco de noche llevado por un muchacho que

viniese con nosotros. Muchos se manifestaron prendados de este proyecto, pero en el fondo lo consideraban puramente como castillo en el aire, cosa que se proyecta en conversación y nadie tiene designio de llevar á cabo.

Recuerdo que hablando con pasión de este proyecto con Diderot y Grimm, logré que entraran en deseos de hacerlo. Esta vez ya creí la cosa hecha; pero todo se redujo á querer hacer un viaje por escrito, en el cual Grimm nada hallaba tan gracioso como hacer cometer muchas impiedades á Diderot y hacerme meter á mi en la Inquisición en lugar suyo.

El disgusto que me causó llegar tan pronto á Turín, fué templado por el placer de visitar una gran ciudad y la esperanza de desempeñar pronto en ella un papel digno de mí, porque ya los humos de la ambición se me subían á la cabeza; ya me juzgaba infinitamente por encima de mi antigua posición de aprendiz; ¡cuán lejos estaba de prever que dentro de poco iba á estar muy por debajo!

Antes de continuar debo dar al lector una excusa, ó mejor, justificar todos los pequeños detalles que acabo de enumerar y los que todavía relataré en adelante, y que á él poco le interesan. En la empresa á que me he lanzado de mostrarme enteramente al público, es preciso que no quede oscuro ú oculto nada mío; es necesario que me ofrezca constantemente á sus ojos; que me siga en todas las vicisitudes de mi corazón, en todos los rincones de mi vida; que ni un solo instante me pierda de vista, temeroso de que, hallando en mi relato la menor laguna, el menor vacío, y preguntándose: ¿qué hizo en este tiempo? me acuse de no haber querido decirlo todo. Ya doy bastante materia de crítica á la malignidad de los hombres con lo que refiero, para darle más aún con mi silencio.

Había desaparecido mi reducido peculio: charlé demasiado

y mis guías no echaron la indiscreción en saco roto. La mujer encontró medio de arrancarme hasta una cinta guarnecida de plata que la señora de Warens me había dado para la espada; esta pérdida me dolía más que todo lo demás junto, y la misma espada hubiera quedado en sus garras si me hubiese resistido menos. Habían pagado fielmente mis gastos durante el camino, pero no me dejaron nada y llegué á Turin sin vestidos, sin dinero, sin ropa blanca, quedando enteramente el honor de la fortuna que iba á hacer por cuenta de mi solo mérito.

Llevaba algunas cartas que presenté, y en seguida fui conducido al hospicio de catecúmenos para instruirme en la religión á precio de la cual me vendían la subsistencia. Vi al entrar una gruesa puerta con barras de hierro que se cerró tras de mí, echando doble vuelta á la llave. Este principio me pareció más imponente que agradable y comenzaba á darme qué pensar, cuando me hicieron entrar en una sala bastante grande, donde no había más muebles que un altar de madera, y encima un gran crucifijo; en el fondo de la sala, y alrededor cuatro ó cinco sillas que parecían haber sido barnizadas, pero que estaban lustrosas sólo á fuerza de servir y ser frotadas.

Se hallaban en aquella sala de juntas cuatro ó cinco horribles bandidos, mis compañeros de instrucción, que más parecían ministros del diablo que aspirantes á ser hijos de Dios.

Dos de aquellos ruines perillanes eran esclavones, que decían ser judíos ó moros, y, como ellos mismos me lo confesaron, vivían recorriendo la España y la Italia, abrazando el cristianismo y haciéndose bautizar donde quiera que hallaban con ello un producto que valiese la pena. Abrióse otra puerta de hierro que dividía en dos un gran balcón que daba al patio, y entraron por ella nuestras hermanas las catecúmenas, que venían, como yo, á regenerarse, no por medio del bautismo, sino por una abjuración solemne. Eran, sin duda, las más grandes ramerías y más repugnantes aventureras que han apes-

tado jamás el aprisco del Señor. Sólo una me pareció bonita y algo interesante. Tenía mi edad con corta diferencia, quizás uno ó dos años más, y unos pícaros ojos que á veces se encontraban con los míos, lo que me inspiró el deseo de trabar relaciones con ella: más durante los dos meses que todavía permaneció en aquella casa, donde estaba hacía ya otros tres, me fué absolutamente imposible acercarme á ella, á causa de lo recomendada que estaba á nuestra vieja carcelera, y lo asediada que la tenía el santo misionero, que trabajaba en convertirla con más celo que diligencia. Preciso es que fuese excesivamente estúpida, aunque no lo parecía, porque jamás se ha visto instrucción más larga. El santo hombre nunca la encontraba en estado de abjurar; pero ella se fastidió de la clausura y declaró que se quería marchar cristiana ó no. Fué preciso cogerla por la palabra mientras aun consentía en serlo, por temor de que se rebelara y no quisiese.

En honor del recién venido se juntó toda la pequeña comunidad, y nos hicieron una corta exhortación: á mí para excitarme á corresponder á la gracia que Dios me hacía; á los otros para que me recomendasen en sus preces y me edificasen con su ejemplo. Después de esto, nuestras vírgenes entraron de nuevo en su clausura, y me quedó tiempo para sorprenderme á mi sabor de la en que estaba yo metido.

Al siguiente día por la mañana nos reunieron de nuevo para la conferencia, y entonces fué cuando empecé á reflexionar por primera vez en el paso que iba á dar y en las circunstancias que me habían arrastrado á ello.

He dicho ya, repito y repetiré quizás otras veces, una cosa de que cada día estoy más convencido: que si alguna vez se dió á un niño una educación poco razonable y sana, fué precisamente la mía. Hijo de una familia que se distinguía del pueblo por sus costumbres, no había recibido de todos mis parientes más que lecciones de buena conducta y ejemplos de

honradez. Aunque amigo de diversiones, era mi padre no solamente hombre de una probidad intachable, sino también religioso. Galanteador en sociedad, cristiano en el seno de la familia, desde muy temprano me había inspirado los sentimientos de que estaba poseído. De mis tres tías, prudentes todas y virtuosas, las dos mayores eran devotas, y la tercera, joven llena de gracia, de viveza y talento á la vez, lo era quizás más que ellas, aunque con menos ostentación. Del seno de tan apreciable familia pasé á manos del señor Lambercier, quien, aunque hombre de iglesia y predicador, era creyente de puertas adentro y hacía casi tanto bien como decía. Él y su hermana cultivaron con una enseñanza juiciosa y agradable los principios de piedad que en mi corazón hallaron. Aquellas dignas personas emplearon al objeto medios tan verdaderos, tan discretos, tan razonables, que, lejos de aburrirme en el sermón, nunca salía sin estar interiormente conmovido y sin hacer propósitos de bien vivir, á que faltaba raras veces, pensando en ello. En casa de mi tía Bernard, la devoción me fastidiaba un poco más, porque hacía de ella una ocupación. En la de mi amo apenas me acordé más de religión, sin pensar por esto de diferente modo, ni hallé compañeros que me pervirtiesen; así es que me volví tunante, pero no disoluto.

Tenia, pues, toda la religión que puede tener un niño á la edad en que me encontraba, y aun más, porque, ¿á qué ocultar aquí mi pensamiento? Mi infancia no fué la de un niño; yo sentía y pensaba siempre como un hombre. Sólo he pertenecido á la clase vulgar á medida que me desarrollé y crecí, porque por mi nacimiento estaba fuera de ella. Cualquiera se reíría al ver que me doy modestamente por un prodigio. Enhorabuena: pero cuando se haya reído bastante, que encuentre un niño que á la edad de seis años se aficiona á las novelas, que tome interés en la lectura, hasta el punto de llorar con

ella á lágrima viva; entonces hallaré mi vanidad ridícula y convendré en que no tengo razón.

Así es que al decir que de ningún modo convenía hablar de religión á los niños, si se quería que la tuviesen algún día, y que eran incapaces de conocer á Dios, aun á nuestra manera, he sacado esta convicción de mis observaciones, no de mi experiencia propia, porque sabía que no me podía servir de argumento para los demás. Hállense Juan Jacobo Rousseau de seis años, y hábleseles de Dios á los siete; yo respondo de que no se corre peligro alguno.

Créese generalmente que el tener religión un niño y hasta un hombre, consiste en seguir aquella en que ha nacido. Con el tiempo, á veces el fervor se disminuye; otras, más raras, se robustece; la fe dogmática es un producto de la educación. Además de este principio común que me ataba al culto de mis padres, tenía al catolicismo la aversión peculiar á nuestra ciudad, donde lo consideraban como una horrible idolatría y nos pintaban al clero con los más negros colores. Este sentimiento era en mí tan dominante, que al principio no podía entrever el interior de una iglesia, no podía ver á un sacerdote con sobrepelliz, ni oír la campanilla de una procesión sin estremecerme de terror y medio, que se disipó pronto en las ciudades, pero que se ha reproducido frecuentemente en las parroquias del campo, más semejantes al lugar donde lo había adquirido. Verdad es que esta repulsión era singularmente contrastada por el recuerdo de los halagos que prodigan de buen grado á los niños de Ginebra los párracos de las cercanías. Mientras que la campanilla del Viático me hacía temblar, la campana que anunciaba la misa ó las visperas me recordaba un almuerzo, una merienda, manteca fresca, frutas ó algún manjar aderezado con leche, ó un lactinio. La buena comida del señor de Pontverre había producido también su buen efecto. Así es que me había ilusionado agradablemente con todo esto.

No considerando al papismo más que en su relación con las diversiones y las golosinas, me había familiarizado sin trabajo con la idea de vivir en su seno; pero la de ingresar en él solemnemente no se me había ocurrido sino en mi escapatoria y en porvenir lejano. Á la sazón ya no había que engañarme, y vi con el horror más vivo la especie de compromiso que había contraído y su inevitable consecuencia. Los futuros nefandos que me rodeaban no eran nada á propósito para comunicarme valor con su ejemplo, y no pude ocultar á mis propios ojos que la santa obra que iba á hacer no era más que un acto de bandido. Aunque muy joven todavía, no dejaba de conocer que cualquiera que fuese la religión verdadera, iba á vender la mía, y que aun cuando escogiese bien, mentiría en el fondo de mi alma al Espíritu Santo, y merecería el desprecio de la humanidad. Cuanto más pensaba en ello, más me indignaba contra mí mismo, y me lamentaba de la suerte que me había conducido allí, cual si no hubiese sido obra mía. Momentos hubo en que estas reflexiones fueron tan vivas que si hubiese encontrado la puerta un solo instante abierta, de seguro me habría evadido; pero no me fué posible y tampoco fué una resolución muy decidida.

La combatían muchos deseos secretos para no vencerla. Desde luego la persistencia en mi designio de no volver á Giebra, la vergüenza, la dificultad de atravesar nuevamente las montañas, el embarazo de verme lejos de mi país, sin amigos y sin recursos; todo esto concurría á presentarme los remordimientos de mi conciencia como arrepentimiento tardío; afectaba reprocharme lo que había hecho, para disculpar lo que iba á hacer. Agravando los pasados errores, consideraba el porvenir como una consecuencia necesaria. No me decía: Todavía no hay nada hecho, y puedes, si quieres, ser virtuoso; sino: Lloro el crimen que has cometido y que tú mismo te has puesto en la necesidad de consumir.

En efecto, ¿cuán rara fortaleza de espíritu no era necesaria mi edad para revocar todo cuanto hasta entonces había podido prometer ó dejar esperar, para romper las cadenas que me había puesto, para declarar intrépidamente que deseaba continuar en la religión de mis padres, arrojando cuanto pudiera acontecer? Semejante fuerza no era propia de mi edad, y es muy probable que no hubiera tenido feliz éxito. Se había ido demasiado lejos para que quisiesen sufrir un desaire; y cuanto mayor hubiese sido mi resistencia, tanto más, se hubieran empeñado de un modo ú otro en sobrepujarla.

El sofisma que me perdió es el mismo de la generalidad de los hombres que se lamentan de carecer de energía cuando ya no es tiempo de necesitarla. Si la virtud nos cuesta trabajo, es por culpa nuestra, y si quisiésemos ser siempre buenos, rara vez tendríamos necesidad de ser virtuosos; pero nos dejamos llevar por inclinaciones fácilmente combatibles, cedemos á pequeñas tentaciones cuyo peligro despreciamos, é insensiblemente llegamos á encontrarnos en situaciones peligrosas, que hubiéramos podido evitar muy fácilmente, y de que luego no podemos escapar sino por medio de heroicos esfuerzos que nos espantan. Y caemos al fin en el precipicio clamando á Dios: ¿Por qué me hiciste tan débil? Pero á pesar nuestro responde su voz en nuestras conciencias: Te he hecho harto débil para salir del abismo, porque te he hecho bastante fuerte para no caer en él.

No tomé precisamente el partido de hacerme católico, sino que viendo la ocasión aun lejana, me tomé tiempo para acostumbarme á esta idea, figurándome que mientras tanto ocurriría algún imprevisto acontecimiento que me sacaría de apuros. Para ganar tiempo me propuse defenderme lo mejor que pudiera y á poco mi vanidad me dispensó de tener presente mi propósito; pues, tan luego como noté que á veces ponía en apuros á los que me querían enseñar, no necesité más para

procurar confundirlos completamente. Hasta desplegué en la empresa un empeño ridículo; porque mientras trataban de convencerme, yo quería hacer lo mismo con ellos. Creía de buena fe que bastaba convencerlos para persuadirlos á que se hicieran protestantes.

Por consiguiente, no hallaron en mí tanta facilidad como esperaban, ya respecto á los conocimientos, ya respecto á la voluntad. Generalmente los protestantes son más instruidos que los católicos. Es muy natural: la doctrina de los primeros exige la discusión, la de los segundos la sumisión. El católico debe aceptar la decisión que le dan; el protestante debe conocer para decidirse. Esto lo sabían muy bien; pero no esperaban, por mi posición y mi edad, dificultad grande para gente ejercitada. Además yo no había hecho todavía la primera comunión ni recibido la enseñanza que con ella se relaciona, y esto lo sabían también; pero ignoraban que había sido, en cambio, muy bien enseñado en casa del señor Lambercier, y que poseía por mi parte un pequeño caudal que les era muy molesto, sacado de la historia de la Iglesia y del Imperio, que había aprendido casi de memoria en casa de mi padre y poco menos que olvidado después, pero que nuevamente recordaba á medida que la discusión se acaloraba.

Nos hizo la primera conferencia en común un anciano sacerdote, pequeño de cuerpo pero bastante venerable. Para mis compañeros fué, más que controversia, catecismo, y más bien había que enseñarles que no resolver sus objeciones. No sucedió otro tanto conmigo. Cuando me tocó el turno, le detenía á cada paso, sin perdonarle ninguna de las dificultades que podía oponerle, lo que hacía la sesión larga y enojosa para los asistentes. El viejo hablaba por los codos, se acaloraba, desatinaba y salía de los apuros diciendo que no comprendía bien el francés.

Al día siguiente me pusieron aparte, temerosos de que mis

indiscretas objeciones escandalizasen á los demás, en otra sala y con otro sacerdote, más joven, que hablaba bien, es decir, que se expresaba en cláusulas extensas, doctor satisfecho de sí mismo, si los hay. Sin embargo de su imponente gesto no me dejé subyugar; y conociendo que desempeñaba mi papel, empecé á responderle con bastante aplomo y atacarle por uno y otro lado lo mejor que podía. Se figuró aplastarme con san Agustín, san Gregorio y los otros Padres, y halló con increíble espanto que yo manejaba todos aquellos autores casi tan diestramente como él; y no es que los hubiese leído nunca, ni quizás él, tampoco; pero recordaba muchos pasajes que había leído en mi *Le Sueur*; y así que aducía una cita, sin ponerla en duda, le replicaba con otra contraria del mismo Padre, que muchas veces le desconcertaba. Al fin ganó la partida, por dos razones: porque era el más fuerte, y yo conociendo que me hallaba en sus manos, juzgué muy bien á pesar de mi juventud, que no convenía apurarle, porque sabía que el sacerdote viejo no había visto con agrado mi erudición ni mi persona; la otra razón fué que el joven tenía estudios y yo no. De esto resultaba que no podía seguirle en el método de argumentación que empleaba, y al verse estrechado por una objeción imprevista, la aplazaba para el día siguiente, diciendo que yo me salía del asunto. A veces rechazaba mis citas, sosteniendo que eran falsas; y ofreciéndome traer el libro, me desafiaba á que las encontrara. Muy bien conocía que con esto no corría gran riesgo, pues con toda mi prestada erudición tenía no muy poca costumbre de manejar los libros, y no conocía bastante el latín para encontrar un pasaje en un gran volumen, aun teniendo la seguridad de que en él se hallaba. Sospecho que hasta echó mano de la infidelidad de que acusaba á los ministros, y de haber inventado algunos pasajes para librarse de objeciones que le confundían.

Mientras duraban éstas, y pasaban los días disputando, re-

fufuñando oraciones y haciendo el holgazán, me sucedió una fea aventurilla bastante desagradable y que estuvo á punto de traerme muy mal resultado.

No hay alma tan vil ni corazón tan bárbaro que no sea capaz de alguna especie de afecto. Uno de aquellos bandidos que pasaban por moros me cobró cariño y se me acercaba placentero, me hablaba en su jerga, era servicial conmigo, en la mesa me daba á veces parte de su porción y sobre todo me besaba muy á menudo con un calor que me era muy molesto. Por mucho que me repugnase aquella cara de pan de especia adornada con un chirlo enorme, y aquella mirada encendida que más parecía de furor que de ternura, soportaba sus caricias diciéndome: Este pobre hombre siente por mí una amistad muy viva, yo haría mal en rechazarle. Gradualmente iba creciendo la viveza de sus demostraciones, y á veces me venía con unas conversaciones tan extrañas que pensé que perdía la cabeza. Una noche quiso venir á dormir en mi cama, á lo que yo me opuse, diciéndole que era muy pequeña: entonces se empeñó en que había de ir yo á la suya, rehusé también, porque aquel miserable era tan sucio y oía tan fuertemente á tabaco mascado que me dañaba el estómago.

Al día siguiente estábamos los dos sentados muy de mañana en la sala de juntas, y empezó á renovar sus caricias, pero con movimientos tan violentos que estaba espantoso. En fin, quiso pasar gradualmente á las más extravagantes confianzas y forzar mi mano á hacer lo mismo. Yo me desprendí bruscamente lanzando un grito y dando un paso hacia atrás, y, sin revelar ni indignación ni coraje, pues no tenía la menor idea de lo que se trataba, di á entender con tanta energía mi sorpresa y disgusto que me dejó en paz; pero mientras daba fig á sus movimientos, vi dispararse hacia la chimenea y caer en tierra no sé qué de glutinoso y blancuzco que me dió náuseas. Me lancé al balcón, más agitado, más trubado, más horrorizado aún que

lo había estado en toda mi vida y á punto de caer enfermo.

No podía comprender qué tenía aquel infeliz, me lo figuré víctima de un ataque de epilepsia ó de cualquier otro frenesí aun más terrible; y en efecto, para una persona que esté en su acuerdo no creo que haya espectáculo más asqueroso que ese obsceno y sucio entretenimiento y ese rostro inflamado por la más brutal concupiscencia. Nunca he visto otro hombre en semejante estado; mas si estamos así con las mujeres, es preciso que tengan los ojos cegados, ó estén muy fascinadas para que no les causemos horror.

El deseo de contar á todo el mundo lo que había pasado me apremiaba. Nuestra vieja intendenta me dijo que me callase, pero yo vi que mi relato la había trastornado mucho y le oía murmurar entre dientes: *¡Can maledet! ¡brutta bestia!* Como yo no comprendía por qué había de callarme, seguí divulgando el hecho á pesar de la prohibición, é hice tantos aspavientos, que á la mañana siguiente uno de los administradores vino á darme una reprimenda bastante viva acusándome de comprometer el honor de una casa santa y meter mucho ruido por poco daño.

Prolongó su reprensión explicándome muchas cosas que yo ignoraba, pero que no creía él enseñarme, juzgando que me había defendido sabiendo que era lo que querían de mí. Me dijo muy grave, que era un acto reprobado como la fornicación, pero que por lo demás la intención no podía ofender á la persona que lo inspiraba, y que no había que irritarse por que á uno le encontrasen amable. Luego añadió sin rodeos, que él había tenido el mismo honor en su juventud, y que habiendo sido cogido en ocasión en que no podía oponer resistencia, no había encontrado en ello nada de cruel. Llevó su impudencia hasta valerse de las voces propias; y creyendo que la causa de mi resistencia era miedo al dolor, me aseguró que era un temor vano y que no había que alarmarse.

Escuchaba yo aquel miserable con tanta mayor sorpresa cuanto hablaba no para sí, pareciendo que me instruía para bien mio. Su discurso le parecía tan natural, que ni siquiera procuró que estuviésemos solos, y teníamos allí un eclesiástico que no se sorprendía más que el otro. Esta naturalidad me produjo tal efecto que acabé por creer que era aquello sin duda una costumbre admitida en el mundo, que yo no había tenido ocasión de conocer hasta entonces. Esto hizo que le escuchara sin enojo, aunque no sin disgusto. La idea de lo que me había sucedido, y sobre todo lo que había visto, quedó tan profundamente impresa en mi memoria que todavía me daban náuseas de sólo pensar en ello. Sin que yo mismo lo notara, la aversión que me inspiraba el hecho se extendió á su apologista y no pude contenerme lo bastante para que no viera el mal efecto de sus lecciones. Lanzóme una mirada muy poco cariñosa, y desde entonces no perdonó nada para hacerme desagradable mi estancia en el establecimiento, y logró tan bien su objeto que no viendo más que un solo medio de salir de allí, me apresuré á admitirlo, así como hasta entonces me había esforzado en alejarlo.

Esta aventura me libró para lo porvenir del onanismo, y la vista de los que pasaban por tener este vicio me causaba tal horror, recordándome el horrible moro, que me costaba mucho trabajo disimularlo. Por el contrario, con esta comparación ganaron mucho en mi ánimo las mujeres: parecía deberles en ternura y deferencia la reparación de las ofensas de mi sexo, y la más fea tarasca me parecía un objeto adorable al recordar aquel falso africano.

En cuanto á este, ignoro lo que le dirían, pero me pareció que, exceptuando la señora Lorenza, nadie le vió con peores ojos que antes. Sin embargo, no se me acercó ni me habló más. Ocho dias después fué bautizado con toda solemnidad, vestido de blanco de los pies á la cabeza, para representar el

candor de su alma regenerada. Al siguiente dia salió del hospicio y nunca más lo he vuelto á ver.

Á mi me tocó el turno un mes más tarde, porque todo este tiempo fué necesario para dar á mis directores el honor de una conversión difícil, y me hicieron examinar todos los dogmas par obtener el triunfo de mi nueva docilidad.

En fin, suficientemente instruido y preparado á gusto de mis maestros, fui conducido en procesión á la iglesia metropolitana de San Juan, para abjurar allí solemnemente y recibir los accesorios del bautismo, aunque en realidad no volvieron á bautizarme; mas como la ceremonia es próximamente lo mismo, sirve para hacer creer al pueblo que los protestantes no son cristianos.

Iba yo envuelto en un ropaje gris guarnecido con alamares blancos, destinado para tales ocasiones. Dos hombres, uno delante y otro detrás de mí, recogían en una bandeja de cobre que golpeaban con una llave las limesnas que cada cual depositaba según su piedad ó el interés que el recién convertido le inspiraba. Nada, en fin, del fausto católico fué omitido á fin de hacer la ceremonia más edificante para el público y más humillante para mí. Sólo me habría sido útil el vestido blanco; y no me lo dieron, como se lo habían dado al moro, en atención á que yo no tenía el honor de ser judío.

No paró aquí todo. Fué preciso ir á la Inquisición para que me absolvieran del crimen de herejía y entrar en el seno de la Iglesia con la misma ceremonia á que se vió sometido Enrique IV por su embajador. El semblante y ademán del muy reverendo padre inquisidor no eran lo más á propósito para disipar el secreto horror que me había inspirado aquel lugar á mi entrada. Después de varias preguntas sobre mis creencias, mi estado, mi familia, me preguntó bruscamente si mi madre estaba condenada. El espanto contuvo el primer movimiento de mi indignación y me contenté con responder que yo desea-

ba que no lo estuviese y que Dios pudo haberla inspirado en sus últimos momentos. Callóse el fraile, pero hizo una mueca que me pareció no tener nada de un signo de aprobación.

Hecho todo esto, y cuando creía que iban á colocarme al fin según mis esperanzas, me plantaron en la calle con poco más de veinte francos que había producido la cuestación recogida para mí. Encomendáronme que viviese como buen cristiano, que fuese fiel á la gracia, me desearon buena fortuna, cerraron la puerta tras de mí, y todo se acabó.

Así, en un instante, se desvanecieron todas mis grandes esperanzas, y de mi comportamiento interesado no me quedó más que el recuerdo de haber sido apóstata á la vez y chasqueado. Fácil es comprender la brusca revolución que tuvo lugar en mis ideas cuando desde la más brillante fortuna me vi caer en la miseria más completa, y que habiendo por la mañana deliberado acerca el palacio que habitaria, me veía por la noche reducido á dormir en la calle. Creerá tal vez el lector que empecé por abandonarme á la desesperación tanto más cruel cuanto debía exaltarse el remordimiento de mis faltas, reprochándome que toda mi desdicha era obra mía. Nada de esto. Acababa de verme encerrado por vez primera en mi vida durante más de dos meses. Así pues, el primer sentimiento que experimenté fué el de la libertad que había recobrado. Después de larga esclavitud, verme dueño de mi mismo y de mis acciones, en medio de una gran ciudad donde abundaban los recursos, llena de personas de posición, donde mi talento y conocimientos no podían menos de proporcionarme buena acogida tan luego como fuera conocido. Tenía además tiempo para esperar y veinte francos en el bolsillo que me parecían un tesoro inagotable de que podía disponer á mi antojo sin que nadie pudiera pedirme cuentas. Era la vez primera que me veía tan rico. Lejos de abandonarme á la desesperación y á las lágrimas, no hice más que cambiar de esperanzas, y nada

perdió en ello el amor propio. Jamás me había sentido con tanta confianza y seguridad; creía ya hecha mi fortuna, encontraba bellissimo no quedar por ello obligado á nadie más que á mi mismo.

La primera cosa que hice fué satisfacer mi curiosidad, y recorrí la población, aunque no fuese más que para hacer uso de mi libertad. Fui á ver montar la guardia, pues los aprestos militares me agradaban mucho. Seguí las procesiones; era aficionado al canto de los sacerdotes. Fui luego á ver el palacio del rey; acerquéme temeroso, pero viendo que otros entraban hice lo mismo, y me dejaron libre entrada, lo que debí tal vez al paquete que llevaba debajo del brazo; mas sea como fuere, yo concebí una opinión ventajosa de mí mismo: hallándome dentro de aquel palacio, ya me consideraba casi como su habitante. En fin, á fuerza de ir y venir, me hallé fatigado, tenía apetito y hacia calor; entré en una lechería. Diéronme *giunca*⁴ y requesones, con excelente pan del Piemonte, que prefiero á cualquier otro, y por cinco ó seis sueldos tuve una de las mejores comidas de mi vida.

Fué preciso buscar donde albergarme, y como ya conocía bastante el piomontés para darme á entender, no me fué difícil encontrarlo, y tuvo la prudencia de escogerlo más conforme á mi bolsillo que á mi gusto. Me indicaron en la calle del Po la mujer de un soldado, en cuya casa dormían por un sueldo diario los criados que no tenían colocación. Allí había un lecho desocupado y quedó para mí. La mujer era joven y recién casada aunque tenía ya cinco ó seis hijos, y todos dormíamos en el mismo cuarto: la madre, los hijos y los huéspedes; siguiendo así mientras estuve en aquella casa. Era, en resumen, una buena mujer que juraba como un carretero, siempre despeinada

⁴ *Giunca*. especie de queso.

y despechugada, pero de corazón blando, oficiosa, que me cobró afecto, y que hasta llegó á serme útil.

Muchos días empleé únicamente entregándome á los placeres de la independencia y de la curiosidad. Iba errante dentro y fuera de la ciudad, huroneando, visitando cuanto me parecía curioso y nuevo; y todo lo era para un joven que acababa de salir del cascarón y aun no habia visto ninguna capital. Sobre todo era muy asiduo en hacer la corte, asistiéndome por las mañanas con toda regularidad á la misa del rey. Me agradaba verme en la capilla con aquel príncipe y su séquito; pero mi pasión por la música, que empezaba á declararse, influía en mi asiduidad más que la pompa de la corte, que, una vez vista, es siempre la misma y no llama la atención mucho tiempo.

El rey de Cerdeña tenia entonces la mejor sinfonia de Europa: Somis, Desjardins, los Bezuzzi brillaban alternativamente. No se necesitaba tanto para atraer á un joven á quien el sonido de cualquier instrumento, con tal de que fuera exacto y justo transportaba de gozo. Por lo demás, no sentia más que una admiración estúpida y sin codicia por aquella deslumbradora magnificencia. Lo único que me interesaba en todo el esplendor de la corte, era ver si habria alguna joven princesa que mereciera mis homenajes y con la cual pudiese hacer una novela.

Poco faltó para que la empezara, no en clase tan elevada, sino en otra donde, si la hubiese llevado á cabo, habria obtenido placeres mil veces más deliciosos.

Aunque vivia con suma economía, mi bolsillo insensiblemente se agotaba. Por otra parte, aquella economía era menos efecto de prudencia que de una sencillez de gustos que aun hoy día la costumbre de las mesas suntuosas no ha alterado en nada. No conocia ni conozco aún comida mejor que la de una mesa rústica. Con lacticiños, huevos, yerbas, queso, pan

moreno y vino regular, puede cualquiera regalarme seguramente; mi buen apetito hará lo demás, siempre que no me harten con su aspecto importuno un maestresala y un atajo de lacayos. Entonces comía mucho mejor por seis ó siete sueldos que después por seis ó siete francos. Por tanto, era sobrio por carecer de tentación para no serlo, y aun no debo decir sobrio, porque en mis comidas procuraba satisfacer la sensualidad todo lo posible. Con algunas peras, el guinea¹, mi queso, mis grises, y algunos vasos de vino común del Montferrato, que se podía eortar, era el más feliz de los golosos.

Mas con todo esto podian acabarse mis veinte libras. Esto es lo que notaba más sensiblemente cada día, y á pesar de la ligereza de mi edad, mi inquietud por el porvenir pronto llegó hasta el espanto. De todos mis castillos en el aire no me quedó más que el de encontrar una ocupación que me diese para vivir, y aun esto no era nada fácil. Pensaba en mi antiguo arte; pero no lo conocia bastante para ir á trabajar en un establecimiento, y éstos no abundaban en Turin. Entre tanto me resolví á ir de tienda en tienda á ofrecerme para grabar cifras ó escudos en las vajillas, esperando tentar por lo módico del precio, poniéndome á discreción. En esta prueba no fui muy afortunado, casi en todas partes me desairaban, y lo que encontraba era tan poca cosa que apenas me daba para comer algunas veces.

Un día sin embargo, pasando bastante temprano por la *Contrà nova*, á través de los cristales de un aparador vi á una joven tendera tan graciosa y seductora, que á pesar de mi timidez con las mujeres, entré sin vacilar y le ofrecí mis pobres servicios. Esta vez no me vi rechazado: hizome sentar y referirle mi vida, y compadeciéndose de mí, diciéndome que tuviese valor y que los buenos cristianos no me abandonarían; luego,

¹ *Grissino*, panecillo piemontés.

mientras enviaba á un platero vecino por las herramientas que dije necesaria, subió á la cocina y me trajo de almorzar ella misma. Este comienzo me pareció de buen agüero, y el tiempo no me desmintió. Pareció quedar satisfecha de mi pequeño trabajo y aun más de mi conversación cuando me hube repuesto un poco; porque estaba tan compuesta y radiante que, á pesar de su afabilidad, me había impuesto. Mas su acogida llena de bondad, su tono compasivo, sus maneras dulces y cariñosas, me tranquilizaron luego. Vi que producía buen efecto, y esto me hizo producirlo mejor. Mas, aunque italiana y demasiado bonita para no ser algo coqueta, era muy modesta y yo tan tímido, que difícilmente podíamos llegar á un desenlace en breve tiempo. No nos lo dejaron para llevar á término la aventura. Recuerdo con el más grato placer los cortos instantes que pasé con ella, y puedo decir que gocé en sus primicias los más dulces así como los más puros placeres del amor.

Era una morena muy viva, mas cuyo buen natural, reflejado en su bello rostro, hacía conmovedora aquella vivacidad. Se llamaba la señora de Basile. Su marido, de más edad que ella y medianamente celoso, durante sus viajes la dejaba bajo la salvaguardia de un dependiente harto mazorril para ser seductor, y que no dejaba de tener pretensiones aunque por su parte casi no las manifestaba más que con su mal humor. Éste me tomó ojeriza, aunque á mí me gustase oírle tocar la flauta, lo que hacía bastante bien. Este nuevo Egisto gruñía siempre que me veía en casa de su señora y me trataba con un desdén que ella le devolvía con creces. Hasta parecía complacerse en acariarme en su presencia para atormentarle, y esta especie de venganza, aunque muy de mi gusto, mucho más lo hubiera sido sin testigos. Pero no la llevó tan allá, ó á lo menos á solas no se conducía del mismo modo.

Sea que me encontrase demasiado joven, sea que no supiese tomar la iniciativa, ó que quisiese formalmente seguir

honrada, observaba entonces una especie de reserva que, sin ser repulsiva, me intimidaba sin saber por qué. Aunque no sentía hacia ella aquel respeto tan tierno como sincero que me inspiraba la señora de Warens, me sentía más temeroso y con menos familiaridad. Me hallaba embarazado, tembloroso; no me atrevía á mirarla; á su lado no me atrevía á respirar; y sin embargo temía su ausencia más que la muerte.

Miraba con ojos ávidos cuanto podía descubrir sin ser notado, los adornos de su vestido, la punta de su bonito pie, la parte de un brazo blanco y redondo que aparecía entre guante y manga, y el espacio que se formaba entre su garganta y su pañoleta al volver la cabeza. Cada objeto reforzaba la impresión de los demás. Á fuerza de mirar lo que podía ver y aun algo más, mis ojos se turbaban, mi pecho se oprimía, mi respiración se tornaba de un momento á otro más dificultosa, me costaba mucho contenerla, y todo lo que podía hacer era dejar escapar suspiros ahogados, muy molestos por lo indiscretos en el silencio en que estábamos con frecuencia. Pero, ocupada en su labor, no lo notaba á lo que parecía; mas, alguna vez, como por una especie de simpatía, su pecho latía con bastante rapidez. Este peligroso espectáculo me acababa de perder, y cuando estaba próximo á ceder á mi exaltación, me dirigía alguna palabra en tono tranquilo que inmediatamente me volvía en mi acuerdo.

Así la vi á solas varias veces sin que jamás una palabra, un gesto, ni una mirada expresiva revelasen la menor inteligencia entre nosotros. Este estado, para mí penoso, era sin embargo mi delicia, y en la sencillez de mi corazón apenas podía imaginar en qué consistía mi tormento. Parecía que estas pequeñas entrevistas tampoco á ella le desagradaban, á lo menos procuraba ocasión de que se repitiesen; cuidado seguramente inútil por el uso que de él hacía, y por el que me permitía nacer.

Un día que, fastidiada de la estúpida conversación del dependiente, había subido á su cuarto, procuré concluir mi pequeña tarea en la trastienda, donde estaba, y me apresuré á subir. Su habitación estaba entreabierta, y entré sin ser visto. Estaba bordando junto á la ventana, vuelta de espaldas á la puerta. No podía verme entrar, ni oirme á causa del ruido que hacían los carros que pasaban por la calle.

Vestia siempre con esmero, pero aquel día lo estaba con un gusto que tenía asomos de coquetería. Hallábase en una actitud graciosa, su cabeza un poco inclinada dejaba ver la blancura de su garganta, su cabello recogido con elegancia estaba adornado con flores, y en toda su figura reinaba un encanto que pude contemplar á mi sabor y trastornó mis sentidos. Echéme de rodillas á la entrada del cuarto tendiendo los brazos hacia ella con un movimiento apasionado, convencido y seguro de que no podía verme ni oirme, pero había en la chispea un espejo que me hacía traición. Ignoro el efecto que pudo producirle mi arrebato; porque sin mirarme, sin decirme nada absolutamente, pero medio volviendo la cabeza, con un simple movimiento de la mano me indicó la estera que á sus pies había. Estremecerme, lanzar un grito y precipitarme al sitio que me había señalado, fué obra de un instante: pero, lo que se creará difícilmente, en esta situación nada osé emprender, ni pronunciar una sola palabra, ni levantar los ojos hacia ella, ni aun tocarla, en una actitud tan ocasionada para apoyarme un instante en sus rodillas. Estaba mudo, inmóvil, pero no seguramente tranquilo: todo indicaba en mi la agitación, el gozo, el agradecimiento, los deseos ardientes inciertos en su objeto, contenidos por el temor de disgustarla, así es que mi joven corazón no podía estar sereno.

No parecía ella más tranquila ni menos tímida que yo. Turbada de verme allí, cortada por habérmelo permitido, y comenzando á sentir todas las consecuencias de un signo esca-

pado sin duda antes de reflexionar, no me acogía ni me rechazaba: trataba de hacer como si no me hubiese visto á sus pies, no apartando los ojos de su labor, mas toda mi estolidez no me impedía ver que participaba de mi embarazo, quizás de mis deseos, y que se hallaba encogida por una vergüenza semejante á la mía, sin que esto me diera bastante fuerza para vencerla. Los cinco ó seis años que tenía más que yo me parecía que la obligaban á que el atrevimiento estuviese todo de su parte, y yo me decía, que puesto que no hacía nada para excitar el mío, no quería que lo tuviese. Aun hoy día encuentro que juzgaba bien, y seguramente tenía ella harta penetración para no ver que un novicio como yo necesitaba no sólo que le animasen sino que le instruyesen.

No sé cómo habría concluido esta escena muda y viva, ni cuánto tiempo habría yo permanecido inmóvil en un estado tan ridículo como delicioso, si no hubiésemos sido interrumpidos. En el momento más violento de mi agitación oí abrir la puerta de la cocina situada junto á la habitación donde estábamos, y la señora de Basile, alarmada, me dijo vivamente con el gesto y la voz: levantaos, viene Rosina. Levantándome aprisa tomé una de sus manos, que me tendía y estampé en ella dos besos ardientes, sintiéndola, al segundo, oprimir ligeramente mis labios. En mi vida he tenido un momento tan dichoso; mas la ocasión que había perdido ya no volvió, y nuestros jóvenes amores así quedaron.

Quizás por esto mismo conserve impreso en el fondo de mi alma la imagen de aquella amable mujer, con rasgos tan hermosos. Aun se ha ido haciendo más bella á medida que he ido conociendo el mundo y las mujeres. Por poca experiencia que hubiese tenido, hubiera obrado de otro modo para animar á un jovencito; pero si su corazón era débil, era también honrado; cedía involuntariamente á la inclinación que la arrastraba, y según todas las apariencias, aquella era su primera

infidelidad, y tal vez me habría costado más vencer su vergüenza que la mía.

Sin haber llegado á esto, he gozado junto á ella inexplicables dulzuras. Nada de cuanto me ha hecho sentir la posesión de las mujeres vale tanto como los dos minutos que pasé á sus pies, aun sin atreverme á tocar su ropa. No, no existen goces iguales á los que puede proporcionar una mujer honrada á quien se ama; cuanto de ella procede son favores: un pequeño signo con el dedo, una mano que apenas oprimió mis labios, son los únicos favores que jamás recibí de esta mujer, y todavía el recuerdo de ellos me llena de gozo.

Aunque durante los dos días siguientes estuve espiando con afán la ocasión de una entrevista á solas, me fué imposible hallar oportunidad, y no observé en ella ningún empeño en procurarla. Hasta estuvo, no más fría, pero sí más reservada que de ordinario, y creo que evitaba mis miradas, temerosa de no poder contener las suyas. Su maldito dependiente estuvo más importuno que nunca, fué hasta zumbón y chocarrero, diciéndome que me vería favorecido de las mujeres. Yo tenía también haber cometido alguna indiscreción, y considerándome ya de inteligencia con ella, quise cubrir nuestro afecto con el misterio de que hasta entonces no había tenido gran necesidad, por cuyo motivo fui más circunspecto en aprovechar las ocasiones; y á fuerza de quererlas buscar seguras, ya no encontré otra alguna.

He aquí otra locura caballeresca de que jamás pude desprenderme, y que, unida á mi natural timidez, ha contribuido mucho á desmentir la predicción del dependiente. Amaba con harta sinceridad, y me atrevo á decir demasiado bien, para poder fácilmente ser afortunado. Nunca hubo pasiones más vivas, y al propio tiempo más puras que las mías; jamás hubo amor más tierno, más verdadero ni más desinteresado. Habría sacrificado mil veces mi felicidad á la de la persona qu

amaba; su reputación me era más cara que mi vida, y por todos los placeres del mundo no hubiera querido comprometer su tranquilidad ni un solo instante. Esto me ha hecho emplear tanto cuidado, tanto secreto, tantas precauciones en mis empresas amorosas, que ninguna ha podido llegar nunca á buen término. Mi poca fortuna con las mujeres ha sido siempre efecto de amarlas demasiado.

Volviendo al flautista Egisto, lo que ofrecía de singular era que, haciéndose más insoportable, el tunante parecía más complaciente. Desde el instante en que su señora me cobró afecto, había pensado colocarme en el almacén. Yo sabía bastante de aritmética, y le propuso que me enseñase á llevar los libros, pero mi regañón recibió muy mal la propuesta, temiendo quizás verse suplantado. Así es que, después del buril, todo mi trabajo se reducía á copiar algunas cuentas y notas, poner en limpio algunos libros y traducir algunas cartas del italiano al francés.

De repente nuestro hombre pensó en la proposición que había rechazado, y dijo que me enseñaría la partida doble y quería ponerme en estado de ofrecer mis servicios al señor Basile cuando estuviese de vuelta. Había en su tono y en su semblante, un no sé qué de falso, de maligno, de irónico, que no me inspiraba confianza. Su ama, sin esperar mi respuesta, le dijo secamente que yo quedaba reconocido á sus ofertas y ella esperaba que al fin la fortuna favorecería mis merecimientos, añadiendo que sería una gran lástima si yo con tanta capacidad no llegaba á ser más que un dependiente.

Varias veces me había dicho que quería hacerme conocer una persona que podría serme muy útil. Pensaba bastante cuerdamente para conocer que era tiempo de separarme de ella. Nuestras mudas declaraciones habían tenido lugar el jueves. El domingo dió una comida á que asistí, y donde se halló también un dominico de agradable presencia á quien me

presentó. El monje me trató muy afectuosamente, me felicitó por mi conversión, y me dijo varias cosas sobre mi historia, con que conocí que ella se la había contado detalladamente; luego, dándome dos golpecitos en el carillo con el revés de la mano, me dijo que fuese bueno, tuviese valor, y que fuese á verla que hablaríamos entrambos más despacio.

Por las atenciones que todos le guardaban juzgué que sería un personaje de consideración, y por el tono paternal con que hablaba á la señora de Basile, que era su confesor. Me acuerdo asimismo muy bien de que su decente familiaridad iba mezclada con señales de estimación y aun de respeto hacia su penitente, que me causaron entonces menos impresión de la que me hacen ahora. Si hubiese conocido mejor el mundo, ¡cuánto no me hubiera conmovido ver que merecía el afecto de una mujer joven, respetada por su confesor!

La mesa no era bastante grande, y fué preciso servirse de otra pequeña donde yo estaba en la agradable compañía del señor dependiente. Nada perdí con ello respecto á las atenciones y buena comida; muchos platos vinieron á la mesa pequeña que no iban seguramente encaminados al dependiente. Hasta aquí todo iba bien: las mujeres estaban muy divertidas, los hombres muy galantes, la señora hacía los honores de la mesa con una gracia sorprendente. Á lo mejor de la fiesta oyóse parar un coche á la puerta, y luego alguien que subía; era el señor Basile. Todavía lo estoy viendo, como si fuese ahora, en traje de escarolata (color que desde entonces me ha repugnado) con botones de oro.

Era el señor Basile un hombre alto, buen mozo, que sabía presentarse muy bien. Entró con estruendo y con aire de aquel que sorprende á su gente, aunque no había allí más que amigos suyos. Su mujer le saltó al cuello, le tomó las manos y le hizo mil caricias que él recibió sin devolverle. Saludó á los demás, puso un cubierto para él y comió. Apenas se había empezado

á hablar de su viaje, cuando dirigiendo la vista á la mesa pequeña, preguntó con tono severo: «¿Quiénes aquel muchacho que veo allá?» Á lo que le contestó ella explicándose con la mayor ingenuidad. Pregunta si vivo en la casa. Dícenle que no. «¿Por qué no?» replica groseramente: estando aquí de día bien puedo quedarse de noche.» El monje tomó la palabra, y después de un elogio grave y verdadero de la señora, hizo en pocas palabras el mío, añadiendo que, lejos de vituperar la piadosa caridad de su mujer, debía apresurarse á asociarse á ella puesto que en nada se traspasaban los límites de las discreción. El marido contestó con mal humor medio disimulado, contenido por la presencia del monje, pero bastante manifiesto para darme á conocer que tenía instrucciones con respecto á mí y que el dependiente se había despachado á su gusto.

Apenas se había levantado la mesa, cuando me compareció éste con aire de triunfo diciéndome de parte del amo que saliera inmediatamente de su casa y que nunca más volviese á poner los pies en ella, sazonando el menstaje con todo lo que podía hacerlo cruel y humillante. Partí sin decir una palabra, pero con el corazón lacerado, no tanto por tener que apartarme de una mujer tan amable, cuanto por verla presa de la brutalidad de su marido. Sin duda tenía éste razón en no querer que su mujer fuera infiel, mas aunque juiciosa y bien nacida, era italiana, esto es: sensible y vengativa, y él obraba mal, á mi entender, pues empleaba los medios más propios para atraerse la desdicha que temía.

Tal fué el resultado de mi primera aventura. Dos ó tres veces pasé por la calle esperando volver á ver aquella mujer que echaba de menos mi corazón sin tregua, pero en su lugar no hallé más que al marido y al vigilante dependiente que, habiéndome visto, me hizo con la vara de medir un signo más expresivo que halagüeño. Viéndome tan espiado, perdí el valor y no pasé más por allí. Quise á lo menos ir á ver al protector

que ella me había procurado; mas por desgracia ignoraba su nombre. Varias veces rodeé inútilmente el convento buscando nallarle, hasta que al fin otros sucesos me quitaron los gratos recuerdos de la señora de Basile, y á poco la olvidé tan completamente, que, tan simple y novicio como antes, ni siquiera me quedó afección á las mujeres hermosas.

Sin embargo, su liberalidad había aumentado un poco mi reducido equipaje, aunque muy modestamente y con la precaución de una mujer prudente que se atenia más á la limpieza que al ornato y que deseaba evitarme sufrimientos y no hacerme lucir. El traje que había traído de Ginebra todavía estaba en buen estado; á él juntó solamente un sombrero y alguna ropa blanca. Yo no tenía puños vueltos, y ella no quiso dárme los por más que mostré deseos de ellos. Contentóse con facilitarme medio de vestir con limpieza; cuidado que no era necesario recomendarme mientras tuve que andar en su presencia.

Pocos días después de esta catástrofe, mi patrona, que como tengo dicho, me había cobrado afecto, me dijo que tal vez me había encontrado una colocación, y que una señora de posición quería verme. Al oír estas palabras creí de veras que iban á comenzar las famosas aventuras, porque esta era siempre mi manía; pero no resultó ni con mucho lo que yo me había figurado. Fui á la casa de aquella señora acompañado por el criado que le había hablado de mí. Me interrogó, me examinó, no le desagradé, y en seguida quedé á su servicio, mas no en calidad de favorito, sino en la de lacayo. Me vistieron del color de sus criados con la única distinción que ellos llevaban agujetas y á mí no me las pusieron, y como en su librea no había galones, resultaba poco más ó menos un traje ordinario. He aquí el inesperado término de mis grandes esperanzas.

La señora condesa de Verceilis, á cuyo servicio entré, era

una viuda sin hijos: su marido era piamontés; á ella la he tenido siempre por saboyana, no pudiendo imaginar que una piamontesa hablara tan bien el francés y tuviese un acento tan puro. Era de mediana edad, noble figura, inteligencia cultivada, aficionada á la literatura francesa, que conocía bastante. Escribía mucho y siempre en francés. Sus cartas tenían e. corte y casi la gracia de las de la señora de Sevigné, de suerte que con algunas de ellas era fácil equivocarse. Mi principal trabajo consistía en escribirlas, dictándome ella, porque no podía hacerlo por sí misma á causa de tener en el seno un cáncer que la hacía sufrir mucho.

La señora de Verceilis tenía no sólo mucho talento, sino también un espíritu fuerte y elevado. Yo presencié su última enfermedad y la vi sufrir y morir sin revelar nunca una señal de debilidad, sin hacer el menor esfuerzo para reprimirse, sin apartarse un ápice de su carácter de mujer, y sin acordarse de que en ello hubiese filosofía, palabra que aun no estaba de moda entonces y ni aun conocía en el sentido que tiene hoy día.

Esta entereza de carácter llegaba á veces hasta la sequedad. Siempre me pareció tan poco sensible para con los otros como para sí misma, y cuando favorecía á los desgraciados era para hacer el bien por ser tal, más que por una verdadera conmiseración. Yo experimenté un tanto esta insensibilidad durante los tres meses que permanecí á su lado. Era natural que se interesase por un joven lleno de esperanzas, á quien tenía constantemente á la vista, y que pensase, sintiéndose morir, que al fallar ella necesitaria protección y apoyo; sin embargo, sea que no me juzgara digno de particular atención, sea que los demás no la dejasen pensar más que en sí mismos, ello es que nada hizo por mí.

Con todo, recuerdo muy bien que había manifestado alguna curiosidad por conocerme. Á veces me hacía preguntas y le agradaba que le enseñase las cartas que dirigía á la señora do

Warens, y le diese á conocer mis sentimientos; mas, para obtenerlo, no seguia ciertamente el buen procedimiento de mostrarme los suyos. Mi corazón era expansivo siempre que hallaba otro que también lo fuese. Las preguntas secas y frías sin ningún signo de aprobación ni de censura á mis respuestas no me inspiraban ninguna confianza. Cuando nada me indicaba si mi conversación le era grata ó no, estaba siempre temeroso, y más bien procuraba no decir nada que me pudiese dañar que manifestar mi pensamiento. Posteriormente he observado que este modo seco de interrogar á las personas para conocerlas, es un vicio bastante común en las mujeres que se precian de tener talento. Se imaginan que, no dejando aparecer su modo de sentir, lograrán penetrar el de los demás; pero no comprenden que de este modo le quitan á uno el valor para exponerlo. Sólo por esta causa la persona á quien se interroga comienza á ponerse en guardia, y si cree que, sin tomarse por ella un interés verdadero, no se desea más que hacerla hablar, miente ó se calla ó anda con tiento exquisito prefiriendo pasar por tonta á ser juguete de la sola curiosidad. En fin, siempre es un mal sistema para leer en el corazón de los otros dejar á conocer que se oculta el propio.

La señora de Verceillis nunca me dijo una palabra que revelase afección, ni piedad, ni benevolencia. Me interrogaba friamente, yo respondía con reserva. Mis respuestas eran tan tímidas que debió hallarlas insulsas y se fastidió, no preguntándome ya nada hacia la postre, ni hablándome más que para que la sirviera. Me juzgaba menos por lo que yo era que por lo que había hecho de mí, y á fuerza de no ver en mí más que un lacayo, no pude parecerle ya otra cosa.

Creo que desde entonces experimenté este juego maligno de las miras ocultas que ha perturbado toda mi vida y me ha inspirado una aversión muy natural hacia el orden aparente que los produce. No teniendo hijos la señora de Verceillis, la here-

daba su sobrino el conde de la Roque que le hacia la corte asiduamente. Fuera de éste, sus criados principales, que veían su fin cercano, no se descuidaban, y habia tantos officiosos junto á ella que difícilmente podía quedarle tiempo para acordarse de mí. Estaba al frente de todo en su casa un cierto señor Lorenzi, hombre mañoso, cuya mujer, más ladina aún, habia sabido granjearse tan bien la voluntad de su ama, que estaba en su casa más bien como una amiga que á guisa de sirvienta. Le habia llevado por camarera una sobrina suya llamada señorita Pontal, muchacha astuta que se daba aires de doncella acompañante y ayudaba á su tia á asediar tan bien á su ama, que ésta no veía más que por sus ojos ni obraba más que por sus manos.

Yo tuve el honor de no agadar á estas tres personas: las obedecía, pero no las servia ni pensaba que además de servir á nuestra común ama tuviese también que ser criado de sus criados. Por otra parte era yo para ellos una especie de personaje que les tenia intranquilos. Veían perfectamente que no estaba en el lugar que me correspondia, y temieron que también lo viese la señora y que lo que hiciese para colocarme convenientemente disminuiría sus porciones; porque esta clase de gente, harto voraces y codiciosas para ser justas, miran todos los legados hechos á otros como usurpaciones de su parte. Así pues, se confabularon para apartarme de su vista. Le gustaba escribir cartas, era en su estado una distracción para ella, pues se lo hicieron desagradable y lograron que se lo prohibiera el médico persuadiéndola de que la fatigaba. So pretexto de que yo no sabia cuidarla, en lugar mío pusieron dos palurdos de portasillas para servirla; en fin se manejaron tan bien, que cuando se formuló el testamento hacia ocho dias que yo no habia estado en su cuarto. Verdad es que después de esto entraba allí lo mismo que antes y aun fui más asiduo que otro alguno, porque los padecimientos de aquella pobre

mujer me desgarraban el corazón; la constancia con que los sufría me la hacían en extremo respetable y cara, y en su cuarto he derramado muchas lágrimas sinceras sin que ni ella ni nadie lo notase.

En fin, la perdimos para siempre. Yo la vi expirar. Su vida había sido la de una mujer de talento y de juicio; su muerte fué la de un sabio. Puede decirse que ella me hizo amable la religión católica por la serenidad de espíritu con que llenó sus deberes sin descuido, ni afectación. Era naturalmente seria, y hacia el fin de su existencia tuvo una especie de alegría harto uniforme para ser fingida y que no era otra cosa sino compensación de la razón misma por la tristeza de su vida. Sólo guardó coma los dos días precedentes al de su muerte, y nunca dejó de conversar con todo el mundo. Cuando ya dejó de hablar, y ya en las ansias de la muerte hizo una ruidosa ventosidad, y volviéndose dijo: «¡Buena! mujer que ventosa no está muerta.» Éstas fueron sus últimas palabras.

Había legado á sus criados inferiores un año de sueldo, mas no hallándoseme incluido en la lista de sus servidores no tuve nada. No obstante, el conde de la Roque me hizo dar treinta libras y me dejó el vestido nuevo que llevaba puesto y que el señor Lorenzi quería quitarme. Prometiéndome además que me colocaría, permitiéndome que fuese á verle. Fui dos ó tres veces sin que pudiera lograrlo, y como á mi poco me costaba amostazarme, no volví más. Luego se verá que hice muy mal.

¡Cuánto siento que no sea esto todo lo que tenía que decir de mi residencia en casa de la señora de Vercellis! Pero si en la apariencia mi situación siguió siendo la misma, no sali de su casa tal cual había entrado. Lléveme de allí el indeleble recuerdo del crimen y el insoponible peso del remordimiento, de que, después de cuarenta años, todavía mi conciencia está oprimida, pesar amargo que lejos de debilitarse se irrita y medra que voy envejeciendo. ¿Quién diría que el delito de

un niño pudiese tener tan crueles consecuencias? De estas consecuencias más que probables, es de lo que mi corazón no podría consolarse. Tal vez he hecho morir en el oprobio y la miseria á una niña amable, honrada, apreciable y que seguramente valia mucho más que yo.

Es muy difícil que la disolución de una casa no lleve consigo alguna confusión y que no se pierdan muchas cosas: sin embargo, tal era la fidelidad de los criados y la vigilancia del señor y la señora Lorenzi que nada se halló faltar en el inventario. Sólo la señorita Pontal perdió una cintita rosa y plata ya usada. Podía haber echado mano de innumerables cosas mucho mejores; pero sólo me tentó aquella cinta; la cogí, y como no tenía gran cuidado en ocultarla en seguida, me la encontraron. Quisieron saber dónde la había hallado. Yo me turbé, balbuceé y al fin dije, poniéndome como una grana, que Mariquita me la había dado. Mariquita era una joven mauriciense que había puesto de cocinera la señora de Vercellis cuando, cesando de dar comidas, había despedido la suya porque necesitaba un buen caldo más bien que sabrosos manjares. No solamente era una muchacha bonita, sino que tenía una frescura de color que no se halla más que en las montañas, y sobre todo un ademán tan modesto que no era posible verla sin amarla, siendo por otra parte buena, discreta y de una probidad á toda prueba. Por esto al nombrarla quedaron todos sorprendidos; mas como yo gozaba igual confianza, fué del caso averiguar cuál de los dos era el culpable. Hicieronla comparecer; la asamblea era numerosa, el conde de la Roque estaba presente. Así que llegó le mostraron la cinta, y yo la acusé descaradamente: ella quedó aterrada, se calló, y me dirigió una mirada que habría desarmado al mismo diablo, pero á que mi bárbaro corazón pudo resistir. En fin, negó con firmeza, aunque sin enojo, me apostrofó, me exortó á que volviere en mí y me dijo que no deshonrase á una joven inocente

que ningún daño me había hecho; mas yo, con una impudencia infernal, confirmé mi declaración y sostuve cara á cara que ella me regaló la cinta. La pobre niña se echó á llorar, y no me dijo más que estas palabras: «¡Ah Rousseau, yo había creído que erais bueno! ¡Cuán desdichada me hacéis, pero yo no quisiera estar en lugar vuestro!» Nada más. Continué defendiéndose con tanta sencillez como firmeza, pero sin permitirse la menor inveciva contra mí. Esta misma moderación, comparada con mi tono resuelto le hizo daño, pues no parecía natural suponer de una parte tan diabólica audacia y tan angelical dulzura de la otra. Con todo esto no se falló terminantemente la cuestión, pero las apariencias inclinaban los ánimos en favor mio; con el trastorno que había, no se detuvieron á deslindar la verdad, y el conde se contentó con decir, despidiéndonos á los dos, que la conciencia del culpable vengaría al inocente. No ha sido vana su predicción, porque ni un solo día deja de cumplirse.

Ignoro lo que ha sido de esta víctima de mi calumnia, mas no es de suponer que con aquel antecedente hallase con facilidad una buena colocación. Pesaba sobre su honor una acusación terrible bajo todos conceptos. El robo no era más que una bagatela; pero al fin era un robo, y, lo que es peor, verificado para seducir á un joven; luego, ¿qué podía esperarse de la mentira y terquedad de quien tantos vicios reunía? Aun la miseria y el abandono á que la expuse no son los mayores peligros; ¿quién sabe á donde pudo conducirla en aquella edad el desaliento de la inocencia envilecida? Y si el remordimiento de haber podido hacerla desgraciada es insoportable, júzuese cómo será el de haber podido hacerla peor que yo.

Á veces este recuerdo me conturba y me trastorna hasta el punto de ver en mis insomnios venir hacia mí aquella pobre niña á reprocharme mi crimen como si lo hubiese cometido el día anterior. Mientras me vivió con tranquilidad poco me ha

atormentado, pero en medio de una vida borrascosa, me arrebató el consuelo más dulce la imagen de la inocencia perseguida, haciéndome experimentar lo que creo haber dicho en alguna obra: que los remordimientos se adormecen en el estado próspero y en la adversidad se recrudecen. Nunca he podido resolverme á aliviar mi corazón de este enorme peso, confesando mi culpa en el seno de un amigo; ni la confianza de la mayor intimidad me lo ha arrancado nunca, ni siquiera la señora de Warens. Todo lo que he podido hacer ha sido confesar qué tenía que reprocharme una acción atroz; pero nunca dije en qué consistía. Por lo tanto, hasta hoy ha permanecido sin aligerarse mi conciencia, y puedo asegurar que el anhelo de libertarme de él en cierto modo ha contribuido á la resolución de escribir mis confesiones.

Lisa y llanamente he expuesto la que acabo de hacer, y á buen seguro, no dirá nadie que he procurado paliar la fealdad de mi delito. Pero faltaría al objeto de este libro si no manifestara la disposición de mi ánimo, y temiera excusarme conforme á la verdad. Nunca ha estado la malicia más lejos de mí que en aquel cruel momento: cuando calumniaba á esa desdichada joven — será extravagante, pero es la verdad — fué por causa del amor que le tenía. Me excusé con la primera persona que se me ocurrió, y ella ocupaba mi mente. Acuséla de haber hecho lo que yo quería hacer: haberme dado la cinta, porque yo quería dársela. Así, cuando la vi comparecer se me desgarró el corazón, mas la presencia de tanta gente pudo más que mi arrepentimiento. Poco miedo me daba el castigo, sólo la vergüenza me causaba espanto, pero la tenía más que la muerte, más que el crimen, más que todo lo del mundo. Hubiera querido hundirme y ahogarme en el centro de la tierra. La invencible vergüenza imperó sobre todo, ella sola fué causa de mi impudencia, y cuanto más criminal era, tanto más osado me hacía el temor de confesarlo. Nada más

veía sino el horror de verme reconocido y públicamente declarado, en presencia mía, por ladrón, mentiroso, calumniador. Una turbación general me tenía ajeno á todo sentimiento fuera de éste. Sin duda habría declarado la verdad si me hubiesen dejado volver en mí, si el señor de la Roque me hubiese llamado aparte y me hubiese dicho: «No perdáis á esta pobre niña; si sois culpable confiádmelo á mí;» inmediatamente me hubiera echado á sus plantas, estoy seguro de ello; mas no hicieron sino intimidarme cuando debían haberme alentado. También hay que tener en cuenta la edad; yo apenas habia salido de la infancia, ó mejor, estaba en ella todavía. Las verdaderas maldades son en la juventud aun más criminales que en la edad adulta; pero lo que es debilidad únicamente, lo es mucho menos, y en el fondo casi no era otra cosa mi delito. Así es que su recuerdo me allige menos por lo el mal que era en sí, que por el que debe haber causado, y todavía le debo un bien: guardarme para siempre jamás de toda acción que tendiese al crimen, por consecuencia de la terrible impresión que me ha dejado el único que en la vida he cometido; y conozco que mi aversión á la mentira proviene en grande parte del sentimiento de haber llegado á decir una tan enorme. Si es un crimen que puede ser expiado, como me atrevo á creerlo, debe haberlo sido por el cúmulo de males que me agobian hacia el fin de mi existencia, por cuarenta años de probidad y honradez en circunstancias difíciles; y la pobre Mariquita halla tantos vengadores en este mundo, que por grande que fuese el agravio que por mí le fué inferido, no temo mucho llevar conmigo el pecado. He ahí cuanto sobre este asunto tenía que decir. Séame permitido no volver á hablar de ello jamás.

LIBRO TERCERO

(1728 á 1731.)

Habiendo salido de la casa de la señora de Vercellis poco más ó menos tal como había entrado en ella, volví á la de mi antigua patrona, donde permaneci unas seis semanas, durante cuyo tiempo la salud, la juventud y la ociosidad produjeron con frecuencia grande excitación en mi temperamento. Estaba inquieto, distraído, meditabundo; lloraba, suspiraba, y anhelaba un goce de que no tenía idea y cuya privación sentía sin embargo. Es un estado indescriptible y son muy pocos los hombres que pueden imaginarlo, porque la mayor parte de ellos se adelantan á esta plenitud de vida que causa tormento y placer á un tiempo, y ofrece en la embriaguez del deseo un preliminar del deleite. Mi sangre enardecida llenaba sin cesar mi mente de niñas y mujeres; pero no acertando á dar con su verdadero uso, las empleaba extravagantemente en mi imaginación, sin saber hacer otra cosa, y estas ideas mantenían mis sentidos en una actividad muy molesta de que, por fortuna, no me enseñaban á libertarme. Hubiera dado la vida por hallar otra señorita Gotón durante un cuarto de hora. Mas ya era pasado el tiempo en que los juegos de la infancia conducían á esta clase de expansiones por sí mismos. Con los años había venido la vergüenza, compañera de la conciencia del mal; se había acrecentado mi timidez natural hasta el punto de hacerla invencible, y nunca, ni en aquel tiempo ni posteriormente, he podido hacer una proposición lasciva como no haya sido empujado por la iniciativa de aquella á quien la hiciese, aun sa-

veía sino el horror de verme reconocido y públicamente declarado, en presencia mía, por ladrón, mentiroso, calumniador. Una turbación general me tenía ajeno á todo sentimiento fuera de éste. Sin duda habría declarado la verdad si me hubiesen dejado volver en mí, si el señor de la Roque me hubiese llamado aparte y me hubiese dicho : « No perdáis á esta pobre niña; si sois culpable confiádmelo á mí ; » inmediatamente me hubiera echado á sus plantas, estoy seguro de ello; mas no hicieron sino intimidarme cuando debían haberme alentado. También hay que tener en cuenta la edad; yo apenas habia salido de la infancia, ó mejor, estaba en ella todavía. Las verdaderas maldades son en la juventud aun más criminales que en la edad adulta; pero lo que es debilidad únicamente, lo es mucho menos, y en el fondo casi no era otra cosa mi delito. Así es que su recuerdo me allige menos por lo el mal que era en sí, que por el que debe haber causado, y todavía le debo un bien : guardarme para siempre jamás de toda acción que tendiese al crimen, por consecuencia de la terrible impresión que me ha dejado el único que en la vida he cometido; y conozco que mi aversión á la mentira proviene en grande parte del sentimiento de haber llegado á decir una tan enorme. Si es un crimen que puede ser expiado, como me atrevo á creerlo, debe haberlo sido por el cúmulo de males que me agobian hacia el fin de mi existencia, por cuarenta años de probidad y honradez en circunstancias difíciles; y la pobre Mariquita halla tantos vengadores en este mundo, que por grande que fuese el agravio que por mí le fué inferido, no temo mucho llevar conmigo el pecado. He ahí cuanto sobre este asunto tenía que decir. Séame permitido no volver á hablar de ello jamás.

LIBRO TERCERO

(1728 á 1731.)

Habiendo salido de la casa de la señora de Vercellis poco más ó menos tal como había entrado en ella, volví á la de mi antigua patrona, donde permaneci unas seis semanas, durante cuyo tiempo la salud, la juventud y la ociosidad produjeron con frecuencia grande excitación en mi temperamento. Estaba inquieto, distraído, meditabundo; lloraba, suspiraba, y anhelaba un goce de que no tenía idea y cuya privación sentía sin embargo. Es un estado indescriptible y son muy pocos los hombres que pueden imaginarlo, porque la mayor parte de ellos se adelantan á esta plenitud de vida que causa tormento y placer á un tiempo, y ofrece en la embriaguez del deseo un preliminar del deleite. Mi sangre enardecida llenaba sin cesar mi mente de niñas y mujeres; pero no acertando á dar con su verdadero uso, las empleaba extravagantemente en mi imaginación, sin saber hacer otra cosa, y estas ideas mantenían mis sentidos en una actividad muy molesta de que, por fortuna, no me enseñaban á libertarme. Hubiera dado la vida por hallar otra señorita Gotón durante un cuarto de hora. Mas ya era pasado el tiempo en que los juegos de la infancia conducían á esta clase de expansiones por sí mismos. Con los años había venido la vergüenza, compañera de la conciencia del mal; se había acrecentado mi timidez natural hasta el punto de hacerla invencible, y nunca, ni en aquel tiempo ni posteriormente, he podido hacer una proposición lasciva como no haya sido empujado por la iniciativa de aquella á quien la hiciese, aun sa-

biendo que no era escrupulosa y estando casi seguro de su consentimiento.

Creció mi agitación de suerte que, no pudiendo satisfacer mis deseos, los atizaba con los manejos más extravagantes. Buscaba pasadizos oscuros, sitios ocultos donde pudiese exponerme de lejos á las miradas de las mujeres en el estado en que hubiera querido hallarme á su lado. No era el objeto obsceno lo que veían, ni yo pensaba siquiera en ello, sino el ridículo. Es imposible describir el placer imbécil que experimentaba ofreciendo este espectáculo á sus ojos. De esto á lograr lo que deseaba no había más que un paso, y no me cabe duda de que, alguna atrevida al pasar habría satisfecho mis deseos, si yo hubiese tenido la audacia de aguardar. Esta locura tuvo un desenlace casi igualmente cómico, pero menos divertido para mí.

Un día fui á situarme en el extremo de un patio en el que había un pozo, donde iban á menudo á buscar agua las muchachas de la casa. Había en aquel extremo del patio un ligero declive que conducía á unas cuevas por varios conductos. En la oscuridad, sondeé aquellas avenidas subterráneas, y hallándolas lóbregas y prolongadas, pensé que no tenían fin, y que tendría allí un refugio seguro, si me veía sorprendido. Con esta confianza ofrecía á las muchachas que iban á sacar agua un espectáculo más risible que seductor. Las más discretas fingieron no ver nada; otras se echaron á reír; otras se alborotaron, creyéndose insultadas. Yo me oculté en mi retiro, pero fui perseguido. Oí una voz masculina con que no había contado, y que me alarmó. Entonces me interné en los subterráneos, á riesgo de perderme en ellos; el ruido, las voces, especialmente la de hombre me seguían siempre. Había contado con la oscuridad, y vi luz. Entonces me estremecí, y me hundi más y más, hasta que una pared me atajó los pasos, y no pudiendo ir más lejos fué preciso aguardar allí mi destino. En

un momento fui alcanzado y cogido por un hombretón con bigotes enormes, que llevaba un gran sombrero y un sable descómunal, rodeado de cuatro ó cinco viejas armadas con mangos de escoba, entre las cuales vi á la bribonzuela que me habia descubierto y que sin duda quería verme la cara.

El hombre del sable, cogiéndome por un brazo, me preguntó rudamente qué hacia allí. Fácilmente se comprenderá que mi respuesta no fué muy pronta. Con todo, me rehice un poco, y esforzándome, en tan crítico momento, forjé un recurso novelesco que me salió bien. Con tono suplicante le dije que tuviese misericordia de mi edad y estado, que yo era un joven extranjero de elevada alcurnia, que habia perdido la cabeza y me habia escapado de la casa paterna porque me querian encerrar; que estaba perdido si él me daba á conocer; mientras que, si me hacia el favor de soltarme, quizás podría algún día probarle mi agradecimiento. Contra lo que yo me esperaba, mis palabras y mi aspecto hicieron efecto; el hombre terrible se compadeció, y después de una corta reprehensión me soltó suavemente, dejándome sin preguntarme nada más. Por la actitud de la joven y las viejas, cuando me dejaron salir, conocí que el hombre que tanto miedo me inspiró me habia servido de mucho y que con ellas solas no habria salido de allí tan bien librado. Vilas murmurando no se qué, pero me tenia sin cuidado, pues mientras no se mezclaran en el asunto el sable ni el hombre, estaba seguro de librarme de ellas y sus palos, porque me sentía ágil y vigoroso.

Algunos dias después yendo en compañía de un joven abate, vecino mio, por poco doy de hocicos con el hombre del sable, quien me reconoció al instante, y me dijo, contrahaciendo mi voz y en tono de mofa: « ¡Yo soy príncipe; yo soy príncipe, y yo soy un cobarde: pero no trate su alteza de volver! » No dijo una palabra más, y yo me escurri con la cabeza baja, agradeciendo en el fondo de mi alma su discreción. Aquellas

malditas viejas debían haberse burlado de su credulidad. Sea como quiera, por más que fuese un piamontés, era un buen hombre y su recuerdo va unido siempre á mi reconocimiento, pues el caso era tan chusco, que por solo el gusto de hacer reír, cualquiera en su lugar me habría puesto en ridículo. Aunque no tuvo las consecuencias que podía temer, esta aventura no dejó de moderarme por mucho tiempo.

Mi permanencia en casa de la señora de Vercellis me facilitó la adquisición de algunas relaciones, que procuré cultivar con la esperanza de que podrían serme de alguna utilidad. Una de ellas era la de un abate saboyano llamado señor Gaimé, preceptor de los hijos del conde de Mellaredé. Joven aún, y poco conocido, era un hombre de buen sentido, próbo, ilustrado y uno de los más honrados que en mi vida he conocido. De nada me sirvió en cuanto al móvil que á su casa me llevaba, pues no contaba con bastante influencia para poderme colocar; mas hallé en su trato ventajas más preciosas que me han servido durante toda la vida: las lecciones de la sana moral y las máximas de la razón. En el curso de mis gustos y de mis ideas, me había colocado siempre demasiado alto ó demasiado bajo. Aquiles ó Tersites, tan pronto un héroe como un tunante. El abate tomó á su cargo el trabajo de colocarme en mi lugar y hacer que me conociese yo mismo, sin perdonarme nada, pero sin desanimarme. Me habló muy favorablemente de mi sinceridad y de mis buenas prendas, mas añadió que de ellas mismas veía surgir los obstáculos para que aquellas pudiesen valerme; de manera, que, según él, debían servirme más bien que de gradas para escalar la fortuna de recursos para poder pasar sin ella. Trazóme un cuadro exacto de la vida humana, de que yo no tenía más que ideas falsas; hizome ver cómo, en la adversidad, el hombre prudente siempre puede encaminarse á la felicidad y seguir el derrotero más conveniente para lograrla; cómo no existe verdadera felicidad

sin la virtud, y cómo ésta es compatible con todos los estados. Disminuyó mucho mi admiración por la grandeza, probándome que los que dominan á los demás no son más sabios ni más dichosos. Dijome una cosa que frecuentemente he tenido ocasión de recordar, y es que si cada uno pudiese leer en el corazón de los demás, serían muchos más los que desearían bajar que los que anhelaran subir. Esta reflexión, cuya verdad choca y nada tiene de exagerada, me ha sido de suma utilidad durante el curso de mi vida para mantenerme en mi puesto tranquilamente. Él me dió las primeras ideas verdaderas de lo bueno, porque yo, con mi carácter dado á la exageración, sólo había conocido los extremos. Hizome notar que el entusiasmo por las virtudes sublimes era poco corriente en la sociedad; que remontándose demasiado, estaba uno sujeto á las caídas; que la continuidad de los pequeños deberes cumplidos siempre bien, no requería menos temple que las acciones heroicas; que aquéllas producían mejor resultado para nuestra honra y nuestra dicha, y que era infinitamente mejor poseer siempre la estimación de los hombres que su admiración alguna que otra vez.

Para determinar los deberes del hombre preciso era remontarse á su principio. Por otra parte, el paso que yo acababa de dar, de que no era más que una consecuencia la situación en que me hallaba, nos llevó á hablar de religión. Ya habrá comprendido el lector que el honrado señor Gaimé, es, en gran parte á lo menos, el original del *Vicario Saboyano*. Sólo que obligado por la prudencia se explicó con menos claridad sobre ciertos puntos; pero, por lo demás, sus máximas, sus sentimientos, sus consejos fueron los mismos, y hasta el consejo de volver á mi patria, todo fué como lo he comunicado después al público. Así pues, sin extenderme en consideraciones de que cada cual puede darse cuenta en sustancia, diré que sus prudentes lecciones, aunque infructuosas al principio,

ueron un germen de virtud y de religión que no se extinguió jamás en mi corazón, y que para fructificar no esperaba sino los cuidados de una mano más querida.

Aunque mi conversión fuese por aquel entonces poco sólida, no dejaba de hallarme conmovido, y en vez de serme su conversación molesta, me aficioné á ella á causa de su claridad, su sencillez, y sobre todo de cierta sensibilidad en que rebosaba. Tengo un corazón cariñoso, y siempre me he sentido atraído hacia las gentes más por lo que me han querido, que por el bien que me han hecho; y en esto casi nunca me engaña mi tacto. Así es que me aficioné verdaderamente al señor Gaime, siendo, por decirlo así, su segundo discípulo, y esto me hizo, por el pronto, el inestimable beneficio de apartarme de la pendiente del vicio á donde la ociosidad me precipitaba.

Un día, cuando menos lo pensaba, vinieron á buscarme de parte del señor conde de la Roque, en cuya casa había dejado de presentarme, cansado de no poder verle nunca, creyendo que me había ya olvidado ó que conservaría de mí una impresión poco favorable. Pero me equivocaba: más de una vez había presenciado el placer con que llenaba mis deberes en casa de su tía, y aun le había hablado de ello, y en nuestra entrevista lo volvió á recordar cuando yo no me acordaba ya de ello. Me recibió muy bien y me dijo que no había querido entretenerme con vagas promesas, sino que me había buscado una colocación, y habiéndola encontrado me ponía en camino de ser alguna cosa, tocándome á mí hacer lo demás; que la casa donde iba á entrar era poderosa y distinguida; que no necesitaba otra protección para hacer carrera; y que, si bien entraría al principio de simple criado, como lo había sido antes, podía estar seguro de que se hallaban dispuestos á no dejarme en tal estado, si me juzgaban superior á él por mis sentimientos y mi conducta.

El final de este discurso desmintió cruelmente las risueñas esperanzas que su principio me había hecho concebir. ¡Cómo! ¡siempre lacayo! dije para mí con amargo despecho. Mas luego recobré la confianza. Me sentía demasiado poco á propósito para semejante condición, por lo que no tenía que me dejasen en ella.

Condujome á casa del conde de Gouvón, primer escudero de la reina y jefe de la ilustre casa de Solar. El noble aspecto de aquel venerable anciano hizome más tierna la afabilidad de su acogida. Interrogóme afectuosamente, y yo le respondí con sinceridad. Y dirigiéndose al conde de la Roque le dijo que yo tenía una fisonomía agradable y que prometía ingenio; que le parecía no carecer de él efectivamente, pero que esto no era suficiente y convenia ver lo demás; luego, dirigiéndose á mí, añadió: «Hijo mío, casi todos los principios son difíciles; sin embargo, los vuestros no lo serán mucho. Sed discreto y procurad aquí agrandar á todos; he ahí, por ahora, vuestra obligación; por lo demás, estad tranquilo, pues no faltará quien enide de vos.» En seguida me presentó á su nuera, la marquesa de Breil, y luego al abate de Gouvón, hijo suyo.

Esta entrada me pareció de buen agüero, pues ya sabía por experiencia que no se tienen tantos miramientos para tomar á su servicio un lacayo. En efecto, no fui como tal tratado. Me destinaron á segunda mesa y no me dieron librea; y habiendo querido el conde de Favria, joven atolondrado, hacerme subir detrás de su carroza, su abuelo prohibió que yo fuese detrás de ninguna y que acompañase á nadie fuera de casa. Sin embargo, servía á la mesa y hacía poco más ó menos el servicio de un lacayo; pero lo hacía hasta cierto punto voluntariamente, sin estar destinado expresamente al servicio de nadie. Fuera de algunas cartas que me dictaban y de los dibujos que me hacía recortar el conde de Fabria, podía disponer á mi antojo casi de todo el día. Esta prueba, de que yo no me hacía cargo, era

sumamente peligrosa; y no era tampoco muy humanitaria, porque tanta ociosidad podía hacerme contraer muchos vicios que de otra suerte no habría tenido.

Más afortunadamente no ocurrió esto. Me hallaba bajo la impresión de las lecciones del señor Gaime, y las tomé tan á gusto que aun algunas veces me escapaba para ir á escucharle. De seguro que los que veían salir á hortadillas estaban bien lejos de sospechar á donde iba. No puede imaginarse nada más sensato que los consejos que me dió acerca de mi conducta. Mi estreno había sido admirable; tenía una asiduidad, una atención y un celo que encantaban á todo el mundo. El abate Gaime me advirtió prudentemente que moderara este ardor primero, temeroso de que se debilitara y fuese notado. «Se os exigirá, me dijo, con arreglo á lo que hagáis ahora; procurad que podáis hacer más en adelante, pero guardaos de hacer nunca menos.»

Como apenas habían examinado mis escasos conocimientos, y no me suponían más dotes de las que me había dado la naturaleza, no parecía que pensarán utilizarme para nada, á pesar de lo que el conde de Gouvón me había dicho. Se atravesaron además algunas ocurrencias y yo quedé poco menos que olvidado. Era entonces embajador en Viena el marqués de Areil, hijo del conde de Gouvón, y en la corte sobrevinieron acontecimientos que influyeron en la familia, de modo que durante algunas semanas reinó en ésta tal agitación, que no hubo tiempo de pensar en mí. Con todo, hasta entonces me había maleado muy poco. Una cosa me hizo bien y mal á un mismo tiempo, alojándome por una parte de toda distracción exterior, pero distrayéndome por otra algo más de mi obligación.

La señorita de Breil era una joven poco más ó menos de mi edad, bien formada, bastante hermosa, muy blanca, con el cabello muy negro, y cuyo semblante estaba, sin embargo, dotado de ese aire de dulzura propio de las rubias, al cual mi

corazón nunca ha podido resistir. El traje de corte, que tanto favorece á la juventud, dibujaba su hermoso talle y hacía destacarse su seno y hombros, contribuyendo á dar mayor realce á su tez el luto que entonces se llevaba.

Se dirá que un criado no debe notar tales cosas. Efectivamente, hacía mal; mas con todo, yo lo observaba, y no era solo. El maestresala y los ayudas de cámara hablaban de ella algunas veces con tanta grosería que me hacía sufrir cruelmente. Sin embargo no perdía la cabeza hasta el punto de enamorarme de veras. No olvidaba mi situación; manteníame en mi lugar, y hasta mis deseos permanecían dormidos. Me agradaba ver á la señorita de Breil y oírle decir algunas palabras que revelaban talento, juicio y honestidad; ciñéndose mi ambición al placer de servirla, no traspasaba los límites de mi derecho. En la mesa espiaba las ocasiones de hacerlo valer. Si su lacayo se apartaba un instante de su silla, en seguida ocupaba yo el puesto; fuera de esto, me situaba frente á ella, adivinando en sus ojos lo que iba á pedir y atisbando el momento de cambiar su plato. ¡Qué no habría hecho yo para que se dignase mandarme alguna cosa, dirigirme una mirada, decirme una sola palabra! pero nada; tenía la mortificación de no ser nada para ella; ni siquiera echaba de ver que yo estuviese allí. Sin embargo, un día, su hermano, que alguna vez me dirigía la palabra en la mesa, me dijo no sé qué cosa desagradable y le di una respuesta tan delicada é ingeniosa que le llamó la atención y me dirigió una mirada que, aunque fué corta, no dejó de regocijarme.

Al día siguiente se presentó nueva ocasión, y la aproveché. Dábase una gran comida, en que vi por primera vez al maestresala servir con la espada al lado y el sombrero puesto, lo que me sorprendió sobremanera. Por casualidad se vino á hablar de la divisa de la casa de Solar, que se veía en los tapices junto con los blasones: *Tel fieri qui ne tue pas*. Como los

piamonteses no son generalmente muy fuertes en la lengua francesa alguno halló una falta de ortografía en la divisa, y dijo que en la palabra *fiert* estaba de más la *t*.

El anciano conde de Gouvón iba á responder; mas habiendo visto que yo me sonreía sin atreverme á decir nada, me ordenó que hablase. Entonces dije que no creía que estuviere de más la *t*, que *fiert* era una voz francesa anticuada que no venia de *ferus*, fiero, amenazador, sino del verbo *ferit*, golpea, hiere; así que, no me parecía que la divisa dijese: *Tal amenaza*, sino *Tal hiere que no mata*.

Todos me miraron, y se miraron sin decir una palabra. Jamás se ha visto un asombro semejante. Pero lo que más me halagó fué la satisfacción que se pintaba claramente en el semblante de la señorita de Breil. Esta joven tan desdenosa se dignó dirigirme otra mirada que, por lo menos, valia tanto como la primera; en seguida, volviéndose hacia su abuelo, parecía esperar con impaciencia el elogio que me debía, y que me tributó, en efecto, tan completo y con tan señaladas muestras de satisfacción, que todos los que estaban en la mesa se apresuraron á hacerle coro. Este instante fué corto, pero bajo todos conceptos delicioso. Fué uno de esos momentos harto raros que vuelven las cosas á su orden natural, y vengan al mérito rebajado de los ultrajes de la fortuna.

Algunos minutos después, la señorita de Breil, levantando los ojos expresamente para mirarme, me rogó con un tono de voz tan tímido como afable que le sirviese de beber. Se comprende que no me hice esperar; mas al acercarme á ella se apoderó de mi tal turbación, que, habiendo llenado demasiado el vaso, derramé una parte del agua sobre la servilleta y aun sobre su vestido. Su hermano me preguntó atelondradamente por qué temblaba de tal suerte. Esta pregunta fué poco á propósito para serenarme, y la señorita de Breil se puso como una mapola.

Aquí concluye la novela, donde se verá, así como me sucedió con la señora de Basile, y en todo el resto de mi vida, que soy muy poco afortunado en la conclusión de mis amores.

Me aficioné inútilmente á la antecámara de la señora de Breil, porque jamás obtuve una sola prueba de atención por parte de su hija. Salía y entraba sin mirarme, y yo apenas me atrevía á levantar los ojos á su paso. Y aun era tan imbécil y tan desdichado, que un día que, al pasar, se le había caído un guante, en vez de lanzarme á coger aquella prenda que hubiera querido comerme á besos, no me atreví á moverme de mi sitio, y dejé que la cogiera un avestruz de criado á quien de buena gana hubiera aniquilado.

Para acabar de intimidarme, noté que no tenía el honor de agradar á la señora de Breil. No sólo no me mandaba nunca nada, sino que ni siquiera admitía mis servicios; y hallándome en su antecámara me preguntó dos veces distintas ⁴ con tono duro, si no tenía nada que hacer. Fué, pues, preciso renunciar á este caro refugio. Al principio me era muy doloroso, mas luego vinieron distracciones y ya no pensé más en ello.

De los desdenes de la señora de Breil me consolé con las bondades de su suegro, que al fin se acordó de que yo estaba allí. La noche de la comida de que he hablado tuvo conmigo una conversación de que pareció quedar satisfecho, y que á mí me encantó. Este buen anciano, aunque hombre de talento, distaba bastante de tener tanto como la señora de Vercellis; pero tenía más corazón, y adelanté más en su casa. Dijome que me arrimase á su hijo el abate de Gouvón, que me quería, lo cual podía serme útil si yo sabía aprovecharlo, y proporcionarme lo que me faltaba para lo que se trataba de hacer conmigo.

⁴ Variante: al pasar en compañía de su hija...

A la mañana siguiente corri á visitar al señor abate, que no me recibió como á un criado, sino que haciendo sentarme junto al hogar, me interrogó con la mayor dulzura, conociendo desde luego que había comenzado á aprender muchas cosas sin acabar ninguna. Y viendo, sobre todo, que estaba muy atrasado de latín, se propuso enseñármelo mejor, para lo cual quedamos en que iría yo todos los días por la mañana á su casa, como lo hice desde el siguiente. Así es que, por una de esas anomalías, que se hallarán frecuentes en mi vida, era á un tiempo discípulo y criado en la misma casa, teniendo allí mismo donde servía un maestro cuyo nacimiento le ponía en el caso de no serlo sino de hijos de reyes.

El abate de Gouvón era un segundón destinado por su familia al episcopado, por cuyo motivo habían llevado su enseñanza mucho más allá de lo que suele hacerse con los hijos de familias distinguidas. Había ido á la universidad de Viena, donde había cursado muchos años y de donde trajo una dosis de *coruscantismo*¹ bastante considerable para ser en Turín, poco más ó menos, lo que era en otro tiempo en París el abate Danjeau.

El cansancio de la teología le había hecho entregarse á las bellas letras, cosa muy común en Italia á los que siguen la carrera de la prelatura, de modo que había leído los poetas; componía regulares versos italianos y latinos y, en una palabra, tenía el gusto que era necesario para formar el mio y poner algún orden en el farrago de que estaba llena mi cabeza. Pero, sea que mi locuacidad le hubiese ilusionado respecto á mi saber, sea que no pudiese sufrir el fastidio de los elemen-

¹ *Coruscantismo* es aquí sinónimo de *purismo*. Los italianos designan con la palabra *cruscante* al que afecta no usar otras que las adoptadas por la Academia della *Crusca*.

tos de latín, el caso es que en seguida me adelantó demasiado, y apenas me había hecho traducir algunas fábulas de Fedro, cuando ya me metió en el Virgilio, donde yo no entendía casi nada.

Como se irá viendo, estaba destinado á comenzar á menudo el estudio del latín y no saberlo jamás. Mientras tanto yo trabajaba con bastante asiduidad, y el señor abate me prodigaba sus cuidados con tal bondad, que todavía su recuerdo me enternece. Pasaba con él una buena parte de la mañana, así para mi instrucción como para su servicio, no para el de su persona, porque nunca permitió que le hiciese ninguno, sino para escribir bajo su dictado y para copiar; y mi papel de secretario me aprovechó más que el de discípulo. No sólo aprendí de este modo el italiano en toda su pureza, sino que también adquirí gusto por la literatura y algún discernimiento de los buenos libros, que no podía adquirirse en casa de la Tribu, y que me sirvió mucho cuando más tarde me puse á trabajar solo.

Ésta fué la época de mi vida en que, sin proyectos novelescos, con más razón podía entregarme á la esperanza en lo porvenir. El señor abate decía á todo el mundo lo contento que de mí estaba; y su padre me cobró tal cariño, que según me dijo el conde de Favria, habló de mí al rey. Hasta la misma señora de Breil había dejado de ponerme aquel gesto de menosprecio. En fin, vine á ser una especie de favorito en la casa, con notable envidia de los demás criados, que, viéndome favorecido con las lecciones del hijo de su amo, conocían muy bien que no sería para dejarme mucho tiempo igual á ellos.

Por lo que he podido colegir de algunas frases cógidas al vuelo, acerca de las cuales no he reflexionado sino cuando ya no era tiempo, respecto á lo que se proponían hacer conmigo, me ha parecido que, queriendo la casa de Solar consagrarse á la carrera de las embajadas y quizás más tarde á la del minis-

terio, hubiera deseado formar con tiempo una persona de mérito y capacidad que, debiéndoselo todo, hubiese podido merecer su confianza en lo sucesivo y serle de utilidad. Este proyecto del conde de Gouvón era noble, discreto, magnánimo y verdaderamente digno de un magnate previsor y benéfico: pero, además de que yo entonces no veía toda la extensión de este plan, era demasiado sensato para mi cabeza y exigía una sujeción harto prolongada. Mi loca ambición sólo buscaba la fortuna por medio de las aventuras; y no viendo mujer en todo esto, semejante modo de lograrla me parecía lento, penoso y triste; siendo así que hubiera debido hallarla tanto más honrosa y segura cuanto que no se mezclaban en ella las mujeres, puesto que las cualidades que ellas favorecen no valen seguramente lo que aquellas otras que me suponían.

Todo iba á las mil maravillas. Había obtenido, casi arrancado, la estimación de todos; había concluido el tiempo de las pruebas; en la casa me miraban, generalmente, como un joven que prometía mucho que no estaba en su lugar y que era de esperar llegase á ocupar el puesto merecido. Mas no era mi destino el que me señalaban los hombres y debía llegar á él por caminos muy diferentes. Ahora tocamos uno de estos rasgos característicos que me son propios, y que basta exponer sin añadir reflexión ninguna.

Aunque había en Turín muchos neófitos en el mismo caso que yo, no me inspiraban ninguna simpatía, de modo que ni siquiera quise ver á ninguno de ellos. Pero había visto á algunos ginebrinos que no lo eran, uno de los cuales se llamaba Mussard, por sobrenombre Boca-torcida, pintor en miniatura, algo pariente mío, quien descubrió mi residencia y vino á verme acompañado de otro ginebrino llamado Bacle, que había sido mi compañero durante mi aprendizaje. Era un joven muy alegre, chancero, lleno de agudezas burlonas que

su edad hacia agradables. Heme aquí de repente apasionado del señor Bacle hasta el punto de no poder vivir sin él. Iba á partir en breve para volverse á Ginebra. ¡Qué pérdida para mí! Yo comprendí toda su magnitud. Así es que para aprovechar á lo menos todo el tiempo que faltaba, no me separé más de él, ó mejor dicho, él no se separó de mí; porque al principio no perdí el juicio hasta el extremo de pasar con él fuera de casa todo el día sin pedir permiso; pero luego, viendo que me asediaba completamente, le prohibieron la entrada; yo me acaloré de tal suerte, que, olvidándolo todo, menos á mi amigo Bacle, no me acercaba á casa del abate ni á la del señor conde, y no me veían en todo el día. Hicieronme reflexiones que no escuché; me amenazaron con que me despidrían, y esta amenaza fué mi perdición, porque me hizo pensar en la posibilidad de que Bacle no se fuese solo. Desde aquel momento ya no imaginé otro placer, otra fortuna, otra felicidad que la de hacer un viaje semejante, y no veía en ello más que la dicha inefable de hacer el viaje, á cuyo término, entreveía, para colmo de ventura, á la señora de Warens; pues en cuanto á volver á Ginebra no lo pensé nunca. Los montes, los prados, los bosques, los arroyos, los pueblos, se sucedían sin fin y sin intervalo con nuevos atractivos; este venturoso trayecto parecía que debía absorber mi vida entera. Acordábame con delicia de cuán hermoso me había parecido, á la venida, aquel viaje. ¡Qué no debía ser entonces, cuando á todos los atractivos de la independencia se juntaba el de hacer el camino con un compañero de mi edad, de mi gusto, y de buen humor; sin molestias, sin deberes, sin restricciones, sin obligación de andar ó parar, ni más ley que nuestro antojo! Era preciso ser loco para sacrificar semejante suerte á proyectos ambiciosos de ejecución lenta, difícil, incierta, y que, suponiéndolos realizados algún día, con todo su esplendor no valían un cuarto de hora de verdadero placer y libertad durante la juventud.

Llena la cabeza de tales ilusiones, me comporté de tal suerte, que logré hacerme despedir, y á la verdad no fué sin mucho trabajo. Una noche, al volver á casa, el maestresala, me notificó mi despedida de parte del señor conde. Esto era precisamente lo que yo deseaba, porque conociendo á pesar mío lo extravagante de mi conducta, para disculparme á mis propios ojos lo aumentaba con la injusticia y la ingratitud, creyendo que no era mía la culpa, pues tomaba este partido por necesidad. Me dijeron de parte del conde de Favria que fuese á hablarle á la mañana siguiente, antes de marcharme; y como ya se echaba de ver que no podía esperarse nada de mi extraviada cabeza, el maestresala me entregó, después de esta entrevista, algún dinero que me habian destinado, y que seguramente habia ganado muy mal, porque no queriendo dejarme de criado, no me habian fijado sueldo.

Á pesar de su juventud y ligereza, el conde de Favria me hizo en aquella ocasión las observaciones más sensatas, y casi me atrevo decir las más afectuosas; tan halagüena y tierna fué la exposición que me hizo de las atenciones de su tío y las miras de su abuelo. En fin, después de haberme manifestado cuanto sacrificaba para correr en pos de mi perdición, me ofreció interceder en mi favor, exigiendo por toda condición que no viese más á aquel desgraciado muchacho que me habia seducido.

Era tan claro que no me decia todo esto de motu proprio, que, á pesar de mi estúpida ceguera, conocí toda la bondad de mi anciano señor y me conmoví; pero aquel caro viaje estaba harto impreso en mi fantasía para que hubiese nada capaz de contrarrestar su encanto. Estaba enteramente fuera de mí; me revestí de valor, me endurecí, echélas de orgulloso, y respondí con arrogancia que, pues me habian despedido, yo me habia conformado; que ya no era tiempo de volver atrás, y que, á pesar de todo lo que pudiera acontecerme en la vida, estaba

resuelto á no hacerme despedir dos veces de una casa. Entonces justamente irritado, me dió los dictados que yo merecía, y echándome de su habitación cerró la puerta tras de mí. Yo sali triunfante, como si acabase de ganar una gran victoria, y por temor de verme obligado á sostener un nuevo combate, cometí la villanía de marcharme sin ir á dar las gracias al abate por sus bondades.

Para que pudiese juzgarse hasta dónde rayaba mi delirio, sería preciso conocer hasta qué punto es susceptible mi corazón de entusiasmarse con las cosas más insignificantes, y cuán locamente se embriaga con la imagen del objeto que le seduce, por vano que sea muchas veces. Vienen á acariciar mi favorita idea los planes más caprichosos, más infantiles y más locos, presentándome como muy verosímil su realización. ¿Quién creerá que, cerca de los diez y nueve años, pueda esperar alguien de una redomita vacía la subsistencia del resto de la vida? Pues prestad atención, amables lectores.

El abate de Gouvón me habia regalado algunas semanas atrás una pequeña fuente de Herón⁴ muy bonita, de que yo estaba prendado. Á fuerza de hacer funcionar la fuente y hablar de nuestro viaje, el discreto Baclé y yo imaginamos que la primera podía muy bien servirnos para el segundo y prolongarlo. ¿Qué habia en el mundo tan curioso como una fuente de Herón? Ésta fué la base sobre la cual construimos todo el edificio de nuestra fortuna. En cada pueblo debiamos reunir á la gente alrededor de nuestra fuente, y allí las comidas y los agasajos habian de llover con tanta mayor abundancia en

⁴ Su nombre verdadero es *fuelle de Hierón*, á causa de su inventor Hierón de Alejandria. Fué perfeccionada por Niewentit. Es un aparato de física, descrito en todos los diccionarios y manuales de física. El agua se eleva en dicha fuente en virtud de la presión del aire.

cuanto uno y otro creíamos de buena fe que los víveres nada costaban á los que los cogían, y que, cuando no los daban á los caminantes, era por pura mala voluntad. No imaginábamos otra cosa que bodas y festines por todas partes, contando con que, sin emplear más que el aire de nuestros pulmones y el agua de nuestra fuente, nos veríamos libres de todo gasto en el Piamonte, en Saboya, en Francia y en todas partes. Hacíamos proyectos de viajes interminables, y encaminábamos primero nuestra ruta hacia el norte más bien por el gusto de pasar los Alpes, que por la supuesta necesidad de detenernos al fin en algún punto.

(1731 á 1732.)

Tal fué el plan con arreglo al cual salí á campaña, abandonando sin pesar á mi protector, á mi maestro, mis estudios, mis esperanzas y la probabilidad de una fortuna casi segura, para dar principio á una vida de verdadero vagabundo. Adiós capital, adiós corte, adiós ambición, vanidad, amor, mujeres hermosas, y todas las grandes aventuras cuya esperanza me había guiado el año anterior. Partí con mi fuente y mi amigo Bacle, el bolsillo escasamente provisto, pero con el corazón henchido de júbilo y no pensando más que en gozar de esa felicidad ambulante á que súbitamente había limitado mis brillantes proyectos.

Aquel extravagante viaje lo llevé á cabo casi tan á gusto como me había prometido, pero no enteramente del mismo modo, pues aunque nuestra fuente divertía algunos ratos á las dueñas y criadas de las posadas, no por ello nos librábamos de pagar el gasto á la salida. Pero esto nos inquietó muy poco, y no pensábamos en sacar partido de aquel recurso sino hasta

que nos faltase el dinero. Un accidente nos evitó este trabajo: la fuente se rompió cerca de Bramante; ya era tiempo, porque conocíamos, sin atrevernos á comunicárnoslo, que empezaba á fastidiarnos. Esta desgracia nos puso más alegres que antes, y nos reimos grandemente de la ligereza que habíamos cometido olvidando que nuestros zapatos y vestidos se estropearían, ó creyendo reemplazarlos por medio de nuestra fuente. Seguimos el viaje tan alegremente como lo habíamos empezado, caminando algo más de prisa hacia su término, á donde nos obligaba á llegar cuanto antes la circunstancia de irse agotando nuestro bolsillo.

En Chamberi empecé á meditar, no sobre la necedad que había cometido, porque nadie tomó nunca tan pronto ni tan resueltamente como yo su partido respecto del pasado, sino sobre la acogida que me esperaba en casa de la señora de Warens; porque yo miraba su casa ni más ni menos que si fuese la mía paterna. Habíale escrito mi entrada en casa del conde de Gouvón; ella sabía de qué modo estaba en la misma, y al felicitarme por ello, me había dado muy buenas lecciones sobre el modo cómo debía corresponder á la liberalidad que usaban conmigo. Consideraba hecha mi fortuna, si yo no la destruía por mi culpa. ¿Qué diría al verme llegar? Ni un instante siquiera pensé que podía rechazarme; pero me espantaba la idea del dolor que iba á causarle, temía sus reproches, más terribles para mí que la miseria; sin embargo, tomé la resolución de sufrirlo todo en silencio y hacer todo lo posible para apaciguarla. Nada veía en el mundo más que á ella; vivir en desgracia suya me era de todo punto imposible.

Lo que más me inquietaba era mi compañero de viaje, á quien no quería faltar, y no pensaba poder desembarazarme de él fácilmente. Para preparar nuestra separación, me conduje con él friamente, durante la última jornada. El pícaro me comprendió: era más atolondrado que necio. Me había figu-

rado que mi inconstancia le daría pesadumbre, y estaba equivocado; á mi amigo Bacle nada le causaba profunda impresión. Al llegar á Anncey, apenas habíamos entrado en la ciudad, cuando me dijo: «Hete ahí en tu casa;» me abrazó, se despidió de mí, dió media vuelta, y desapareció. Nunca más he oído hablar de él. Nuestras relaciones y nuestra amistad duraron en junto unas seis semanas; pero sus consecuencias durarán mientras yo viva.

¿Cómo latía mi corazón al acercarme á la casa de la señora de Warens! temblábanme las piernas, cubría mis ojos un velo; nada oía, nada veía, ni habría reconocido á nadie; me vi obligado á detenerme varias veces para respirar y volver en mí. ¿Era tal vez el temor de no obtener el socorro que necesitaba lo que me ponía en tal estado? Á la edad que yo tenía entonces ¿produce tal inquietud el miedo de morir de hambre? No, no; lo digo con tanta verdad como orgullo, nunca, en ninguna circunstancia de mi vida, pudieron dilatar ú oprimir mi corazón ni la prosperidad ni la indigencia. En el trascurso de una vida desigual y memorable por sus vicisitudes, sin asilo y sin pan muy á menudo, siempre he mirado con iguales ojos la opulencia y la miseria. En caso necesario, hubiera podido mendigar ó robar como otro cualquiera, pero no turbar-me por verme reducido á tal extremo. Pocos hombres habrán sufrido tanto como yo, pocos habrán derramado tantas lágrimas; pero ni la pobreza, ni el temor de caer en ella me han arrancado jamás un suspiro ni una lágrima. Capaz de resistir los vaivenes de la fortuna, mi espíritu no ha conocido otros bienes ni otros males, sino aquellos que no dependen de él; y precisamente cuando no me ha faltado nada de lo necesario, ha sido cuando me he sentido el más infeliz de los mortales.

Apenas me vi en presencia de la señora de Warens, me tranquilizó su semblante. Experimenté una gran conmoción al primer sonido de su voz, me precipité á sus pies, y, en un

rapto de la mas viva alegría, apliqué mis labios á su mano. En cuanto á ella, ignoro si había tenido noticias de mi viaje; pero no vi pintada en su rostro gran sorpresa, ni la menor sombra de disgusto. «Pobre muchacho, me dijo con cariñoso acento, ¿hete aquí, pues, de vuelta? Ya sabía yo que eras harto joven para emprender este viaje; estoy contenta de que á lo menos no haya resultado tan mal como temía.» Luego me hizo relatar mi historia, que no fué larga, y que hice con toda fidelidad, sin perdonarme ni excusarme nada, aunque suprimiendo algunos puntos.

Tratóse en seguida de mi albergue, y al efecto consultó con la doncella. Yo no me atrevía á respirar durante aquella deliberación; mas, cuando oí que dormiría en la casa, con trabajo pude contenerme, y vi conducir mi reducido equipaje al cuarto que me destinaban, poco más ó menos como Saint-Preux vió meter su silla de posta en casa de la señora de Wolmar. Para colmo de ventura, supe que este alojamiento no sería interino, y en un momento en que me creían distraído en otra cosa, oí que decía: «Durán lo que quieran; pero ya que la Providencia me lo devuelve, estoy resuelta á no abandonarle.»

Heme ahí al fin establecido en su casa. Sin embargo, aun no fué esto el principio de los días felices de mi vida, pero sirvió de preparación. Aunque esa sensibilidad de corazón que nos permite verdaderos goces íntimos, sea obra de la naturaleza, y tal vez un efecto del organismo, necesita situaciones propicias á su desarrollo. Sin esas causas ocasionales, una persona que hubiese nacido muy sensible, no sentiría nada, y moriría sin haberse conocido á sí misma. Tal, ó poco menos, había sido yo hasta entonces, y así probablemente habría continuado si no hubiese conocido á la señora de Warens, ó si, aun habiéndola conocido, no hubiese vivido á su lado tiempo bastante para contraer el dulce hábito de los sentimientos afectuosos que me inspiró. Me atrevo á afirmar que el que solo ha sen

údo el amor no ha sentido lo más dulce que puede experimentarse. Conozco otro sentimiento, tal vez menos violento, pero mil veces más delicioso, que puede hallarse junto con el amor, pero que se presenta con frecuencia separado de él. Este sentimiento no es tampoco solamente amistad; es más voluptuoso, más tierno, y no creo que pueda existir entre personas de un mismo sexo; á lo menos ya he rendido culto á la amistad como el que más, y sin embargo no he experimentado nunca este sentimiento por ninguno de mis amigos. Esto no es muy inteligible, pero ya se aclarará con lo que sigue: los sentimientos no se describen bien sino por sus efectos.

Vivia la señora de Warens en una casa antigua, pero bastante capaz para tener una hermosa habitación de reserva, que tenía destinada á sala de estrado, y allí fué donde me alojaron. Este aposento daba al pasadizo ya citado donde tuvo lugar nuestra primera entrevista; al otro lado del arroyo y de los jardines se extendía la campiña. Este espectáculo no era una cosa indiferente para mí.

Desde mi estancia en Bossey era la primera vez que veía el campo desde mi ventana. Enterrado siempre entre paredes, no había tenido ante mis ojos más que tejados y el color gris de las calles. ¡Cuán agradable fué para mí esta diferencia! fué mucha parte á acrecentar mi predisposición á la ternura. También consideraba aquel hermoso paisaje como uno de los favores de mi cara protectora: me parecía que lo había colocado allí expresamente para mi deleite; allí me situaba yo tranquilamente junto á ella; la veía por todas partes, entre las flores y la verdura; sus encantos y los de la primavera se confundían á mis ojos. Mi corazón, comprimido hasta entonces, se hallaba más á sus anchas en este espacio y mis suspiros se exhalaban más libremente entre aquellos verjeles.

En casa de la señora de Warens no se encontraba la magnificencia que yo había visto en Turin; pero sí mucho asco y

una abundancia patriarcal que nunca se aviene con el fausto. Tenía poca vajilla de plata, nada de porcelana; no entraba caza en su cocina, ni vinos extranjeros en su bodega; pero una y otra estaban bien provistas y á la disposición de todo el mundo, y en sencillas tazas de loza ofrecía un café excelente. Cualquiera que iba á visitarla quedaba invitado á comer con ella ó en su casa; y nunca, obrero, transeúnte ó mandadero, salían de allí sin comer ó beber. Su servidumbre se componía de una doncella friburguesa bastante linda, llamada Merceret, de un criado, paisano suyo, llamado Claudio Anet, de que hablaremos más adelante, de una cocinera y dos conductores de alquiler para la silla de manos, cuando iba de visita, cosa que hacía raras veces. Mucho era para una renta de sólo dos mil libras; sin embargo, su reducido peculio, bien administrado, habría sido suficiente en un país donde la tierra es muy buena y muy escaso el dinero. Desgraciadamente nunca fué la economía su virtud favorita; se llenaba de deudas, después pagaba, entraba el dinero por un lado y salía por otro, y así iba pasando.

El modo como estaba montada su casa era exactamente el que yo hubiera escogido; puede juzgarse, por lo tanto, si me aprovecharía de ello con gusto. Lo que más me disgustaba era que teníamos que permanecer mucho tiempo en la mesa. La primera impresión del olor de la sopa y los manjares era para ella muy penosa hasta el punto de que casi le hacía desmayarse, y esta penosa impresión duraba mucho rato, hasta que poco á poco se reponía y hablaba, pero no comía. Hasta después de media hora, no probaba el primer bocado. Yo habría comido tres veces en aquel intervalo, y hacía rato que había concluido cuando ella empezaba. Para acompañarla, volvía á comer; así es que comía por dos, y no me iba del todo mal. En fin, me entregaba tanto más al dulce goce del bienestar que á su lado experimentaba, cuanto que no iba mezclado con

la menor inquietud acerca de los medios para poder sostenerlo. No estando aún iniciado en la íntima confianza de sus negocios, la suponía en estado de continuar siempre bajo el mismo pie. En lo sucesivo, nunca dejé de hallar en su casa idénticas satisfacciones; pero mejor enterado de su posición real, y viendo que su renta se disipaba, ya no me fué posible gozarlas tan tranquilamente. La previsión ha amargado siempre mis goces. En vano me he preocupado por lo porvenir, porque nunca me ha sido posible evitarlo.

Desde el primer día se estableció entre nosotros la más dulce familiaridad en el mismo grado en que ha continuado el resto de su vida. Niño fué mi nombre y el suyo *Mamá*; y siempre seguimos siendo Niño y Mamá respectivamente, aun después que los años hubieron casi borrado la distancia que había entre los dos. Yo creo que estos nombres expresaban perfectamente nuestra posición respectiva, la sencillez de nuestras relaciones y sobre todo la correspondencia de nuestros corazones. Ella fué para mí la más tierna de las madres; jamás buscó su placer, sino mi bien; y si los sentidos se mezclaron en mi afecto hacia ella, no fué ciertamente para cambiar su naturaleza, sino sólo para hacerlo más exquisito, para embriagarme con el encanto de tener una mamá joven y hermosa que me complacía en acariciar; digo acariciar, al pie de la letra, porque nunca trató de escatimarme los besos y las más tiernas caricias maternas, ni jamás entró en mi corazón el deseo de abusar de ello. Se dirá que, no obstante, al fin hemos tenido relaciones de otra especie: convenido; pero es preciso esperar, no es posible decirlo todo de una vez.

El primer instante de nuestra primera entrevista fué el único verdaderamente apasionado que me inspiró; y aun fué un efecto de la sorpresa. Mis indiscretas miradas no se dirigían nunca á escudriñar debajo de su pañoleta, aunque un senosurgente mal velado hubiera podido muy bien atraerlas. Á su

lado no me acometían deseos ni arrebatos; me hallaba en estado de calma sorprendente, gozando, pero sin saber de qué. Así habría pasado toda la vida y aun la eternidad sin fastidiarme ni un instante. Ella es la única persona con quien no he experimentado nunca esa sequedad de conversación que me hace hallar un suplicio en el deber de sostenerla. Nuestras conversaciones eran una charla interminable, que para acabar tenía que ser interrumpida. Lejos de costarme trabajo hablar, me tenía que violentar para callarme.

Á fuerza de meditar sus proyectos, á menudo caía en una especie de ensimismamiento. Durante esta especie de éxtasis, yo me callaba, la contemplaba, y era el más dichoso de los hombres. Además, tenía yo una especie de mamá algo extraña. Sin pretender los favores de las conversaciones íntimas, las buscaba sin cesar: y el placer que en ellas experimentaba era tal, que degeneraba en furor cuando venía á turbarlas algún importuno. Tan luego como llegaba alguien, fuese hombre ó mujer, salía yo murmurando, porque no podía sufrir la presencia de un tercero. Íbame á contar los minutos en su antecámara, maldiciendo vil veces á los pesados visitantes, y no pudiendo concebir que tuviesen tanto que hablar, porque yo tenía que hablar más todavía.

No conocía toda la fuerza de mi cariño hacia ella sino cuando no la veía. Estando a su lado, no sentía sino contento: pero mi inquietud en su ausencia llegaba al punto de ser insostenible. La necesidad de vivir con ella me hacía prorrumpir en arranques de ternura que á menudo llegaban á hacerme llorar. Siempre me acordaré que un día de gran fiesta, ella había ido á visperas, y entre tanto me fui á dar un paseo por los afueras, con el corazón enteramente ocupado con su imagen y el deseo ardiente de pasar toda la vida á su lado. Tenía bastante buen sentido para conocer que por entonces era esto completamente imposible, y que una felicidad en que tanto go-

zaba sería de corta duración. Esto comunicaba á mis pensamientos cierta tristeza que, no obstante, nada tenía de sombría, y que era templada por una esperanza halagadora. El sonido de las campanas, que siempre me ha conmovido de un modo singular, el canto de los pájaros, la belleza del día, la dulzura del paisaje, las casas de campo dispersas acá y allá, donde mentalmente colocaba nuestra común morada, todo me impresionaba de una manera tan viva y tierna, tan triste y patética, que me sentí en éxtasis transportado á ese venturoso tiempo y á esa feliz mansión en que, poseyendo mi alma toda la dicha que podía apetecer, la gozaba en arrobamiento inexplicable, sin soñar siquiera en el placer de los sentidos. No recuerdo haber sondeado nunca el porvenir con mayor fuerza é ilusión que en aquellos instantes; lo que más me impresionó de este sueño, cuando lo llegué á ver realizado, fué encontrar objetos tales exactamente como los había imaginado. Si el sueño de un hombre despierto pudo tener jamás el carácter de visión profética, fué aquél seguramente. Sólo me engañé en su duración imaginaria; pues en ella pasaban los días, los años y la vida entera en tranquilidad inalterable, mientras que en la realidad todo esto no duró más que un momento. ¡Ay de mí! la más constante dicha mía fué un sueño, y á su realización siguió casi instantáneamente el despertar.

No acabaría nunca si hubiese de entrar en detalles sobre todas las locuras que me causaba el recuerdo de esa cara mamá cuando la tenía delante de mis ojos. ¡Cuántas veces besé mi cama pensando que se había acostado en ella; los cortinajes, todos los muebles de mi estancia, recordando que le pertenecían, que sus hermosas manos los habían tocado, y hasta el mismo suelo, sobre el cual me prosternaba pensando que ella lo había hollado con sus plantas! Á veces en su misma presencia cometía extravagancias que sólo el más violento

amor parecía capaz de inspirar. Un día, en la mesa, en el momento en que había llevado un bocado á la boca, exclamó que había visto en él un cabello: ella lo dejó caer en el plato y entonces yo lo cogí con avidez y lo tragué. En una palabra; de mí al amante más apasionado había una diferencia única, pero esencial, y que hace mi situación casi inconcebible.

Habia vuelto de Italia no enteramente tal como había ido, pero como tal vez nunca la haya dejado ningún joven de mi edad; había vuelto con mi virginidad, aunque no limpio de toda impureza. Con el vigor de la juventud, al fin se había manifestado mi naturaleza ardiente, y su primera erupción, enteramente involuntaria, me alarmó sobremanera, creyéndome presa de alguna enfermedad; lo que prueba, mejor que nada, el estado de inocencia en que hasta entonces había vivido. Empero, ya repuesto, conocí esa peligrosa sustitución que burla á la naturaleza y evita innumerables desórdenes á los jóvenes de mi temperamento, á expensas de su salud, de su robustez, y á veces de su vida. Este vicio, que tan cómodo hallan los tímidos y vergonzosos, tiene además un gran incentivo para las imaginaciones vivas, que consiste en disponer, por decirlo así, de todo el sexo y poder servirse á su antojo de la hermosura que les incita sin necesitar su consentimiento. Seducido por esta funesta ventaja, destruía la buena constitución que había restablecido en mí la naturaleza y á la que yo había dejado tiempo suficiente para formarse.

Añádase ahora á esta predisposición la circunstancia de mi alojamiento actual, viviendo en casa de una mujer hermosa, cuya imagen estaba grabada en el fondo de mi corazón, viéndola continuamente durante el día, rodeado durante la noche de objetos que excitaban su recuerdo, y durmiendo en un lecho donde me consta que ella se había acostado. ¡Cuántos estímulos! El lector que lo considere me juzgará ya medio muerto.

Mas, todo lo contrario; precisamente lo mismo que debía verme fué lo que me salvó, á lo menos durante algún tiempo. Alucinado por el placer de vivir á su lado, por mi vehemente deseo de pasar así la vida, veía siempre en ella, ya estuviese ausente ó presente, no más que una tierna madre, una hermana querida, ó una agradable amiga. Así la veía siempre, siempre la misma, y sin ver nunca más que á ella. Ocupado completamente mi corazón con su imagen, no cabía otra alguna; era para mí la única mujer que existía; y la extraordinaria dulzura de los sentimientos que me inspiraba, quitando á mis sentidos toda ocasión de revelarse, me preservaba de ella misma y de todo su sexo. En una palabra, yo era prudente porque la amaba. Diga ahora quien pueda de qué especie era mi afecto hacia ella. Lo que yo puedo decir es, que si ahora parece ya muy extraordinario, todavía lo irá pareciendo mucho más.

Pasaba el tiempo lo más agradablemente que pueda imaginarse en las ocupaciones que menos me agradaban: redactar proyectos, poner memorias en limpio, transcribir recetas, elegir hierbas, moler drogas, manejar alambiques. En medio de esto, venían á casa innumerables pasajeros, mendigos ó visitas, de todas clases. Era forzoso dar conversación al mismo tiempo á un soldado, á un boticario, á un canónigo, á una hermosa dama, á un lego. Yo echaba pestes, refunfuñaba, profería improperios y mandaba al demonio toda esa barahunda. Pero ella, que todo lo tomaba á risa, se divertía con mis arrebatos, que le hacían llorar de risa, y lo que todavía aumentaba su alegría era verme tanto más furioso cuanto que yo mismo no podía dejar de reirme. Estos cortos intervalos en que yo tenía el gusto de regañar eran preciosos; y si mientras me estaba quejando, venía otro importuno á interrumpirnos nuevamente, aun sabía sacar partido de ello para divertirse prolongando maliciosamente la visita, y dirigiéndome de cuando en cuando

una mirada de que me daban impulsos de vengarme pegándoles. Ella contenía la risa á duras penas, viéndome, obligado por el bien parecer, lanzarle miradas furibondas, mientras en mi interior, y aun á pesar mío, hallaba estas escenas sumamente cómicas.

Todo esto, aunque en sí no me agradaba, me divertía, porque formaba parte de un modo de ser que me era grato. Nada de cuanto tenía que hacer estaba de acuerdo con mis inclinaciones; pero sí con mi corazón. Creo que hasta me habría llegado á gustar la medicina si la aversión que me causaba no hubiese motivado escenas cómicas que nos divertían continuamente: quizás es la vez primera que este arte haya producido semejante efecto. Yo pretendía conocer en el olor los libros de medicina; y lo raro es que pocas veces me equivocaba. Ella me hacía probar las drogas más detestables. En vano trataba de huir ó resistirme; á pesar de mi repugnancia, de mis horribles visajes, á pesar mío y de mis dientes, cuando veía sus hermosos dedos embadurnados aproximarse á mis labios, no podía menos de acabar por abrir la boca y chupar. Cuando todos los utensilios estaban reunidos en la misma estancia, cualquiera que nos hubiese oído correr y chillar riendo á carcajadas, hubiera creído que allí se representaba un sainete, lejos de imaginar que se confeccionaban opiatos ó elixires.

No obstante, no todo el tiempo se pasaba en esas niñerías. Había hallado en mi cuarto algunos libros: *Le Spectateur*, Puffendorf, Saint-Evremond, *la Henriada*, y, aunque no sentía ya mi antiguo delirio por la lectura, leía un poco para entretenerme. Sobre todo *Le Spectateur* me gustó mucho y me fué provechoso. El abate de Gouvón me había enseñado á leer con menos avidez y más atentamente, de modo que sacaba mejor partido de lo que leía. Así me acostumbré á reflexionar sobre la elocución y las construcciones elegantes, y me ejercitaba en distinguir el francés puro de mis provincialismos. Por ejemplo,

me corregí de una falta ortográfica que cometa, como todos los ginebrinos leyendo estos dos versos de la Henriada :

*Soit qu'un ancien respect pour le sang de leurs maîtres
Parlât encor pour lui dans le cœur de ces traitres.*

Este vocablo *parlât*, que me llamó la atención, me dió á conocer que llevaba una *t* la tercera persona de subjuntivo, mientras que yo lo escribía y pronunciaba *parlá*, como el perfecto de indicativo.

A veces hablaba de mis lecturas con mamá, ó leía á su lado, lo que hacía con gran placer, y así me ejercitaba en leer bien, y también me fué de utilidad. He dicho que ella poseía una instrucción esmerada. Entonces estaba en toda su lozanía. Varios literatos se habían apresurado á complacerla y le habían enseñado á juzgar las obras literarias. Tenía, permitaseme la frase, el gusto un poco protestante : no hablaba más que de Bayle y tenía en mucha estima á Saint-Evremond, que hacia tiempo había muerto en Francia. Pero esto no obstaba para que conociese la buena literatura y le hiciese justicia. Había sido educada en medio de sociedades escogidas ; y habiendo ido á Saboya, joven todavía, con el agradable trato de la nobleza del país había perdido ese tono amanerado del país de Vaud, donde las mujeres toman la afectación por buen tono y no saben hablar sino con epigramas.

Aunque no hubiese visto la corte sino de paso, una rápida ojeada le había bastado para conocerla. Siempre le quedaron amigos en ella, á pesar de la oculta envidia y de las murmuraciones á que daban pábulo su conducta y sus deudas, y jamás perdió su pensión. Conocía lo que es el mundo, y poseía el talento de saber aprovecharse de ello. Éste era el tema favorito de sus conversaciones y precisamente la clase de instrucción que me era más necesaria, atendidas mis quiméricas ideas. Juntos leíamos á La Bruyère, que prefería á la Rochefaucauld, libro triste y desconsolador, sobre todo para la juventud, que no gusta de ver al hombre tal cual es. Cuando se ponía á moralizar, se elevaba á veces á los espacios imagi-

narios ; pero yo me armaba de paciencia, besándola en la boca ó las manos de cuando en cuando, y no me fastidiaba.

Esta vida era demasiado dulce para que pudiese durar. Yo lo presentía, y el temor de verla acabarse era lo único que turbaba mi goce. En medio de nuestros juegos, mamá procuraba estudiarme ; me observaba, me hacía preguntas, é imaginaba para mí porvenir innumerables proyectos que hubiera yo podido pasar muy bien. Por fortuna no todo consistía en conocer mis disposiciones, mis aficiones, mi capacidad ; era necesario encontrar ó procurar ocasiones de aplicarlos, y todo esto no podía hacerse en un día. La misma opinión exagerada que la pobre se había formado de mi mérito retardaba el momento de ponerlo á prueba y aumentaba la dificultad para escoger los medios. En fin, todo iba á medida de mis deseos, gracias al buen concepto en que me tenía, pero fué preciso caer de aquella altura, y desde entonces, adiós tranquilidad. Vino á verla un pariente suyo llamado señor de Aubonne, hombre muy despejado, intrigante, amigo de proyectos, como ella misma, pero que no se arruinaba con ellos ; una especie de aventurero. Venía de proponer al cardenal Fleury un proyecto de lotería muy complicado que no había sido admitido y se iba á ofrecerlo á la corte de Turin, donde fué adoptado y puesto en práctica. Detúvose en Annecy algún tiempo, y se prendó de la intendenta, señora muy amable, que me agradaba mucho y la única que veía con gusto en casa de mamá. El señor de Aubonne me vió allí ; su pariente le habló de mí ; él se encargó de examinarme, de ver á qué podía dedicarme con ventaja, y, si me encontraba disposición, procurar emplearme.

La señora de Warens me hizo ir á su casa dos ó tres días seguidos, por la mañana, con pretexto de encargos y sin preverirme nada. Él se las compuso muy bien para hacerme hablar, se familiarizó conmigo, hizo cuanto le fué posible para que yo estuviese á gusto, me habló de frivolidades y de diver-

sas materias, todo sin dar á conocer que me observaba, sin la menor afectación y como si, distrayéndose conmigo, hubiese querido conversar sin cortapisas. Á mi me tenía prendado. El resultado de sus observaciones fué que, á pesar de lo que prometían mi exterior y mi animado rostro, era, sino enteramente inepto, á lo menos un muchacho de poco talento, falto de ideas, casi sin instrucción, en una palabra, muy corto bajo todos conceptos, y que á todo lo que podía aspirar era á llegar algún día á cura de aldea. Tal fué el informe que dió á la señora de Warens. Esta fué la segunda ó tercera vez que así me juzgaban, y no fué la última: el juicio del señor Masserón ha sido á menudo confirmado.

La causa de estas apreciaciones tiene harta relación con mi carácter para que haya necesidad de explicarla aquí; porque, como ya se comprenderá, yo no puedo admitirlas sinceramente, y, con toda la imparcialidad posible, por más que hayan dicho en contra los señores Masserón, d'Aubonne y muchos otros, yo no podría creerles por su palabra.

En mí se juntan dos cosas casi incompatibles, sin que yo mismo pueda comprender el cómo: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas, impetuosas, y lentitud en la formación de las ideas, las cuales nacen en mi mente con gran trabajo, y nunca se me ocurren hasta después que ha pasado su oportunidad. Parece que mi corazón y mi cabeza no pertenecen á un mismo individuo. El sentimiento, más rápido que una centella, se apodera de mi espíritu; pero en vez de iluminarle, me quema y me deslumbra. Lo siento todo, pero nada veo. Estoy como arrebatado, pero estúpido; es preciso que esté á sangre fría para pensar. Lo particular es que, no obstante, tengo bastante acierto, penetración y hasta agudeza de ingenio con tal que me dejen tiempo; haré una improvisación excelente si tengo espacio, pero de repente nunca he sabido hacer ni decir cosa que valga la pena. Podría sostener magui-

fiamente una conversación por el correo, como dicen que los españoles juegan al ajedrez. Cuando leo el rasgo de un duque de Saboya que yendo de camino, se volvió para exclamar: *A vuestro gaxnate mercader de Paris*, pienso: ese soy yo.

Esta lentitud de pensamiento y esta viveza de sensibilidad, no sólo me dominan en la conversación, sino hasta cuando trabajo solo. En mi cerebro, las ideas se ordenan con una dificultad increíble; allí fermentan hasta conmoverme, enardecerme, ponerme en estado febril; y en medio de esta emoción, nada veo distintamente, no sabría escribir una palabra; es necesario que me aguarde. Insensiblemente va cesando ese gran movimiento, se desembrolla el caos, y cada cosa viene á colocarse en su lugar, pero lentamente, y después de una agitación confusa y prolongada. ¿Habéis visto alguna vez una ópera en Italia? En los cambios de decoración de esos grandes teatros, reina un desorden desagradable, bastante prolongado; todo anda revuelto, por todas partes se ve un penoso vaivén, parece que todo se derrumba; sin embargo, poco á poco todo se compone, no falta nada, y se queda uno sorprendido al ver que á tan prolongado desbarajuste sucede un espectáculo maravilloso. Esa maniobra, poco más ó menos, es la que se opera en mi cerebro cuando me propongo escribir. Si yo hubiese sabido primero esperar y en seguida referir con toda su belleza cuanto se me ha presentado así, pocos me habrían aventajado.

De aquí procede esa dificultad extrema que siento al escribir. Mis manuscritos, llenos de enmiendas, embrollados, mezclados, ininteligibles, prueban el trabajo que me han costado. Ni uno solo he dejado de tener que copiarlo cuatro ó cinco veces antes de darlo á la prensa. Sentado á una mesa, con la pluma en la mano y el papel en frente, jamás he podido hacer nada. En el paseo, en la montaña, en medio de los bosques, por la noche en la cama y durante mis insomnios, es cuando

escribo mentalmente; júzguese con qué lentitud, sobre todo careciendo absolutamente de memoria verbal, pues en toda mi vida no he podido retener seis versos. Cláusulas hay que he formado y reformado durante cinco ó seis noches en mi mente antes de estamparlas en el papel. De aquí proviene también que salga más airoso en las obras que exigen trabajo, que no en aquellas que requieren cierta ligereza, como las cartas, género de literatura á que nunca he podido acostumbrarme; de modo que el tener que escribir alguna, es para mí un verdadero suplicio. No puedo escribir una carta sobre los más insignificantes asuntos que no me cueste horas de fatiga, ó, si quiero escribir de corrido lo que se me ocurre, no sé por dónde empezar ni por dónde acabar, y resulta una profusión de palabras larga y confusa, que apenas puede entenderse.

No solamente me cuesta emitir las ideas, sino también el concebirlas. He estudiado á los hombres; y me tengo por bastante buen observador; sin embargo, no sé distinguir nada de lo que veo; no veo claro sino lo que recuerdo, y no tengo penetración más que en mis recuerdos. De cuanto se dice, de cuanto se hace, de cuanto pasa en mi al rededor, nada oigo, nada comprendo. Todo lo que veo es la superficie. Pero después se me representa completo, recuerdo el lugar, el tiempo, el tono, la mirada, el gesto, la ocasión; nada se me escapa. Entonces por lo que se hacia ó decia, conozco lo que se pensaba, y raras veces me equivoco.

Siendo tan poco dueño de mí mismo cuando estoy solo, júzguese cómo debo hallarme en conversación, donde, para hablar á propósito, es preciso pensar en mil cosas á un tiempo, y rápidamente. La sola idea de tantas condiciones, con la seguridad de faltar á alguna de ellas, basta para intimidarme. Ni siquiera comprendo cómo hay quien se atreva á hablar en una reunión de diversas personas; porque á cada palabra sería preciso examinar á todos los presentes, y conocer el carácter

de cada uno y su historia, para estar seguro de que á nadie se ofendía. Con respecto á eso, los que frecuentan la sociedad tienen una gran ventaja; y es que sabiendo mejor lo que conviene callar, están más seguros de lo que dicen; y á pesar de eso, á menudo también se les escapan tonterías. ¿Qué hará, pues, el que se encuentra en ella como caído de las nubes? casi le es imposible hablar durante un minuto impunemente. Cuando la conversación es entre dos personas, se ofrece otro inconveniente que me parece peor todavía, la necesidad de hablar continuamente; cuando uno habla, el otro ha de responder, y si se calla, es necesario animar la conversación. Esta insoportable obligación hubiera bastado para disgustarme de la sociedad. No encuentro mayor molestia que el tener que hablar siempre y á renglón seguido. Ignoro si es efecto de mi eterna repugnancia hacia toda sujeción; pero basta que me vea en la necesidad imprescindible de hablar, para que diga una necesidad infaliblemente.

Y lo peor es que, en vez de saber callarme cuando nada tengo que decir, entonces me agujonea la comezón de hablar para pagar más pronto mi deuda. Me apresuro á balbucear algunas palabras, sin idea ninguna, siendo harto afortunado cuando lo que digo nada significa. Queriendo vencer ú ocultar mi ineptitud, raras veces dejo de ponerla de manifiesto. Entre mil ejemplos que podría citar, he ahí uno que no se refiere á mi juventud, sino á una edad en que, habiendo vivido mucho tiempo en la buena sociedad, hubiera adquirido el tono, las maneras y la conveniente facilidad si eso hubiera sido posible para mí. Estaba una noche en compañía de dos grandes señoras y un caballero á quien puedo nombrar; era el señor duque de Gontaut. Nadie más había en la estancia, y yo me esforzaba por decir algunas palabras. ¡Dios sabe cuáles! en una conversación entre cuatro personas, de las que tres seguramente no necesitaban mi concurso. La dueña de la casa se hizo

traer una opiata que tomaba dos veces al día para el estómago. La otra dama, viéndola hacer visajes, le preguntó riendo: «¿Es opiata del señor Tronchin? No lo creo, respondió la primera con el mismo tono. No creo que sea mucho mejor,» añadió galantemente el chistoso Rousseau¹. Todos quedaron estupefactos; á nadie se le escapó la menor palabra ni la más leve sonrisa, y en seguida se cambió el curso de la conversación. Tratándose de otra persona, aquella necesidad hubiera podido parecer una chanza; pero dirigida á una mujer harto amable para no haber hecho hablar bastante de sí, á quien yo no tenía el menor intento de ofender, era una burla insultante, y estoy persuadido de que los dos testigos, la otra señora y el Duque, se vieron en apuros para contenerse. He ahí las agudezas que se me escapan por querer hablar cuando no tengo nada que decir. Esta la olvidaré difícilmente; porque además de ser bastante memorable por sí misma, se me figura que ha tenido consecuencias que me la recuerdan con sobrada frecuencia.

¹ Pronto veremos una de estas excepciones en el relato que hace en el inmediato Libro IV, cuando habiéndosele concedido, junto con el archimandrita á quien se había juntado como intérprete, una audiencia en el senado de Berna, se vió reducido á relatar de improviso, y sin haber podido prepararse, el objeto y la causa de su misión. Es, además sabido, que en sociedad, cuando el objeto de la conversación le interesaba vivamente, y sobre todo, cuando creía poder contar con la buena disposición de los que le escuchaban, hablaba con tanta facilidad como gracia ó energía, según la naturaleza del objeto. Pero en este punto el más notable testimonio lo ofrece Dusanix en el relato de un banquete que tuvo lugar en su casa, en 1774, donde se hallaba Rousseau entre personas que veía por vez primera. «Exceptuando alguna nube, cuán amable fué aquel día, Dios mío! Tan pronto, chistoso como sublime. Antes de comer, relirió algunas de las más sencillas anécdotas consignadas en sus confesiones. Muchos de nosotros las conocíamos ya; pero supo darles novedad y aun más movimiento del que tienen en su libro. Yo hasta creo que él mismo no se conocía bastante al decir que la naturaleza no le había dado la elocuencia de la palabra: indudablemente, la soledad había hecho que este don se concentrase dentro de él mismo; pero en los momentos de expansión, y cuando nada le turbaba, rompía como un torrente impetuoso al cual nada resiste.» *De mes rapports avec J.-J. Rousseau, p. 99.*

Lo dicho me parece bastante para hacer comprender cómo, sin ser un tonto, muchas veces he pasado por tal, aun entre personas que estaban en el caso de juzgar con exactitud; y he sido mucho más desdichado, porque cuanta más viveza revelaban mis ojos y mi rostro, tanto más chocante era mi estupidez.

Este detalle, nacido de una circunstancia especial de la narración, no será inútil en el curso de la misma, pues encierra la clave de muchas cosas extrañas que se me han visto hacer y han sido atribuidas á un carácter salvaje, que no tengo en manera alguna. Á mí me gustaría la sociedad tanto como al primero, si no estuviese seguro de aparecer, no sólo con desventaja, sino hasta enteramente distinto de lo que soy en realidad. El partido que he tomado de ocultarme y escribir, es precisamente el que me convenia. En el trato social, nunca se hubiera sabido lo que yo valía, ni siquiera se hubiera sospechado; y esto es lo que le sucedió á la señora Dupin, á pesar de ser una mujer de talento y á pesar de que viví en su casa muchos años; después me lo ha dicho ella misma muchas veces. Por lo demás, esto tiene algunas excepciones como veremos más adelante.

Determinado de este modo el límite de mis alcances, fijada ya la posición á que podía aspirar, sólo se pensó por segunda vez en hacerme seguir mi vocación. La única dificultad que se presentaba, era que yo carecía de estudios y ni siquiera sabía bastante latín para ser cura de aldea. La señora de Warens se propuso hacerme instruir durante algún tiempo en el seminario, á cuyo efecto habló con el superior. Era éste un lazarista llamado Gros, un buen hombre, pequeño, medio tuerto, flaco, canoso, el más despejado y menos pedante de cuantos lazaristas he conocido; lo que no es mucho decir, á la verdad.

Venia algunas veces á casa de mama, que le recibía con agrado, le agasajaba y hasta á veces le hacía que le atase el

corsé, á lo que él se prestaba con gusto. Durante esta operación, ella iba de uno á otro lado del cuarto, ya hacia esto, ya lo otro; el superior seguía gruñendo con el cordón en la mano y repetía á cada instante: «Pero, señora, no os mováis.» De esto resultaba una escena bastante divertida.

El señor Gros se prestó gustoso á secundar el proyecto de mamá, y, contentándose con una pensión muy módica, se encargó de la instrucción. No faltaba más que el consentimiento del obispo, que no solamente lo acordó, sino que hasta quiso pagarme la pensión, y también permitió que siguiese usando el traje seglar hasta que por la prueba se hubiese visto lo que podía esperarse de mí.

¡Qué cambio tan notable! Pero fué preciso someterse. Iba al seminario como si fuese á un suplicio. ¡Qué triste casa es un seminario para un joven que sale de la de una mujer adorable! Sólo un libro me llevé, que rogué á mamá me lo prestara, y me sirvió de gran consuelo. No es fácil adivinar lo que sería: era un libro de música. Este era uno de los conocimientos que ella no había descuidado; tenía buena voz, cantaba regularmente y tocaba un poco el clavicordio; había tenido la amabilidad de darme algunas lecciones de canto, y era preciso comenzar en los rudimentos, porque yo apenas conocía la música de nuestros salmos. Ocho ó diez lecciones de canto dadas por una mujer, y aun muy interrumpidas, lejos de ponerme en estado de solfear, apenas me enseñaron la cuarta parte de los signos musicales. Con todo, tal era mi afección á este arte que me propuse ejercitarme sólo. La obra que me llevé no era, de las más fáciles; fueron las cantatas de Clembault; júzguese, por consiguiente, cuál sería mi aplicación y mi empeño cuando, ignorando la trasposición y hasta la cantidad, logré descifrar y cantar sin cometer una sola equivocación la primera parte de la cantata de *Alfeo y Aretusa*, verdad es que esa composición está también medida, que con sólo

recitar los versos con exactitud en el compás, basta para dar con el aire de la misma.

Habia en el seminario un maldito lazarista que me tomó por su cuenta y me hizo aborrecer el latín que quería enseñarme. Tenía el cabello lacio, grasiento y negro, cara de pan de especias, voz de búfalo, mirada de lechuza, y por barba cerdas de jabalí; su sonrisa era sardónica, y sus brazos se agitaban como los de un maniquí. He olvidado su odioso nombre, pero su cara repugnante y de aire dulzón me ha quedado impresa en la memoria, y todavía me estremezco al recordarla. Todavía me parece que le encuentro en los corredores alargando su mugriento bonete con un movimiento que quería ser gracioso para indicarme que entrara en su celda, para mí más horrible que un calabozo. Considérese el contraste de semejante maestro con el abate cortesano de quien ya había sido discípulo.

Si hubiese seguido dos meses más á la disposición de aquel monstruo, estoy persuadido de que mi cabeza no hubiera podido resistirlo. Pero el buen señor Gros que observó que yo estaba triste, que no comía, y enflaquecía, adivinó la causa de mi pesar, cosa que no era muy difícil, y, sacándome de aquellas garras, me entregó por un contraste aun más notable, al más afable de los hombres, á un joven abate de Le Faucigny¹, llamado Gatier, que se preparaba para ordenarse, y que, para complacer al señor Gros, y creo que también por humanidad, condescendió á distraer de sus estudios el tiempo necesario para dirigir los míos. Yo no he visto en la vida más dulzura en rostro humano. Era rubio, con la barba tirando á rojo; su semblante tenía el carácter general de los de su provincia, que parecen muy obtusos, y son, sin embargo, muy despejados; pero lo más notable de aquel hombre era la sensibilidad de su

¹ Pequeña región de Saboya.

alma, toda bondad y amor. Había en sus grandes ojos azules, una mezcla de dulzura, de ternura y de tristeza, que hacía que no se pudiese verle sin quererle. Por la mirada y la voz de aquel pobre joven, parece que adivinaba su porvenir y que se sentía nacido para ser desgraciado.

Su carácter no desmentía su fisonomía: tenía una paciencia y una benevolencia sumas, y más parecíamos compañeros de estudio que no maestro y discípulo. No se necesitaba tanto para que yo le amase, pues me bastaba salir de las garras de su predecesor. A pesar de esto, del tiempo que me dejaba, de la buena voluntad que á uno y otro nos animaba, y de que empleó todos los medios, yo adelantaba poco, trabajando mucho. Es muy singular que, teniendo bastante facilidad de concepción, nunca he podido aprender nada con los maestros, excepto con mi padre y el señor de Lambercier. Lo poco que sé además de lo que éstos me enseñaron, lo he aprendido solo, como se verá luego. No pudiendo por mi carácter soportar ninguna clase de yugo, me es imposible sujetarme á la necesidad del momento; el mismo temor de no aprender me quita la atención; por miedo de impacientar al que me habla, hago como que le entiendo; él sigue adelante y no comprendo nada. Mi espíritu quiere seguir su inspiración y no puede someterse á la de otro.

Habiendo llegado la época de las órdenes, el señor Gatier se volvió de diácono á su país, llevándose mi cariño y mi agradecimiento. Hice por su felicidad votos que no fueron más esuechados que los que he hecho por mí mismo. Algunos años después, supe que, siendo vicario de una parroquia, había tenido un hijo de una soltera, únicos amores que tuvo, á pesar de ser su corazón modelo de ternura. Esto fué un escándalo espantoso para una diócesis en que reinaba la mayor severidad. En buena regla, los clérigos no deben tener hijos sino de las mujeres casadas. Por haber faltado á esta ley de conveniencia, fué preso, disfamado y desterrado. Ignoro si en lo sucesivo

habrá podido rehabilitarse, pero el dolor que me causó su infortunio, grabado profundamente en mi alma, se renovó cuando escribí el *Emilio*; y, reuniendo al abate Gatier con el abate Gaime, formé de esos dos dignos sacerdotes el original del vicario saboyano, y me lisonjeo de que la imitación no ha desvirtuado á sus modelos.

Durante mi permanencia en el seminario, el señor de Aubonne había tenido que salir de Annecy. Se le había ocurrido al señor intendente llevar á mal que aquél galantease á su mujer, lo cual equivalía á hacer como el perro del hortelano; pues aunque la señora Corvezi era amable, se llevaba con ella muy mal; sus gustos ultramontanos la hacían enteramente inútil para él, y la trataba tan brutalmente que se llegó á hablar de divorcio. El señor Corvezi era un hombre ruin, negro como un topo, ladrón como una urraca, y que á fuerza de vejaciones acabó por hacerse echar de su destino. Se dice que los provenzales se vengan de sus enemigos por medio de canciones; el señor de Aubonne se vengó del suyo componiendo una comedia de que remitió un ejemplar á la señora de Warens, y ésta me lo enseñó. Leila, me agradó, y me dieron tentaciones de escribir una, para probar si sería tan estúpido como su autor me había calificado; pero no llevé á cabo mi propósito hasta que estuvo en Chamberí, donde escribí *El amante de sí mismo*. Así pues, cuando dije en el prólogo de esta comedia que la había escrito á los diez y ocho años, cometí un error de algunos años.

Poco más ó menos á esta época se refiere un hecho que tiene poca importancia en sí mismo, pero que ha tenido consecuencias para mí, por haber metido ruido cuando yo lo había olvidado. Salía yo una vez á la semana. A dónde iba, no creo que necesite decirlo. Un domingo, estando en casa de mamá, se pegó fuego á un horno de los padres franciscanos, que estaba junto á la casa en que ella vivía. Aquel edificio estaba atestado de haces de leña seca. En breves instantes todo fué presa de

las llamas, que pronto cubrieron nuestra casa, traídas por el viento, poniéndola en inminente peligro. Fué preciso desamueblar rápidamente, llevándolo todo al jardín que se hallaba situado debajo de mis antiguas ventanas, y al otro lado del arroyo que tengo mencionado. Me hallaba yo tan confuso, que tiraba por la ventana cuanto me venia á mano indistintamente, hasta un gran mortero de piedra que en cualquier otra ocasión hubiera levantado con trabajo; y si no me hubiesen detenido, hubiera echado también un gran espejo. El bueno del obispo, que había venido á visitar á mamá, tampoco estuvo ocioso; llevóla al jardín, y allí se puso á rogar con ella y todos los que se hallaban presentes; de modo, que al llegar yo, pocos momentos después, vi á todo el mundo de rodillas é hice como los demás. Durante la plegaria del santo varón, cambió la dirección del viento, mas tan bruscamente y tan á tiempo, que las llamas, que cubrían la casa y entraban ya por las ventanas, fueron llevadas al otro lado del patio, y la casa no sufrió ningún daño. Dos años después, habiendo muerto el señor de Bernex, los antoninos, sus antiguos hermanos, comenzaron á reunir los testimonios que podían servir para su beatificación. Á ruego del padre Boudet, yo añadí á aquellos documentos un certificado del hecho que acabo de relatar, en lo cual obré bien; pero hice mal en darlo por un milagro. Yo había visto al obispo orando, y durante su oración vi cambiar el viento, con mucha oportunidad; he aquí lo que podía decir y certificar; pero que una de estas dos cosas fuese causa de la otra, esto es lo que no podía atestiguar, porque no podía saberlo. Mas, por lo que puedo recordar de lo que pensaba entonces, sinceramente católico, obré de buena fe. Además, la afición á lo maravilloso, tan natural en el corazón humano, mi veneración hacia aquel virtuoso prelado, el secreto orgullo de haber quizás contribuido yo mismo á que se hiciera el milagro, fueron mucha parte á seducirme; y es bien seguro que si hubiese sido

efecto de las oraciones más ardientes, hubiera podido muy bien atribuirme una parte en el milagro.

Más de treinta años después, cuando publiqué las *Cartas de la Montaña*, el señor Frerón desenterró aquel certificado, no sé de donde, y se valió de él en sus escritos. Hay que confesar que fué un feliz descubrimiento, y la oportunidad me pareció á mí mismo muy graciosa.

Yo estaba destinado á ser el desecho de todas las protecciones. Aunque el abate Gatier dió de mis adelantos el informe menos desventajoso que le fué posible, bien se veía que no eran proporcionados á mi trabajo, lo cual no era parte para animar á nadie á hacerme seguir los estudios. Así es que el obispo y el superior se disgustaron y me devolvieron á la señora de Warens, como un sujeto que ni siquiera servía para cura; «por lo demás, decían, es buen muchacho y nada vicioso;» á pesar de lo cual, y de tantas calificaciones desfavorables, ella no me abandonó.

Yo volví á casa con el libro de música en triunfo por el partido que de él había sacado. El aria de *Alfeo y Aretusa* era casi todo lo que había aprendido en el seminario. Mi afición á este arte la hizo pensar en hacerme músico, y la ocasión era oportuna; entonces se dedicaba en su casa lo menos un día cada semana á dar pequeños conciertos, y el maestro de música de la catedral, que los dirigía, venia á verla muy á menudo. Era un parisiense llamado Le Maître, buen compositor, vivaz, divertido, joven aún, bien formado, de no muy gran capacidad, pero muy hombre de bien. Mamá me lo hizo conocer, yo me aficioné á él y no le desagradé; se trató de la pensión, y quedaron convenidos. En resumen, entré en su casa, donde pasé el invierno tanto más agradablemente cuanto que, no distando la capilla más de unos veinte pasos de casa de mamá, en un momento nos llegábamos á verla, y aun cenábamos juntos muy á menudo.

Como se comprenderá, la vida de la capilla, llena siempre de cantos y alegría, con los músicos y los niños de coro me agradaba mucho más que la del seminario, con los padres de San Lázaro. Y no obstante, con ser más libre esta vida, no era menos uniforme y reglamentada. Yo había nacido para amar la independencia y no abusar nunca de ella. Durante seis meses no salí más que para ir á la iglesia ó á ver á mamá, y ni siquiera tuve tentación de ir á ninguna otra parte.

Este intervalo es uno de aquellos en que he vivido con la mayor tranquilidad, y que siempre he recordado con el mayor placer. En las diversas situaciones en que me he encontrado, algunas se distinguen por un sentimiento tal de bienestar, que al recordarlas me parece que todavía me encuentro en ellas. No sólo recuerdo el tiempo, los lugares, las personas, sino hasta los objetos que nos rodeaban; la temperatura de la atmósfera, el olor, el color, cierto carácter local, cuya impresión sólo he sentido allí y cuyo vivo recuerdo me transporta allí nuevamente. Por ejemplo, cuanto en la capilla se ensayaba, cuanto en el coro se cantaba, todo lo que allí se hacía, el bello y noble traje de los canónigos, las casullas de los sacerdotes, las mitras de los chantres, las facciones de los músicos, un anciano carpintero cojo que tocaba el contrabajo, un abate pequeño, pelirrojo que tocaba el violón, la rota sotana que, después de haber dejado la espada, se ponía el señor Le Maître por encima de su traje seglar, y la magnífica sobrepelliz de tela fina que cubría los girones de la sotana para ir al coro; lo ufano que iba yo con mi clarinete á situarme en la orquesta, en la tribuna, para ejecutar un trozo de solo que el señor Le Maître había compuesto expresamente para mí; la buena comida que nos esperaba en seguida, el buen apetito que teníamos; este conjunto de objetos vivamente delineado en mi memoria me ha halagado mil veces tanto y más que en la realidad. Siempre he recordado con ternura un trozo del *Conditor alma*

siderum, que está en yambos, porque un domingo de Adviento, desde la cama oí este himno que se cantaba antes del alba en las gradas de la catedral, según un rito de aquella iglesia. La señorita Merceret, doncella de mamá, sabía un poco de música; nunca olvidaré un motete *Afferte* que Le Maître me hizo cantar con ella y que su ama escuchaba con el mayor placer. En fin, todo, hasta la buena criada Petra, que era tan buena muchada y á quien los chicos hacían rabiar tanto, todo, en el recuerdo de aquellos tiempos de ventura y de inocencia, viene á menudo á trasportarme para luego entristecerme.

Vivía en Ancey hacia cerca de un año, sin que hubiese de mí la menor queja, sino al contrario, todo el mundo estaba contento conmigo. Desde mi salida de Turín, no había hecho ninguna tontería, y no cometí ninguna mientras estuve á la vista de mamá. Ella me guiaba siempre bien; mi cariño hacia ella había acabado por ser mi pasión única; y lo que prueba que no era una pasión loca, es que mi corazón formaba mi inteligencia. Cierta es que un sentimiento único, absorbiendo, por decirlo así, todas mis facultades, me dejaba en estado de no poder aprender nada, ni aun la música, á pesar de todos mis esfuerzos. Pero no era culpa mía; yo ponía de mi parte en el estudio toda mi asiduidad y la mejor voluntad. Estaba distraído, meditabundo y siempre suspirando: ¿qué había de hacer? Para que hiciese adelantos nada faltó por mi parte; pero tampoco me faltaba para cometer nuevas locuras más que algo que me las inspirase; la casualidad dispuso las circunstancias á propósito, y, como se verá, mi mala cabeza las aprovechó.

Una noche del mes de febrero, que hacía mucho frío, cuando estábamos todos arrimados á la lumbre, oímos llamar á la puerta de la calle. Petra toma la linterna, baja, abre: un joven entra con ella, sube, se presenta con naturalidad, y saluda al señor Le Maître con brevedad y gracia, diciendo ser un músico francés á quien el mal estado de bolsa obliga á ir de ciudad en

ciudad ofreciendo sus servicios á las capillas para seguir el camino. Al oír esta frase *músico francés*, el corazón le estalló de gozo al buen Le Maître; amaba apasionadamente su país y su arte. Acogió benévolutamente al pasajero, le ofreció la hospitalidad que tanto parecía necesitar, y éste la aceptó sin muchos cumplimientos. Yo estuve examinándole mientras se calentaba y charlaba esperando la cena. Era pequeño de estatura, pero ancho de espaldas; tenía un no sé qué de contrachecho, sin ninguna deformidad particular; era como una especie de jorobado sin joroba, y aun me parece que cojeaba un poco. Llevaba un traje negro más bien usado que viejo, que se le caía á pedazos, una camisa muy fina, pero muy sucia, unas elegantes mangas vueltas de flequillo, unos botines, en cada uno de los cuales le hubieran entrado ambas piernas, y, para resguardarse de la nieve, un sombrerito que podía llevar debajo del brazo. A pesar de este risible atavío había en su compostura un aire de nobleza que su semblante no desmentía, su fisonomía era agradable y revelaba finura; se expresaba muy bien y con facilidad, aunque con poca modestia. Todo contribuía á manifestar en él un joven libertino que había recibido una buena educación, y que no iba mendigando como un pobre, sino como un loco. Dijo llamarse Ventura de Villeneuve, que venía de París, que se había extraviado en el camino; y, olvidando un poco su papel de músico, añadió que iba á Grenoble á ver á un pariente que tenía en el Parlamento.

Durante la cena, se habló de música, y lo hizo con mucho acierto. Tenía noticia de todos los artistas notables, de todas las obras célebres, de todos los cantantes, de todas las mujeres hermosas, de todos los grandes personajes. De cualquier asunto de que se tratara parecía estar al corriente; pero así que se había entablado la conversación, la embrollaba con alguna salida libre que hacía reír y olvidar lo que se trataba. Era sábado, y al día siguiente había música en la catedral; el señor Le Maître

le dijo si querría cantar; — *con mucho gusto*, respondió. Le preguntó qué voz tenía y contestó que *de contralto*; y sin añadir palabra, pasó en seguida á hablar de otra cosa. Antes de ir á la iglesia, le ofrecieron su papel para que se preparara, y ni siquiera quiso mirarlo. Al ver esta fanfarronada, el señor Le Maître me dijo al oído: «Vais á ver cómo no sabe una nota de música.» «Mucho lo temo,» repliqué, y les seguí con gran zozobra. Cuando empezaron, el corazón me latía fuertemente, porque aquel joven me inspiraba un interés extraordinario.

Pronto, empero, tuve motivo para tranquilizarme, porque cantó sus dos trozos á solo con toda la precisión y buen gusto imaginables, y, lo que es más, con muy buena voz. Pocas veces he tenido una sorpresa tan agradable. Acabada la misa, Ventura fué objeto de mil elogios y felicitaciones por parte de los canónigos y de los músicos, á los que respondía con bromas algo libres, pero siempre con mucha gracia. El señor Le Maître le abrazó con efusión, yo hice otro tanto, y pareció que se alegraba de verme tan contento.

Cualquiera conyendrá conmigo en que, habiéndome prendado de Baele, que, en resumidas cuentas, no pasaba de ser un aldeano, era muy fácil que me entusiasmara con Ventura, que había recibido una buena educación, que tenía conocimientos, ingenio, trato social, y que podía ser considerado como un libertino amable. Esto es precisamente lo que me sucedió, como creo que le hubiera pasado á cualquier otro joven que se hubiese hallado en mi lugar, tanto más fácilmente, cuanto más tacto hubiese tenido para apreciar el mérito y más gusto para aficionarse á él; porque tenía mérito sin duda alguna, sobre todo uno muy raro á su edad, el de no apresurarse á poner de manifiesto sus prendas. Cierto es que se jactaba de saber muchas cosas que ignoraba; pero en cuanto á las que sabía, y no eran pocas, nunca las sacaba á relucir: esperaba la ocasión oportuna, y entonces las hacía valer, aunque sin

empeño, lo cual producía gran efecto. Y como á cada nueva dote que revelaba se detenía, sin mostrar las demás, nunca se sabía cuándo las acabaría de manifestar todas. Chancero, jocosos, inagotable, seductor en la conversación, sonriendo siempre sin reír jamás, decía con tanta gracia las cosas más groseras, que todo lo hacía pasar. Las mujeres, aun las más modestas, no sabían darse cuenta de cómo le permitían tanta libertad. Por más que conociesen que era su deber enfadarse, no podían hacerlo. Lo que él necesitaba eran mujeres de costumbres licenciosas, y me parece que no había nacido para hacer conquistas, sino para hacer las delicias de la sociedad en que se encontrase. Difícil era que, adornado de tan bellas cualidades, en un país donde se reconocen y se estiman, permaneciese mucho tiempo en la esfera de los músicos.

Aunque más vivo y más duradero, mi cariño por Ventura, como más razonable en su causa, fué menos extravagante en sus efectos que el que tuve á Baclé. Me agradaba verle y oírle; hallaba excelente cuanto él hacía, su voz era para mí la de un oráculo, pero mi pasión no me llevaba al extremo de no poder vivir sin él. Tenía allí cerca un gran preservativo contra tal exceso. Por otra parte, comprendiendo que sus máximas eran magníficas para él, conocía instintivamente que para mí no servían; yo necesitaba otra clase de placeres, que él ni siquiera sospechaba, y de que yo me guardaba muy bien de hablarle, seguro de que había de burlarse de mí. Con todo, hubiera deseado aliar esta adhesión con la que me dominaba. Yo hablaba de él á mamá con entusiasmo, Le Maitre le elogiaba; así es que consentí en que se lo presentásemos. Mas esa entrevista no fué satisfactoria; él la juzgó presumida; ella á él libertino; y alarmada de que yo tuviese semejante amistad, no sólo me prohibió que volviese á conducirlo á su casa, sino que me hizo una descripción tan enérgica de los peligros á que me exponía acompañándome con aquel joven, que anduve con más

cuidado de entregarme á su trato; en breve nos vimos separados, para bien de mi cabeza y mis costumbres.

Le Maitre tenía los gustos propios de los que cultivan su arte; era aficionado al vino. Sin embargo, era sobrio en la mesa; pero trabajando en su gabinete, había de beber forzosamente. Su criada lo sabía tan bien, que tan luego como preparaba el papel para componer y cogía el violoncelo, llegaban el jarro y el vaso, y el primero se renovaba de cuando en cuando. Sin estar jamás completamente ebrio, estaba casi siempre bebido; y era una verdadera lástima, porque era un hombre de bien á carta cabal, y tan festivo, que mamá le llamaba *el gatito*. Desgraciadamente tenía mucho cariño á su arte, trabajaba mucho y bebía de la misma manera. Esto comenzó por atacar su salud, y al fin llegó á resentirse su carácter; á veces estaba de un humor receloso y sobremanera susceptible. Incapaz de cometer la menor grosería ni de faltar á nadie, jamás dijo una mala palabra á nadie, ni aun á los niños de coro; pero también exigía que nadie le faltase, lo cual era muy justo.

Lo malo era que, no teniendo gran penetración, no discernía los tonos ni los caracteres y á menudo se amoscaba por una nonada.

El antiguo cabildo de Ginebra, en que tenían á honra entrar tantos príncipes y prelados en otro tiempo, ha perdido su primitivo esplendor en el destierro, pero ha conservado su arrogancia. Para poder entrar en él, es necesario ser gentil-hombre ó doctor de la Sorbona; y, si hay orgullo perdonable después del que se funda en el mérito personal, es el que motiva el nacimiento. Además, los sacerdotes que tienen sueldo, los tratan generalmente con bastante altanería. Así trataban los canónigos con sobrada frecuencia al pobre Le Maitre. Sobre todo el chantre, llamado el abate de Vidonne, que, por lo demás, era un hombre muy cumplido, pero harto

hinchado con su nobleza, no siempre tenía con él los miramientos que sus prendas merecían, y el otro no sufría con resignación tales desdenes. Aquel año, durante la semana santa, tuvieron un altercado más vivo que de ordinario en una comida de regla que daba el obispo á los canónigos, y á que siempre estaba invitado Le Maitre. El chantre le hizo algún desafuero, y le dijo alguna palabra dura que no pudo digerir, y desde aquel instante tomó la resolución de largarse á la noche siguiente; y nada fué capaz de hacerle desistir, aunque la señora de Warens, de quien fué á despedirse, no escaseó medio alguno para apaciguarle. No quiso renunciar al placer de vengarse de aquellos tiranos, poniéndolos en un aprieto en las fiestas de Pascua de Resurrección, en cuya época era más necesario. Pero lo que le apuraba más eran sus obras musicales, que quería llevarse, y esto no era muy fácil, porque llenaban una caja bastante grande y muy pesada que no se podía llevar debajo del brazo.

Mamá hizo lo que yo hubiera hecho y lo que haría aun hoy mismo. Después de hacer cuanto pudo para retenerle, en vano, viéndole resuelto á partir á toda costa, tomó el partido de ayudarle en cuanto le fuese posible. Casi me atrevo á decir que era un deber que ella tenía. Le Maitre se había consagrado, por decirlo así, á su servicio. Ya se tratase de cosas de su arte, ya en punto á atenciones, siempre le tenía á sus órdenes, y el gusto con que la servía, daba nuevo realce á su condescendencia. Por tanto, no hacía más que pagar á un amigo en una situación crítica lo que él había hecho por ella en detalle durante tres ó cuatro años, aunque para llenar semejantes deberes su corazón no necesitaba recordar que estaba obligado á ello. Me llamó á mí y me encargó que siguiera á Le Maitre lo menos hasta Lyon, y que permaneciera á su lado todo el tiempo que me necesitara. Posteriormente me confesó que había entrado por mucho en este arreglo el deseo de ale-

jarme de Ventura. Consultó con Claudio Anet, su fiel criado, acerca del modo de llevar la caja, y éste fué de parecer que, en vez de tomar una acémila en Ancecy, que indudablemente nos descubriría, era preciso sacar la caja á brazos cuando fuese de noche, llevarla hasta cierta distancia y alquilar un asno en algún pueblo para transportarla hasta Seyssel, donde, una vez en territorio francés, ya no correríamos ningún riesgo. Este fué el consejo que siguió: salimos á las siete de aquella misma noche, y mamá, so pretexto de pagar el gasto que me correspondiese, reforzó el bolsillo del pobre *gatito* con un aumento que no le fué seguramente inútil. Claudio Anet, el jardinero y yo llevamos la caja como pudimos hasta el pueblo más cercano, donde nos relevó un asno, y aquella misma noche llegamos á Seyssel.

Ya creo haber hecho notar que hay ocasiones en que me parezco tan poco á mí mismo, que cualquiera me tomaría por otro enteramente distinto. Ahora se presenta un ejemplo de ello. El señor Reydelet, cura párroco de Seyssel, era canónigo de San Pedro, por consiguiente, conocido de Le Maitre, y una de las personas de quienes más debía ocultarse. Pues bien, mi parecer fué que, por el contrario, fuésemos á visitarle y le pidiésemos hospitalidad bajo cualquier pretexto, como si estuviésemos allí con el beneplácito del cabildo. A Le Maitre le agradó la idea, porque hacía chistosa y burlona su venganza. Por consiguiente, nos presentamos con la mayor audacia al señor Reydelet, quien nos acogió muy bien.

Le Maitre le dijo que iba á Bellay, á ruego del obispo, á dirigir la música en las Pascuas, y que contaba volver á los pocos días; y yo, á favor de esta mentira, le entigué otras muchas con tanta naturalidad, que al señor Reydelet le pareció que yo era un muchacho muy gracioso y me hizo mil caricias. Allí estuvimos regaladamente y tuvimos buenas camas. El señor Reydelet no sabía cómo obsequiarnos, y nos despedimos que-

dando los más amigos del mundo y con promesa de que á la vuelta nos detendríamos más tiempo. Apenas estuvimos solos, cuando soltamos el trapo á la risa, y confieso que aun me dan impulsos de reirme cuando pienso en ello; porque dificilmente puede imaginarse una travesura mejor sostenida ni más afortunada. Ella sola hubiera bastado para alegrarnos toda la jornada, si el señor Le Maitre, que no dejaba de beber y hacer de las suyas, no se hubiese visto dos ó tres veces acometido de un ataque que sufría con frecuencia, y que se parecía mucho á la epilepsia. Esto me puso en apuros que me tuvieron en continuo sobresalto, de que me propuse zafarme tan luego como pudiese.

Como habíamos dicho al señor Reydelet, fuimos á pasar las Pascuas en Bellay, donde, aunque no nos esperaban, fuimos recibidos por el maestro de música y acogidos por todo el mundo de muy buen grado. Le Maitre gozaba de una reputación envidiable entre sus compañeros de arte, y era muy merecida. El maestro de música de Bellay le dió á conocer sus mejores obras, y procuró lograr la aprobación de juez tan competente, porque además de ser perito, Le Maitre era equitativo, sintener nada de envidioso ni adulador. Era tan superior á todos los demás maestros de música de provincia, y ellos mismos estaban tan penetrados de ello, que más bien le consideraban como á su jefe que no como á su colega.

Después de haber pasado en Bellay tres ó cuatro días muy agradablemente, seguimos el camino sin otro accidente que los ya mencionados. Llegados á Lyon, fuimos á hospedarnos en Nuestra Señora de la Piedad, y, mientras esperábamos la caja que gracias á otra mentira habíamos embarcado en el Ródano con la ayuda de nuestro buen patrón el señor Reydelet, Le Maitre visitó á sus conocidos, entre ellos al padre Catón, franciscano, de quien tendremos que hablar más adelante, y al abate Dortán, conde de Lyon. Uno y otro le recibieron bien, pero le

hicieron traición, como vamos á verlo: su buena estrella se había eclipsado al salir de casa del cura Reydelet.

Dos días después de nuestra llegada á Lyon, en el momento en que pasábamos por una callejuela no distante de nuestra posada, le acometió á Le Maitre uno de sus ataques, pero esta vez fué tan violento que yo me sobrecogí de espanto. Grité, pedí socorro, dije donde vivía y supliqué que le hicieran llevar allá; y luego, mientras se reunía gente y se agrupaba alrededor de un hombre que había caído en medio de la calle sin sentido, y echando espuma por la boca, fué abandonado del único amigo con quien hubiera debido contar. Aproveché la ocasión en que nadie se acordaba de mí; volví la primera esquina de la calle, y desaparecí. Á Dios gracias, he salido de esta tercera penosa confesión. Si me quedaran muchas que hacer semejantes á ésta, abandonaría el trabajo comenzado.

De cuanto hasta ahora he dicho han quedado algunas huellas en todos los lugares donde he vivido; mas lo que tengo que decir en el Libro siguiente es casi enteramente ignorado. Son las mayores extravagancias de mi vida y es una verdadera suerte que no hayan acabado peor. Pero mi cabeza, templada conforme á un instrumento extraño, estaba fuera de su diapasón, y le recobró por sí misma; entonces cesaron mis locuras ó á lo menos fueron más conformes con mi carácter. Esta época de mi juventud es aquella de que tengo una idea más confusa. Casi nada tuvo lugar entonces que interesase bastante á mi corazón, para que haya conservado un recuerdo vivo, y es difícil que con tantas idas y venidas, con tantos cambios sucesivos, no haya algunas trasposiciones de tiempos ó de lugares. Escribo enteramente de memoria, sin documentos y sin materiales que me la puedan recordar.

Hay acontecimientos en mi vida que los tengo tan presentes como si acabasen de tener lugar; pero también hay lagunas y

vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que me han quedado. Por consiguiente, puedo haber cometido algunos errores y aun puede ser que en adelante los cometa acerca de hechos de poca monta, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mí mismo; mas en cuanto á lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré siempre serlo en todo: he ahílo que se puede contar por seguro.

Tan luego como me hube desprendido del señor Le Maitre, tomé decididamente el partido de volver á Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento á procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacia volver atrás; pero, desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseo que el de volver al lado de mamá. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir á su lado y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese á alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fué posible, volvíme sin vacilar un momento. Tan rápida fué mi vuelta y tan lleno estaba mi espíritu con su idea que á pesar de recordar con tanto placer todos mis demás viajes, no tengo de éste el menor recuerdo, nada de él tengo presente más que mi salida de Lyon y mi llegada á Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! Á mi llegada, no encontré á la señora de Warens: había salido para Paris.

Nunca he sabido bien el objeto de aquel viaje. Estoy seguro de que me lo habria dicho si yo le hubiera instado; pero no creo que tenga nadie menos curiosidad que yo por saber los

secretos de sus amigos: mi corazón, ocupado únicamente con el presente, se llena de él por completo, y, fuera de los placeres pasados, que son en adelante mis únicos goces, no queda en él un solo punto vacío para el pasado. Cuanto he podido entrever en lo poco que me dijo sobre este viaje es que, con la revolución que tuvo lugar en Turin á la abdicación del rey de Cerdeña, temió quedar olvidada; y á favor de las intrigas del señor de Aubonne, quiso probar si podria obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, donde me habia dicho varias veces que lo hubiera preferido, porque el cúmulo de asuntos importantes hace que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si esto es así, parece extraño que á su vuelta no le pusiesen peor cara y que siempre haya recibido su pensión sin interrupción ninguna. Muchas personas han creído que lo fué encomendada una comisión importante, ya por parte del obispo, que tenia entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, á donde se vió obligado á ir él mismo, ya por parte de alguien más poderoso aún, que supo procurarle un feliz regreso. Lo que hay de seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fué mal escogida y que, joven y bella todavía, tenia todas las cualidades necesarias para salir airosa de una negociación diplomática.

LIBRO CUARTO

(1731 á 1732.)

Llego, y no la encuentro. ¡Considérese cuál sería mi sorpresa y mi dolor! Entonces fué cuando empecé á arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maitre, y

vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que me han quedado. Por consiguiente, puedo haber cometido algunos errores y aun puede ser que en adelante los cometa acerca de hechos de poca monta, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mí mismo; mas en cuanto á lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré siempre serlo en todo: he ahílo que se puede contar por seguro.

Tan luego como me hube desprendido del señor Le Maitre, tomé decididamente el partido de volver á Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento á procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacia volver atrás; pero, desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseo que el de volver al lado de mamá. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir á su lado y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese á alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fué posible, volvíme sin vacilar un momento. Tan rápida fué mi vuelta y tan lleno estaba mi espíritu con su idea que á pesar de recordar con tanto placer todos mis demás viajes, no tengo de éste el menor recuerdo, nada de él tengo presente más que mi salida de Lyon y mi llegada á Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! Á mi llegada, no encontré á la señora de Warens: había salido para Paris.

Nunca he sabido bien el objeto de aquel viaje. Estoy seguro de que me lo habria dicho si yo le hubiera instado; pero no creo que tenga nadie menos curiosidad que yo por saber los

secretos de sus amigos: mi corazón, ocupado únicamente con el presente, se llena de él por completo, y, fuera de los placeres pasados, que son en adelante mis únicos goces, no queda en él un solo punto vacío para el pasado. Cuanto he podido entrever en lo poco que me dijo sobre este viaje es que, con la revolución que tuvo lugar en Turin á la abdicación del rey de Cerdeña, temió quedar olvidada; y á favor de las intrigas del señor de Aubonne, quiso probar si podria obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, donde me habia dicho varias veces que lo hubiera preferido, porque el cúmulo de asuntos importantes hace que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si esto es así, parece extraño que á su vuelta no le pusiesen peor cara y que siempre haya recibido su pensión sin interrupción ninguna. Muchas personas han creído que lo fué encomendada una comisión importante, ya por parte del obispo, que tenia entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, á donde se vió obligado á ir él mismo, ya por parte de alguien más poderoso aún, que supo procurarle un feliz regreso. Lo que hay de seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fué mal escogida y que, joven y bella todavía, tenia todas las cualidades necesarias para salir airosa de una negociación diplomática.

LIBRO CUARTO

(1731 á 1732.)

Llego, y no la encuentro. ¡Considérese cuál sería mi sorpresa y mi dolor! Entonces fué cuando empecé á arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maitre, y

fué mayor mi pesar cuando supe la desgracia que había caído sobre él. Su caja de música que contenía toda su fortuna, aquella preciosa caja salvada con tanto trabajo, había sido detenida al llegar á Lyon, gracias á la diligencia del conde Dortán, á quien el cabildo había hecho escribir participándole esta sus-tracción furtiva. En vano había reclamado Le Maitre lo que constituía su fortuna y su único medio de ganarse la subsisten-cia, el trabajo de toda su vida. La propiedad de aquella caja estaba cuando menos sujeta á litigio; pero no fué necesario. La cuestión quedó resuelta desde luego por la ley del más fuerte, y el pobre Le Maitre perdió así el fruto de su talento, el trabajo de su juventud y el recurso de su ancianidad.

Nada faltó para hacer más abrumador el golpe que recibí. Pero me hallaba en una edad en que los pesares ahondan poco, y no tardé en procurarme yo mismo algún consuelo. Esperaba tener en breve noticias de la señora de Warens, aunque ignoraba su paradero y ella no sabía mi regreso; y en cuanto á mi deserción, bien considerado, no la halla-ba tan culpable. Había ayudado á Le Maitre durante su reti-rada, y éste era el único servicio que podía prestarle. Si hu-biese permanecido con él en Francia, no le hubiera curado su enfermedad, no hubiera podido salvar su caja, ni habría hecho más que aumentar sus gastos sin poderle servir de nada. He allí cómo pensaba entonces; ahora pienso de muy distinta manera. Cuando cometemos una mala acción no nos atormenta inmediatamente, sino mucho tiempo después, porque su recuer-do no se extingue.

Lo mejor que podía hacer para obtener noticias de mamá era esperarlas, porque ¿cómo había de hallarla en París? ¿con qué había de hacer el viaje? No había lugar más seguro que Ancey para averiguar tarde ó temprano dónde estaba; por consiguiente, allí me quedé, pero me porté bastante mal. No fui más á ver al obispo, que me había protegido y todavía

podía protegerme; como ya no tenía allí amparo, temía sus reprehensiones por nuestra evasión. Menos aun pensaba en acercarme al seminario; ya no estaba allí el señor Gros. No vi á ninguna persona conocida; sin embargo, de buena gana hubiera visitado á la señora intendenta, pero no pude atre- verme. Aun hice peor que todo eso; hallé otra vez á Ventura, en quien, á pesar de todo mi entusiasmo, ni siquiera había pensado desde mi salida de Ancey. Halléle radiante y fes-tejado por todas partes; las damas se lo disputaban. Aquel éxito acabó de trastornarme la cabeza, y ya no vi otra cosa más que á Ventura, y casi me hizo olvidar á la señora de Wa-rens. Para aprovechar mejor sus lecciones, le hice la pro- posición, que admitió, de partir su albergue conmigo. Estaba alojado en casa de un zapatero, hombre divertido y chocarrero, que, en su dialecto, no daba á su mujer otro nombre que el de *gorrina*, y á la verdad lo merecía bastante. Á cada mo- mento tenían altercados que Ventura procuraba prolongar fin- giendo querer apaciguarlos. Con la mayor sangre fría les di- rigía con su acento provenzal algunas palabras que producían el mayor efecto, dando lugar á escenas capaces de hacernos desternillar de risa. Así pasaba sin sentir toda la mañana; á las dos ó á las tres, tomábamos un bocado; Ventura se iba á sus reuniones, donde cenaba, y yo á pasearme solo, meditando sobre lo mucho que él valía, admirando, codiciando su raro talento, y maldiciendo mi mala estrella que me negaba aquella dichosa vida. ¡Ah, qué malamente juzgaba! la mía hubiera sido mil veces más hermosa, si yo hubiese sido menos simple y hubiese sabido mejor aprovecharla.

La señora de Warens se había hecho acompañar solamente por Claudio, y había dejado á Merceret, la doncella de que he hablado, á quien hallé ocupando todavía la vivienda de su ama. La señorita Merceret era una joven de alguna más edad que yo, no hermosa, pero sí bastante agradable; una buena

frburguesa sin malicia, en quien no observé otro defecto que el de ser á veces un poco rebelde con su ama. Yo iba á menudo á visitarla; era una antigua conocida que me recordaba otra más querida, lo cual me hacía quererla. Tenia varias amigas, entre ellas una ginebrina, llamada señorita Giraud, que, por culpa de mis pecados, tuvo el capricho de prendarse de mí. Continuamente rogaba á Merceret que me llevase á su casa; yo me dejaba conducir allá, porque queria bastante á esta última, y porque allí encontrábamos á otras jóvenes que no me desagradaban. En cuanto á la señorita Giraud, que me hacia toda clase de arrumacos, me causaba una aversión profunda. Cuando me acercaba á la cara su negro y seco hocico enbadurnado de rapé, me acometian los más violentos deseos de escupirle; pero lo llevaba con paciencia. Fuera de esto, me hallaba perfectamente en medio de aquellas muchachas; y ya fuese para agradar á la Giraud, ya por mí mismo, el caso es que todas me festejaban á porfia. Yo en todo esto no veía más que la amistad. Después he conocido que hubiera dependido de mí el ver en ello algo más, pero no lo conocia, ni lo pensaba siquiera.

Por otra parte, las costureras, las doncellas y las tenderillas me tentaban poco; yo necesitaba señoritas. Cada cual tiene sus manias; ésta ha sido siempre la mía; y en este punto no pienso como Horacio. Pero no se crea por esto que me atraiga la vanidad de la posición y del rango, sino la tez mejor conservada, las manos más bellas, más gracia en el vestir, cierto aire de finura y limpieza en toda la persona, un gusto más delicado en el habla y compostura, vestidos más elegantes, un calzado más lindo, cintas, encajes y un peinado más lindo. Siempre preferiria la menos bonita, como reuniese mejor estas circunstancias. Confieso que yo mismo hallo ridicula esta preferencia, pero la siente mi corazón á pesar mio.

La tierra, adornada con todas sus galas, estaba cubierta de

verdor y flores; los ruiseñores, hacia el fin de su gorjeo, parecia que se complacian en reforzarlo; todos los pájaros, despidiéndose en coro de la primavera, saludaban el alba de un hermoso día de verano, de uno de esos bellos días que ya no se gozan á mi edad y que no se han visto nunca en el triste suelo donde vivo ahora¹.

¡Pues bien! también se me presentó la ocasión de satisfacer este capricho y sólo dependió de mí el aprovecharla. Ocurrió esto una hermosa mañana después de San Juan.

Habiame alejado de la ciudad insensiblemente, aumentaba el calor, y yo me paseaba á la sombra, en un valle á lo largo de un riachuelo. De pronto oí detrás de mí pisadas de caballos y voces de doncellas que parecian hallarse en algún apuro, lo cual no las impedía reir bulliciosamente. Yo me volvi, oí que me llamaban por mi nombre, me acerqué y encontré con dos jóvenes conocidas mías, la señorita de Grafienried y la de Galley, que no siendo excelentes jinetes, no sabian cómo componérselas para obligar á los caballos á pasar el río.

La de Grafienried era una joven bernesa, muy amable, que, hallándose expatriada por causa de alguna locura propia de su edad, habia imitado á la señora de Warens, en cuya casa la habia visto algunas veces; pero que, no teniendo una pensión como ella, habia sido harto afortunada pudiendo ampararse con la señorita Galley, que, contrayendo amistad con ella, habia rogado á su madre que se la tomase por compañera mientras no se encontrase medio de colocarla. La de Galley, que tenia un año menos que ella, era más hermosa todavía; tenta un no sé qué de más distinción, de más delicadeza; era al propio tiempo más niña y completamente formada, lo cual constituye el momento más favorable para una joven. Ambas

¹ Wootton. Staffordshire.

se amaban con la mayor ternura, y el buen carácter de ambas, debía prolongar indefinidamente su amistad, si no venia á estorbarla algún amante.

Dijéronme que iban á Touné, antiguo castillo de la señora Galley, é imploraron mi socorro para hacer pasar los caballos, no pudiendo lograrlo por sí solas. Yo quise valerme del látigo; pero temieron por mí que me alcanzara alguna coz, y por ellas los saltos de los caballos. Entonces me vali de otro medio, y fué tomar por la rienda el de la señorita Galley y llevarlo así hasta pasado el riachuelo, con lo cual siguió el otro fácilmente, y yo me mojé hasta media pierna. Esto hecho, quise despedirme, yéndome como un bendito, mas ellas se dijeron algunas palabras en voz baja, y dirigiéndose á mí la de Graffenried, dijo: «Oh, no, no señor, no nos dejaréis de este modo. Os habéis mojado por nuestra causa, por consiguiente, en conciencia, estamos obligadas á facilitaros el medio de poderos secar; es preciso, si no os molesta, que vengáis con nosotras, os hacemos prisionero.» Á mí me dió un vuelco el corazón, y consulté el rostro de la señorita Galley. «Sí, sí, añadió ésta riendo al ver mi gesto azorado, prisionero de guerra; montad á la grupa de su caballo, queremos dar cuenta de vuestra conducta. — Pero, señorita, yo no tengo el honor de conocer á vuestra señora madre; ¿qué va á decir cuando me vea? —

Su madre, replicó la de Graffenried, no está en Touné, estamos solas; volvemos al anochecer y volveréis con nosotras.»

Estas palabras me produjeron un efecto tan rápido como el de la electricidad. Temblaba de gozo al lanzarme sobre el caballo de la señorita de Graffenried; y cuando fué preciso abrazarme á ella para sostenerme, el corazón me latía con tanta fuerza que ella lo notó, y me dijo que á ella le latía también por el miedo de caerse; esto en mi posición casi era invitarme á examinarlo, mas no me atreví, y durante la travesía mis brazos ciñeron su cintura, algo apretados en verdad,

pero sin moverse un instante. Mujer habrá que al leer esto me daría de bofetones, y tendría razón sobrada.

La alegría que reinaba en esa excursión y la charla de aquellas niñas aguzaron la mía de tal modo, que, hasta la noche, y mientras estuvimos reunidos, no callamos un momento. Hallábame tan á gusto, que mi lengua hablaba tanto como mis ojos, aunque no dijese lo mismo. Solamente los breves instantes en que me quedaba á solas con una de las dos, la conversación se hacía algo más dificultosa; mas la que se hallaba ausente venia en seguida y no nos dejaba tiempo para vencer aquella dificultad.

Llegados á Touné, almorzamos, después de haberme secado. Luego fué preciso preparar la comida. Ellas, mientras hacían la cocina, besaban de cuando en cuando á los hijos de la granjera, y el pobre marmitón tenía que mirarlo tascando el freno. Habían enviado provisiones de la ciudad y tenían con qué disponer una excelente comida, sobre todo en punto á golosinas; pero desgraciadamente habían olvidado el vino. Esto no era de extrañar tratándose de una comida para jóvenes que apenas lo bebían; pero á mí me contrarió porque había contado un poco con él para animarme. También ellas lo sintieron, quizás por la misma razón, aunque no lo creo. Su alegría viva y simpática era la inocencia misma; y además ¿qué habrían hecho de mí entre las dos? Enviaron á buscar vino por todos los alrededores y no pudo encontrarse, tan pobre y sobria es la gente de aquel país. Como ellas me encarecieron cuánto lo sentían, yo les dije que no valía la pena y que no tenían necesidad del vino para embriagarme. Ésta fué la única galantería que me atreví á decirles en todo el día; aunque yo creo que las picarillas veían muy bien que la tal galantería era una realidad.

Comimos en la cocina de la granjera, sentadas las dos amigas en bancos, una á cada lado de una larga mesa, y su huésped en un escabel de tres pies, en la cabecera. ¡Qué comida!

¡Qué recuerdo tan lleno de satisfacciones! ¿Por qué correr desalado en busca de otros placeres, pudiendo gozarlos á tan poca costa? Ninguna de esas cenas galantes que tienen lugar en ciertas casas de París, puede compararse con aquella comida, no ya por el buen humor que reinó en ella, por la dulce alegría, sino por la misma sensualidad.

Acabada la comida, hicimos una economía: en vez de tomar el café que nos había sobrado del almuerzo, lo guardamos para saborearlo con la crema y pastélillos que habían traído; y para excitar el apetito, fuimos á poner fin á la comida comiendo cerezas en el huerto. Yo me encaramé al árbol y les tiraba manojitos de cerezas cuyos huesos me devolvían al través de las ramas. Hubo una ocasión en que la señorita Galley, avanzando el delantal é inclinando atrás la cabeza, se presentó tan bien y yo apunté con tanto acierto, que le dejé caer un manojito en el seno; ¡cuánto no nos reímos con eso! Yo decía para mi coledo: «Lástima que mis labios no sean también cerezas, que de buena gana se los echaría de la misma manera.»

Así pasamos el día retozando con la mayor libertad; y siempre con la mayor decencia. No se oyó una sola frase de doble sentido, ni se dió la menor broma atrevida. Y esta discreción no nos la imponíamos, sino que surgió naturalmente; era el eco de nuestros corazones. En fin, tal fué mi modestia (otros dirán mi simpleza), que la mayor libertad que se me escapó fué la de besar una sola vez la mano á la señorita Galley. Verdad es que nuestra situación daba más precio á este pequeño favor. Nos hallábamos solos, yo respiraba con dificultad, ella tenía los ojos bajos; mis labios, en vez de encontrar palabras, no supieron hacer más que estamparse en su mano, y ella la retiró despacio luego de besada, dirigiéndome una mirada que no respiraba enojos. No sé qué hubiera podido decirle, pero entró su amiga, que por cierto en este momento me pareció fea.

Al fin se acordaron de que no convenía esperar la noche para volver á la ciudad, y sólo nos quedaba el tiempo preciso para el camino si queríamos llegar de día; así, nos apresuramos á partir, yendo en la misma forma que habíamos venido. Si yo me hubiese atrevido, habría permutado, porque la mirada de la señorita Galley me había conmovido hondamente; pero no tuve valor para proponerlo, y á ella no le correspondía. Al volver, camino de la ciudad, íbamos lamentando que se acabase el día; aunque en vez de hallar que había sido corto, estuvimos conformes en que habíamos hallado el secreto de prolongarlo por medio de las diversiones que habíamos sabido proporcionarnos.

Dejélas poco más ó menos en el mismo sitio donde nos habíamos reunido. ¡Con cuánto sentimiento nos separamos! ¡con cuán buen deseo nos propusimos volver á vernos! Doce horas que pasamos juntos, valían tanto como siglos de familiaridad. El dulce recuerdo de aquella jornada nada les costaba á aquellas amables niñas; el tierno lazo que nos unía á los tres valía tanto como otros placeres más vivos con los cuales no hubiera subsistido; nos amábamos sin vergüenza y sin misterio, y así queríamos amarnos siempre.

La inocencia de las costumbres tiene también su voluptuosidad, que bien equivale á la otra, porque carece de intervalos y es constante. En cuanto á mí, sólo diré que el recuerdo de un día tan hermoso me es más grato, más conmovedor, se despierta más frecuentemente en mi espíritu, que el de cualesquiera otros placeres que haya gozado en la vida. Aquellas jóvenes me interesaban vivamente, sin que yo mismo me pudiese dar cuenta del móvil de tan tierno afecto. No digo que, si hubiese podido escoger, hubiera dividido mi corazón entre ellas, porque me sentía algo más inclinado á la una que á la otra. Ser el amante de la de Graffenried hubiera sido mi dicha; pero me parece que, á estar en mi mano, la hubiera pre-

ferido por confidenta. Como quiera que sea, al despedirme de ellas, me parecía que ya no podría vivir sin las dos. ¡Quién había de decirme, que no las vería más en la vida y que allí morirían nuestros efimeros amores!

Los que esto lean no dejarán de reírse de mis aventuras amorosas, viendo que, después de tantos preliminares, las que van más allá acaban con un beso en una mano. ¡Oh, lectores míos, no os dejéis engañar por este solo hecho! quizás he gozado yo más en mis amores, terminados de esta suerte, que jamás podáis gozar vosotros en los vuestros, comenzando cuando menos por eso.

Ventura, que se había acostado muy tarde la víspera, entró poco después de mí. Esta vez no le vi con tanto gusto como de costumbre, y me guardé muy bien de explicarle cómo había pasado el día. Aquellas señoritas me habían hablado de él con menosprecio, y me habían parecido descontentas de saber que me hallaba en tan malas manos; esto le rebajó mucho en mi concepto, y además, todo cuanto me distrajera de ellas no podía serme agradable. Sin embargo, pronto me hizo pensar en él, y en mí mismo, recordándome mi situación. Era demasiado crítica para que pudiese seguir así. Aun cuando mis gastos fuesen muy reducidos, mi escaso peculio se agotaba, y yo no tenía ningún recurso. No se recibían noticias de mamá; no sabía qué hacer, y me oprimía cruelmente el corazón ver al amigo de la señorita Galley reducido á la mendicidad.

Ventura me dijo que había hablado de mí al señor teniente-juez, con quien me llevaría á comer al día siguiente; que era un hombre que podía favorecerme por sus buenas relaciones; nombre por otra parte de agradable trato, de ingenio, y que tenía estudios; hombre de muchas prendas, que sabía apreciarlas, y en fin un buen conocimiento; luego, mezclando, como de costumbre, las mayores frivolidades con las cosas mas se-

rias, me enseñó unas graciosas coplas, venidas de París, con aplicación á un aire de una ópera de Mouret que á la sazón se representaba. Esas coplas agradaron tanto al señor Simón (este era el nombre del teniente-juez), que quiso escribir otras, sobre el mismo tema; había dicho á Ventura que también él hiciese algunas; y éste tuvo el capricho de inducirme á mí á que escribiera otras, con el objeto, dijo, de que el día siguiente se viesen aparecer las coplas como las angarillas de la *Novela cómica*.

No pudiendo conciliar el sueño por la noche, hice las coplas como pude. Para ser las primeras que hice, salieron bastante regulares, y mejores ó á lo menos hechas con más gusto que lo habrían sido la víspera, por ser el tema una situación muy tierna, para la cual me hallaba predispuesto. Á la mañana siguiente, enseñé á Ventura mis versos, y hallándolos bonitos, se los metió en el bolsillo, sin decirme si había hecho los suyos.

Fuimos á comer á casa del señor Simón, que nos hizo muy buena acogida. La conversación fué agradable, como no podía menos de ser entre dos hombres de ingenio que habían leído mucho y con provecho. Yo desempeñaba mi papel á las mil maravillas, escuchando y callando. Ni uno ni otro hablaron de las coplas, y yo tampoco; y nunca, que yo sepa, se habló de las mías.

Paréceme que al señor Simón le agradó mi porte, y poco más ó menos fué todo lo que vió de mí en aquella entrevista. Me había visto ya diferentes veces en casa de la señora de Warrens, sin que fijara en mí la atención. Así es que puede decirse que de aquella comida dató nuestro conocimiento, que de nada me sirvió, respecto al motivo que me impulsó á adquirirlo, pero con el que logré otras ventajas, que me lo recuerdan agradablemente.

Haría mal si no hiciese su retrato; pues por su calidad de magistrado y por el ingenio de que se envanecía, nadie podría

figurárselo. Seguramente no tenía dos pies de estatura. Sus piernas rectas, delgadas y aun bastante largas, le hubieran levantado un poco si hubiesen sido verticales; pero las tenía oblicuas como las de un compás muy abierto. Su cuerpo no sólo era corto, sino delgado y de una pequeñez tal en todos sentidos, que difícilmente puede concebirse. Desnudo debía parecer una langosta. Su cabeza, de un tamaño regular, su rostro bien formado, noble semblante, ojos bastante bellos, parecía una cabeza postiza colocada sobre un muñón. Hubiera podido excusarse de gastar nada para vestir, porque su enorme peluca le cubría enteramente de pies á cabeza.

Tenia dos voces enteramente distintas, que se oían constantemente mezcladas en su conversacion, formando un contraste que al principio hacía gracia, pero que no tardaba en hacerse desagradable; una, grave y sonora, era, por decirlo así, la de la cabeza; la otra, clara, aguda y penetrante, parecía la voz de su cuerpo. Cuando hablaba con parsimonia, escuchándose á sí mismo y sin esforzarse, podía conservar su voz grave; pero, por poco que se animase y se expresara con más energía, su acento parecía el silbido de una llave, y no podía recobrar la otra sin gran trabajo.

Con todo, á pesar de la figura que acabo de describir, sin la menor exageración, era un hombre galante, gran decidor de anécdotas y agudezas, y llevaba hasta la coquetería el ornato de su persona. Como procuraba colocarse siempre en el terreno más ventajoso, gustábale dar en la cama las audiencias de la mañana; porque al ver tan bella cabeza sobre la almohada, nadie hubiera imaginado que aquí se acababa todo. Esto daba lugar, á veces, á escenas que estoy seguro recuerda todo Annecy todavía.

Una mañana, que esperaba á los litigantes en la cama, ó mejor dicho, sobre la cama, cubierto con un magnífico gorro de dormir muy blanco y fino, adornado con dos grandes lazos

de cinta color de rosa, llegó un campesino y llama á la puerta. La criada había salido. El señor juez, oyendo llamar repetidas veces, exclamó: *Adelante*, con su voz aguda, por haber tenido que hablar un poco recio. Entra el hombre, busca de dónde proviene aquella voz de mujer; y viendo en aquel lecho una cofia, una especie de moño, quiere retirarse pidiendo á la señora mil perdones. El señor Simón, incomodado, grita en tono aun más agudo. El campesino, creyendo su idea confirmada, y juzgándose insultado, empieza á echarle pullas, diciéndole que por lo visto no sería más que una aventurera correntona, y que el señor teniente no daba muy buen ejemplo en su casa. Furioso el juez, y no hallando á mano otra cosa que su vaso de noche, iba á tirarlo á la cabeza de aquel pobre hombre, cuando llegó la sirvienta.

Aquel enano, tan desfavorecido de la naturaleza en cuanto á la figura, había sido recompensado en la parte moral; era naturalmente simpático, y él había tenido buen cuidado de cultivar y embellecer sus facultades. Aunque, según era fama, fuese un buen jurisperito, no tenía apego á su carrera, y se había dedicado á la amena literatura con buen éxito. Sobre todo había adquirido esa brillante superficie, ese barniz que hace el trato agradable, aun con las mujeres. Sabía de memoria todos los chistes, cuentos y agudezas publicados en colecciones, y poseía el arte de darles realce, refiriendo con interés, con cierto misterio y como cosa de la vispera, lo que había sucedido sesenta años atrás. Sabía música y cantaba con su voz de hombre que daba gusto oírle; en fin, para ser un magistrado, poseía multitud de agradables dotes. Á fuerza de requebrar á las damas de Annecy, se había hecho de moda entre ellas y le tenían atrás de sí como un mono. Hasta pretendía sus favores, y esto las divertía en extremo. Cierta señora de Epagny decía que el último favor para él era besar á una mujer en la rodilla.

Como conocía los buenos libros y se complacía en hablar de ellos, su conversación no solamente era agradable, sino también instructiva. Más tarde, cuando me aficioné al estudio, cultivé su amistad, que me era muy grata. Desde Chamberí, donde entonces me encontraba, iba á verle algunas veces; elogiaba y animaba mi emulación, y á menudo me hacía prudentes observaciones sobre lo que yo leía, que me han sido de mucho provecho.

Desgraciadamente, aquel cuerpo tan raquítico encerraba un alma en extremo sensible, y cierto disgusto que tuvo pocos años después, le llevó al sepulcro. Fué gran lástima, pues era un hombrecillo de quien empezaba uno por reírse, acabando por amarle. Aunque su vida y la mía se hallen tan poco enlazadas, he creído poder consagrarle este pequeño recuerdo, por agradecimiento, ya que de él recibí lecciones útiles.

Así que me vi libre, corrí á la calle donde vivía la señorita Galley, lisonjeándome de que vería entrar ó salir á alguien, ó á lo menos abrirse alguna ventana. Pero, nada de eso, ni un perro apareció siquiera, y todo el tiempo que allí permanecí siguió la casa tan cerrada como si hubiese estado deshabitada. Y como la calle era pequeña y estaba desierta, una persona que permaneciese en ella había de ser notada desde luego; de cuando en cuando pasaba alguno, entraba ó salía alguien de la vecindad; así es que yo me hallaba corrido; me parecía que todos adivinaban por qué estaba allí, y esta idea me atormentaba sobremanera, porque siempre he preferido á mi gusto el buen nombre y tranquilidad de las personas que me son caras.

En fin, cansado de hacer el papel de amante español, y no teniendo guitarra, tomé la resolución de irme á escribir á la señorita de Graffenried. Hubiera preferido escribir á su amiga; pero no me atreví, y además convenia comenzar por la que me había hecho conocer á la otra, y con la cual tenía mayor fami-

liaridad. Una vez escrita la carta, fui á llevarla á la Giraud, como habíamos convenido con aquellas señoritas al separarnos, siendo ellas las que me indicaron este medio. La Giraud era tapicera, y como trabajaba á veces en casa de la señora Galley tenía entrada en ella. Con todo, no me pareció muy bien escogida la mensajera; pero temí que si manifestaba mi repugnancia, lo dejaran sin proponer otra, y además no me atreví á decir que aquélla pretendía trabajar por su cuenta, pues me sentía humillado de que osara creer que yo había de considerarla como del mismo sexo que ellas. En fin, preferí admitir aquella medianera á quedarme sin ninguna, y la acepté á todo riesgo.

Á las primeras palabras, la Giraud comprendió, lo que no era muy difícil; pues aunque la misión de llevar una carta á unas jóvenes no hubiese bastado por sí sola, me hubiera descubierto la turbación y el embarazo con que le hice el encargo. Como se comprende, semejante comisión fué muy poco de su gusto; sin embargo, la tomó á su cargo y la desempeñó fielmente. A la mañana siguiente, fui á su casa volando, y encontré la respuesta. ¡Con qué ansiedad me apresuré á salir para ir á leerla y besarla sin testigos! esto no hay que decirlo; pero lo que hay que saber es el partido que tomó la Giraud, con el que demostró más delicadeza y discreción que hubiera podido esperar de ella. Conociendo demasiado que con sus treinta y siete años, sus ojos de liebre, su empolvada nariz, su voz agria y su negra piel no podía luchar contra dos jóvenes llenas de gracias y en todo el apogeo de la belleza, no quiso servir las ni hacerles traición; y prefirió perderme á ayudar á que yo fuese para ellas.

(1732.)

De algún tiempo atrás la Merceret, viendo que nada se sabía de su ama, pensaba en volverse á Friburgo; la Giraud la hizo

determinarse á verificarlo, le dió á entender que sería conveniente que alguien la acompañase á casa de su padre, y le propuso que este alguien fuese yo. Merceret, á quien yo no desagrababa tampoco, encontró la idea muy buena, y me hablaron del arreglo aquel mismo día como si fuera cosa hecha; y como no hallé nada que me disgustase en este modo de disponer de mí, consentí en ello, creyendo que aquel viaje sería á lo más asunto de ocho días. La Giraud, que no pensaba de igual modo, lo dispuso todo. Preciso fué confesar el estado de mi bolsa. No se apuraron por esto: Merceret se encargó de pagar por mí; y para resarcirla en parte, á mi ruego, se resolvió enviar delante el equipaje y que nosotros fuésemos á pie haciendo jornadas cortas, y así se hizo.

Ya me molesta tener que presentar tantas muchachas enamoradas de mí; pero como no puedo envanecerme por el resultado obtenido de todos esos amores, me parece que puedo decir la verdad sin ningún escrúpulo. Más joven y menos ladina que la Giraud, Merceret nunca me acarició con tanta viveza; pero imitaba el tono de mi voz y mi acento, repetía mis palabras, me prodigaba las atenciones que yo hubiera debido usar con ella, y, como era muy miedosa, procuraba siempre que durmiésemos en un mismo cuarto; identidad que se limita á esto raras veces entre un joven de veinte años y una muchacha de veinticinco.

Sin embargo, esta vez á esto se redujo. Tal fué mi hobería que á pesar de que Merceret nada tenía de desagradable, no se me ocurrió siquiera en todo el viaje la menor tentación, ni la menor idea que remotamente pudiese despertarla, y aun cuando se me hubiese ocurrido semejante pensamiento era incapaz de aprovecharlo. Yo no comprendía cómo podían llegar á acostarse juntos un joven y una muchacha, y me parecía que se necesitaban siglos para preparar una cosa tan terrible. Si la pobre Merceret creyó resarcirse del gasto que le ocasionaba, se

llevó buen chasco, y llegamos á Friburgo tal como habíamos salido de Annecy.

Al pasar por Ginebra, no fui á ver á nadie, pero casi me sentí enfermo al llegar á los puentes. Jamás he visto las murallas de esa dichosa ciudad, nunca he entrado en ella sin sentir una especie de desmayo procedente de un exceso de enterrecimiento. Al mismo tiempo que elevaba mi alma la noble imagen de la libertad, las de la igualdad, de la fraternidad y de la dulzura de las costumbres me conmovían hasta arrancarme lágrimas y me inspiraban un dolor intenso por haber perdido todos aquellos beneficios. ¡Cuánto me equivocaba, pero, cuán natural era mi sentimiento! Creía ver todo esto en mi patria, porque lo llevaba en mi corazón.

Habíamos de pasar por Nyón. ¡Cómo no ir á ver á mi padre! Si hubiese tenido valor para hacerlo, hubiera muerto de remordimiento. Dejé á Merceret en la posada y fui á verle á todo evento. ¡Ah, qué poca razón tenía en temerle! Á mi llegada, abrió su corazón á los sentimientos paternos de que estaba henchido. ¡Cuántas lágrimas derramamos abrazados! Al principio creyó que volvía al hogar paterno, pero yo le manifesté mi resolución, después de contarle mi historia. Combatióla débilmente, haciéndome ver los peligros á que me exponía, y me dijo que las locuras más cortas eran las mejores. Por lo demás, no tuvo siquiera la intención de retenerme á la fuerza, y creo que en esto hizo muy bien; pero, á la verdad, no hizo cuanto pudo para obligarme, ya fuera juzgando que no debía volver después del paso que había dado, ya porque se encontraba embarazado para saber qué podría hacer de mí á la edad que á la sazón tenía. Después he sabido que se formó una opinión injusta de mi compañera de viaje, y que estaba muy lejos de la verdad, pero que era muy natural.

Mi madrastra, buena mujer y algo meliflua, aparentó querer que me quedara á cenar. Yo no accedí, pero les dije que á la

vuelta pensaba detenerme un poco más en su compañía y les dejé en depósito mi hatillo, que había venido por el barco y me molestaba. Partí á la madrugada siguiente satisfecho de haber visto á mi padre y haber sabido cumplir con mi deber.

Llegamos á Friburgo con toda felicidad. Hacia el fin del viaje, disminuyeron un poco las atenciones de Merceret, y después de nuestra llegada no me manifestó más que frialdad. Su padre, que no nadaba en la abundancia, tampoco me hizo una gran acogida, y me fui á un bodegón. Al día siguiente fui á verles, me invitaron á comer, y acepté. Nos separamos sin derramar una lágrima; por la noche volví á mi figón, y me marché á los dos días de haber llegado, sin saber á punto fijo adonde pretendía ir.

He ahí otra circunstancia de mi vida en que la Providencia me ofrecía precisamente lo que yo necesitaba para ser dichoso. Merceret era una buena muchacha, no encantadora, ni hermosa siquiera, pero tampoco fea; poco vivaracha, muy razonable, que si bien tenía ratos de mal humor, se desahogaba llorando y nunca tenían consecuencias borrascosas. Me quería de veras; hubiera podido casarme con ella sin trabajo y seguir el oficio de su padre, que mi afición á la música me hubiera hecho agradable, y me hubiera establecido en Friburgo, ciudad de poca importancia, nada hermosa, pero habitada por muy buenas gentes. Indudablemente habría perdido grandes placeres; pero habría vivido en paz hasta el fin de mi vida; y yo debo saber mejor que nadie que no hay que vacilar en esta alternativa.

Partí, pero no fui á Nyón, sino á Lausana. Quería satisfacer mi anhelo de ver el hermoso lago que desde allí se descubre en toda su extensión. La mayor parte de los secretos motivos de mis determinaciones no han sido más sólidos que éste en

* Rousseau no dice que oficio era éste, pero da á entender que era el de músico.

ninguna ocasión, pues las miras muy lejanas raras veces son capaces de hacerme adoptar una resolución. La incertidumbre del porvenir me ha hecho mirar siempre los proyectos de ejecución lenta como señuelos para mayor engaño. Yo me entrego á la esperanza como otro cualquiera, mientras nada me cueste alimentarla; pero si es preciso una prolongada molestia, ya no soy hombre para ello. El placer más insignificante que se ofrece á mano me atrae más que los goces del paraíso. Exceptúo, sin embargo, los placeres que traen aparejado el dolor; éstos no me tientan, porque sólo me agradan los placeres puros, y jamás se obtienen tales cuando se sabe que han de ir seguidos del arrepentimiento.

Sentía una necesidad grande de llegar á un lugar ú otro, cualquiera que fuese, y el mejor era el más cercano; pues habiéndome extraviado en el camino, al anoecer me encontré en Moudon, donde gasté lo poco que me quedaba, exceptuando diez creutzer, que volaron al día siguiente para comer; llegado por la noche á un lugar cercano á Lausana, entré en un mesón sin tener un sueldo con que pagar mi alojamiento y sin saber lo que sería de mí. Tenía un hambre atroz; procuré poner buen semblante y pedí de cenar como si tuviese con que pagar de sobra. Me acosté sin inquietarme, me dormí tranquilamente y al día siguiente después de haber almorzado y pedido la cuenta, quise dejar la chupa en prenda por siete batz á que ascendía. El bueno del mesonero lo rehusó y me dijo que, á Dios gracias, nunca había desnudado á nadie; que no quería empezar por cuestión de siete batz, que guardase mi chupa y que yo le pagaría cuando pudiese. Su bondad me conmovió, pero no tanto como debía y como después me ha conmovido al recordarlo. No tardé mucho en enviarle el dinero y las más rendidas gracias por medio de una persona segura; pero cuando, quince años después, volví á pasar por Lausana, á mi vuelta de Italia, tuve un verdadero sentimiento por haber olvidado el

nombre del mesón y el del mesonero. Habría ido á verle; hubiera tenido un placer en recordarle su buena obra y en probarle que no había caído en mal terreno. Otros servicios sin duda más importantes, pero prestados con más ostentación, no me han parecido tan dignos de agradecimiento como los humanitarios sentimientos de aquel buen hombre revelados sin vanagloria y con tanta sencillez.

Al acercarme á Lausana, iba pensando en la estrechez á que me veía reducido y en el modo de salir de ella sin ir á manifestarla á mi madrastra; y en esta peregrinación pedestre me comparaba á mi amigo Ventura, cuando llegó á Ancey. Tanto me penetré de semejante idea, que sin tener en cuenta que no contaba con su despejo ni su instrucción, se me puso en la cabeza que había de ser en Lausana un segundo Ventura, enseñar música, aunque no sabía para mí, y hacerme pasar por parisiense aunque nunca había estado en París.

En consecuencia, resuelto á llevar á cabo este proyecto, y como no había capilla donde ir á ofrecerme, y por otra parte no tenía ningún deseo de alternar con los músicos de la población, empecé por enterarme de dónde podría hallar posada decente, sin que fuese cara. Diéronme noticia de un tal Perrotet que tenía pupilos, y resultó ser un hombre que se caía de bueno y me dispensó muy buena acogida. Hiciele una mentirosa relación, tal como me la tenía estudiada, y me prometió darme á conocer y procurarme lecciones, añadiendo que no me pediría dinero hasta que lo hubiese ganado. Costaba el hospedaje cinco escudos blancos, lo cual era bien poco, pero mucho para mí. Así pues, me aconsejó que al principio no me pusiese más que á media pensión, que consistía en una buena sopa y nada más á la comida y en una comfortable cena al anochecer. Yo convine en ello, y el pobre Perrotet me hizo todos los adelantos con la mejor buena voluntad, y nada escaseó para favorecerme.

¿Cómo es que, habiendo hallado tan buenas gentes durante mi juventud, tan escasamente las encuentro á edad avanzada? ¿Será que se ha extinguido su raza? No; sino que el rango donde ahora tengo necesidad de buscarlas no es el mismo en que en otro tiempo las hallaba. Entre la gente del pueblo, que sólo siente las grandes pasiones por intervalos, la voz de la naturaleza se hace escuchar más á menudo. En las clases elevadas permanece completamente ahogada, y sólo hablan la vanidad ó el interés bajo la máscara del sentimiento.

Desde Lausana escribí á mi padre, que me envió el equipaje, dándome varios consejos excelentes de que hubiera debido hacer más caso. Ya he dado á conocer que me hallaba á veces poseído de una especie de delirio, durante el cual era yo otro hombre enteramente distinto. He ahí uno de los ejemplos más notables. Para que se comprenda hasta qué punto había perdido la cabeza, cuán venturizado, por decirlo así, me hallaba, basta ver cuantas extravagancias hice á un tiempo.

Heme ahí constituido en maestro de canto sin saber leer música siquiera; pues aun cuando hubiese aprovechado los seis meses que permanecí al lado de Le Maître, nunca habría sido suficiente; además de esto, me enseñaba un gran maestro, y esto era lo bastante para que no aprendiera nada. Parisiense de Ginebra y católico en un país protestante, creí deber cambiar de nombre, así como de religión y patria. Siempre imitaba á mi gran modelo en cuanto era posible. Él se había llamado Ventura de Villeneuve; yo hice del nombre Rousseau el anagrama de Vaussore, y me llamé Vaussore de Villeneuve. Ventura sabía de composición, aunque no lo hubiese dicho; yo, sin conocerla, me jactaba de compositor delante de todo el mundo, siendo incapaz de poner en música una jácara.

Habiendo sido presentado al señor de Treytorens, profesor de derecho, que era aficionado á la música y daba conciertos en su casa, quise ofrecerle una muestra de mi talento, y me

puse á escribir una pieza para el concierto, con tanto atrevimiento, como si hubiese conocido el terreno perfectamente. Tuve la constancia de estarme quince días componiendo esa grande obra, ponerla en limpio, sacar las diferentes partes y distribuirlas con tanta confianza, como si hubiese sido una obra maestra de armonía. En fin, aun cueste trabajo crearlo, y sin embargo es la pura verdad, para coronar dignamente esa producción sublime, puse al fin un lindo minué que se oía por las calles y que tal vez muchos recuerden aún con ayuda de estas palabras tan conocidas en otro tiempo :

Quel caprice!
Quelle injustice!
Quoi ta Clarice
Trahirait tes feux! etc.

Ventura me había enseñado el aire con el contrabajo acompañado de otra letra indecorosa, con ayuda de la cual yo lo había retenido. Así, pues, coloqué al final de mi composición este minué con el contrabajo, suprimiendo la letra, y lo di por mio, tan resueltamente como si hubiese tratado con los habitantes de la luna.

Reuniéronse los músicos para ejecutar mi composición; expliqué á cada uno el corte y gusto de ella y les distribuí los papeles; andaba muy atareado. Ensayaron unos y otros durante cinco ó seis minutos, que para mí fueron siglos. En fin, todo dispuesto, di con un rollo de papel sobre mi pupitre magistral los cinco ó seis golpes preliminares de atención. Reinó un momento de completo silencio: empecé con la mayor gravedad á llevar el compás, y sonaron los instrumentos... Desde que existen óperas francesas, jamás se oyó una cerrada semejante. Por muy mal concepto que se hubiesen podido formar de mí como músico, el efecto fué peor de lo que parecían esperar. Los músicos reventaban de risa, el auditorio

abría desmesuradamente los ojos y quería taparse los oídos; pero no hubo remedio; mis verdugos, los sinfonistas, que querían divertirse, rascaban de modo que eran capaces de romper un tímpano de cuero. Tuve la constancia de seguir siempre adelante, á la verdad sudando á mares; pero retenido por la vergüenza, no me atrevía á escaparme dejándolo todo plantado. Por todo consuelo oía en derredor que hablando unos al oído de los otros, ó mejor, á los míos, decían; uno: «En esa pieza no hay nada que pueda tolerarse»; otro: «¡Qué música de los diablos!» otro: «¡Qué demonio de algazara es ésta!» ¡Pobre Juan Jacobo! ¡cuán lejos estabas de esperar en aquel cruel momento que un día, en presencia del rey de Francia y toda su corte, tus armonías excitarían murmullos de sorpresa y aplauso y que en todos los palcos á tu alrededor las damas se dirían á media voz: «¡Qué música tan hermosa! ¡Esto conmueve las más hondas fibras del corazón!»

Pero lo que regocijó á todo el mundo fué el minué. Apenas se oyeron los primeros compases, cuando oí resonar las carcajadas de todos lados. Todos me felicitaban por mi buen gusto; me repetían que aquel minué me haría célebre y que mis inspiraciones merecían ser cantadas por todo el ámbito del globo. No creo tener que describir mi angustia ni que confesar cuán merecida la tenía.

Al día siguiente, vino á verme uno de los músicos llamado Lutold, y fué bastante amable para no felicitarme por tan feliz éxito. El profundo sentimiento que me había causado mi solemne tontería, la vergüenza, el arrepentimiento, mi desesperación por el precario estado en que me hallaba, la imposibilidad de tener el corazón cerrado en medio de tantas aflicciones, hicieron que me franqueara con él; solté la rienda al llanto; y, en vez de contentarme con la confesión de mi ignorancia, se lo dije todo, suplicándole que me guardara el secreto, lo cual me prometió, cumpliendo como puede imaginarse. Aquella misma

noche, todo Lausana supo quién era yo; y lo notable es que nadie me lo dió á entender, ni aun el mismo Perrotet, quien, á pesar de todo, no se desentendió de alimentarme y darme alojamiento.

Yo vivía, mas ¡cuán tristemente! Con semejante estreno naturalmente mi estancia en Lausana no fué muy feliz. Los discípulos no venían en tropel; ni siquiera se presentó una alumna, ni una sola persona de la ciudad. Tuve, por junto, dos ó tres teuteshes, casi tan estúpidos, como yo ignorante, que me aburrían á más no poder y que de mis manos no salieron grandes solistas.

Sólo en una casa me llamaron, donde á un diablo de chiquilla le dió la ocurrencia de mostrarme varias piezas de música de las cuales no pude leer una nota, y que tuvo la malicia de cantar en seguida delante del señor maestro, para enseñarle cómo se hacía. Tan lejos me hallaba de leer una pieza de repente, que en el brillante concierto de que he hablado no me fué posible seguir la ejecución ni un solo instante, para saber si se ejecutaba bien lo que tenía delante de los ojos y lo que había compuesto yo mismo.

En medio de tantas humillaciones, tenía un dulce consuelo en las cartas que de cuando en cuando recibía de mis dos encantadoras amigas. Siempre he hallado en el sexo femenino una virtud extraordinaria para proporcionar algún consuelo; y nada calma tanto mi aflicción en mis quebrantos como ver que una persona amable se interesa por mí. Sin embargo, esta correspondencia se acabó á poco tiempo, y nunca más fué reanudada. Cuando me trasladé á otro punto no tuve el cuidado de participárselo; y obligado por la necesidad á pensar continuamente en mí mismo, pronto las olvidé completamente.

Tiempo hace que no hemos hablado de mi pobre mamá, mas no se crea que por eso la olvidaba. No dejaba nunca de pensar en ella y desear hallarla nuevamente. no sólo por la necesidad

de mi subsistencia, sino principalmente por la de mi corazón. Por más vivo y tierno que fuese, el cariño que le tenía no cerraba mi corazón á otros amores; pero no eran de la misma especie. Todas debían el afecto que me inspiraban á sus atractivos; pero mi corazón no amaba otra cosa en las demás y no habría sobrevivido á ellos, mientras que mamá podía volverse vieja y fea sin que yo dejase de amarla con igual ternura. El homenaje rendido al principio á su belleza, se había transmitido enteramente á su persona; y cualquier cambio que experimentase, mientras fuese ella misma, no podía hacerme cambiar de sentimientos. Ya sé muy bien que le debía agradecimiento; pero á la verdad no pensaba en ello. Que hubiese hecho ó no mucho por mí, siempre hubiera sido lo mismo; no la amaba por deber, ni por interés, ni por conveniencia; la amaba porque había nacido para amarla. Confieso que cuando me prendaba de otra, me distraía un poco y pensaba en ella con menos frecuencia; pero siempre recordaba mi corazón con idéntico placer, y, enamorado ó no, jamás he pensado en ella sin conocer que no podía existir en el mundo dicha verdadera para mí mientras no viviese á su lado.

Á pesar de transcurrir tanto tiempo sin tener noticias suyas, nunca creí haberla perdido, ni que ella hubiese podido olvidarme.

Yo me decía: «Ella sabrá tarde ó temprano donde me hallo errante, y dará señales de que vive; volveré á encontrarla, estoy seguro de ello.» Entre tanto me servía de consuelo vivir en su país natal, recorrer las calles por donde ella había pasado, pasar por delante de las casas donde había vivido; y todo esto lo hacía por conjeturas, pues consistía una de mis mayores tonterías en no atreverme á informarme de nada que tuviese relación con ella ni pronunciar su nombre sin la más estricta necesidad. Me parecía que al nombrarla daba á entender el efecto que me inspiraba, que mis labios revelaban el secreto de mi corazón y que hasta cierto punto la compro-

metía; y creo que también me hallaba dominado por cierto temor de que me hablasen mal de ella, porque su partida había dado mucho que hablar y se había murmurado un poco de su conducta. Por temor de que no me hablasen de ella como yo quería, prefería que no me dijese nada.

Como las lecciones que tenía no me ocupaban mucho tiempo, y su pueblo natal no distaba más que cuatro leguas de Lausana, fui á pasar allá dos ó tres días, durante cuyo tiempo no me abandonó una grata emoción. El aspecto del lago de Ginebra y de sus admirables orillas, tuvo siempre un singular atractivo á mis ojos, cosa que no sabría explicar, y que no consiste únicamente en la belleza del espectáculo, sino en algo oculto que me conmueve y me enternece. Cada vez que me aproximo al país de Vaud, experimento una sensación compuesta del recuerdo de la señora de Warens que nació en él, de mi padre que allí vivía, de la señorita de Vulson que obtuvo en él las primicias de mi corazón, de varios viajes de recreo que hice por él durante mi infancia, y me parece que de alguna otra causa más secreta y todavía más viva que todo esto¹.

Cuando viene á exaltar mi imaginación el vivo anhelo de esa dichosa vida que huye de mí, para la cual yo había nacido, siempre me la represento en el país de Vaud, á orillas del lago, en medio de campiñas deliciosas. No puedo prescindir de un huerto junto á ese lago precisamente, con exclusión de otro alguno; necesito un amigo seguro, una mujer amable, una vaca y una barquilla. Y no gozaré una felicidad verdadera en este mundo hasta que tenga todo esto. Cuando pienso en la simpleza con que varias veces he ido á Vaud en busca de esa felicidad imaginaria, no puedo menos de reirme. Siempre me sorprendía encontrar que sus habitantes, y en particular las mujeres, eran enteramente distintos de lo que yo me imaginaba.

¹ Todos estos recuerdos se encuentran en la *Nueva Heloisa*.

¡Cuánto me chocaba esto! El país y el pueblo que lo habita nunca me han parecido formados el uno para el otro.

En esa excursión á Vevay, siguiendo aquella hermosa orilla, me entregaba á la más dulce melancolía; mi alma se lanzaba ardientemente en pos de los más inocentes placeres; me enternece, suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas veces, deteniéndome para llorar, sentado en una gran piedra, me he entretenido en contemplar cómo caían mis lágrimas en el agua!

Llegado á Vevay, me hospedé en la Llave, y durante los dos días que permanecí en aquella población sin ver á nadie, le cobré un cariño tal, que su memoria me ha seguido siempre en todos mis viajes y al fin me ha hecho colocar allí al protagonista de mi novela. Yo diría á los que tienen buen gusto y son muy sensibles: «Id á Vevay, visitad el país, examinad sus paisajes, paseaos por el lago y decidme si la naturaleza no parece haber creado aquel hermoso lugar para una Julia, una Clara y un Saint-Preux; pero no os canséis en encontrarlos allí.»

Volvamos á mi historia.

Como yo era católico y por tal pasaba, seguía públicamente y sin escrúpulo el culto que había abrazado. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, iba á oír misa en Assens, á dos leguas de Lausana. Generalmente hacía esas excursiones en compañía de otros católicos, sobre todo de un bordador parisiense, cuyo nombre se me ha olvidado. Éste no era un parisiense como yo, sino un verdadero parisiense de Paris, un archi-parisiense de Dios, honrado como un champanés. Amaba tan entrañablemente su patria, que jamás quiso dudar de que fuese también la mía, por temor de perder la ocasión de hablar de ella.

El señor Cruzas, lugar-teniente del bailío, tenía un jardín, parisiense también, pero menos complaciente y que juzgaba comprometida la gloria de su patria, porque hubiese quien se atreviera á darse por nacido en ella, no teniendo se-

mejante honor. Me dirigía preguntas con el tono del que es á seguro de coger en falta á su interlocutor, y luego se sonreía maliciosamente. Un día me preguntó qué había de notable en el *Marché-Neuf*; yo, como es fácil comprender, me fui por los cerros de Úbeda. Ahora, después de haber vivido en París por espacio de veinticinco años, debo conocerlo un poco; sin embargo, hoy mismo si me hicieran una pregunta semejante, me vería en idénticos apuros para satisfacerla, de donde podría deducirse que nunca había estado en tal ciudad; tan fácil es fundarse en principios erróneos, aun cuando se dé con la verdad.

No podría decir exactamente cuánto tiempo permanecí en Lausana. No llevé de allí gratos recuerdos, y sé tan solamente que no hallando medio de vivir, parti de allí á Neufchatel, donde pasé el invierno. En esta última ciudad lo pasé mejor, pues tuve algunos discípulos, y pude ganar con que satisfacer á mi buen amigo Perrotet, que me había remitido mi reducido equipaje con toda fidelidad, á pesar de que me había ido debiéndole bastante dinero.

Enseñando la música iba aprendiéndola insensiblemente. Mi vida era bastante tranquila; un hombre más razonable que yo hubiera podido contentarse; pero mi inquieto corazón me pedía otra cosa. Los domingos y los días que tenía libres, me iba á recorrer la campiña y los bosques circunvecinos, errante, meditando y suspirando siempre; y una vez salido de la ciudad, no volvía á entrar en ella hasta la noche.

Un día, hallándome en Boudry, entré á comer en una posada; vi un hombre con una gran barba en traje griego, color de violeta, un gorro guarnecido de pieles, aire y traje que revelaban bastante nobleza; mi hombre se veía á cada paso en apuros para hacerse comprender, porque hablaba una jerga casi ininteligible, pero que se parecía algún tanto al italiano. Yo comprendía casi todo lo que decía, y era el único; con el mesonero y la gente del país no podía entenderse más que por

señas. Diríjale algunas palabras en italiano y me entendió perfectamente; entonces se levantó y vino á abrazarme con la mayor alegría. Á poco rato había establecido un amistoso vínculo entre los dos; en adelante le serví de intérprete.

Su comida era buena, la mía menos que mediana: me invitó á comer con él, y yo acepté sin hacerme rogar mucho. Bebiendo y chapurrando, acabamos de familiarizarnos y al terminar la comida éramos inseparables. Dijome que era prelado griego y archimandrita de Jerusalén y que estaba encargado de hacer una cuestación en Europa para el restablecimiento del Santo Sepulcro. Me enseñó unas magníficas patentes de la czarina y del emperador, y las tenía de varios otros soberanos. Estaba bastante satisfecho de lo que hasta entonces había recogido; pero se había visto en increíbles apuros en Alemania, á causa de no entender una palabra de alemán, latin; ni francés, viéndose reducido á expresarse en griego, en turco y, como último recurso, en lengua franca, lo cual hacía que obtuviese poco resultado en el país donde se había metido. Hizome la proposición de irme con el de secretario ó intérprete. Á pesar de mi traje color de violeta, nuevecito, y que no cuadraba mal con mi nuevo empleo, tenía yo aire de tan poca ropa que creyó ganarme fácilmente, y no se equivocó. Pronto nos arreglamos: yo no pedí nada y él me prometió mucho. Sin garantía, sin ninguna seguridad ni conocimiento, me entregué en sus manos, y desde el día siguiente heme aquí camino de Jerusalén.

Empezamos nuestra expedición por el cantón de Friburgo, donde obtuvo poca cosa. La dignidad episcopal no le permitía hacer el papel de mendigo y pedir limosnas á los particulares; pero dimos parte de nuestra misión al senado, que le entregó una pequeña suma, y nos dirigimos á Berna. Nos alojamos en el Falcón, posada excelente en aquel entonces, donde se hallaba uno en buena compañía. La mesa era numerosa y bien ser-

vida. Mucho tiempo hacia que yo andaba mal comido, así es que tenía gran necesidad de reponerme; entonces se ofreció la ocasión y no dejé de aprovecharla. Monseñor el archimandrita era un buen comensal, alegre, que se expresaba muy bien con lo que le entendían, bastante instruido y que revelaba su erudición griega de un modo bastante agradable. Un día, á los postres, rompiendo avellanas, se hizo una cortadura bastante honda en un dedo, y como le saliese sangre con alguna abundancia, dijo riéndose y mostrando el dedo á la concurrencia: *Mirate, signori, questo è sangue pelasgo.*

En Berna mi concurso le fué de alguna utilidad, y no desemeñé mi cometido tan mal como temía. Fui mucho más atrevido y me expresé mucho mejor que lo hubiera hecho tratándose de mí mismo. La cosa no fué tan sencilla como lo había sido en Friburgo; hubo necesidad de tener frecuentes y prolongadas conferencias con los principales personajes del Estado, y el examen de los títulos no fué cosa de un día. En fin, una vez todo en debida forma, fué concedida una audiencia por el senado. Yo entré con él como intérprete y me dijeron que hablase. Nada estaba más lejos de mi ánimo, y ni siquiera se me ocurrió, que después de haber hablado tanto con los miembros del senado, fuese preciso dirigirse á todos en conjunto como si nada se hubiese dicho.

Considérese el apurado caso en que me hallaba. Un vergonzoso como yo tener que hablar no solamente en público, sino ante el senado de Berna, y de improviso, sin tener siquiera un minuto para prepararme. En verdad, que había sobrado motivo para anonadarme. Sin embargo, ni siquiera me asusté. Expuse sucinta y sencillamente la misión del archimandrita: elogió la piedad de los príncipes que habían hecho generosos donativos; excitando la emulación de sus Excelencias, dije que no había que esperar menos de su acostumbrada munificencia; y luego traté de probar que aquella buena obra lo era igual-

mente para todos los cristianos sin distinción de sectas, y concluí prometiendo las bendiciones del cielo á todos los que á ella contribuyeran. No diré que mi discurso produjese efecto, pero es lo cierto que fué oído con gusto, y que al salir de la audiencia el archimandrita recibió un presente nada mezquino, y además fué felicitado por el despejo y facilidad de su secretario, cumplidos que tuve el satisfactorio encargo de traducirle, pero que no me atreví á transmitir al pie de la letra. He aquí la única vez que en mi vida he hablado en público y ante un soberano y quizá también la única que lo he hecho bien y con osadía.

¡Qué diferencia en el modo de ser de una misma persona! Tres años hace que, habiendo ido á Iverdún á ver á mi antiguo amigo Roguin, vino una comisión á cumplimentarme porque había regalado algunos libros á la biblioteca de aquella ciudad. Los suizos son grandes oradores; me echaron un discurso, y yo me creí obligado á contestar; pero me embrollé de tal modo en la contestación y perdí la cabeza hasta tal extremo que me quedé cortado y fui objeto de burla. Aunque naturalmente tímido, en mi juventud he sido atrevido algunas veces; pero en edad avanzada, nunca. Cuanto más he conocido el mundo, tanto menos he podido hacerme á sus maneras.

Al salir de Berna, fuimos á Soleura, pues el archimandrita se proponía tomar nuevamente el camino de Alemania y volverse por Hungría ó Polonia, lo que constituía una ruta muy larga; pero como durante el camino se llenaba su bolsillo más que se vaciaba, le importaban poco los rodeos. En cuanto á mí, que casi me gustaba tanto ir á caballo como á pie, nada más hubiera querido que pasar así la vida; pero estaba escrito que no iría tan lejos.

La primera cosa que hicimos al llegar á Soleura, fué presentarnos al embajador de Francia. Desgraciadamente para el obispo, este embajador era el marqués de Bonac, que lo había

sido de la Puerta, y que debía estar al cabo de todo lo relativo al Santo Sepulcro. El archimandrita tuvo con él una entrevista que duró cosa de un cuarto de hora á la cual no fui admitido, porque el señor embajador entendia la lengua franca y hablaba el italiano por lo menos tan bien como yo. Cuando salió el griego, quise seguirle, pero me detuvieron, y llegó mi vez. Habiéndome dado por parisiense, entraba de lleno bajo la jurisdicción de su Excelencia. Preguntóme quién era y me exhortó á que dijese la verdad. Yo se lo prometí, pidiéndole una audiencia particular que me fue concedida. Condújome á su despacho y cerró la puerta; entonces arrojándome á sus pies cumplí mi palabra. Lo mismo hubiera dicho aun cuando nada hubiese prometido, porque una necesidad indefinida de expansión me pone continuamente el corazón en los labios; y después de haberlo abierto á Lutold, no tenia para qué echarlas de misterioso con el marqués de Bonac. Tanto le agradó mi relato y la efusión con que vió que lo hacía que, tomándome por la mano y entrando en las habitaciones de la señora embajadora, me presentó á ella, haciéndole un compendio de mi historia. La señora de Bonac me acogió bondadosamente, diciendo que no convenia dejarme ir con el monje griego; y se resolvió que me quedaria en palacio, mientras se resolvía lo que habia de hacerse conmigo. Yo quise ir á despedirme del pobre archimandrita, á quien habia cobrado afecto, mas no me lo permitieron. Enviaron á darle cuanta de mi detención, y un cuarto de hora después vi llegar mi pequeña maleta.

Fui en cierto modo encargado al secretario de la embajada señor de La Martinière, quien, al indicarme el aposento que se me destinaba, me dijo: «Esta habitación ha sido ocupada, cuando estaba de embajador el conde del Luc, por un hombre célebre, de vuestro mismo apellido; sólo de vos depende el reemplazarle bajos todos conceptos, y hacer que se diga algún dia: Rousseau primero, Rousseau segundo.» Esta conformidad, que

entonces estaba lejos de mi ánimo, no habria halagado tanto mis deseos si hubiese podido prever á qué precio la compraria.

Lo que me habia dicho el señor de La Martinière despertó mi curiosidad. Entonces leí las obras de aquel cuya estancia ocupaba; y creyendo tener disposición para la poesia por el cumplido de que habia sido objeto, compuse, por via de ensayo, una cantata en loor de la señora de Bonac. Esta afición no duró mucho. De cuando en cuando he hecho versos regulares es un ejercicio bastante bueno para hacerse á las construcciones elegantes, y aprender á escribir mejor en prosa; pero nunca he hallado bastante atractivo en la poesia francesa para entregarme á ella por completo.

El señor de La Martinière, deseando conocer mi estilo, me pidió que pusiera por escrito la misma relación que habia hecho al embajador. Escribíle una larga carta que según tengo entendido conserva el señor de la Marianne, quien desde hacia largo tiempo tenia frecuente trato con el marqués de Bonac, y después sucedió á La Martinière, siendo embajador el señor Courteilles. He suplicado á Malesherbes que procurase obtener una copia, y si puedo obtenerla por su intermedio ó el de algún otro, se hallará entre los documentos que deben unirse á las *Confesiones*.

La experiencia que comenzaba á tener moderaba poco á poco mis proyectos novelescos; así, por ejemplo, no sólo no me enamoré de la señora de Bonac, sino que desde luego conocí que no podia hacer carrera en casa de su marido. Colocado La Martinière, y teniendo como presuntó sucesor á de Marianne, no me permitian esperar más que un empleo de subsecretario que no me era sumamente halagüeño. De ahí provino que, cuando me consultaron acerca de lo que deseaba hacer, manifesté vehementes deseos de ir á París, idea que agradó al señor embajador, pues á lo menos tendia á desembarazarle de mi persona.

El secretario intérprete de la embajada señor de Merveilleux, dijo, que su amigo Godard, coronel suizo en el ejército francés, deseaba hallar un joven para ponerlo al lado de su sobrino que iba á entrar muy joven en el ejército, y añadió que le parecía que yo serviría para el caso. Tomando pues este consejo con bastante ligereza, se resolvió mi marcha; y yo muy contento, porque se trataba de emprender un viaje á cuyo fin estaba París. Diéronme algunas recomendaciones, cien francos para los gastos del viaje y una porción de excelentes advertencias, y me marché.

En este viaje empleé unos quince dias que pueden colocarse entre los más dichosos de mi vida. Era joven, morigerado, tenia bastante dinero y muchas esperanzas; viajaba á pie é iba solo. Podría alguien extrañarse oírme incluir la última circunstancia en esa enumeración de ventajas si no estuviesen ya los lectores familiarizados con mi carácter. Me hacian compañía mis gratas quimeras, y nunca las imaginó más bellas mi ardiente fantasía. Cuando me ofrecían algún asiento que hubiese vacio en los coches ó se me acercaba alguien por el camino, me incomodaba viendo desbaratarse la fortuna cuyo edificio construía mientras iba marchando.

Esta vez eran marciales mis ideas. Iba á juntarme con un militar y á serlo yo también, pues se habia tratado que yo entraria de cadete. Ya me veía vestido con el uniforme de oficial, con un magnífico plumero blanco. Mi corazón se dilataba con ese noble pensamiento. Sabía algunas nociones de geometría y fortificación, y tenia un tío ingeniero; por consiguiente era en cierto modo hijo de la milicia. Ofrecía algún obstáculo mi corta vista, pero no me apuraba por esto, y contaba suplir esta falta á fuerza de intrepidez y sangre fría. Había leído que el mariscal Schomberg era muy corto de vista ¿por qué no había de poder serlo el mariscal Rousseau? Tanto me entusiasmaba con esos desvarios, que no veía otra

cosa más que tropas, murallas, gaviones, baterías, y me consideraba en medio del humo y del fuego dictando órdenes tranquilamente, con el antejo en la mano. Sin embargo, cuando atravesaba campiñas agradables con sotos y riachuelos, su delicioso aspecto me hacia suspirar por tener que abandonarlos; en medio de mis lauros, el corazón me decía que no habia nacido para tanto estruendo; y de repente, sin saber cómo, me hallaba rodeado de mis caros verjeles, renunciando para siempre á los trabajos de Marte.

¡Cómo se desvaneció la idea que tenia formada de París, cuando llegué á tocarle! La decoración que presencié al ver Turin, la belleza de sus calles, la simetría y alineamiento de las casas me hacian buscar algo más aún en París. Me habia figurado una ciudad tan hermosa como grande, de imponente aspecto, donde no se veían sino soberbias calles, palacios de mármoles y oro. Al entrar por el arrabal de San Marcelo, no vi más que callejuelas sucias y hediondas, casas feas, negras con todos los caracteres del descuido y la pobreza, mendigos, carreteros, remendones, vendedoras de tisanas y de sombreros viejos. Todo esto me causó un efecto tal, que cuando después he visto la verdadera magnificencia de París, no he podido borrar aquella impresión primera, y siempre me ha quedado una secreta repugnancia á vivir en esa capital. Puede decirse que todo el tiempo que permaneci más tarde en ella lo empleé en procurarme medios para poder irme á vivir lejos. Tal es el fruto de una imaginación demasiado activa que traspasa los límites de las mismas exageraciones humanas y siempre ve más de lo que le dicen. Tanto me habian alabado á París que me lo habia figurado como la antigua Babilonia, de la que tal vez hubiera formado más desventajosa idea que la que tengo si hubiera llegado á vivir en ella. Lo mismo me sucedió con el teatro de la Ópera, donde me apresuré á ir al día siguiente de mi llegada; lo mismo en Versalles, y lo mismo me sucedió

también más tarde cuando vi el mar; y siempre me sucederá otro tanto, cuando llegue á ver lo que me hayan pintado con exageración, porque es imposible á los hombres sobrepujar la riqueza de mi imaginación y hasta muy difícil á la misma naturaleza.

Por el recibimiento que me hicieron las personas para quienes llevaba recomendaciones, consideré hecha mi fortuna. Á quien iba más especialmente recomendado, y fué el que me hizo menos cumplidos, era al señor Surbeck, militar retirado, que vivía filosóficamente en Bagnex, donde fui á verle varias veces sin que jamás se dignase ofrecerme un vaso de agua. La señora de Merveilleux, cuñada del secretario intérprete, y su sobrino, oficial de la guardia, fueron los que se portaron mejor: no solamente me recibieron bien, así la madre como el hijo, sino que me ofrecieron su mesa, donde comí varias veces durante mi permanencia en París.

La señora de Merveilleux me pareció que debía haber sido bella. Su cabello, de un hermoso negro, formaba con arreglo á la antigua moda un bucle sobre cada sien. Le quedaba lo que los años no arrebatan, un bello carácter. Parecióme que le agradaba el mío, é hizo cuanto pudo para ayudarme; pero nadie la secundó, y pronto me desengañé de aquel interés tan grande que parecían tomar por mí unos y otros. Sin embargo, hay que hacer justicia á los franceses; no se deshacen, tanto como se dice, en protestas, y las que hacen son casi siempre hijas de la sinceridad; pero tienen un modo de manifestar el interés que uno les inspira que engaña más que las mismas palabras. Los burdos cumplimientos de los suizos no pueden engañar más que á los tontos; los modales de los franceses son más seductores, por lo mismo que son más sencillos; parece que no dicen todo lo que piensan hacer para proporcionar una agradable sorpresa. Aun me atrevo á decir más: no hay falsedad en sus demostraciones; son naturalmente obsequiosos,

humanitarios, benévolos, y dígase lo que se quiera, hasta más sinceros que otra nación cualquiera; pero son ligeros y volubles. Sienten efectivamente lo que manifiestan; pero este sentimiento desaparece con la misma facilidad que nace. Mientras están hablando con una persona, son suyos completamente; así que vuelven la espalda, ya la olvidan. Nada hay permanente en su corazón; todo es en ellos obra del momento.

Por consiguiente me hallé muy agasajado y poco favorecido. El coronel Godard, á cuyo sobrino me habían destinado, resultó ser un viejo ruin y avaro, quien, con ser un hombre forrado en oro, al ver mi pobreza, quiso tenerme por nada. Pretendió que fuese una especie de criado sin sueldo, más bien que un verdadero ayo, dedicado constantemente á él; y por lo tanto dispensado del servicio, había de vivir de la paga de cadete, es decir, de soldado; y ni aun siquiera quería pagarme el uniforme; hubiera querido que me contentase con el del regimiento. La misma señora de Merveilleux, indignada al ver tales proposiciones, me indujo á rechazarlas y su hijo fué de la misma opinión. Dieron pasos para procurarme alguna colocación, pero no encontraron nada.

Entre tanto yo comenzaba á hallarme apurado, pues los cien francos, de los cuales había tenido que pagar el viaje, no podían durar mucho. Por fortuna, recibí una pequeña cantidad que me remitía el señor embajador, y me hizo un favor grande; y aun creo que no me habría abandonado, si yo hubiese sabido tener paciencia; pero consumirse, esperar, solicitar, son para mí cosas imposibles. Me fastidié, no parecí más, y todo concluyó. No dejaba de acordarme de mamá, pero ¿dónde encontrarla? ¿adónde ir á buscarla? La señora de Merveilleux que sabía mi historia, me había ayudado á buscarla mucho tiempo inútilmente. Por fin averiguó que se había vuelto hacia más de dos meses; pero se ignoraba si había ido á Saboya ó á Turin, y hasta algunos afirmaban que había vuelto á Suiza. No nece-

sité más para resolverme á seguirla, seguro de que adonde quiera que hubiese ido la encontraría más fácilmente que en París.

Antes de marcharme, ejercité mi nuevo talento poético en una epístola al coronel Godard, satirizándole cuanto pude. Enseñe aquel mamarracho á la señora de Merveilleux, quien, en lugar de censurar mi conducta, como hubiera debido hacer, se rió grandemente con mis sarcasmos, lo mismo que su hijo, que no creo tuviese el menor cariño al coronel; aunque fuerza es confesar que el tal no tenía nada de amable. Dióme la tentación de enviarle mis versos, y ellos me animaron á verificarlo; en efecto, les puse un sobre á su dirección, y como entonces no había correo interior de París, los guardé en el bolsillo, y se los envié desde Auxerre, á mi paso por esta población. Todavía me rió alguna vez figurándome los gestos que debía hacer leyendo el panegírico, donde estaba retratado de pies á cabeza. Empezaba así: «Pensaste, viejo marrullero, que me había inspirado el deseo de educar á tu sobrino una loca manía».

Esta pequeña composición, mala en verdad, pero que no carecía de chiste y revelaba algún talento para la sátira, es sin embargo el único escrito satírico que ha salido de mi pluma. Mi corazón es poco rencoroso para que me permita valerme de semejante ventaja; pero por algunas polémicas escritas de cuando en cuando para defenderme, puede verse, según yo entiendo, que si hubiese tenido un carácter disputador, hubiera hecho reír más de una vez á costa de mis contrarios.

Lo que más siento en punto á detalles de mi vida que se han olvidado, es no haber escrito el diario de mis viajes. Nunca he pensado tanto, existido y vivido tanto, ni he sido tanto yo mismo, si se me permite la frase, como en los viajes que he

⁴ *Tu croyais, vieux pénéard, qu'une folle manie
D'élever ton neveu m'inspirerait l'envie.*

hecho á pie y solo. El andar tiene para mí algo que me anima y aviva mis ideas; cuando estoy parado, apenas puedo discutir; es preciso que mi cuerpo esté en movimiento para que se mueva mi espíritu. La vista del campo, la sucesión de espectáculos agradables, la grandeza del espacio, el buen apetito, la buena salud que se logra caminando, la libertad del mesón, el alejamiento de todo lo que me recuerda la sujeción en que vivo, de todo lo que me recuerda mi situación, todo esto desata mi alma, me comunica mayor audacia para pensar, parece que me sumerge en la inmensidad de los seres para que los escoja, los combine, me los apropie á mi gusto, sin molestias ni temores.

Así dispongo como árbitro de la naturaleza entera; mi corazón vagando de uno á otro objeto, se asocia, se identifica con los que le halagan, se rodea de encantadoras imágenes, se embriaga de sentimientos deliciosos. Si para darles mayor firmeza, me entretengo en describirlos dentro de mi mismo, ¡qué pincel tan vigoroso, qué frescura de colorido, qué energía de expresión logro comunicarles! Dícese que en mis obras se ha encontrado algo de todo esto, á pesar de haber sido escritas en el ocaso de mi vida. ¡Ah! si se hubiesen visto las de mis primeros años, las que he hecho durante mis viajes, todas las que he compuesto, pero que no he escrito nunca!... ¿Por qué no escribirlas? se dirá. — ¿Y para qué? replicaré yo; ¿por qué desprenderme del encanto de mis goces para decir á los demás cuánto gozaba? ¿Qué me importaban á mí los lectores, ni el público, ni la tierra, mientras yo me cernía en los espacios? Y además ¿llevaba acaso papel ni plumas? Si hubiese pensado en ello no se me hubiera ocurrido nada. Yo no preveía que tendría más tarde ideas que revelar al mundo. Se me ocurren cuando quieren, no cuando á mí me acomoda. Ó no se me ocurren, ó vienen en tropel y me anonadan por su fuerza y por su número. No habrían bastado diez volúmenes diarios. ¿Ni

cómo tener tiempo para tanto? Cuando llegaba á un punto, no pensaba más que en comer bien; cuando me ponía en marcha sólo en hacer mi camino. Conocía que un nuevo paraíso me esperaba fuera, y no tenía otro pensamiento que ir en busca suya.

Nunca experimenté todo esto con tanta fuerza como al salir esta vez de París. Cuando á él me dirigía, mis ideas se reducían á lo que iba á hacer. Lanzábame á la carrera en que iba á entrar, y la había recorrido gloriosamente; pero no me llamaba mi corazón á ella, y los seres reales molestaban á los imaginarios. El coronel Godard y su sobrino hacían un mal papel al lado de un héroe como yo. Gracias al cielo ya estaba libre de todos esos obstáculos; podía internarme á mi sabor en los países imaginarios, pues nada más tenía en perspectiva. Así divagué de tal modo que realmente me extravié varias veces, y hasta me hubiera disgustado haber ido más derecho, porque conociendo que al llegar á Lyon iba á encontrarme otra vez en la tierra hubiera querido no llegar jamás.

Un día, entre otros, en que, habiéndome desviado á propósito para admirar más de cerca un paisaje admirable, me extasié de tal modo y di tantas vueltas en derredor que al fin me perdí completamente. Después de una correría de algunas horas, buscando en vano el camino, cansado ya y muerto de hambre y de sed, entré en una casa de campo que no tenía muy buen aspecto, única que se divisaba en todo el contorno. Yo creí que sería como en Ginebra y en Suiza, donde todos los habitantes se hallan en estado de ejercer la hospitalidad á su gusto; por consiguiente, pedí á un hombre que hallé en la casa que me diese de comer pagando, y me dió leche desnatada y un pedazo de un toscó pan de cebada, diciéndome que era cuanto tenía. Bebí la leche con el mayor placer y me comí el pan con pajas y todo; pero esto era muy poco confortable para quien estaba extenuado de fatiga. El campesino, que me

estaba contemplando, juzgó por mi apetito de la verdad de mis palabras. De pronto, después de decirme que ya veía¹ que era yo un hombre de bien, que no había ido allí para venderle, abrió una pequeña trampa que había cerca de la cocina, bajó por ella y á poco volvió con pan de trigo candeal puro, un jamón muy apetitoso, aunque empezado, y una botella de vino, cuyo aspecto me regocijó más que todo lo demás; á todo esto juntó una tortilla bastante espesa, y tuve una comida como no la habrá conocido nadie que no haya viajado á pie. Cuando fui á pagar volvieron á apoderarse de él la inquietud y los temores; no quería absolutamente tomar el dinero que le ofrecía y lo rechazaba con una turbación extraordinaria, y lo singular era que yo no podía imaginar cuáles eran sus temores. Por fin, pronunció, estremeciéndose, las terribles palabras de empleado del fisco y visitador de bodegas. Dijome que ocultaba el vino á causa de las contribuciones, que escondía el pan por miedo á los tributos, y que estaba perdido si podían husmear que no se moría de hambre. Cuanto me dijo sobre este particular, de que yo no tenía la menor idea, me causó una impresión indeleble. Éste fué el germen de ese odio inextinguible que después se desarrolló en mi corazón contra las vejaciones que sufre el pueblo desdichado y contra sus opresores. Á pesar de ser medianamente acomodado, aquel hombre no se atrevía á comer el pan que había ganado con el sudor de su rostro, y si quería evitar su ruina no tenía más remedio que manifestar una miseria igual á la que le rodeaba. Sali de su casa tan indignado como enternecido, y deplorando el destino de esas bellas comarcas que la naturaleza ha favorecido para hacerlas presa de los bárbaros publicanos.

Este es el único recuerdo bien preciso que conservo de

¹ Entonces, á lo que parece, no tenía la fisonomía que posteriormente me han dado en mis retratos.

aquel viaje. Tengo presente también que, cuando me hallé cerca de Lyon, me dieron impulsos de continuar el camino hasta las márgenes del Rin, pues entre las novelas que había leído con mi padre, figuraba la *Astrea*, y era la que venía más á menudo á mi memoria. Pregunté por el camino de Forez, y una posadera me dijo, conversando, que era un país muy socorrido para los obreros, donde había muchas herrerías y se trabajaba muy bien el hierro. Este elogio calmó de repente mi curiosidad novelesca y no me pareció conveniente ir en busca de Silvanos y Dianas á una población de herreros. La buena mujer que de tal suerte me animaba seguramente me había tomado por un oficial de cerrajero.

No me dirigía á Lyon sin algún fundamento. En cuanto llegué, fui á las Chasottes á visitar á la señorita del Chatelet, amiga de la señora de Warens, quien me había entregado una carta para ella, cuando sali con el señor Le Maitre; así es que ya era una persona conocida. La señorita del Chatelet me dijo que efectivamente su amiga había pasado por Lyon, pero que ignoraba si habría seguido hasta el Piamonte, y añadió que al marcharse, ella misma no estaba segura de si se detendría en Saboya, y que si yo quería, ella escribiría para tener noticias suyas, y que el mejor partido que podía tomar era esperar dichas noticias en Lyon. Acepté la oferta; pero no me atreví á decir que tenía prisa por conocer la respuesta y que mi escaso caudal no me permitía esperar mucho. Lo que me contuvo no fué que me recibiese mal, por el contrario, me recibió con mucho agasajo, y me trataba con una igualdad que me quitó las fuerzas para revelar el estado en que me hallaba y descender del lugar de amigo al de un infeliz mendigo.

Paréceme ver con bastante claridad la continuación de cuanto dejo consignado en este libro. Sin embargo, creo que me acuerdo de haber hecho otro viaje á Lyon, dentro de este

mismo intervalo, pero no puedo apreciar la fecha y sólo recuerdo que me hallaba ya bastante apurado. Nunca lo olvidaré á causa de una aventurilla que me sucedió y que no es fácil de relatar.

Un día me hallaba en Bellecour, después de una miserable cena, meditando en los medios de salir de apuros, cuando vino á sentarse á mi lado un hombre con gorra, que parecía uno de esos tejedores de seda á quienes llaman en Lyon tafetanos. Dirigióme la palabra, yo le respondí. Apenas hacia un cuarto de hora que estábamos conversando, cuando, siempre con la misma tranquilidad y sin cambiar de tono, me propuso que nos divirtiésemos juntos. Yo esperaba que me explicase en qué había de consistir la diversión; pero sin añadir palabra, creyó de su deber darme el ejemplo. Casi nos tocábamos y la oscuridad de la noche no era tanta que no me permitiese ver á qué clase de ejercicio se preparaba. Parece que no pretendía nada de mí, á lo menos nada vi que revelase lo contrario y además el sitio no le hubiera sido favorable; no quería sino exactamente lo que me había dicho, divertirse y que yo me divirtiera, cada cual por su lado; y la cosa le parecía tan sencilla que ni siquiera se le ocurrió que á mí pudiese no parecérmelo tanto. Yo me asusté de tal modo al ver tanta impudencia, que me levanté precipitadamente, sin responderle, y me eché á correr á escape, creyendo que aquel miserable me perseguía. Tan turbado me hallaba, que en vez de dirigirme á casa por la calle de Santo Domingo, me metí por el lado del malecón, y no me detuve hasta pasado el puente de madera, temblando como si acabase de cometer un crimen. Yo era presa del mismo vicio, pero este recuerdo me libró de él por mucho tiempo.

En este viaje tuve otra aventura poco más ó menos del mismo género, pero que me puso en mayor peligro. Viendo que mi dinero se acababa por momentos, empleé con mayor economía lo poquísimo que me quedaba. Comía con menos

frecuencia en la posada, y á poco no volví á comer en ella, pudiendo llenar el estómago en una taberna por cinco ó seis sueldos lo mismo que allí por veinticinco. No yendo á comer, no sabía cómo ir á dormir á la posada, no porque debiese gran cosa, sino porque me daba vergüenza ocupar un cuarto sin dejar ganancia á la posadera.

La estación era agradable; una noche que hacía mucho calor, me resolví á pasarla al raso, y ya me había acomodado sobre un banco, cuando un clérigo que pasaba, viéndome acostado en aquel sitio, se acercó preguntándome si no tenía dónde ir á dormir. Yo le confesé mi situación, que pareció alligirle; se sentó á mi lado y entramos en conversación. Hablaba bastante bien, y por lo que me dijo, formé de él la opinión más ventajosa. Cuando me vió bien dispuesto me dijo que su vivienda no era muy holgada, que no tenía más que un cuarto, pero que de todos modos no me dejaría dormir á la intemperie; que ya era tarde para procurarme alojamiento, y que, por aquella noche, me ofrecía la mitad de su cama. Yo acepté el ofrecimiento, esperando ya adquirir un amigo que pudiese favorecerme. Marchamos, hizo fuego con el pedernal, entramos en el cuarto, que me pareció limpio en su pequeñez, é hizo los honores con mucha urbanidad. Sacó de un bote de vidrio algunas cerezas en aguardiente comimos un par cada uno, y nos acostamos.

Aquel hombre tenía las mismas aficiones que mi judío del hospicio, pero no las revelaba tan brutalmente. Ya sea que, sabiendo que podían oírme, temiese obligarme á defenderme, ya que en efecto no estuviese tan resuelto en su propósito, el hecho es que, no atreviéndose á hacerme una proposición abiertamente, procuraba conmoverme sin molestarme. Más instruido que la vez primera, pronto comprendí su intento, lo que me hizo estremecerme, é ignorando en dónde ni en poder de quién me hallaba, temí, si metía ruido, pagarlo con

la vida. Fingi no comprender lo que quería; pero dando á entender que sus caricias me molestaban, y, mostrando la resolución de no permitir su curso, logré que se viese obligado á contenerse. Entonces le hablé con toda la dulzura y toda la firmeza de que era capaz, y, sin manifestar que sospechase nada, le expliqué mi inquietud, contándole lo que me había pasado en el hospicio, y procuré hacerlo con tal expresión de aversión y de horror, que me parece que á él mismo se le revolvió el estómago, y renunció por completo á su repugnante designio. Tranquilamente pasamos el resto de la noche; hasta me dijo una porción de cosas muy buenas, llenas de buen sentido, y seguramente no era un hombre que careciese de algún mérito, aunque fuese gran sin vergüenza.

Por la mañana, el señor abate, que no quería parecer disgustado, habló de almuerzo, y suplicó á una de las hijas de la huéspeda, que era bonita, que lo hiciese traer. Ella respondió que no tenía tiempo. Entonces se dirigió á la otra hija, que no se dignó responder. Nosotros espera que espera, y el almuerzo no venía. Al fin nos dirigimos á la sala, donde ellas estaban. Al señor abate le recibieron de un modo muy poco halagüeño, y yo todavía tuve menos de que envanecerme. La mayor, al volverse, apoyó su agudo tacón sobre la punta de mi pie, donde un callo que me dolía en extremo me había obligado á cortar el zapato; la otra retiró bruscamente una silla que estaba detrás de mí, donde iba á sentarme; su madre me salpicó la cara tirando agua por la ventana; donde quiera que me colocaba, me hacían apartar para buscar alguna cosa; en la vida me había visto en semejante fiesta. En sus miradas insultantes y burlonas se descubría un odio oculto que tuve la estupidéz de no comprender.

Pasmado, estupefacto, próximo á creerlas poseídas del demonio, comenzaba á espantarme de veras, cuando el abate, que hacía como si no viera ni oyera, conociendo que era de

todo punto inútil esperar el almuerzo, se resolvió á salir; yo me apresuré á seguirle, muy contento de poder escaparme de entre aquellas furias. Mientras íbamos andando, me propuso ir á almorzar al café; yo no quise aceptar aunque tenia un hambre canina; él no insistió mucho, y nos separamos á la tercera ó cuarta esquina; yo alegrándome de perder de vista cuanto se relacionaba con aquella maldita casa; y él, muy satisfecho, si no me equivoqué, por haberme alejado lo bastante, para que no me fuese fácil reconocerla.

Como ni en París ni en ninguna otra ciudad me ha sucedido nunca nada semejante á estas dos anécdotas, me ha quedado de Lyon una impresión desagradable, y siempre he mirado esta ciudad como la más corrompida de Europa.

Tampoco contribuye á hacerme grata lo memoria de aquella población el recuerdo del extremo á que me vi en ella reducido. Si yo hubiese sido como otros y hubiese sabido pedir prestado y hacer trampa en el mesón, fácilmente hubiera salido del paso; pero en este punto mi ineptitud igualaba á mi repugnancia. Para hacerse cargo del punto á que llegan una y otra, basta saber que, después de haber pasado casi toda la vida en la escasez y á menudo próximo á carecer de pan, nunca me ha sucedido que habiéndome pedido dinero algún acreedor, no se lo haya dado al momento. Nunca he sabido comprar al fiado, y siempre he preferido sufrir privaciones á quedar debiendo.

No hay duda de que es doloroso verse reducido á pasar la noche en la calle, y esto me ha sucedido en Lyon diferentes veces. Prefería emplear en comer mejor que en dormir los pocos sueldos que me quedaban, porque después de todo, era menos fácil morir de sueño que de hambre. Lo sorprendente es que en medio de tan aflictiva situación no me hallaba inquieto ni afligido. No me importaba nada el porvenir, poco ni mucho, y esperaba la contestación que debía recibir la seño-

rita del Chatelet, acostándome al raso, y durmiendo tendido en tierra ó sobre un banco, tan tranquilamente como sobre un lecho de rosas. Recuerdo que hasta pasé una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que seguía el curso de Ródano ó del Saona, no sé fijamente cuál de los dos. Adornaban el camino jardines escalonados por el lado opuesto al río; era el crepúsculo vespertino de un día muy caluroso; el relente humedecía la marchita hierba; no se sentía ni un átomo de viento. Se presentaba una noche tranquila; el aire era fresco sin ser frío; después de puesto el sol, había dejado el cielo lleno de rojos matices, cuyo reflejo teñía el agua de color de rosa; los árboles de los jardines estaban llenos de ruiseñores que se respondían unos á otros. Yo me paseaba poseído de una especie de éxtasis, abandonando mis sentidos y mi corazón al goce de tanta belleza, sintiendo algún tanto únicamente el gozar de ella solo.

Absorbido en dulce arrobamiento, continué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin observar que me hallaba fatigado. Al fin hube de notarlo. Me acosté voluptuosamente sobre la meseta de una especie de nicho ó puerta falsa que había en la pared de uno de los huertos; el techo de mi cama eran las copas de los árboles; precisamente se hallaba un ruiseñor posado en una de las ramas que sobre mí se extendían, y me dormí arrullado por su canto; dulce fué mi sueño; más dulce el despertar. Era ya bien de día; al abrir los ojos vi el agua, el verdor, un paisaje admirable. Me levanté, me limpié la ropa y me dirigí alegremente á la ciudad, resuelto á gastar en un buen almuerzo dos piezas de seis blancas que me quedaban todavía. De tan buen humor estaba, que fui cantando todo el camino; y hasta me acuerdo que entonaba una cantata de Batistin, titulada *los Baños de Thomery*, que sabía de memoria.

Bendito sea el buen Batistin y su cantata, que me valió un almuerzo mucho mejor de lo que yo me imaginaba y una comida mejor todavía. He ahí que, á lo mejor de mi canto y de

mi camino, oigo que alguien camina detrás de mí; me vuelvo y veo á un antonino⁴ que venía detrás y parecía oirme con gusto. Se me acercó, me saludó y me preguntó si sabía de música. Contesté que un poco, para dar á entender un mucho. Siguiéron las preguntas y le conté parte de mi vida. Me preguntó si había copiado música alguna vez. Respondíle que á menudo, y era la verdad; el mejor modo como podía aprenderla era copiándola. «Pues bien, me dijo, venid conmigo; podré daros ocupación algunos días, durante cuyo tiempo no os faltará nada, con tal que os conforméis con no salir de la habitación.» Yo consentí de buena gana y me fui con él.

Ese antonino se llamaba Rolichón; era aficionado á la música, la conocía y cantaba en unos pequeños conciertos que daba con sus amigos. Nada había en esto que no fuese inocente y digno; pero esa afición degeneraba al parecer en furor y se veía obligado á ocultarla en parte. Condújome á una pequeña estancia, donde quedé instalado, en la que hallé mucha música copiada por él. Dióme otras piezas para copiar y, en particular la sobredicha cantata, que él había de cantar á los pocos días. Allí estuve tres ó cuatro, copiando constantemente todo el tiempo que no empleaba en comer, porque en la vida había estado tan hambriento ni había tenido tan buena mesa. Él mismo me traía de comer de la cocina; y por cierto que había de ser buena, si su comida correspondía á la mía. En la vida he comido con tanto gusto; si bien hay que confesar que esos bocadós vinieron muy á tiempo, porque yo estaba como una espátula. Casi trabajaba con tanto ahinco como comía, que no es poco decir; si bien es cierto que no era tan correcto como diligente.

Algunos días después, encontré por la calle al señor Rolichón, que me dijo que mis copias habían puesto la música de modo

⁴ Los antoninos eran una comunidad de monjes secularizados.

que no podía ejecutarse, pues estaban llenas de onfisiones, repeticiones y transposiciones. Preciso es confesar que escogí la ocupación que menos me convenia; no es que mis copias no fuesen limpias y hasta bellas; pero el fastidio de un trabajo interminable me causa tales distracciones que paso más tiempo raspando que en escribir, y si no pongo la mayor atención en confrontar las partes, siempre hago estropear la ejecución. Así es que, queriendo trabajar bien, hice mucho malo, y para ir aprisa iba disparatando. Esto no impidió que el señor Rolichón me tratase siempre bien, y cuando hube concluido me dió un escudo, por cierto muy mal ganado, que fué mi salvación, pues á los pocos días recibí noticias de mamá, que se hallaba en Chamberí, y dinero para ir á reunirme con ella, lo que hice con la mayor satisfacción. Desde entonces, mi caudal ha sido frecuentemente muy reducido, pero nunca hasta tal extremo que me haya visto en el caso de quedarme en ayunas. Recuerdo esta época de mi vida con gratitud hacia la Providencia. Es la última vez que he experimentado el hambre y la miseria.

Todavía permanecí siete ú ocho días en Lyon, esperando los encargos que mamá hizo á la señorita del Chatelet, á quien durante ese tiempo visité con más frecuencia, teniendo el placer de hablar con ella de su amiga, no sintiéndome ya perturbado por la desdicha cruel que me obligaba á ocultar mi situación.

La señorita del Chatelet no era joven ni hermosa, pero no carecía de cierta gracia; era franca y afable, y su viveza daba realce á su familiaridad. Tenia esa moral observadora que induce á estudiar á los hombres, y de ella me ha provenido en primer lugar esa misma tendencia. Era aficionada á las obras de Le Sage, principalmente al *Gil Blas*; hablóme de él, y me lo prestó; yo lo lei con gusto; pero no tenía aún bastante madurez para esa clase de lecturas; necesitaba novelas llenas de grandes sentimientos. Así pasaba el tiempo en la reja de la

señorita de Chatelet, con tanto gusto como provecho; y es muy cierto que las interesantes conversaciones de una mujer de talento son más eficaces para formar á un joven que toda la pedantesca filosofía de los libros. En las Chasottes conocí á otras amigas suyas y pensionistas, entre ellas á una niña de catorce años, llamada señorita Serre, en quien no fijé mucho la atención entonces, pero de quien me apasioné ocho ó nueve años más tarde, y con razón, porque era una joven adorable.

Absorbida mi atención por la idea de ver pronto á mamá, di alguna tregua á mis quimeras, y la felicidad real que me esperaba me dispensaba de buscarla en mis visiones. No solamente volvía á encontrarla, sino que á su lado y por ella obtenía una posición agradable; pues me indicaba que me había encontrado una ocupación que esperaba me convendría, y que me permitiría permanecer á su lado. Yo me deshacía en conjeturas para adivinar cuál sería esa ocupación, y, á la verdad, hubiera sido devanarme los sesos para acertar. Me encontraba con dinero bastante para hacer el viaje con comodidad y la señorita del Chatelet quería que tomase un caballo; mas no quise de ningún modo, y tuve razón sobrada; hubiera perdido el placer del último viaje á pie que he hecho en mi vida, pues no puedo dar este nombre á las excursiones que á menudo hacia á los alrededores, cuando vivía en Motiers.

Es cosa bien extraña que nunca se remonta mi imaginación á tan gralas regiones como cuando me hallo en un estado más aflictivo; y al contrario, cuando todo rie en derredor mio, entonces es menos risueña mi fantasía. Mi mala cabeza no puede sujetarse á la realidad. No puede embellecer, necesita crear. Los seres reales se pintan en ella, cuando más, tales como son; no sabe adornar más que los objetos imaginarios. Si quiero describir la primavera, es preciso que me halle en el invierno; si quiero pintar un hermoso paisaje, he de hallarme entre cuatro paredes; mil veces he dicho, que si algún día me hallase

preso en la Bastilla, escribiría allí el cuadro de la libertad.

Al salir de Lyon, no veía otra cosa que un grato porvenir; estaba tan contento y tenía tantos motivos para estarlo, cuanto los tenía para estar disgustado al salir de Paris. Sin embargo, durante este viaje no tuve aquellos deliciosos delirios que en el otro me habían acompañado. Tenía el corazón tranquilo y nada más. Me aproximaba enternecido á la excelente amiga que iba á ver otra vez; gozaba anticipadamente, pero sin delirio, el placer de vivir con ella; siempre lo había esperado; era como si nada nuevo me hubiese sucedido. Me inquietaba lo que iba á hacer, como si hubiese habido por qué inquietarse. Mis ideas eran agradables y apacibles, no celestiales y arrobadoras. Me fijaba en todo lo que veían mis ojos, ponía atención en los paisajes, observaba los árboles, las casas, los riachuelos; me detenía á deliberar en las encrucijadas; temía extraviarme, pero no me extraviaba. En una palabra, ya no me hallaba en el empireo, me hallaba tan pronto en el sitio en que realmente me encontraba, como en el lugar hacia donde me dirigía, pero nunca mas allá.

Refiriendo mis viajes, soy lo mismo que cuando los hacia; no sé llegar nunca á su término. Al aproximarme á mi cara mamá, el corazón me latía de gozo, y sin embargo no apresuraba el paso. Me gusta andar tranquilamente y detenerme cuando me acomoda. La vida ambulante es la que mejor me conviene. Ir de camino con buen tiempo, por un país hermoso, sin llevar prisa, y tener un objeto agradable por término del viaje, he ahí, de todos los modos de vivir, el que más me agrada. Sabido es lo que yo entiendo por un país hermoso. Nunca me lo ha parecido el que está formado de llanuras, por más que realmente lo sea. Yo quiero torrentes, peñas, abetos, bosques sombríos, montañas, caminos escabrosos por donde tener que subir y bajar; precipicios que me hagan estremecer. Este placer tuve al acercarme á Chamberí, y lo gocé con todo su

atractivo. No lejos de una montaña cortada, llamada el Paso de la Escala, debajo de la carretera abierta en la roca, en el lugar llamado Chailles, corre y bulle por un espantoso abismo un riachuelo que parece haber empleado millares de siglos en abrirse paso. A lo largo del camino hay un parapeto para evitar las desgracias que podrían ocurrir; así es que podía contemplar el fondo, y tener el gusto de experimentar vértigos á mi satisfacción; porque lo más extraño que hay en mi afición á los lugares escarpados es que me causan desvanecimientos; y esto me agrada, con tal de que no corra peligro de caerme. Apoyado en el parapeto, avanzaba la cabeza, y así pasaba horas enteras, entreviendo de cuando en cuando la espuma y el agua azulada cuyo mugido oía, mezclado con los chillidos de los cuervos y las aves de rapina que volaban de una á otra roca, y de una á otra maleza, á cien toesas debajo de mí. En los puntos donde la pendiente era bastante lisa y la maleza no muy espesa de modo que dejase pasar los guijarros, iba á buscarlos, aunque hubiese de andar bastante, tan grandes como me permitían mis fuerzas, los amontonaba sobre el parapeto; y luego, lanzándolos uno tras otro, me deleitaba viéndolos rodar, y dar botes y romperse con estrépito antes de llegar al fondo del precipicio.

Más cerca de Chamberí, presencié un espectáculo semejante, pero en sentido contrario. El camino pasa junto á la cascada más hermosa que en mi vida he visto. La montaña es tan escarpada, que el agua se desprende completamente y cae en arco bastante abierto para permitir pasar entre el agua y la peña, á veces sin temor de mojarse; pero si no se va con cuidado, es muy fácil verse burlado, como á mí me sucedió; pues á causa de la gran altura de donde cae, una parte del agua se divide en polvo, y el que se aproxima demasiado á aquella nube, sin hacerse cargo por el momento de que se está mojando, luego se encuentra calado.

Por fin, llegué y la volví á ver. No estaba sola. En el momento de mi llegada, se hallaba en su casa el intendente general. Ella, sin decirme una palabra, me cogió por la mano y me presentó á él con aquella gracia que le granjeaba todos los corazones. «He aquí, dijo, este pobre joven, dignaos protegerle mientras lo merezca, y ya quedo tranquila por el resto de su vida.» Luego añadió, dirigiéndose á mí: «Hijo mío, vais á servir al rey; dad las gracias al señor intendente que os da el pan.» Yo abría desmesuradamente los ojos, sin decir palabra, sin saber qué pensar; á punto estuve de abandonarme á la naciente ambición y verme hecho ya todo un señor intendente. No resultó mi fortuna tan brillante como me había parecido en vista de aquella introducción; pero mientras tanto era lo suficiente para vivir, y para mí era mucho.

He ahí de lo que se trataba.

El rey Víctor Amadeo, juzgando por el éxito de las guerras precedentes y por la situación del antiguo patrimonio de sus mayores, que se le escaparía de entre las manos algún día, no procuraba otra cosa que agotarlo. Hacia algunos años que, queriendo obligar á la nobleza á que pagase los pechos, había dado orden de que se hiciese un catastro general en todo el país, á fin de que, al realizar el tributo, pudiese hacerse el reparto con más equidad. Este trabajo, comenzado en vida del padre, fué concluido en el reinado del hijo. Se emplearon en él doscientos ó trescientos hombres, entre agrimensores que se llamaban geómetras, y escribientes que se llamaban secretarios, y mamá me hizo inscribir entre los últimos. Era un empleo que, sin ser lucrativo, daba para vivir con holgura en aquel país. El mal estaba en que era por cierto tiempo; pero daba espacio para buscar otra cosa y esperar, y ella procuró obtenerme la protección particular del intendente, por previsión, á fin de que, terminada la tarea, pudiese pasar á otro empleo más permanente.

Pocos días después de mi llegada, empecé á desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es como, después de cuatro ó cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé á ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia desde ciertos puntos de vista, he sido por otra parte niño durante mucho tiempo, y todavía lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido á presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y, para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan menos que su recuerdo, y todas mis ideas estriban en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido posteriormente más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican á los que les siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera poder hacer en cierto modo que mi alma se transparentase á los ojos del lector; y para esto, procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de modo que no pase desapercibido ningún movimiento, á fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase á mi cargo describir el resultado y le dijese: Este es mi carácter; podría pensar, si no precisamente que le quiero engañar, á lo menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuánto me ha pasado, todo lo que he hecho, lo que he pensado, lo que he sentido, no puedo inducirle en error, á lo menos de intento y á sabiendas; y aun cuando lo

quisiese, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que componen; el resultado ha de ser obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles, también deben ser exactos. Á mí no me corresponde juzgar de la importancia de los hechos; debo decirlos todos, y dejarle el cuidado de escoger. Á esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido que me ha sido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, los lectores, impacientes tal vez, se fastidien, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa, y es no ya el decir demasiado ó decir mentiras, sino al contrario, el no decirlo todo y callar verdades.

LIBRO QUINTO

(1732 á 1736.)

Me parece que era el año 1732 cuando llegué á Chamberí, como acabo de decir, y comencé á desempeñar un empleo en el catastro al servicio del rey. Yo tenía veinte años cumplidos, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu, estaba bastante formado para mi edad, mas mi juicio distaba mucho de estarlo, y para aprender á conducirme, me eran muy necesarias las manos en que me hallaba. Porque algunos años de experiencia no

Pocos días después de mi llegada, empecé á desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es como, después de cuatro ó cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé á ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia desde ciertos puntos de vista, he sido por otra parte niño durante mucho tiempo, y todavía lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido á presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y, para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan menos que su recuerdo, y todas mis ideas estriban en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido posteriormente más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican á los que les siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera poder hacer en cierto modo que mi alma se transparentase á los ojos del lector; y para esto, procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de modo que no pase desapercibido ningún movimiento, á fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase á mi cargo describir el resultado y le dijese: Este es mi carácter; podría pensar, si no precisamente que le quiero engañar, á lo menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuánto me ha pasado, todo lo que he hecho, lo que he pensado, lo que he sentido, no puedo inducirle en error, á lo menos de intento y á sabiendas; y aun cuando lo

quisiese, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que componen; el resultado ha de ser obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles, también deben ser exactos. Á mí no me corresponde juzgar de la importancia de los hechos; debo decirlos todos, y dejarle el cuidado de escoger. Á esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido que me ha sido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, los lectores, impacientes tal vez, se fastidien, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa, y es no ya el decir demasiado ó decir mentiras, sino al contrario, el no decirlo todo y callar verdades.

LIBRO QUINTO

(1732 á 1736.)

Me parece que era el año 1732 cuando llegué á Chamberí, como acabo de decir, y comencé á desempeñar un empleo en el catastro al servicio del rey. Yo tenía veinte años cumplidos, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu, estaba bastante formado para mi edad, mas mi juicio distaba mucho de estarlo, y para aprender á conducirme, me eran muy necesarias las manos en que me hallaba. Porque algunos años de experiencia no

habían bastado á curarme radicalmente de mis novelescas visiones; y á pesar de todos los males que había sufrido, conocía tan poco el mundo y los hombres, como si no hubiese adquirido á mucha costa sus lecciones.

Vivía en mi casa, es decir, en casa de mamá; pero no volví á encontrar mi habitación de Annecy, y perdi el jardín, el río y el paisaje. La casa que había tomado era triste y sombría, y mi cuarto era el más triste y más sombrío de la casa. Por todas vistas tenía una pared, un callejón sin salida; poco aire, poca luz, poco espacio, grillos y ratones y tablas podridas; conjunto que no constituía seguramente una habitación muy agradable; pero al fin y al cabo vivía á su lado. Yo pasaba el tiempo en la oficina ó en su habitación, y casi no me daba cuenta de la fealdad de la mía, ni tiempo me quedaba para pensar en ello.

Parecerá extraño que mamá fuese á establecerse en Chamberí, expresamente para vivir en aquella abominable casa; esto fué un rasgo de habilidad suya, que no debo pasar en silencio. Iba á Turín con repugnancia, conociendo que, después de las recientes revoluciones y cuando aun estaba agitada la corte toda, no era ocasión oportuna para presentarse en ella. Pero sus negocios lo exigían; temía ser olvidada ó que no quisiesen favorecerla y, sobre todo, sabía que el conde de Saint-Laurent, intendente general de hacienda, no le era favorable. Tenía éste una casa vieja en Chamberí, mal construida y tan mal situada, que siempre estaba desalquilada; mamá la alquiló y se instaló en ella. Esto le valió más que un viaje; su pensión no fué suprimida, y desde entonces el conde de Saint-Laurent le fué siempre adicto.

Hallé la casa dispuesta poco más ó menos como antes, y al fiel Claudio Anet siempre con ella. Como ya ereo haberlo dicho, era éste un campesino de Montrú, que en su infancia herborizaba en el Jura para hacer te suizo y á quien había

tomado por criado á causa de su afición á la farmacia, hallando muy cómodo tener un herbolario en su lacayo. Él se apasionó de tal modo por el estudio de las plantas, y ella favoreció tan bien esta inclinación, que llegó á ser un verdadero botánico y, si no hubiese muerto joven, se hubiera conquistado un nombre en esta ciencia, como lo merecía entre los hombres de bien. Como era una persona formal y hasta grave, y yo era mas joven que él, vino á ser para mí una especie de ayo, que me evitó muchas locuras; porque su presencia me imponía respeto, y no me atrevía á dejarme llevar de mi carácter en su presencia. Aun á su propia ama hacía contener en cierto modo, porque ella conocía su buen sentido, su rectitud y el inviolable afecto que le profesaba y que ella le pagaba perfectamente. Claudio Anet era, sin disputa, un hombre raro y el único en su género que he conocido. Lento, grave, reflexivo, circunspecto en su conducta, frío en sus maneras, lacónico y sentencioso en sus palabras; sus pasiones eran impetuosas, pero jamás descubría esa impetuosidad que le devoraba, encerrada en su interior y que en toda su vida no le arrastró más que una vez á cometer un disparate, pero terrible: el de envenenarse.

Esta trágica escena tuvo lugar poco después de mi llegada, y fué preciso que así sucediese para que yo llegase á saber la intimidad que existía entre aquel joven y su ama; porque si no me lo hubiese dicho ella misma, yo jamás lo hubiera sospechado. Indudablemente, si el cariño, el celo y la fidelidad pueden merecer semejante recompensa, le era bien debida; y en prueba de que era digno de ella, es que nunca abusó de su posesión. Raras veces tenían cuestiones y éstas acababan siempre bien. Sin embargo, hubo de ocurrir una que acabó mal; su ama, en un arrebato de cólera, le dirigió una frase injuriosa que él no pudo digerir, y, no escuchando más que su desesperación y hallando á mano una frasco de láudano, se lo

bebí, yéndose á acostar tranquilamente, contando con no despertar jamás. Por fortuna, la señora de Warens que, inquieta y agitada igualmente por su parte, iba errante de uno á otro lado de la casa, halló el frasco vacío y adivinó lo que había sucedido. Los gritos en que prorrumpió corriendo á socorrerle me sobresaltaron, y acudí á ver qué los motivaba. Entonces ella me lo confesó todo, imploró mi ayuda, y al fin, con harto trabajo logró hacerle devolver el opio. Yo, testigo de esta escena, no sabía darme cuenta de la simpleza mía en no haber ni remotamente sospechado nunca las relaciones que me revelaba. Pero Claudio Anet era tan discreto, que otros más listos que yo se hubieran engañado. La reconciliación fué tal, que yo también me conmovi profundamente, y desde entonces al aprecio que le tenía se añadió el respeto, y vine á ser discípulo suyo en cierto modo, con lo que no me encontré peor hallado.

Sin embargo, no dejó de causarme pena el saber que había quien pudiese vivir con ella en más intimidad que yo. Nunca había pensado siquiera en desear para mí aquel puesto; pero, como es natural, me desagradaba verle ocupado por otro. Con todo, en vez de sentir antipatía por el que me había suplantado, conocí que á él se extendía el cariño que ella me inspiraba. Mi mayor deseo era que fuese dichosa; y puesto que le necesitaba para serlo, me consolaba de que también él lo fuese.

Por su parte, él se acomodaba perfectamente á las miras de su ama y cobró una amistad sincera por el amigo que ella se había escogido. Sin afectar conmigo la autoridad que su posición le permitía, adquirió naturalmente la que le daba la superioridad de su inteligencia. Yo no me atrevía á hacer nada que no pareciese de su agrado, y él no desaprobaba sino lo que merecía serlo. Así vivíamos felices, unidos por un lazo que sólo pudo romper la muerte.

Una de las pruebas de la excelencia del carácter de aquella apreciable mujer es que los que la querían también se ama-

ban entre sí. Los celos, la misma rivalidad cedían al sentimiento dominante que inspiraba, y no he visto nunca que existiese el menor rencor entre las personas que la rodeaban. Los que me lean suspendan un momento su lectura en este elogio, repasen su memoria y si encuentran alguna mujer de quien se pueda decir lo mismo, únense á ella para la paz de su vida, aunque fuese la última ramera ¹.

Aquí principia, después de mi llegada á Chamberí hasta que marché á París en 1741, un intervalo de ocho ó nueve años, durante los cuales tendré pocos acontecimientos que referir, porque mi vida fué tan sencilla como apacible, y esta uniformidad era precisamente lo que más necesitaba para que acabase de formarse mi carácter, al que una continua agitación impedía acabar de fijarse. Durante ese precioso intervalo fué cuando mi educación, falta de orden y unidad, tomó consistencia, haciéndome lo que he sido siempre, aun á través de las tempestades que me esperaban. Esa formación fué insensible y lenta; durante ella ocurrieron pocos hechos memorables; mas por esto no merece menos que se siga su curso y ser bien desarrollada.

Al principio casi no me ocupaba más que de mi obligación, porque la oficina no me permitía pensar en otra cosa. El poco tiempo que me quedaba libre lo pasaba al lado de la buena mamá; tampoco me agujoneaba el deseo de leer, por falta de tiempo para ello. Mas cuando mi trabajo vino á convertirse en una especie de rutina, embargaba menos mi espíritu, y entonces reapareció mi inquietud y me fué necesaria la lectura; y, como si la dificultad de satisfacerla hubiese siempre dado pábulo á esta inclinación, se habría convertido en pasión á no haberse atravesado otras distracciones que me distrajeran.

¹ La última frase *aunque fuese, etc.*, no se encuentra en la edición de Ginebra.

Aunque para nuestras operaciones no hubiese necesidad de una aritmética muy trascendental, se necesitaba bastante para que me hallase á veces apurado. Para vencer esta dificultad, compré libros de Aritmética y la aprendí bien, porque la estudié solo. La aritmética práctica se extiende más de lo que parece, cuando se quiere llegar á una exactitud precisa. Tiene operaciones larguísimas en que he visto perderse buenos matemáticos. La reflexión unida á la práctica aclara las ideas, y entonces se hallan procedimientos abreviados, cuyo descubrimiento halaga el amor propio, cuya exactitud satisface la inteligencia, y dan por resultado el que se haga con gusto un trabajo de suyo ingrato. Yo me dediqué á él de tal modo, que no había problema soluble por las solas cifras, que me fuera difícil resolverlo; y aun hoy mismo, que se va borrando de mi memoria cada día cuanto he sabido, este conocimiento subsiste todavía en parte, después de un intervalo de treinta años. No hace muchos días que en un viaje que hice á Devenport, asistí en casa de mi huésped á la lección de aritmética de sus hijos, é hice, sin equivocarme y con increíble satisfacción, una de las operaciones más intrincadas. Cuando iba escribiendo las cifras me parecía hallarme todavía en Chamberí y en mis mejores días. Era volver atrás desde muy lejos.

El lavado de los mapas de nuestros geómetras me hizo cobrar también afición á la pintura. Compré colores y me dediqué á pintar flores y paisajes. Es una lástima que no haya tenido más disposición para este arte, porque tuve hacia él una afición decidida. Habría pasado sin salir de casa meses enteros, en medio de mis lápices y mis pinceles. Cuando vieron que esta ocupación me dominaba demasiado, trataron de distraerme de ella. Lo mismo me sucede con todas las cosas á que empiezo á dedicarme; me encariño con ellas, me apasiono, y luego ya no existe para mí en el mundo otra cosa más que aquella que me domina. La edad no ha bastado á curarme de este defecto,

ni sinuiera á disminuirle; y en la época en que este escribo estoy entusiasmado como un viejo chocho con otro estudio inútil de que no entiendo una palabra*, y que hasta los mismos que lo han cultivado desde su juventud se ven obligados á abandonarlo en la edad en que yo pretendo empezarlo.

Entonces hubiera sido tiempo, pues las circunstancias eran favorables; y alguna vez tuve intención de aprovecharlas. La satisfacción que veía asomar á los ojos de Anet, cuando venía cargado de plantas nuevas, me tuvo dos ó tres veces á punto de irme á herborizar con él. Casi estoy seguro de que si hubiese ido una vez siquiera, me habría cautivado; y tal vez hoy día fuera un gran botánico, pues no conozco otro estudio que mejor se avenga con mis naturales inclinaciones que el de las plantas; y la vida que llevo en el campo de diez años á esta parte casi no es más que una continua herborización, sin progresos y sin objeto, á decir verdad; pero entonces, no teniendo la menor idea de la botánica, la miraba con una especie de menosprecio y aun de repugnancia, pareciéndome un estudio sólo digno de boticario. Mamá no se servía de él para otra cosa, porque le gustaba la farmacia; no buscaba más que las plantas usuales, para componer sus específicos. Así es que la botánica, la química y la anatomía se hallaban mezcladas en mi mente y formando un todo confuso á que llamaba medicina, que me ofrecía materia abundante para chancearme todo el día y ganarme algunos bofetones de cuando en cuando.

Por otra parte, se iba desarrollando en mi espíritu la afición á otro estudio muy diferente y por demás contrario á aquél, el cual absorbió pronto todas mis aficiones. Me refiero á la música. Fuerza es que haya nacido para este arte, puesto que desde mi infancia me ha cautivado siempre, siendo el único á

* La botánica.

que he tenido un amor constante en todas las épocas de mi vida. Lo más notable es que, á pesar de haber nacido con esta predisposición, me ha costado tantísimo su estudio, y he obtenido tan lentos resultados que, después de una práctica de toda la vida, nunca he logrado poder cantar de repente con seguridad. Lo que entonces me hacía este estudio más agradable que otro alguno era poder hacerlo con mamá. Como nuestros gustos eran muy diferentes, para nosotros era la música un punto de reunión que yo me complacía en frecuentar. Ella no se excusaba; entonces estaba yo poco más ó menos tan adelantado como ella; en dos ó tres lecturas descifrábamos un aire. Á veces, viéndola atareada al rededor de un hornillo, le decía: «Mamá, he aquí un dúo que, ó mucho me equivoco, ó ha de hacer que vuestras drogas huelan á quemado. — Á femía, replicaba, te juro que si se me queman por tu culpa te las he de hacer tragar.» Así, mientras disputábamos, yo la arrastraba hacia el clavicordio; una vez allí todo quedaba olvidado; luego hallaba calcinado el extracto de enebro ó de ajenos, lo cogía y venía á mancharme la cara; todo esto era delicioso.

Como se ve, no obstante el poco tiempo que me quedaba libre, tenía muchas cosas en que emplearlo. Pues todavía vino á aumentarlas una nueva diversión que sirvió para dar más incentivo á las demás.

Vivíamos en un calabozo tan estrecho, que á menudo teníamos necesidad de ir á tomar el aire. Anet logró que mamá alquilase un jardín en los arrabales para cultivar en él algunas plantas. Aquel jardín tenía una casita de campo bastante linda, que se amuebló simplemente con lo más necesario. Frecuentemente íbamos allí á comer, y yo me quedaba algunas noches, á cuyo efecto pusieron una cama. Insensiblemente me fui aficionando á ese retiro, me llevé á él algunos libros y muchas estampas; me pasaba adornándolo una parte del tiempo de que podía disponer y preparando alguna sorpresa agrada-

ble para cuando mamá iba á pasearse por el jardín. Me separaba de ella para ir á ocuparme de ella, para verla con mayor placer en mi fantasía: otra excentricidad que no trataré de excusar ni de explicar, pero que confieso, porque así sucedía.

Recuerdo que un día, la señora de Luxembourg me hablaba con zumba de un hombre que se alejaba de su amada para escribirle. Respondile que yo hubiera podido muy bien ser aquel hombre y aun podía añadir que lo había sido algunas veces. Sin embargo, al lado de mamá jamás he sentido esta necesidad de alejarme de ella para quererla más; pues en su compañía me hallaba tan á mis anchas como estando solo, cosa que no me ha sucedido con nadie más, ni hombre ni mujer, por más cariño que les haya tenido. Pero era tan frecuente verla asediada de personas que me agradaban muy poco, que el despecho y el fastidio me lanzaban á mi asilo, donde la tenía como yo deseaba, sin temor de que nos siguiesen importunos.

Mientras yo vivía en tan grato sosiego distribuyendo el tiempo entre mi trabajo, mi instrucción y mis placeres, no estaba la Europa tan tranquila como yo. Francia y el Emperador acababan de declararse la guerra; el rey de Cerdeña estaba metido en la contienda, y el ejército francés atravesaba por el Piamonte para penetrar en el Milanesado. Por Chamberi pasó una columna, y entre otros, el regimiento de Champaña, cuyo coronel era el duque de la Trimouille, á quien me presentaron, que me hizo muchas promesas, y seguramente no se acordó más de mí.

Nuestro jardincito se hallaba situado precisamente en lo alto del arrabal por donde entraban las tropas, de suerte que yo iba á saciar el gusto que hallaba en verlas pasar, y me interesaba por el éxito de aquella guerra como si me hubiese importado sobremanera.

Hasta entonces nunca había pensado en ocuparme de los asuntos públicos; y por vez primera me puse á leer los perió-

dicos, pero con tal parcialidad á favor de Francia que me saltaba el corazón de gozo al saber que habia obtenido alguna ventaja, aun la más insignificante, y sus reveses me alligian tanto como si hubiesen recaído sobre mí. Si esto hubiese sido una locura pasajera, no hubiera hecho mención de ella, pero se ha arraigado en mi corazón tan hondamente sin razón ninguna, que cuando, posteriormente, he hecho en París el papel de antidéspota y de indomable republicano, á despecho mío experimentaba una secreta predilección por esa nación que yo calificaba de servil y por aquel gobierno que trataba de vituperar. Lo chocante es que, avergonzándome de tener una inclinación tan contraria á mis ideas, no me atrevia á confesarlo á nadie, y ridiculizaba á los franceses por sus derrotas, mientras que me desgarraban el corazón más que á ellos mismos. Yo soy indudablemente el único que, viviendo en una nación que adoraba y de la cual se veia bien tratado, haya hecho como que la desdenaba. En fin, tan desinteresado ha sido este afecto, tan profundo, tan constante, tan invencible, que aun después de mi salida del reino, después que el gobierno, los magistrados, los escritores, se han desencadenado á porfía contra mí, después que se puso de moda agobiarme á fuerza de ultrajes é injusticias, no he podido curar de mi locura. Les amo á pesar mío, aunque me maltraten.

Durante mucho tiempo he procurado inquirir la causa de esta parcialidad, y no he podido hallarla sino en la que le dió origen. Un gusto creciente por la literatura me aficionaba á los libros franceses, á los autores de esos libros y al país de esos autores. Precisamente cuando veia desfilar el ejército francés, estaba leyendo los grandes capitanes de Brantôme. Tenia llena la cabeza de los Clisson, los Bayard, los Lautres, los Coligny, los Montmorency, los de la Trimouille, y me interesaba por sus descendientes como herederos de su valor y de sus prendas. Á cada regimiento que pasaba, me parecía

ver aquellas famosas bandas negras que antiguamente tantas proezas habian llevado á cabo en el Piamonte. En fin, aplicaba á lo que veia las ideas que habia bebido en los libros. mis continuadas lecturas que versaban acerca de obras de la misma nación, alimentó mi cariño hacia ella y engendró una pasión ciega que nada ha podido dominar.

Posteriormente he tenido ocasión de observar en mis viajes que esta impresión no me era peculiar, y que, hallándose más ó menos en todos los países, entre las personas aficionadas á leer y las que se dedican á la literatura, equilibraba el odio general que inspira el aire petulante de los franceses. Las novelas les atraen las simpatías de las mujeres más bien que las de los hombres de todos los países; sus obras maestras dramáticas aficionan la juventud á su teatro. Innumerables extranjeros acuden al de París, llamados por su fama, y vuelven entusiasmados. En fin, el excelente gusto que campea en su literatura les gana la voluntad de todas las personas de gusto, y he visto que sus autores y filósofos han sostenido la gloria del nombre francés debilitada por sus soldados en la desdichada guerra que han tenido últimamente.

Por tanto, yo era francés ardiente, y esto me hizo novelero. Íbame con la multitud de papanatas que acuden á la plaza á esperar la llegada de los correos; y más tonto que el asno de la fábula, me inquietaba por saber cuál seria el amo que me pondría la albarda; porque se decía entonces que pasaríamos á poder de Francia, la cual cambiaría la Saboya por el Milanesado. Preciso es convenir, sin embargo, en que yo tenia por qué temer el resultado de la guerra, pues si la suerte hubiese sido contraria á los aliados, la pensión de mamá corria gran riesgo. Pero yo confiaba enteramente en mis buenos amigos; y esta vez, á pesar de la sorpresa del señor de Broglie, no salieron fallidas mis esperanzas, gracias al rey de Cerdeña, en quien yo ni habia pensado tan siquiera.

Mientras se batían en Italia, en Francia se cantaba. Las óperas de Rameau empezaban á meter ruido y dieron á conocer sus obras teóricas, que, habiendo permanecido ignoradas, poseían muy pocos. Por casualidad oí hablar de su tratado sobre la armonía, y no sosegué hasta que lo hube adquirido. Por otra casualidad, caí enfermo. La enfermedad era inflamatoria; fué violenta y corta, pero larga la convalecencia, y en todo un mes no pude salir de casa. Durante ese tiempo hojé, devoré mi Rameau; pero era tan largo, tan difuso, tan desordenado, que vi que necesitaria mucho tiempo para estudiarlo y desembrollarlo. Suspéndi pues mi aplicación y me recreé con la música. No se me iban de la cabeza las cantatas de Bernier, en las que me ejercitaba. Aprendí cuatro ó cinco de memoria, y entre ellas una titulada *los Amores dormidos*, que no he visto más desde entonces y que, sin embargo, todavía sé casi de memoria, lo mismo que *el Amor picado por una abeja*, cantata muy linda de Clerambault, que aprendí poco más ó menos en aquel entonces.

Á mayor abundamiento llegó del Valle de Aosta un joven organista llamado el abate Palais, buen músico, buen hombre y que acompañaba muy bien con el clavicordio. Nos conocimos y nos hicimos inseparables. Él era discípulo de un monje italiano, gran organista. Me habló de sus teorías, que comparé con las de Rameau, y me llené la cabeza de acompañamientos, de acordes y de armonías. Á todo esto era preciso educar el oído; propuse á mamá que diéramos un pequeño concierto cada mes, y consintió en ello. Desde aquel momento me dediqué con tal ardor á organizarlo, que ni de día ni de noche me ocupaba de otra cosa; y realmente me ocupaba, y mucho, para reunir las piezas, los concertantes, los instrumentos, sacar las partes, etc. Mamá cantaba, el padre Catón, de quien he hablado y de quien tendré que hablar todavía, cantaba también; un maestro de baile, llamado Roche, y su hijo,

tocaban el violín; Cañavas, músico piamontés, empleado en el catastro, y que después se ha casado en París, tocaba el violoncelo; el abate Palais acompañaba con el clave; yo tenía el honor de dirigir las piezas, sin olvidar el bastón del leñador. Júzguese lo magníficos que serian aquellos conciertos. Si no eran como el de casa del señor Treytorens, no les faltaba mucho.

Los pequeños conciertos de la señora de Warens, neófitá que vivía, al decir de las gentes, de las limosnas del rey, daban pábulo á las murmuraciones de la gente devota; mas para muchas gentes de bien era una diversión agradable. No sería fácil adivinar á quién me refiero en primer lugar en esta ocasión; á un monje, pero hombre de mérito y apreciable, cuyas desgracias me afectaron vivamente más tarde, y cuya memoria, ligada con la de mis días hermosos, me es cara todavía. Era el padre Catón, franciscano, que junto con el conde Dortón, habia hecho detener en Lyon la caja de música del pobre *gatito*; hecho que no constituye seguramente el rasgo más bello de su vida. Era bachiller de la Sorbona; habia vivido mucho tiempo en París en el gran mundo y habia logrado introducirse, principalmente, con el marqués de Antremont, entonces embajador de Cerdeña. Era alto, bien formado, rostro lleno, con los ojos algo salientes, cabello negro formando sin afectación bucles sobre las sienas, porte á la vez noble, franco y modesto, que se presentaba muy bien y con naturalidad, no teniendo las maneras insolentes ó hipócritas de los frailes ni la desenvoltura de un personaje á la moda del día, aunque realmente lo era, sino la serenidad de un hombre de bien que sin avergonzarse de su hábito, se honra á sí mismo y se halla siempre en su puesto entre las personas honradas.

Aunque no tuviese grandes conocimientos para ser un doctor, el padre Catón era muy instruido para hombre de mundo; y no teniendo prisa por revelar su erudición, la usaba tan á

propósito que parecía poseer mucha más. Habiendo vivido mucho en sociedad, se había dedicado más á la instrucción amena que á los estudios serios. Tenia ingenio, hacia versos, se expresaba bien, cantaba mejor, tenia una voz agradable, tocaba el órgano y el clave. Para verse solicitado, no eran necesarias tantas dotes; así es que se le buscaba; pero esto le estorbaba tan poco para atender á los cuidados propios de su estado que, á pesar de celosos competidores, llegó á ser nombrado definidor de su provincia, ó, como se dice, uno de los padres graves de la orden.

Este padre Catón conoció á mamá en casa del marqués de Autremont. Oyó hablar de nuestros conciertos y quiso tomar parte en ellos, contribuyendo á que fuesen más brillantes. Pronto estuvimos ligados por nuestra común afición á la música, que, tanto para él como para mí, era una pasión muy viva; con la diferencia de que él era un verdadero músico, y yo era un media cuchara. Íbamos con Canavas y el abate Palais á su cuarto, donde dedicábamos buenos ratos á la música, y alguna que otra vez cantábamos acompañados de su órgano, los días de fiesta. A menudo comíamos en su modesta mesa; pues lo sorprendente para ser un fraile es que, además, era generoso, magnífico, y sensual sin grosería. Los días de concierto cenaba en casa de mamá. Aquellas cenas eran muy divertidas y agradables; allí se hablaba sin ambages; allí se cantaban dúos; yo me hallaba á mi sabor; nunca me faltaban chistes y felices ocurrencias; el padre Catón estaba encantador, y mamá adorable; el abate Palais, con su voz de buey, era el blanco de las bromas.

¡Dulces instantes de la bulliciosa juventud, cuánto tiempo ha que habéis desaparecido!

Como no tendré que hablar ya más de ese pobre padre Catón, permítaseme concluir aquí en dos palabras su triste historia. Los otros frailes, celosos ó más bien furiosos al ver

que se distinguía por su mérito, por una elegancia en sus costumbres que nada de común tenia con la crápula monástica, le cobraron odio, porque no era tan odioso como ellos. Los corifeos se confabularon en contra suya y concitaron á los frailezuelos que envidiaban su posición y que antes no se atrevían á mirarle. Hiciéronle mil afrentas, le desistuyeron, quitaronle su aposento, que él había amueblado con gusto aunque con sencillez; confináronle no sé dónde, y en fin, aquellos miserables le agobiaron con tantos ultrajes, que su espíritu recto y con justicia altivo no pudo resistirlos; y, después de haber hecho las delicias de las reuniones más agradables, sucumbió de dolor, muriendo sobre un lecho miserable en un rincón de una celda ó calabozo, siendo sentido y llorado por cuantas personas honradas le habían conocido, quienes no le hallaron otro defecto que el ser fraile.

Con este sencillo modo de vivir resultó que á poco á poco absorbido enteramente por la música, me hallaba enteramente imposibilitado de pensar en otra cosa alguna. Ya no iba á la oficina sino con disgusto; la sujeción y asiduidad me hicieron considerar el trabajo un suplicio insoportable, y acabé por querer abandonar el empleo para dedicarme á la música.

Ya se comprenderá que esta locura no pasó sin oposición. Dejar una ocupación decente y de un provecho seguro para ir en pos de lecciones problemáticas, era una resolución harto insensata para agradar á mamá. Aun suponiendo mis progresos futuros, tan grandes como yo me figuraba, reducir mi ambición á quedarme en la esfera de músico toda la vida era limitarla muy modestamente. Ella, que siempre formaba proyectos magníficos, y que de ningún modo me juzgaba como el señor de Aubonne, veía con pesar que me entregaba seriamente á una ocupación que consideraba tan frívola, y frecuentemente me repetía este proverbio provincial, algo menos exacto en París, que *el que bien canta y bien danza traba-*

ja mucho y no avanza. Por otra parte me veía arrastrado por una afición irresistible; mi pasión iba siendo excesiva, y era de temer que, resintiéndose el trabajo de mis distracciones, me despidiesen, y creía por consiguiente preferible que me retirase. Además, le hice presente que mi empleo no podía durar mucho, que me era necesario un medio de ganarme la vida, y que era más seguro acabar de adquirir por medio de la práctica aquel á que mi gusto me inclinaba, y ella misma me había escogido, que ponerme á merced de las protecciones, ó hacer nuevos ensayos que podían salir mal, y quedarme sin recurso para ganarme el pan, después de haber pasado la edad de aprender. En fin, arranqué su consentimiento más bien á fuerza de importunidades y caricias que de razones que la satisfaciesen. Inmediatamente fui á despedirme del señor Coccelli, director general del catastro, con tanta satisfacción como si acabase de ejecutar el hecho más heroico y abandoné voluntariamente mi empleo sin motivo, sin razón, sin pretexto, con mucho más gusto del que había tenido en hallarlo dos años hacía escasamente.

Por más que fuese un disparate, este paso me granjeó una especie de consideración en el país, que me fué útil. Unos me supusieron recursos que no tenía, otros, viéndome exclusivamente dedicado á la música, juzgaron de mi talento por mi sacrificio, y creyeron que, teniendo tal pasión por este arte, debía poseerlo con perfección. En tierra de ciegos el tuerto es rey; allí pasaba por un buen maestro, porque todos los que había eran malos. Por lo demás, no careciendo de cierto gusto en el canto, favorecido por la edad y la figura, en poco tiempo tuve más alumnos de los que necesitaba para reemplazar mi sueldo de secretario.

Para hacerme agradable la vida, ciertamente no podía pasar con mayor rapidez de uno á otro extremo. En el catastro tenía que estar ocho horas diarias ocupado en un trabajo de

los más fastidiosos, rodeado de gentes más fastidiosas todavía, encerrado en una triste oficina apestada con el aliento de todos aquellos patanes, la mayor parte sucios y desgredados; de suerte que á veces casi me causaban mareos la atención, el hedor, la fatiga y el fastidio. En lugar de todo eso, heme ahí de improviso lanzado en medio de la buena sociedad, admitido y solicitado en las mejores casas; siendo bien recibido en todas partes, acariciado y festejado; señoritas amables bien compuestas me esperaban y recibían con efusión; no veía más que objetos agradables, ni olía más que azahar y rosa; siempre cantando, conversando, riendo y divirtiéndome; no salía de un sitio sino para ir á hacer lo mismo en otra parte. Nadie negará que, siendo igual el provecho, no había que vacilar en la elección. Así es que me hallaba tan satisfecho de la mía, que jamás me ha venido á la mente arrepentirme de ella, ni una ahora mismo que examino el peso de la razón de las acciones de mi vida y en que me hallo libre de los motivos poco sensatos que me han podido guiar en ocasiones.

Ésta es quizás la única en que, no escuchando más que mis deseos, no han salido fallidas mis esperanzas. El modo tan cortés de recibir á las personas que tienen los habitantes de aquel país, su afabilidad y franqueza me hizo amable el trato social; y el gusto que en él hallé entonces, me ha probado completamente que, si no me agrada vivir entre los hombres es culpa de ellos más bien que mía.

Es lástima que los saboyanos no sean ricos, ó quizás sería lástima que lo fuesen; porque, talés como son, constituyen el pueblo mejor y más sociable que conozco. Si existe en el mundo una pequeña ciudad donde se gocen las dulzuras de la vida en un trato agradable y sincero, es Chamberí. La nobleza de la provincia que se halla en él reunida, no tiene más bienes que los necesarios para vivir, no tiene lo bastante para medrar; y no pudiendo entregarse á la ambición, sigue por

necesidad el consejo de Cineas. Pasa su juventud en la milicia, y luego vuelve á envejecer tranquilamente en su casa. El honor y la razón. presiden á este arreglo.

Las mujeres son hermosas y podrian pasar sin serlo, porque poseen todo lo que puede dar realce á la belleza y hasta suplirla. Es notable que, llamado por mi profesión á ver muchas jóvenes, no recuerdo haber visto en Chamberí una sola que no fuese encantadora. Se dirá que me hallaba pre dispuesto á encontrarlas tales, tal vez, no sin razón; mas para esto no tenía necesidad de poner nada de mi parte. No puedo traer á la memoria sin complacerme el recuerdo de mis jóvenes alumnas. ¡Que no pueda, al ir las nombrando á las más amables, una á una, hacerles volver y á mí con ellas, á la dichosa edad en que estábamos cuando pasaba en su compañía momentos tan dulces como inocentes! Fué la primera una vecina, la señorita de Mellarede, hermana del discípulo del señor Gaime. Era una morena muy viva, mas de una viveza agradable, llena de gracia y de discreción. Era algo delgada, como la mayor parte de las niñas de su edad; pero sus ojos brillantes, su gracioso talle y su simpático semblante no necesitaban la gordura para agrandar. Iba á su casa por la mañana, y generalmente la hallaba todavía sin vestir, sin más tocado que el cabello sencillamente recogido, adornado con algunas flores que le ponían cuando yo llegaba y se quitaba para peinarse cuando yo salía. Nada temo tanto en el mundo como una mujer hermosa en traje de casa ó de mañana; la temería mil veces menos estando compuesta.

La señorita de Mentón, á cuya casa iba por la tarde, lo estaba siempre, y me hacía una impresión igualmente dulce, pero enteramente distinta. Tenía el cabello rubio ceniciento; era muy linda, muy tímida y blanca; una voz clara, melodiosa y dulce, pero que no osaba desplegarse. Tenía en el seno la cicatriz de una quemadura de agua hirviendo, que no

ocultaba enteramente la pañoleta de felpilla que llevaba. Esta señal llamaba á veces hacia aquel sitio mi atención, que no tardaba en fijarse en otras cosas distintas de ella.

Otra vecina, la señorita de Challes, era ya una mujer ya hecha, alta, de formas robustas, llena y fresca; había sido muy bella. Ya no era una hermosura; pero sí una mujer notable por su gracia, por su constante buen humor y natural bondad de su carácter. Su hermana, la señora de Charly, la mujer más hermosa de Chamberí, ya no aprendía música; pero la hacía enseñar á su hija, aunque era muy niña todavía, y cuya naciente belleza hubiera prometido igualar á la de su madre, si desgraciadamente no hubiera sido un poco roja.

En la Visitación tenía una jovencita francesa, cuyo nombre he olvidado, pero que merece un lugar en la lista de mis preferencias. Había tomado el tonillo lento y monótono de las monjas, y con aquella languidez decía cosas que revelaban una agudeza mal avenida con su porte. Por lo demás era perezosa, poco amiga de tomarse la molestia de revelar su ingenio, y era esto un favor que no dispensaba á todo el mundo. Sólo después de uno ó dos meses de lecciones y de negligencia, se decidió á valerse de este medio para obligarme á ser más asiduo; pues yo nunca he podido serlo por mi sola voluntad. Cuando estaba en las lecciones, gozaba en ellas; pero no me gustaba estar obligado á acudir ni verme sujeto al imperio de la hora; yo no puedo soportar la molestia y la sujeción en nada; y me harían aborrecer el placer mismo. Se dice que entre los mahometanos, á la hora del alba, pasa un hombre por la calle para dar á los maridos orden de cumplir con su deber conyugal. Yo á semejante hora hubiera sido un pésimo turco

También tenía algunas alumnas entre la clase media, una de las cuales fué causa indirectamente de un cambio de relación de que tengo que hablar, puesto que, al fin, he de decirlo

todo. Era hija de un especiero y se llamaba señorita Lard, verdadero modelo de estatua griega, y no vacilaría en decir que es la más bella joven que en la vida he visto, si existiese alguna belleza verdadera sin alma ni vida. Su indolencia y su frialdad llegaban á un extremo increíble. Tan difícil era complacerla como disgustarla, y estoy convencido de que si alguien se hubiese tomado alguna libertad con ella, no se hubiera resistido por pura estupidez. Su madre, que no quería correr este riesgo, no la dejaba de vista un solo instante. Haciéndola aprender música con un maestro joven, era lo mejor que podía hacer para animarla; pero no dió resultado. La señora Lard unía á su viveza natural la que hubiera debido tener su hija. Mientras el maestro estimulaba á la hija, la madre excitaba al maestro, sin obtener mejor éxito. Era la de ésta una carita animada, marchita y picada de viruelas. Tenía los ojos pequeños, muy vivos y un tanto rojos á causa de tenerlos malos con mucha frecuencia. Cada mañana, á mi llegada, hallaba preparado el café con leche, y la madre no se olvidaba nunca de recibirme con un beso bien aplicado en la boca, y que, por curiosidad, yo hubiera querido devolver á la hija, para ver como lo tomaba. Por lo demás, todo esto se hacía tan sencillamente y tan sin consecuencia, que los obsequios y los besos no se omitían cuando el señor Lard estaba presente. Era un bonachón, exactamente el padre de la hija, á quien su mujer no engañaba porque no tenía necesidad de hacerlo.

Yo me prestaba á todas esas caricias con mi ordinaria candidez, tomándolas simplemente por señales de pura simpatía. Con todo, á veces me importunaban, pues la vehemente señora de Lard no dejaba de ser exigente; de modo que si hubiese pasado alguna vez por delante de su casa sin entrar en la tienda, habría habido jarana. Así es que me veía precisado á dar un rodeo para pasar por otra calle, cuando tenía prisa, pues

ya sabía que no era tan fácil salir como entrar en su casa.

La señora de Lard se cuidaba demasiado de mí para que yo no me ocupase enteramente de ella. Sus atenciones me conmovían mucho, y las comunicaba á mamá como cosa muy natural, aunque lo mismo hubiera hecho si hubiese habido en ello algún misterio; porque tener para ella un secreto, fuese lo que fuese, me hubiera sido imposible; mi corazón estaba abierto á sus ojos lo mismo que á los de Dios. Ella no tomó la cosa enteramente con la sencillez que yo. Creyó ver ciertos preliminares donde yo no había visto más que amistad; juzgó que la señora Lard, empeñándose en no dejarme tan ignorante como me había hallado, lograría hacerse entender de un modo ú otro, y aparte de que no era conveniente que otra mujer se encargara de la educación de su discípulo, tenía otros motivos más dignos de ella para ponerme al abrigo de los lazos á que mi edad y estado me exponían. Por la misma época; me tendieron uno de otro género más peligroso, de que pude escapar; pero que le hizo conocer que los peligros que me amenazaban constantemente hacían necesarios todos los preservativos de que ella podía echar mano.

La señora condesa de Mentón, madre de una de mis alumnas, era una mujer de mucho ingenio, y era fama que no tenía menos malicia. Según de público se decía, había sido causa de muchas disensiones, una de las cuales había tenido consecuencias fatales para la casa de Antremont. Mamá había estado bastante relacionada con ella para conocer su carácter; habiendo agradado muy inocentemente á cierta persona sobre la que tenía pretensiones la señora de Mentón, ésta imputó como un delito una preferencia que ni había sido buscada ni admitida; y desde entonces la de Mentón se empeñó en jugar á su rival malas pasadas, ninguna de las cuales surtió efecto. Sólo citaré una de las más cómicas, por vía de ejemplo.

Estaban las dos en el campo con varios caballeros de las

cerancias, y entre ellos el referido pretendiente. Un día, la señora de Mentón había dicho á uno de aquellos señores que la de Warens era una remilgada, que carecía completamente de gusto, que vestía mal, que se tapaba el pecho como las plebeyas. «En cuanto á esto último, replicó su interlocutor, que era un bromista, no le falta motivo para hacerlo; yo sé que tiene impresa en el pecho la figura de un ratonazo, feo, pero tan á lo vivo, que parece estar corriendo.» El odio, lo mismo que el amor, vuelve á las personas crédulas. La señora de Mentón se propuso sacar partido de este descubrimiento; y un día que mamá estaba jugando con el ingrato favorito de la dama, ésta fué muy quedo á colocarse detrás de su rival, y luego medio derribando su silla, le apartó el pañuelo con destreza; pero, en lugar del ratón, el caballero vió otra cosa muy distinta, que era tan difícil olvidarla como verla, y no era esto lo que buscaba la dama.

Yo no era un personaje digno de ocupar á la señora de Mentón, que sólo quería rodearse de gente de alto copete; con todo, se fijó un tanto en mí, no por mi persona, pues de fijo nada le importaba, sino por el ingenio que me suponían y que hubiera podido hacerme á propósito para satisfacer sus instintos. Tenía una afición decidida á la sátira, y le gustaba componer versos y canciones á las personas que le desagradaban. Si hubiese hallado en mí bastante ingenio para escribirselas, entre los dos habríamos revuelto á todo Chamberi en poco tiempo. Se habría inquirido el manantial de esos libelos; la señora de Mentón habría salido del paso sacrificándome á mí, y yo hubiera estado preso tal vez por todo el resto de mi vida, para enseñarme á hacer el papel de Apolo al servicio de las damas.

Afortunadamente nada de esto sucedió. La señora de Mentón me hizo quedar á comer dos ó tres veces, para hacerme hablar, y encontró que yo era un estúpido. Yo mismo lo cono-

cia, y me afligía, envidiando las cualidades de mi amigo Ventura, cuando hubiera debido agradecer á mi insuficiencia los peligros que me evitaba. Para la señora de Mentón no fui más que el maestro de canto de su hija; pero viví tranquilo y estimado de todos, y esto era mejor que ser un ingenio para ella y un escorpión para el resto del país.

Con todo eso, mamá vió que para librarme de los peligros de mi juventud, era ya ocasión de tratarme como á hombre; y esto es lo que hizo, mas del modo más singular, que jamás haya empleado mujer en caso semejante. La hallé más formal, y en la conversación más moral que de ordinario. La bullíciosa jovialidad que comunmente se mezclaba á sus instrucciones fué repentinamente sustituida por un tono constante que, sin ser familiar ni severo, parecía preparar una explicación. Después de haber intentado en vano adivinarla, le pregunté cuál era la causa de semejante cambio; esto era lo que esperaba. En contestación, me propuso un paseo por el jardín para el siguiente día.

Desde por la mañana nos dirigimos á él. Había tomado sus precauciones para que nos dejasen solos todo el día, y lo empleó en prepararme para los favores que me quería dispensar, mas no como una mujer vulgar, con melindres y agasajos, sino por medio de conversaciones llenas de afecto y de buen sentido, más bien encaminadas á mi enseñanza que á mi seducción, y que hablaban más á mi corazón que á mis sentidos. Sin embargo, por más excelentes y útiles que fuesen sus razonamientos, aunque no tuviesen nada de fríos y tristes, no les presté toda la atención que merecían, y no los grabé en mi memoria como en cualquier otra ocasión lo hubiera hecho. Su modo de empezar, aquella especie de preparación, me habíam causado inquietudes; mientras ella hablaba, yo, meditabundo y distraído, á pesar mío, estaba menos atento á lo que me decía que á penetrar el término á que se encaminaba; y tan

pronto como lo hube comprendido, lo que no logré sin dificultad, la novedad de esta idea, que ni una sola vez se me había ocurrido desde que vivía con ella, absorbiendo entonces todas mis facultades, no me permitió pensar en lo que me decía. No hacia sino pensar en ella, pero sin escucharla.

Querer que los jóvenes estén atentos á lo que se les dice, dejándoles entrever por término un objeto que les interese en extremo, es un contrasentido muy común en los maestros, y que tampoco he podido evitar en mi *Emilio*. El joven, arrebatado por el objeto que se le ofrece, se ocupa de él exclusivamente, y salta por encima de los discursos preliminares para llegar más pronto adonde se le conduce con sobrada lentitud para su gusto. Si se quiere que escuche, es preciso que no pueda adivinar el fin de antemano; y en esto mamá fué poco diestra. Por una singularidad, hija de su espíritu de sistema, tomó la vana precaución de imponerme condiciones; mas tan luego como supe su precio, ni siquiera las oía y me apresuré á consentir en todo. Tengo para mí que no hay un hombre en toda la tierra que en paso semejante sea bastante franco ó tenga bastante valor para andar regateando, ni una sola mujer capaz de perdonar al que lo haya hecho. Por consecuencia de la misma singularidad, acompañó este convenio con las mayores formalidades, y me dió para pensarlo ocho días, que yo le aseguraba no necesitar, faltando á la verdad, pues para colmo de extrañeza, me vino perfectamente este plazo; tanto me había sorprendido la novedad de semejantes ideas y tal trastorno experimentaba en las mías, que necesitaba tiempo para reponerme.

Se creerá que esos ocho días fueron para mí ocho siglos; todo lo contrario: hubiera querido que lo hubiesen sido en efecto. No sé cómo describir el estado en que me hallaba, lleno de miedo, con mezcla de impaciencia, temiendo lo que deseaba, hasta el extremo de buscar de todas veras en mi mente algún medio de

coroso para evitar la dicha que me esperaba. Considérese mi temperamento ardiente y lascivo, mi sangre inflamada; mi corazón ébrio de amor, mi robustez, mi juventud y mi estado perfecto de salud. Recuérdese que en tal situación, ávido de mujeres, aun no había tocado á ninguna; que la fantasía, la necesidad, la vanidad y la curiosidad concurrían para devorarme con el deseo ardiente de ser hombre y parecerlo. Añádese á todo esto—lo que sobre todo no debe olvidarse—que el cariño vivo y tierno que le tenía, lejos de entibiarse, no había hecho más que aumentar cada día; que no me hallaba bien sino á su lado; que no la dejaba sino para pensar en ella; que mi corazón estaba completamente dominado, no sólo por sus mercedes y por su amabilidad, sino por su sexo, por su semblante, por su persona, por ella, en una palabra, por todos los conceptos que podían hacérmela querer. Y no vaya á creer el lector que teniendo diez ó doce años más que yo, estuviese envejecida ó me pareciese tal; no, desde que había experimentado aquella emoción tan dulce que me causó su primera vista, habían pasado cinco ó seis años; realmente había cambiado poquísimo, y á mí me parecía idéntica. Á mis ojos siempre ha sido hermosa, y todavía lo era á los de todos. Sólo estaba algo más gruesa. Por lo demás, eran los mismos ojos, la misma tez, el mismo seno, las mismas facciones, el mismo hermoso cabello rubio, la misma jovialidad, todo, hasta la misma voz, esa voz argentina de la juventud, que siempre me impresionó tan vivamente, de suerte que aun hoy día no puedo oír sin emoción el sonido de una bella voz de niña.

Naturalmente lo que tenía que temer, esperando la posesión de una persona tan querida, era anticipar el plazo y no poder dominar bastante mis deseos y mi imaginación para mantenerme dueño de mí mismo. Más adelante se verá que en una edad avanzada, la sola idea de los más ligeros favores que esperaba de la persona amada, inflamaba mi sangre hasta el

punto de serme imposible atravesar impunemente el corto espacio que de ella me separaba. ¿Cómo es, pues; en virtud de qué prodigio, en la flor de la juventud, tuve tan poca solitud para el primer goce? ¿Cómo pude ver aproximarse la ocasión con más sentimiento que placer? ¿Por qué, en lugar de la voluptuosidad que debía embriagarme, sentía casi repugnancia y miedo? Es indudable que si hubiese podido escapar á mi ventura sin hacer mal papel, lo hubiera hecho con el mayor gusto. He prometido extrañezas en la historia de mi amor hacia ella; he ahí una seguramente inesperada.

El lector, ya indignado, creerá que, perteneciendo á otro hombre, se degradaba á mis ojos dividiendo su amor, y que un sentimiento de menosprecio entibiaria los que me había inspirado; si tal piensa se equivoca. Esta partición me causaba un cruel pesar, á la verdad, tanto por mi delicadeza, por demás natural, como porque, en efecto, me parecía poco digno de ella y de mí; mas en cuanto al afecto que me inspiraba, en nada lo alteraba, y puedo jurar que jamás la amé con mayor ternura que cuando tan poco deseaba su posesión. Conocía demasiado la castidad de su corazón y su temperamento de hielo, para que pudiese creer ni un momento que el placer de los sentidos pudiese tener parte alguna en este abandono de sí misma; estaba completamente seguro de que sólo el deseo de preservarme de los peligros, que de otro modo eran casi inevitables, y conservarme entero para mí y para mis obligaciones, le hacía faltar á una que no consideraba como lo consideraban las mujeres, conforme lo explicaré más adelante. Á mí me daba lástima, y yo mismo me compadecía. Hubiera querido decirle: «No, mamá, no es necesario; os respondí de mí sin esto.» Pero no me atrevía, primero, porque no debía decirlo, y luego porque en el fondo conocía que no era la verdad, sino que, efectivamente, sólo una mujer había que pudiera preservarme de las demás y ponerme á cubierto de toda tentación.

Sin que anhelara su posesión, me agradaba que me quitase el deseo de poseer otras; tan cierto es que consideraba como una desventura todo lo que podía contribuir á distraerme de ella.

La costumbre de vivir juntos y vivir con inocencia, lejos de entibiar al afecto que me inspiraba, lo había acrecentado; pero al propio tiempo le había comunicado un carácter especial que le hacía más cariñoso, quizás más tierno, pero menos voluptuoso. Á fuerza de llamarla mamá y de usar con ella la familiaridad de un hijo, me había acostumbrado á considerarme como tal. Esto creo que era realmente la causa de la poca solitud que tenía para obtener su posesión, á pesar de quererla tanto. Recuerdo muy bien que al principio mi cariño, sin ser más vivo, encerraba más sensualidad. En Annecy me hallaba como embriagado; en Chamberí ya no era lo mismo. Siempre la amaba lo más apasionadamente que puede imaginarse; pero la amaba más por ella y menos para mí, ó á lo menos más bien buscaba á su lado mi felicidad que mi placer; para mí era más que una hermana, más que una madre, más que una amiga, más aún que una amada. En fin, la quería demasiado para codiciarla; he ahí lo que veo más claro en mis ideas.

Este día, más bien temido que deseado, llegó por fin. Lo prometí todo, y no mentí. Mi corazón confirmaba mis promesas, sin desear su premio. Pero lo obtuve sin embargo. Por vez primera me vi en los brazos de una mujer, y de una mujer que adoraba. ¿Fui dichoso? No: sólo experimenté el placer. Yo no sé qué invencible tristeza lo envenenaba; me hallaba como si hubiese cometido un incesto. Por dos ó tres veces, abrazándola con efusión, inundé su pecho de lágrimas. En cuanto á ella, no estaba triste ni alegre, sino cariñosa y tranquila. Como era muy poco voluptuosa y de ningún modo había buscado la sensualidad, no experimentó el placer ni sintió jamás remordimiento.

Lo repito, todas sus faltas provenían de sus errores, nunca de sus pasiones. Era bien nacida, su corazón puro amaba la discreción, sus propensiones eran rectas y virtuosas, su gusto delicado; había nacido para vivir en una elegancia de costumbres á que fué siempre aficionada y nunca practicó, porque en vez de seguir las inclinaciones de su corazón, que la guiaban bien, no escuchaba más que á su razón, que la aconsejaba mal. Cuando la descarriaron los falsos principios, siempre fueron desmentidos por sus verdaderos sentimientos; pero desgraciadamente se preciaba de filósofa, y la moral que se había formado corrompió la que su corazón le dictaba.

El señor de Tavel, su primer amante, fué su maestro de filosofía, y le enseñó los principios que le convenían para seducirla. Hallándola fiel á su marido y á sus deberes, siempre fría, razonadora e inexpugnable del lado de los sentidos, la atacó con sofismas, y logró hacerle considerar aquellos deberes á que tan adicta estaba como una charlatanería doctrinaria formada únicamente para entretener á los niños; la unión de los sexos, como el acto más indiferente en sí; la fidelidad conyugal, como una apariencia obligatoria, cuya moralidad toda consistía en la opinión; la tranquilidad de los maridos, como la única regla del deber de las mujeres; de suerte que las infidelidades ignoradas, nulas para aquel á quien ofendían, también lo eran para la conciencia; en fin, logró convencerla de que en sí mismo el hecho no era nada, que sólo tomaba cuerpo por el escándalo, y que toda mujer que aparecía honrada, por esto sólo lo era en efecto. Así es cómo aquel hombre funesto logró su objeto, corrompiendo la razón de una niña, cuyo corazón no había podido pervertir. Pero lo pagó con los celos más devoradores, persuadido de que se conducía con él del mismo modo que le había enseñado á obrar con su marido. Ignoro si se equivocó, pero el ministro Perret pasaba por su sucesor. Lo que puedo asegurar es que esa frialdad de

temperamento que hubiera debido preservarla de este sistema, fué cabalmente lo que la privó de renunciar á él en lo sucesivo. No podía concebir que se diese tanta importancia á una cosa que para ella no tenía ninguna. Jamás quiso honrar con el nombre de virtud una abstinencia que tan poco le costaba guardar.

Por consiguiente, á ser por ella, no habría abusado de este falso principio; pero lo hizo por los demás, y esto por efecto de otra máxima casi igualmente falsa, aunque más conforme con la bondad de su corazón. Siempre creyó que lo que más contribuía á que un hombre quisiese á una mujer era la posesión; y ella, aunque no sintiese nada más que amistad por las personas que le eran queridas, sentía un afecto tan tierno, que empleaba todos los medios que estaban á su alcance para granjearse mejor su cariño. Lo que hay de extraordinario es que le salió bien casi siempre. Era verdaderamente tan digna de ser amada, que cuanto mayor era la intimidad en que con ella se vivía, tantos más motivos se hallaban para quererla. Hay otra cosa notable: después de su primera debilidad, no favoreció más que á seres desgraciados; los personajes distinguidos que la requerían perdían el tiempo; pero había de ser muy poco apreciable un hombre, para que, empezando ella por compadecerle, no acabase por amarle. Cuando hizo elecciones poco dignas de ella, lejos de ser efecto de bajas inclinaciones, que jamás tuvieron entrada en su corazón, fueron debidas únicamente á su carácter generoso, humano, compasivo y sensible por demás, que no siempre la guió con bastante discernimiento.

Si algunos principios falsos la desviaron, ¡cuántos otros admirables no tenía, de los que no se apartaba jamás! ¡Con cuántas virtudes no rescataba sus flaquezas, si puede darse tal nombre á los errores en que para nada entraban los sentidos!

El mismo hombre que la engañó en una cosa, sobre otras

mil la instruyó excelentemente; y permitiéndole sus pasiones, que nada tenían de fogosas, seguir la luz de su razón, iba bien encaminada cuando sus sofismas no la extraviaban. Los motivos que la guiaban eran laudables hasta en sus faltas: cuando se engañaba, podía obrar mal, pero no podía querer nada que fuese malo. Aborrecía la doblez y la mentira; era justa, equitativa, humana, desinteresada; fiel á su palabra, á sus amigos, á los deberes que reconocía por tales; incapaz de sentir ni odio ni venganza, no consideraba mérito alguno el perdonar. Y, volviendo á lo menos disculpable que tenía, sin estimar sus favores en lo que valían, jamás hizo de ellos un vil comercio; los prodigaba, pero no los vendía, á pesar de hallarse continuamente en apuros para vivir; y me atrevo á decir que si Sócrates pudo estimar á Aspasia, hubiera seguramente respetado á la señora de Warens.

Atribuyéndole una naturaleza sensible y un temperamento frío, ya se de antemano que se me acusará de contradicción como de ordinario y con la misma razón de siempre. Tal vez obró mal la naturaleza y no debió formar semejante combinación; pero lo cierto es que existía. Cuantas personas conocieron á la señora de Warens, muchas de las cuales viven todavía, pudieron convencerse de que realmente era ésta su naturaleza. Y aun me atrevo á añadir que no conoció más que un solo placer verdadero en el mundo, el de complacer á las personas que amaba. Con todo, cualquiera está en su derecho de argumentar sobre esto á sus anchas y probar doctamente que no es cierto. Mi obligación es decir la verdad, pero no imponerla.

Cuanto acabo de decir lo supe poco á poco en las conversaciones que tuvimos después de nuestra unión, que sólo por las mismas, fué deliciosa. Con razón había esperado ella que su condescendencia me sería útil, pues me sirvió de mucho para mi instrucción. Hasta entonces me había hablado de mí solo,

como á un niño; desde aquel momento empezó á tratarme como á un hombre, y me habló de sí misma. Me interesaba tanto cuanto me decía, me conmovía hasta tal punto, que, concentrándome en mí mismo, sacaba de sus confidencias un provecho mayor del que había sacado de sus lecciones. Cuando sentimos que realmente habla el corazón, el nuestro se abre para recibir sus expansiones; y toda la moral de un pedagogo no valdrá nunca tanto, como la locuacidad afectuosa y tierna de una mujer sensata á quien se quiere.

Habiendo tenido ocasión de juzgarme más favorablemente por la intimidad en que vivía con ella, creyó que, á pesar de mi encogimiento, merecía que se tomase el trabajo de instruirme para vivir en el gran mundo, y que si algún día aparecía en él con cierto carácter, me hallaría en estado de hacer carrera. Con esta idea procuraba formar no sólo mi razón, sino también mis maneras, á fin de hacerme tan amable como digno de aprecio; y si es cierto (lo que yo no creo), que puede aliarse la virtud con los triunfos en sociedad, estoy cierto, por lo menos, de que no hay otro camino que el que ella había tomado y quería enseñarme. Porque la señora de Warens conocía á los hombres, y poseía en alto grado el arte de tratar con ellos sin falsedad y sin imprudencia, sin engañarles ni disgustarles. Pero este arte radicaba más bien en su carácter que en sus lecciones; lo ponía en práctica mejor que lo enseñaba, y yo era el hombre menos apto del mundo para aprenderlo. Por lo tanto, fué poco menos que inútil todo el trabajo que se dió para lograrlo. ®

Lo mismo debo decir del cuidado que puso en procurarme maestros para el baile y el manejo de las armas; á pesar de ser ágil y de ser airoso, no pude aprender á bailar ni un minué. De tal modo me había acostumbrado á caminar apoyándome en el talón, á causa de mis callos, que Roche no pudo quitarme dicha costumbre; y á pesar de mi donaire, jamás he

podido saltar una zanja regular. Todavía fué peor en la sala de armas. Después de tres meses de lección, tiraba todavía contra la pared, siendo incapaz de sostener al asalto, y nunca tuve la muñeca bastante flexible ó el brazo bastante firme, para retener el florete, cuando el maestro quería hacérmelo saltar. Añádase á esto que sentía una aversión invencible hacia este ejercicio y hacia el maestro que trataba de enseñármelo. Nunca hubiera imaginado que pudiese infundir tanto orgullo el enseñar á matar á un hombre. Para poner á mi alcance su vasta ciencia, se expresaba siempre por medio de comparaciones sacadas de la música, que ignoraba completamente. Hallaba sorprendentes analogías entre las estocadas en terciá y en cuarta y los intervalos musicales del mismo nombre. Cuando quería dar un ataque en falso¹, me decía: «Cuidado con este sostenido;» porque antiguamente se daba á este signo musical el mismo nombre que á dicho ardid de la esgrima; cuando me había hecho saltar el florete de la mano decía en tono de zumba que esto era una *pausa*. En fin, no he visto en mi vida un pedante más insufrible que aquel pobre hombre con su peto y su plumero.

Por tanto, adelanté poco con estos ejercicios, que abandoné luego por falta de afición; pero hice mayores progresos en otro arte más útil, el de contentarme con mi suerte, y no desear otra más brillante, para la que empezaba á conocer que yo había nacido. Enteramente absorbido por el anhelo de que mamá fuese dichosa, cada día me agradaba más permanecer á su lado; y cuando era forzoso dejarla para recorrer la ciudad, á pesar de mi pasión por la música, comenzaba á sentir la molestia de mis lecciones.

Yo no sé si Claudio Anet notó la intimidad de nuestras rela-

¹ Ataque en falso, en francés *feinte*. Antiguamente se daba ese mismo nombre al sostenido musical.

ciones, pero tengo algún motivo para creer que no fué un misterio para él. Era un joven muy despejado, pero muy discreto, que jamás decía lo que no pensaba, aunque no siempre declaraba su pensamiento. Sin darme á entender en lo más mínimo que estuviese enterado, parecía estarlo por la conducta que seguía; y ésta no provenía seguramente de bajeza de sentimientos, sino de que habiendo aceptado los principios de su ama, no podía desaprobár que obrase con arreglo á ellos. Aunque tan joven como ella, era tan juicioso y grave, que nos consideraba casi como dos niños dignos de indulgencia, y nosotros, tanto ella como yo, veíamos en él un hombre respetable cuya estimación debíamos conservar. Hasta después de haberle sido infiel, no conocí todo el cariño que ella le tenía. Como sabía que yo no pensaba, ni sentía, ni respiraba sino por ella, me dejó ver cuánto le quería, á fin de que yo le amase igualmente; y se fundaba menos en su amor que en su estimación, porque era el sentimiento que yo podía compartir más de lleno. ¡Cuántas veces nos enterneció y nos hizo abrazarnos con las lágrimas en los ojos, diciéndonos que ambos á dos éramos necesarios para la felicidad de su vida! Y no se sonrían maliciosamente las mujeres que esto lean; pues dado el temperamento que tenía, esta necesidad no era equívoca; era exclusivamente la de su corazón.

Así fué cómo entre los tres se estableció una unión tal vez sin ejemplo en toda la tierra. Nuestras aspiraciones, nuestros cuidados, nuestros corazones estaban unánimes, y nada traspasaba los límites de este reducido círculo. La costumbre de vivir juntos y con exclusión de otro, alguno fué tan grande que, si á las horas de comer faltaba alguno de los tres ó sobrevenía un cuarto, todo se desbarataba; y á pesar de nuestras relaciones particulares, las entrevistas á solas nos eran menos gratas que la reunión.

Lo que evitaba que estando juntos nos hallásemos molestos,

era la reciproca confianza, y el estar todos muy ocupados ahuyentaba el fastidio. Mamá, siempre con sus proyectos y siempre activa, nos dejaba pocos momentos ociosos á uno y otro, y además cada cual teníamos por nuestra parte en que emplear el tiempo completamente. La ociosidad es en la sociedad, á mi entender, un mal tan grande como la soledad. Nada envilece tanto el entendimiento; nada engendra más fruslerías, chismes, murmuraciones, enredos y mentiras, que el estarse continuamente cara á cara varias personas en una habitación, viéndose reducidas á la necesidad de charlar continuamente por toda ocupación. Cuando cada cual tiene su quehacer, nadie habla sino cuando tiene algo que decir; pero cuando no se hace nada, es forzoso estar hablando siempre; y he ahí la más incómoda y peligrosa de todas las sujeciones. Y aun me atrevo á ir más lejos y afirmar que para formar una reunión verdaderamente agradable, es necesario, no solamente que cada cual haga alguna cosa, sino que esta cosa exija alguna atención. Hacer punto de malla es no hacer nada, y se necesita tanto cuidado para distraer á una mujer en ello entretenida, como á la que está de brazos cruzados. Pero si está bordando es otra cosa: ya se halla bastante distraída para llenar los intervalos de silencio. Lo más chocante y ridículo entonces es ver á una docena de gacznápiros levantarse, sentarse, ir y venir, girar sobre sus talones, manosear docientas veces las figuritas de la chimenea, y apurar su facundia para mantener un interminable flujo de palabras: ¡laudable ocupación! Esas gentes, por más que hagan, siempre fastidiarán á los demás, y se fastidiarán mutuamente. Yo, cuando estaba en Meters, me iba á hacer cordones en casa de mis vecinas; si volviese á la sociedad, llevaria siempre un dominguillo en la faltriquera, y me estaria jugando todo el día para no tener que hablar cuando no supiese qué decir. Si todos hiciesen lo propio, los hombres serían menos perversos, su trato más formal y, á mi

entender, más agradable. Finalmente, y riñase cuanto quieran los burlones, yo afirmo que la única moral aplicable al presente siglo es la del dominguillo.

Por lo demás, apenas nos dejaban ocasión de evitarnos el fastidio nosotros mismos, y los importunos nos lo traían con sobrada abundancia por su afluencia, para que lo experimentásemos al quedar solos. La impaciencia, que en otro tiempo me causaban las visitas no se había disminuído; no había más diferencia, sino que en la época de que voy hablando tenía menos lugar para entregarme á ella. La pobre mamá conservaba toda su antigua propensión á las empresas y proyectos; cuanto más apremiantes iban siendo sus necesidades domésticas, tanto más se entregaba á sus visiones para proveer á ellas; cuánto más reducidos eran sus recursos presentes, tanto más discurría para lo porvenir. Con el transecurso de los años iba en aumento su manía; y á medida que iba perdiendo la afición á los placeres del mundo y de la juventud, la sustituía con la que tenía á los secretos y proyectos. La casa no cesaba de estar llena de charlatanes, fabricantes, alquimistas, empresarios de todas clases, quienes, contando el oro á montones, concluían por tener necesidad de un escudo. Ninguno salía de su casa sin llevar algo, y una de las cosas que más me admiraban es que hubiese podido bastar tanto tiempo á tanta profusión, sin agotar jamás los recursos ni fatigar á sus acreedores.

El proyecto que á la sazón le preocupaba más, que seguramente no era el más descabellado de los suyos, era el de establecer en Chamberí un jardín real de plantas, con un encargado bien remunerado, cuya plaza ya se comprende de antemano á quien se destinaba. El hallarse esta ciudad situada en medio de los Alpes le daba condiciones favorables para la botánica; y mamá, que siempre procuraba apoyar un proyecto con otro, añadió á aquél un colegio de farmacia, que, en verdad, habia de ser muy útil en un país tan pobre, donde casi no

hay otros médicos que los mismos farmacéuticos. La circunstancia de hallarse retirado en Chamberi el proto-médico Grossi, desde la muerte del rey Victor, le pareció muy favorable á esta idea, y tal vez también se la sugirió. Sea como quiera, empezó á agasajar á Grossi, á pesar de ser muy poco agradable, pues era el hombre más brutal y mordaz que en mi vida he conocido. Voy á citar dos ó tres de sus rasgos, por los cuales podrá conocerse su carácter.

Estaba un día en consulta con otros médicos, uno de los cuales había sido llamado de Ancecy, y era el médico de cabecera. Este, joven y todavía poco experto, se atrevió á no ser del mismo parecer que el señor proto; él, por toda contestación, le preguntó, cuándo se volvía, por qué camino y qué coche tomaba. El otro, después de haberle satisfecho, le preguntó á su vez si se le ofrecía algo. «Nada, nada, replicó Grossi, sino que voy á situarme en mi ventana, para tener el placer de ver pasar un asno á caballo.»

Era tan avaro como rico é insensible. Un amigo suyo le pidió prestado con buenas fianzas. «Amigo mio, le dijo, apretándole el brazo y rechinando los dientes, aunque san Pedro bajara del cielo para pedirme diez pistolas, y en garantía me ofreciese la Trinidad, no se las prestaría.»

Un día, que fué convidado á comer en casa del conde Picón, gobernador de Saboya, hombre muy devoto, llegó antes de la hora. Su Excelencia se hallaba ocupado en rezar el rosario, y le propuso este recreo. No sabiendo cómo excusarse, se puso de rodillas haciendo una horrible mueca; mas apenas había rezado dos avemarias, cuando, no pudiendo aguantar más, se le antoñó bruscamente, tomó su bastón, y se fué sin decir una palabra. El conde Picón corrió tras él, exclamando: Señor Grossi, señor Grossi, no os vayáis; abajo tenéis, en el asador, una excelente bartavela. «Señor conde, replicó el otro volviéndose, no me quedaria aunque me dieseis un ángel asado.»

He ahí quién era el proto-médico Grossi, á quien mamá se propuso y logró amansar. Á pesar de que estaba sumamente ocupado, se fué acostumbrando á frecuentar su casa, cobró cariño á Anet, dió á entender que estimaba en mucho sus conocimientos, hablaba de él con aprecio y, lo que no podía esperarse de semejante oso, afectaba tratarle con cierta consideración, para borrar las impresiones del pasado. Porque, si bien es verdad que Anet ya no estaba como criado, se sabía que lo había sido, y bien se necesitaba el ejemplo y la autoridad del señor proto-médico para que aquél fuese tratado con un tono que ningún otro habría logrado imponer. Con su casaca negra, su peluca bien peinada, su aspecto grave y digno, su conducta prudente y circunspecta, sus conocimientos bastante vastos en materia médica y botánica, y con la protección del jefe de la Facultad, Claudio Anet podía con fundamento esperar que desempeñaría con buen éxito el puesto de encargado real de las plantas, si se llevaba á cabo el establecimiento proyectado cuyo plan había gustado realmente á Grossi, y para proponerlo á la corte no esperaba más que el momento en que la paz permitiese pensar en las cosas de utilidad y disponer de fondos para realizarlas.

Mas este proyecto que, si hubiese llegado á plantearse, probablemente me habría hecho dedicarme á la botánica, para cuyo estudio pareceme haber nacido, salió fallido á causa de uno de esos golpes inesperados que desbaratan los designios mejor concertados. Yo estaba destinado á ir siendo por grados un ejemplo de las miserias de la humanidad, pues parece que la Providencia que me destinaba á esas grandes pruebas, se empeñó en apartar de mi camino todo lo que podía contribuir á que no lo fuese. En una excursión que hizo Anet á lo alto de las montañas en obsequio del señor Grossi, en busca de jenipa, planta rara que sólo se cria en los Alpes, el pobre joven se fatigó tanto, que le sobrevino una pleuresia, de la cual no

pudo salvarle la misma planta jenipa, á pesar de ser específico para dicho mal, según es fama, ni todo el arte de Grossi, indudablemente hombre muy hábil; y á pesar de los infinitos cuidados de su buena ama y míos, expiró al quinto día en nuestros brazos, después de la agonía más cruel, durante la cual no tuvo otras exhortaciones que las mías, y se las prodigué con arranques de dolor y de celo que, caso de que se hallara en estado de comprenderme, debían servirle de algún consuelo. He aquí cómo perdí el amigo más fiel de toda mi vida; hombre apreciable y raro, en quien la naturaleza suplió la falta de educación, que tuvo en la servidumbre todas las virtudes de los grandes varones y á quien no le faltó más que ocasión y vida para manifestarse como tal á la faz del mundo.

Al día siguiente habló de él á mamá con la más viva y sincera aflicción, y, de repente, en medio de la conversación, tuve el vil é indigno pensamiento de que heredaba cuanto poseía, y sobre todo una magnífica casaca negra de que estaba prendado. Así lo pensé y así lo dije, pues estando con ella era una misma cosa. Nada le hizo sentir tanto la pérdida que acababa de sufrir, como esta miserable y odiosa expresión, puesto que el desinterés y la nobleza de alma eran cualidades que el difunto había poseído en alto grado. La pobre mujer, sin responder palabra, volvió la cabeza y se echó á llorar. ¡Oh caras y preciosas lágrimas, os comprendí y caisteis una á una sobre mi corazón lavando las últimas huellas de un sentimiento bajo y ruin! Jamás ha abrigado otro mi corazón desde entonces.

Esta desgracia causó á mamá tanto daño como dolor; desde aquel momento sus intereses fueron en continua decadencia. Anet era un joven cuidadoso y muy mirado que mantenía el orden en casa de su ama. Se temía su vigilancia, y esto hacía disminuir el despilfarro. Ella misma temía su censura y era más comedida en sus gastos; porque no le bastaba su cariño, quería conservar su estimación y temía el justo cargo, que al-

gunas veces se aventuraba á hacerle, de que prodigaba lo mismo lo ajeno que lo suyo. Yo pensaba lo mismo que él y también se lo decía, pero siendo menor mi autoridad, mis reflexiones no le imponían tanto como las suyas. Faltando él, me vi obligado á ocupar su puesto, para el cual tenía tan poca aptitud como afición, y como es consiguiente lo desempeñé mal. Era descuidado, me hallaba encogido, y, refunfuando en mi interior, dejaba que las cosas siguiesen el camino que llevaban. Por lo demás había obtenido la misma confianza, pero no el mismo ascendiente. Veía el desorden que reinaba, me lamentaba de él, mas no era escuchado. Era demasiado joven y exaltado, para tener el derecho de ser formal, y cuando quería echarlas de censor, mamá me daba de cachetes, llamándome su joven Mentor; y me obligaba á volver á adoptar el carácter que me correspondía. El profundo sentimiento de la estrechez á que debían reducirla más ó menos tarde sus gastos, nada mesurados, me impresionó tanto más vivamente cuanto que, teniendo á mi cargo la inspección de su casa, veía por mí mismo el desequilibrio entre el *debe* y el *haber*. Yo creo que de aquí dimana la inclinación que desde entonces he sentido á ser avaro. Nunca he sido muy pródigo, sino en épocas de borrascoso desarreglo; pero hasta entonces jamás me había inquietado por tener poco ó mucho dinero. Por vez primera me fijé en ello y cuidé de mi bolsillo. Me volví tacaño por un motivo generoso, porque á la verdad no pensaba más que en procurar para mamá algún recurso en la catástrofe que preveía. Temía que sus acreedores se apoderasen de su pensión y le fuese completamente suprimida, y en mis estrechas miras me hacía la ilusión de que mis pequeños ahorros le serían entonces de gran provecho. Mas para realizarlos y sobre todo para conservarlos, era forzoso que ella lo ignorase, pues no convenía que supiese que, mientras ella se hallaba apurada, yo tenía guardado algún dinero. Por consiguiente, iba buscando escondrijos por todas partes

donde ocultaba algunos luises, contando aumentar incesantemente este depósito hasta que llegase la ocasión de ponerlo á su disposición. Pero era tan desgraciado al elegir mis escondrijos, que siempre los venteaba; luego, para darme á entender que los había encontrado, quitaba el oro que yo había puesto y en su lugar colocaba otros objetos de más valor. Entonces, todo corrido, llevaba mi pequeño tesoro al bolsillo común, que nunca dejaba ella de emplear en bagatelas ó en objetos para mi uso, como una espada de plata, un reloj ú otras cosas por el estilo.

Convencido ya de que no me sería posible acumular y que para ella sería un recurso mezquino, conocí que el único que me quedaba contra la desgracia que temía, era ponerme en estado de poder por mi mismo proveer a su subsistencia, cuando, dejando ella de proveer á la mía, se viera próxima á carecer de pan. Desgraciadamente, echando mis cálculos del lado de mis gustos, me obstinaba locamente en buscar mi fortuna en la música; y sintiendo nacer en mi cabeza cantos é ideas, me hice la ilusión de creer que tan luego como me hallase en el caso de saber aprovecharlos, iba á ser un hombre célebre, un Orfeo moderno, cuyos sonos debían atraer todo el oro del Perú. Como ya comenzaba á leer regularmente la música, á mi entender no había más que aprender la composición. La dificultad estaba en hallar quien me la enseñase, porque sólo con Rameau, no esperaba poder conseguirlo por mi mismo; y desde que se fué Le Maître, no había quedado en toda Saboya quien entendiérase nada de armonía.

Aquí se verá una de esas inconsecuencias de que está llena mi vida, y que tan á menudo me han hecho tomar una dirección contraria, cuando precisamente creía encaminarme en línea recta al fin que me proponía. Ventura me había hablado mucho del abate Blanchard, su maestro de composición, hombre de mucho valer y de gran talento, que en aquel entonces era

maestro de capilla de la catedral de Besanzón, y lo es hoy día de la de Versalles. Se me puso en la cabeza que había de ir á Besanzón á tomar lecciones del abate Blanchard; y me pareció tan razonable esta idea, que logré que la aceptara mamá. Hela aquí trabajando en mi pequeño equipaje, con la profusión que ponía en todo. Así, con objeto de prevenir una bancarrota y reparar en el porvenir las consecuencias de su prodigalidad, empezaba en aquel mismo instante por causarle un gasto de ochocientos francos: aceleraba su ruina para ponerme en estado de remediarla. Por más loca que fuese esta conducta, nos había ilusionado completamente; uno y otro estábamos persuadidos, yo de que trabajaba para serle útil, ella de que trabajaba para mi utilidad.

Creí encontrar á Ventura todavía en Ancey y pedirle una carta para el abate Blanchard, pero se había marchado. Tuve que contentarme por toda recomendación con una misa á cuatro voces compuesta por él y escrita de su propio puño, que Ventura me había dejado. Con este documento fui á Besanzón, pasando por Ginebra, donde fui á visitar á mis parientes, y por Nyón, donde vi á mi padre, que me recibió como de costumbre y se encargó de remitirme el equipaje, que venía trás de mí, porque yo iba á caballo. Llegado á Besanzón, el abate Blanchard me recibió afectuosamente; me prometió enseñarme y me ofreció sus servicios. Ya estábamos dispuestos á comenzar, cuando supe por una carta de mi padre que mi equipaje había sido detenido y confiscado en las Rousses, aduana francesa de la frontera suiza. Sorprendido con esta noticia, me valí de las relaciones que había adquirido en Besanzón para averiguar el motivo de esta confiscación; porque, seguro como estaba de no llevar nada de contrabando, no podía imaginar en qué habían podido fundarla. Súpelo al fin, y bueno será decirlo, pues es un hecho curioso.

En Chamberí había conocido á Duvivier, un viejo lionés,

muy buen hombre, que fué empleado en tiempo de la regencia, y que habiendo quedado sin empleo entró á trabajar en el catastro. Había vivido en la buena sociedad, era sujeto de relevantes prendas, de vastos conocimientos, de carácter afable y muy cortés; sabía de música, y como trabajábamos en la misma sala, nos habíamos hecho amigos, manteniéndonos separados de todos aquellos patanes mal educados que nos rodeaban. Él tenía en París persona que le remitía esas novedades efímeras, fruslerías que corren sin saber por qué, mueren sin saber cómo y que nadie se acuerda más de ellas cuando han cesado de estar en boga. Como algunas veces lo llevaba á comer á casa de mamá, me hacia la corte, en cierto modo, y, para hacerse agradable, procuraba aficionarme á esas frivolidades, por las cuales senti siempre tal repugnancia, que jamás he leído una por mi propio gusto. Desgraciadamente uno de estos malhadados papeles había quedado en la faltriquera de la chupa de un traje nuevo que sólo había llevado dos o tres veces para estar en regla con los demás oficinistas. Ese papel era una parodia jansenista bastante insulsa de la hermosa escena del *Mitridates* de Racine, que había dejado olvidada en el bolsillo, habiendo leído apenas diez versos. He aquí lo que produjo la confiscación de mi equipaje. Los empleados hicieron en el preámbulo del inventario de mi maleta, un magnífico proceso verbal, en que, suponiendo que aquel escrito se remitía de Ginebra con el intento de ser impreso y distribuido en Francia, se extendían en piadosas invectivas contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y en elogios de su fervorosa vigilancia, que había evitado la ejecución de este infernal proyecto. Sin duda encontraron que mis camisas oían á heresia, porque en virtud de ese terrible papel fué confiscado todo, sin que jamás me haya dado cuenta ni noticia alguna de mi pobre pacotilla. Los empleados de hacienda, á quienes se acudió en reclamación, exigían tantas instrucciones, señas, certi-

ficados y memoriales, que perdiéndome mil veces en este laberinto, me vi obligado á abandonarlo todo. Siento en gran manera no haber conservado el proceso verbal del resguardo de las Rousses, pues era un documento que debía figurar preferentemente en la colección de los que han de acompañar á este trabajo.

Esta pérdida me hizo volver en seguida á Chamberí sin haber hecho nada con el abate Blanchard; y bien considerado, viendo que la desgracia me perseguía en todas mis empresas, resolví unir en todo mi suerte á la de maná, y no inquietarme más por un porvenir contra el cual nada podía. Ella me recibió como si hubiese venido cargado de tesoros; poco á poco volvió á proveerme de ropas, y mi desgracia, bastante grande para ambos, fué olvidada casi en tan breve tiempo como me había sucedido.

Aunque este contratiempo entibió mis esperanzas en la música, no dejaba de estudiar siempre mi Rameau, y á fuerza de trabajo logré al fin entenderlo y hacer algunos pequeños ensayos de composición, cuyo buen éxito me animó. El conde de Bellegarde, hijo del marqués de Antremont, volvió de Dresde después de la muerte del rey Augusto. Había vivido mucho tiempo en París, tenía una afición extraordinaria á la música, y era apasionado por la de Rameau. Su hermano el conde de Nangis tocaba el violín, y su hermana la señora condesa de la Torre cantaba un poco. Esto hizo que la música se pusiese de moda en Chamberí, cuya dirección quisieron al principio encomendarme, pero luego echaron de ver que era cargo superior á mis fuerzas, y se arreglaron de otra suerte. Con todo, no dejaba yo de dar algunos trozos de mi cosecha y entre ellos una cantata, que fué muy aplaudida. No era una pieza acabada, pero estaba llena de cantos nuevos y de efectos que no se esperaban de mí. Aquellos señores no pudieron creer que leyendo tan mal la música, me hallase en estado de poder

componer algo que pudiera pasar y no dudaron de que me había engalanado con plumas ajenas. Para cerciorarse de ello, vino á buscarme una mañana el señor de Nangis, con una cantata de Clerambault, en la cual había cambiado el tono, según decía, para comodidad de la voz, y á la que era preciso poner un acompañamiento nuevo, porque el cambio de tono hacia nejecutable el de su autor. Yo respondí que esto era un trabajo considerable y que no podía hacerse de repente, lo cual le hizo creer que trataba de buscar una evasiva, y me instó para que á lo menos compusiese el de un recitado.

Lo hice, pues, mal sin duda, pues para dejar un trabajo bien acabado necesito estar con libertad y á mis anchas; pero á lo menos me ajusté á las reglas, y como fué en su presencia, no pudo dudar de que poseía los elementos de la composición. Así no perdí mis alumnas, pero se enfrió un poco mi afición á la música, viendo que se daba un concierto y se prescindía de mí.

Fué poco más ó menos por aquella época, cuando habiéndose firmado la paz, el ejército francés volvió á pasar los montes. Varios oficiales visitaron á mamá, entre ellos el señor conde de Lautrec, coronel del regimiento de Orleans, después ministro plenipotenciario en Ginebra y posteriormente mariscal de Francia, á quien me presentó. Por lo que le dijo, pareció que él se interesaba mucho en mi favor y me hizo varias promesas, de que no se volvió á acordar hasta el último año de su vida, cuando ya no lo necesitaba. El joven marqués de Sennecterre, cuyo padre era embajador entonces en Turin, pasó por Chamberí al mismo tiempo.

Un día que comía en casa de la condesa de Mentón, asistía yo también á la comida, y acabada ésta se trató de música, que él conocía perfectamente. Se habló de la ópera *Jephthé*, que á la sazón estaba en boga, la trajeron, y me hizo temblar proponiéndome que entre los dos la ejecutásemos. Abrien-

do el libro al acaso, se halló con este célebre trozo á dos coros :

La tierra, el cielo mismo y el infierno,
Se estremecen delante del Eterno ¹.

Me dijo: «¿De cuántas partes queréis encargaros? Yo por mi parte, tomo estas seis.» Todavía no estaba acostumbrado á la petulancia francesa, y aunque hubiese tarareado algunas partituras, no comprendía cómo una misma persona podía cantar seis voces á un tiempo, ni dos siquiera. Nada me ha costado tanto en el cultivo de la música, como saltar con facilidad de una parte á otra, sin perder de vista el conjunto de la partitura. Por la manera de salir del paso, el señor de Sennecterre debió sospechar que yo no sabía de música. Quizás para averiguarlo me propuso que anotase una canción que deseaba ofrecer á la señorita de Mentón. No pude excusarme de hacerlo; la cantó y yo la escribí hasta sin hacerle repetir mucho. En seguida la leyó y encontró, como así era en efecto, que estaba escrita correctamente. Como había visto mi embarazo, se complació en divulgar este pequeño triunfo, á pesar de ser una cosa muy sencilla. En el fondo yo conocía bien la música; sólo me faltaba esa facilidad del primer golpe de vista, que jamás tuve en ninguna cosa, y que en el arte musical sólo se obtiene por medio de una práctica consumada. Sea como quiera, le agradecí en el alma el buen cuidado que tuvo de borrar del ánimo de los demás y del mío propio el pequeño fiasco que había hecho; y doce ó quince años después, habiéndome encontrado con él en diversas casas de Paris, varias veces tuve la tentación de recordarle esta anécdota, y probarle que conservaba este recuerdo. Mas como entonces había per-

¹ *La terre, l'enfer, le ciel même.
Tout tremble devant le Seigneur.*

dido la vista, temí renovar su pena, trayéndole á la memoria el uso que había sabido hacer de ella, y me callé.

Llegó el momento que empieza á ligar mi pasado con mi presente. Algunas amistades de aquel tiempo conservadas hasta ahora, me han sido muy preciosas. Con frecuencia me han puesto en el caso de echar de menos aquella feliz oscuridad en que los que se llamaban amigos míos, lo eran por mí, por pura benevolencia, no por vanidad de tener amistad con un hombre conocido ó por el secreto deseo de tener así más ocasiones de perjudicarlo. De esta fecha, data mi primer conocimiento con mi antiguo amigo Gouffecourt, que lo ha sido siempre, á pesar de los manejos que se han puesto en juego para quitarme su amistad. Siempre no, ¡hay de mí! acabo de perderle, pero no ha dejado de quererme, sino al dejar de existir; nuestra amistad sólo ha terminado con su vida. El señor de Gauffecourt era uno de los hombres más amables que han existido; era imposible verle sin quererle; imposible vivir en intimidad con él sin serle adicto de corazón. Jamás he visto fisonomía más franca, más simpática, que revelase más serenidad, más sensibilidad y más talento, y que inspirase mayor confianza. Por más reservado que uno fuese, desde la primera entrevista no podía menos de familiarizarse con él, como si le conociera de veinte años. Y yo, que generalmente no estoy á gusto cuando trato por vez primera á una persona, experimenté con él todo lo contrario desde el primer momento. Su tono, su acento, su conversación concordaban perfectamente con su fisonomía. Su hermosa voz de bajo, limpia, robusta, de buen timbre, sonora y vibrante, llenaba el oído y hallaba eco en el corazón. No cabe tener un carácter más alegre, afable y entero, una gracia más verdadera y sencilla, un talento natural cultivado con mejor gusto. Anádase á todo esto un corazón cariñoso; pero que lo era demasiado para todo el mundo; un carácter obsequioso casi sin distinción de perso-

nas; servía á sus amigos con celo, ó mejor se hacia amigo de aquellos á quienes podía servir; y sabía hacer con destreza su negocio, al paso que gestionaba con gran calor los ajenos. El señor Gauffecourt era hijo de un simple relojero, arte que también había él ejercido; pero su porte y sus méritos le llamaban á una esfera más elevada, donde no tardó en colocarse. Trabó relaciones con el señor de la Closure, ministro residente de Francia en Ginebra, que le cobró afecto y le procuró otras relaciones en París, que le fueron útiles, y por medio de las cuales logró tener el suministro de sales del Valais, que le valía veinte mil libras de renta. Su fortuna bastante halagüeña se limitó á esto respecto de los hombres, mas en cuanto á las mujeres se lo disputaban, así es que pudo escoger á su antojo é hizo lo que quiso. Lo más singular y lo que más le honra es que, estando relacionado con gente de todas condiciones, fué estimado en todas partes, solicitado por todo el mundo sin que jamás excitase el odio ni la envidia de nadie; y creo que murió sin tener un solo enemigo. ¡Hombre feliz! Todos los años iba á los baños de Aix, donde se reúne la buena sociedad de las comarcas vecinas. Relacionado con toda la nobleza de Saboya, desde Aix iba á Chamberi á visitar al conde de Bellegarde y á su padre el marqués de Antremont, en cuya casa le conoció mamá y me hizo conocerle. Esta amistad, que no parecía deber conducir á nada y siguió sin interrupción durante largos años, se renovó en la ocasión que diré, convirtiéndose en una cordial intimidad. Esto sólo me autoriza para hablar de un amigo, con quien he estado tan estrechamente unido; mas aun cuando no tuviese ningún interés personal en recordar su memoria, era un hombre tan amable y dotado de tan relevantes cualidades que, lo creería digno de eterna recordación para honra de la especie humana. No obstante de ser tan buen sujeto, no dejaba de tener sus defectos como los demás, como se verá más adelante; pero si no los hubiese tenido, tal vez no

hubiera sido tan amable. Para hacerle todo lo interesante posible convenía que tuviese algo que perdonársele.

Otra amistad adquirida por esta misma época no se ha extinguido todavía y aun me ilusiona con esa esperanza que tenemos de la felicidad temporal y que difícilmente se apaga en el corazón del hombre. El señor de Conzié, gentilhomme saboyano, que era entonces un joven amable, tuvo el capricho de aprender de música, ó mejor de trabar relaciones con el que la enseñaba. Al ingenio y afición á los bellos conocimientos unia el señor de Conzié una dulzura de carácter, que le hacía complaciente, y yo lo era también mucho con las personas en quienes hallaba esta cualidad. Pronto nos hicimos amigos ⁴. El germen de literatura y de filosofía, que empezaba á fermentar en mi cerebro, y que sólo aguardaba un poco de cultivo y estímulo para desarrollarse enteramente, los encontró en él. El señor de Conzié tenía escasa disposición para la música, y esto redundó en provecho mío, porque pasábamos las horas de lección en cosa muy distinta del solfeo. Almorzábamos, conversábamos, leíamos algunas noticias, sin hablar una palabra de la música. Entonces metía ruido la correspondencia de Voltaire con el príncipe real de Prusia, y á menudo tratábamos de estos dos hombres célebres, uno de los cuales, que en breve tiempo ocupó el trono, se dejaba ya adivinar tal como después debía mostrarse al mundo; y el otro, tan desacreditado entonces como admirado ahora, nos movía á una compasión sincera por la desgracia que le perseguía y que tan frecuentemente es el patrimonio de los grandes talentos. El príncipe de Prusia había sido poco afortunado en su juventud; y Voltaire parecía haber nacido para no serlo jamás. El interés

⁴ Lo he visto posteriormente, hallándole totalmente transformado. ¡Gran mago es el señor de Choiseuli Ninguna de mis antiguas amistades se ha librado de sus metamorfosis.

que ambos nos inspiraban se extendía á todo lo que con ellos se relacionaba. Nada de cuanto escribía Voltaire se nos escapaba. La afición que entonces cobré á estas lecturas me inspiró el deseo de aprender á escribir con elegancia, y hacer lo posible para imitar el buen colorido de este autor que me tenía prendado. Poco tiempo después aparecieron sus cartas filosóficas, que á pesar de no ser seguramente su mejor trabajo, fué el que más me aficionó al estudio, y esta naciente afición no se ha extinguido en mí desde entonces.

Pero no había llegado todavía el momento de entregarme á ella formalmente. Aun tenía un carácter veleidoso, un deseo de ir y venir, que más bien se hallaba amortiguado que extinguido y que alimentaba el tren de la casa de la señora de Warrens, harto ruidoso para mi natural solitario. Este fárrago de desconocidos que afluitan á ella cada día de todas partes, y la persuasión en que yo estaba de que toda aquella gente no buscaba otra cosa más que engañarla, cada cual á su manera, convertían mi morada en un verdadero tormento.

Desde que, por haber sucedido á Claudio Anet en la confianza de su ama, me hallaba más al corriente del estado de sus intereses, veía una decadencia tan rápida que me asustaba. Mil veces se lo había patentizado, la había apremiado, suplicado, siempre inútilmente. Me había echado á sus plantas, haciéndole una viva pintura de la catástrofe que le amenazaba; la había exhortado fuertemente á que reformase sus gastos, empezando por mí; á que prefiriese sufrir un poco siendo joven todavía, á multiplicar continuamente sus deudas y acreedores, exponiéndose á sus vejaciones y á la miseria en la vejez. Ella, agradecida á la sinceridad de mi celo, se enternecía conmigo y me hacía las más halagüeñas promesas; pero llegaba un tunante, y al momento quedaba todo olvidado. Después de haber repetido muchísimas veces esta prueba inútilmente, que me quedaba hacer, sino apartar la vista de un mal que

no podía evitar? Me alejaba de la casa, cuya puerta no podía guardar; emprendía excursiones á Nyón, á Ginebra, á Lyon, que si adormecían algo mi dolor secreto, aumentaban sus motivos á causa de mis gastos. Juro que me habría abstenido de todo con el mayor gusto, si mamá hubiese sabido aprovecharse verdaderamente de mis ahorros; pero seguro de que los bribones se hubieran aprovechado de mis economías, abusaba de su condescendencia, para partir con ellos, y cual perro que vuelve del matadero, me llevaba una porción de lo que, no podía salvar.

No me faltaban pretextos para todos estos viajes, y mamá por sí sola me los hubicra dado, tantas eran las relaciones que tenía en todas partes, negocios, quehaceres y misiones de confianza. No deseaba otra cosa que enmiarme; yo no pensaba más que en marcharme; de donde había de resultar para mí una vida asaz vagabunda.

Estos viajes me facilitaron algunas buenas relaciones, que en lo sucesivo me han sido gratas ó de utilidad; entre ellas la del señor Perrichón, que adquirí en Lyon y me arrepiento de no haber cultivado bastante, en atención á las bondades que me dispensaba; la del buen Parisot, de quien hablaré á su tiempo; en Grenoble, las de la señora Degbens y de la señora presidenta de Bardouneche, mujer de gran talento y que me hubiera cobrado afecto, si hubiese estado en mi mano verla más á menudo; en Ginebra, la del señor de la Closure, ministro residente de Francia, que me hablaba con frecuencia de mi madre, de cuyo recuerdo no había podido desprenderse su corazón; á pesar de su muerte y del tiempo transcurrido; la de los dos Barillot, de los que el padre, que me llamaba su nieto, tenía un trato muy agradable y era uno de los hombres más dignos de cuantos he conocido.

Durante las agitaciones de la República, estos dos ciudadanos militaron en partidos contrarios; el hijo en el del pue-

blo, el padre en el de los magistrados; yo les vi, cuando en 1737 Ginebra se levantó en armas, salir armados de la misma casa cada cual con dirección á su cuartel, seguros de que al cabo de dos horas habían de hallarse el uno en frente del otro, expuestos á matarse mutuamente.

Este horrible espectáculo me causó una impresión tan viva, que juré allí mismo no mezclarme jamás en ninguna guerra civil, ni sostener en el interior la libertad con las armas, ni personalmente, ni de palabra, ni de hecho, si algún día recobraba mis derechos de ciudadano, juramento que aseguro haber guardado en ocasión delicada; y el lector juzgará, según pienso, que esta moderación tuvo algún mérito.

Pero entonces no me hallaba todavía en la primera fermentación de patriotismo que Ginebra sublevada excitó en mi corazón. Cuán lejos me hallaba de ella, podrá comprenderse por un hecho muy grave en contra mía, que había olvidado de referir en su lugar y no debe omitirse.

Desde algunos años atrás, mi tío Bernard se hallaba en la Carolina para levantar la ciudad de Charlestown, cuyo plan había formado, muriendo allí á poco tiempo. Mi pobre primo había muerto también al servicio del rey de Prusia, y mi tía perdió su hijo y su marido en plazo breve. Estas pérdidas aumentaron su amistad hacia el más próximo pariente que le quedaba, que era yo. Cuando iba á Ginebra paraba en su casa, donde me entretenía en revolver y ojear los libros y papeles que mi tío había dejado. Encontré escritos curiosos y cartas cuya existencia difícilmente se sospecharía. Mi tía, que hacía poco caso de estos papelotes, me hubiera permitido llevarlo todo si yo hubiese querido; pero me contenté con dos ó tres libros comentados por mi abuelo el ministro Bernard, entre otros las obras póstumas de Rohault, en cuarto, cuyas márgenes estaban llenas de excelentes escolios que me hicieron aficionarme á las matemáticas. Este libro quedó entre los de

la señora de Warens, y siempre me ha dolido no haberlo guardado. Á éstos añadí cinco ó seis memorias manuscritas y sólo una impresa que era del famoso Micheli Ducret, hombre de gran talento, sabio, despejado, turbulento, que fué tratado con excesiva crueldad por los magistrados de Ginebra, y finalmente murió en la fortaleza de Arberg, donde estuvo encerrado largos años, según se decía, por hallarse complicado en la conspiración de Berna.

Esta memoria era un juicio crítico bastante razonado del grande y ridículo plan de fortificación que en parte se ha adoptado en Ginebra, con escándalo de los inteligentes, que ignoran el móvil secreto que inducía al consejo á llevar á cabo esa grande empresa. Habiendo sido excluido de la comisión de fortificaciones por haber vituperado este plan, el señor Micheli había creído que, en calidad de miembro del *consejo de los doscientos*, y hasta como simple ciudadano, podía dar su parecer más por extenso, y esto es lo que había hecho con su memoria, que tuvo la imprudencia de mandar imprimir, aunque no para publicarla, porque no hizo más ejemplares que los que remitía á los *doscientos* y fueron interceptados en el correo por orden del consejo local. Yo la encontré entre los papeles de mi tío juntamente con la réplica que éste recibió el encargo de hacer, y me llevé una y otra. Esto fué durante un viaje que realicé poco después de mi salida del catastro, quedando en amistad con su jefe, el abogado Coccelli. Algún tiempo después, el director de la aduana me rogó que le tuviera un hijo en las pilas bautismales y me dió por comadre á la señora Coccelli. Los honores me volvían loco; y orgulloso de emparentar casi con el señor abogado, las echaba de hombre importante para mostrarme digno de semejante distinción.

Con esta idea pensé que nada podía hacer mejor que enseñarle la memoria impresa de Micheli, que realmente era un documento raro, para probarle que yo pertenecía á los no

tables de Ginebra que conocían los secretos del Estado. Sin embargo, por una semi reserva, que me sería difícil explicar, no le manifesté la respuesta de mi tío á esta memoria, quizá porque estaba manuscrita y al señor abogado no le interesaba más que lo impreso. Pero tan bien apreció lo que valía el escrito que cometí la necedad de confiarle, que nunca más he podido rescatarlo, ni volverlo á ver; y, plenamente convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, haciendo de la necesidad virtud, transformé este robo en regalo. No me cabe duda alguna de que este trabajo le valió mucho en la corte de Turin, á pesar de ser un objeto más curioso que útil, y que tuvo buen cuidado de hacerse reembolsar de un modo ú otro el dinero que hubiera debido costarle su adquisición. Afortunadamente, la contingencia de que en lo porvenir el rey de Cerdeña ponga sitio á Ginebra es muy poco probable; pero, como no hay nada imposible, siempre culparé á mi estúpida vanidad el haber puesto á la vista de su tradicional enemigo los defectos capitales de esta plaza fuerte.

Así pasé dos ó tres años entre la música, el magisterio, los proyectos, los viajes, fluctuando incesantemente entre varias cosas, deseando fijarme sin saber en qué, pero sintiéndome arrastrado por grados al estudio, tratando con literatos, oyendo hablar de literatura, mezclándome de vez en cuando en estas conversaciones y aprendiendo más bien la jerigonza de los libros, que los conocimientos en ellos contenidos. En mis viajes á Ginebra, iba de cuando en cuando á ver de paso á mi antiguo amigo el señor Simón, que fomentaba mucho mi naciente estímulo con las novedades más recientes en la república de las Letras, sacadas de Baillet ó de Colomies. También veía á menudo en Chamberí á un dominico profesor de física; he olvidado el nombre de este buen fraile, que á menudo hacia pequeños experimentos con gran satisfacción de mi parte. A

ejemplo suyo, y ayudado con las recreaciones matemáticas de Ozanam, quise fabricar tina simpática; al efecto, después de haber llenado una botella hasta poco más de la mitad de cal viva, oropimente y agua, la tapé bien; la efervescencia empezó á desarrollarse casi en el mismo instante con la mayor violencia, corri á destaparla, pero no llegué á tiempo y me saltó el contenido á la cara como una bomba. Tragué oropimente y cal, y estuve á la muerte. Más de seis semanas quedé ciego; y así aprendí á no meterme en experimentos sin previos estudios elementales. Esta aventura perjudicó notablemente á mi salud, que desde algún tiempo atrás se iba alterando visiblemente. Ignoro de dónde provenia que, teniendo un buen estómago y no cometiendo exceso de ningún género, decaía ostensiblemente. Ancho de espaldas y bastante robusto de pecho, mis pulmones debían funcionar con desahogo, y sin embargo, tenia corto el aliento, sentía opresión, suspiraba involuntariamente, sufría palpitaciones, arrojaba sangre, y me sobrevino una fiebre lenta de que jamás he curado completamente. ¿Cómo es posible caer en semejante estado en la flor de la edad sin tener ninguna viscera dañada, sin haber hecho nada que pudiera destruir mi salud?

La espada gasta la vaina, se dice á veces. He aquí mi historia. He vivido de mis pasiones, y mis pasiones me han matado; ¿qué pasiones me preguntarán? Pequeñeces, las cosas más pueriles del mundo, pero que me afectaban como si se hubiese tratado de la posesión de Elena ó del trono del universo. Al principio fueron las mujeres; cuando hube poseído una, mis sentidos estuvieron tranquilos, pero mi corazón jamás; las necesidades del amor me devoraban en el seno del placer. Poseía una tierna madre, una amiga querida, sin embargo me faltaba una amante. Yo me la representaba en su lugar, la imaginaba de mil modos para satisfacerme á mi mismo. Si cuando mamá se hallaba en mis brazos hubiese

recordado que era ella, no la hubiera estrechado contra mi corazón con menor viveza, pero todos mis deseos se habrían amortiguado; hubiera sollozado de ternura, mas no habría gozado. ¡Gozar! ¿es acaso para el hombre? ¡Ah! si una sola vez en mi vida hubiese gustado en toda su plenitud las delicias del amor, se me figura que mi frágil existencia no hubiera podido resistirlo; hubiera muerto allí mismo.

Me hallaba, pues, ardiendo de amor sin objeto, y así es cómo tal vez aniquila más. Me sentía inquieto, atormentado por el estado de los intereses de mi pobre mamá y de su imprudente conducta, que no podía dejar de causarle su ruina en breve tiempo. Mi cruel imaginación, que siempre se anticipa á las desgracias, me representaba la suya sin cesar, con toda su extensión y con todas sus consecuencias. De antemano me veía inevitablemente separado por la miseria de aquella á quien habia consagrado mi vida, y sin la cual me hubiera sido imposible vivir. He aquí cómo mi espíritu estaba constantemente agitado. Los deseos y los temores me consumían alternativamente.

La música era para mí otra pasión menos fogosa, pero no me dañaba menos por el ardor con que á ella me dedicaba, por el tenaz estudio de las oscuras obras de Rameau, por mi obstinación invencible en querer recargar mi memoria que de continuo lo rechazaba, por mis no interrumpidos progresos, por las compilaciones inmensas que amontonaba, pasando muy á menudo noches enteras copiando. ¿Y por qué he de detenerme en las cosas duraderas, cuando todas las locuras que se sucedían en mi voluble mente, los placeres fugitivos de un solo día, un viaje, un concierto, una cena, el tener que dar un paseo, que leer una novela, una comedia que ver, todo lo que era más accidental en mis diversiones ó en mis asuntos, se convertía para mí en otras tantas pasiones violentas, que en su ridícula impetuosidad me daban un verdadero tormento?

Había un ginebrino, llamado señor Bagueret, que estuvo empleado en la corte de Rusia en el reinado de Pedro el Grande; era el hombre más feo y uno de los mayores locos que he visto en mi vida, siempre cargado de proyectos tan disparatados como él, que hacía caer los millones cual lluvia, y que cuidaba poco de economizar los ceros.

Habiendo venido este hombre á Chamberi, por algún proceso en el Senado, se amparó de mamá, como acontecía de ordinario, y en cambio de los tesoros de ceros que le prodigaba generosamente, se llevaba sus pobres escudos uno á uno. Esto me exasperaba, él lo veía, cosa muy fácil conmigo, y no había bajeza que no emplease para engatusarme. Entonces le ocurrió enseñarme el juego del ajedrez, que él conocía un poco; lo ensayé casi á pesar mío, y después de medio aprendida la marcha de las piezas, mi progreso fué tan rápido, que antes de concluir la primera sesión yo le daba la torre, que él me había dado en las primeras partidas.

Esto fué bastante para que este juego absorbiese todo mi espíritu. Me proporcioné un tablero, y compré el Calabrois; me encerré en mi cuarto, en donde pasaba días y noches empeñado en aprender de memoria todas las partidas; quería encajarlas en mi entendimiento de buen ó mal grado, jugando solo sin descanso ni fin. Al cabo de dos ó tres meses de este divertido ejercicio y de esfuerzos inauditos, fui al café, delgado, amarillo y atontado. Me ensayé y volví á jugar con el señor Bagueret; me ganó una vez, dos, veinte veces; se habían enredado tantas combinaciones en mi mente, y mi imaginación se había ofuscado de tal manera, que delante de mí no veía más que una nube. Cuantas veces quise ejercitarme en el estudio de jugadas con el libro de Filidor ó con el de Stamma, me sucedió lo mismo; y después de haberme extenuado con la fatiga, me encontré más decaído que antes. Por lo demás, que haya abandonado el ajedrez ó que, jugando, me

haya repuesto, no he adelantado un ápice desde la primera sesión, y me he encontrado siempre en el mismo punto en que me hallaba al concluirla. Aunque estuviera ejercitándome millares de siglos, siempre acabaría por poder dar la torre á Bagueret y nada más. He aquí un tiempo bien empleado, se dirá; y que no fué poco; no cejé en este primer ensayo, hasta que me faltaron las fuerzas. Cuando me dejaba ver saliendo de mi cuarto, parecía un cadáver, y de haber persistido en este empeño no lo hubiera parecido mucho tiempo. Como se comprenderá, es difícil, sobre todo en el ardor de la juventud, que una cabeza como la mía deje gozar siempre al cuerpo de salud.

La alteración de la mia influyó en mi carácter y templó la impetuosidad de mi fantasía; sintiéndome decaer, me aquieté un poco, y se entibió mi furor por los viajes. Más sedentario, se apoderó de mí no el fastidio, pero sí la melancolía; la disciplina sucedió á las pasiones, mi languidez se transformó en tristeza; lloraba y suspiraba por los motivos más insignificantes; sentía escapárseme la vida sin haberla disfrutado; me condolia del estado en que dejaba á mi pobre mamá, y del en que la creía próxima á caer, y puedo afirmar que era mi única pena abandonarla á su desconsuelo. En fin, caí gravemente enfermo; ella me cuidó como jamás madre alguna cuidó á su hijo, y esto fué provechoso para ella misma, distrayéndola de los proyectos, y manteniendo alejados á los proyectistas.

¡Cuán dulce hubiera sido mi muerte, si hubiese llegado entonces! Poco había gozado del mundo, mas tampoco había experimentado sus miserias; mi alma podía partir tranquila sin el sentimiento cruel de la injusticia humana, que emponzoña la vida y la muerte. Tenía el consuelo de sobrevivirme en la mitad mejor de mi mismo; esto apenas era morir. Á no ser por las inquietudes que me agobiaban acerca de su suerte,

habría muerto con la tranquilidad del que se duerme, y aun estas mismas inquietudes tenían un objeto afectuoso y tierno, que templaba su amargura. Yo le decía: «Heos aquí depositaria de todo mi ser; procurad que sea dichoso.» Por dos ó tres veces, cuando más enfermo estaba, me sucedió levantarme por la noche y arrastrarme hasta su cuarto, para darle acerca de su conducta consejos que estoy cierto de que contenían un gran fondo de verdad y buen sentido. Mas el interés que por su suerte me tomaba, era el que más resaltaba en ellos. Como si las lágrimas fuesen para mí un alimento y un remedio, me senti reanimado por las que vertíamos juntamente, sentado yo sobre su cama y teniendo sus manos entre las mías. Las horas se deslizaban en estas nocturnas conversaciones, y me volvía mejor de lo que había ido. Contento y tranquilizado por las promesas que me había hecho y las esperanzas que me había infundido, me dormía con la paz en el corazón y resignado á la voluntad de la Providencia. Plegue á Dios que, después de tantos motivos para aborrecer la vida, de tantas tempestades como han agitado la mía convirtiéndola en una pesada carga, la muerte que debe ponerle término sea tan poco cruel como lo hubiera sido en aquellos momentos.

Á fuerza de cuidados, de vigilancia y de inexplicables penas, ella me salvó, y ciertamente nadie más hubiera podido lograrlo. Tengo poca fe en la medicina de los médicos, pero la tengo grande en la de los verdaderos amigos; las cosas de que depende nuestra ventura se hacen siempre mucho mejor que las demás. Si en la vida existe algún sentimiento delicioso, es el que experimentamos recobrando al amigo que creíamos perdido. Nuestro mutuo cariño no se aumentó, pues era imposible; mas adquirió cierto no sé qué de mayor intimidad y de más ternura en medio de su gran sencillez. Venía á ser obra suya, enteramente su hijo y más que si ella hubiese sido mi verdadera madre. Sin advertirlo, comenzamos á no separar no

más uno de otro, confundiendo en cierto modo nuestra existencia en una sola; y sintiendo que no sólo nos éramos necesarios, sino que nos bastábamos recíprocamente, nos acostumbramos á no pensar en nada extraño á ambos, á limitar absolutamente nuestra dicha y nuestros deseos á esta posesión mutua y quizás única entre los humanos, que de ningún modo era, como llevo dicho, la del amor, sino una posesión más esencial que, sin radicar en los sentidos, en el sexo, en la edad, en la figura, consistía en todo lo que constituye el ser en si y que no puede perderse más que dejando de existir.

¿De qué dependió que aquella preciosa crisis no originase la ventura para el resto de sus días y de los míos? No fué mía la culpa, lo cual me sirve de consuelo; tampoco lo fué suya, á lo menos de su voluntad. Estaba escrito que el invencible carácter natural recobraría en breve su imperio; mas no se verificó de repente la fatal reincidencia. Á Dios gracias, hubo un intervalo; intervalo corto y precioso que no terminó por mi causa y que no tengo que arrepentirme de haber aprovechado mal.

Aunque curado de mi grave dolencia, no había recobrado mi vigor; mi pecho no estaba aun restablecido, y me quedaba siempre un resto de fiebre, que me mantenía en estado de languidez. Sólo anhelaba acabar mis días al lado de la que tanto amaba, sostenerla en sus buenas resoluciones, hacerle comprender en qué consistía el verdadero encanto de una vida feliz y hacer tal la suya en cuanto de mí dependiese. Mas veía y hasta experimentaba que, viviendo en una casa sombría y triste, acabaríamos por hallar triste nuestra misma soledad. El remedio se presentó por casualidad. Mamá me había prescripto la leche y quería que fuese á tomarla en el campo; yo consentí en ello bajo condición de que ella me acompañaría; no necesitó más para resolverse, faltando únicamente escoger el lugar. El jardín del arrabal no estaba propiamente en el campo; rodeado de casas y de otros jardines, no tenía los

atractivos de un retiro campestre. Por otra parte, después de la muerte de Anet, habíamos dejado este jardín por razón de economía, puesto que ya no teníamos empeño en cultivar plantas, y otras miras hacían que no echásemos de menos aquel sitio.

Aprovechando ahora la aversión que en ella observaba hacia la ciudad, le propuse abandonarla enteramente y establecernos en un lugar solitario y agradable, en alguna casita bastante oculta para alejar á los importunos. Ojalá lo hubiese hecho, y esta resolución que mi buen ángel y el suyo me sugería nos hubiera asegurado probablemente días dichosos y tranquilos hasta el momento en que la muerte nos separase. Mas semejante situación no era la que nos destinaba la Providencia. Mamá debía experimentar todas las penalidades de la indigencia y del malestar, después de haber pasado su vida en la abundancia, para que sintiese menos perderla. Yo, por un cúmulo de males de todo género, había de servir de ejemplo á todo aquel que, inspirado por el solo amor del bien público y de la justicia, se atreva, escudado únicamente en su inocencia, á decir á los hombres la verdad abiertamente, sin apoyarse en las intrigas y sin procurarse partidarios que le sostengan. Un malhadado temor la detuvo; le faltó valor para abandonar su desagradable vivienda por miedo de incomodar al propietario.

«Tu proyecto de retiro es magnífico, me dijo, y muy de mi gusto; más es preciso contar con medios de vivir. Si dejas mi prisión, me expongo á perder el pan; y cuando en el bosque se nos haya concluido, preciso será volver á buscarlo en la ciudad. Para tener menos necesidad de venir, no la dejemos del todo; paguemos esta pequeña pensión al conde de Saint-Laurent á fin de que me deje la mía; búsqüemos algún sitio bastante lejano para vivir en paz, mas no tanto que no sea fácil volver siempre que lo necesitemos.» Así se hizo. Después de haber buscado un poco, nos fijamos en las Charmettes, tierra

del señor de Conzié, cercana á Chamberí, mas tan solitaria y oculta como si hubiese distado cien leguas. Entre dos laderas de bastante altura, hay un pequeño valle que se extiende de norte á sur, por cuyo fondo se desliza un arroyo por entre árboles y guijarros. Á lo largo del valle, en la falda de la ladera hay situadas algunas casas dispersas, muy agradables, para el que desee un asilo algo silvestre y retirado. Después de habernos detenido en dos ó tres de estas casas, escogimos la más bonita, propiedad de un gentilhombre que estaba en el servicio, llamado Noiret. Era una vivienda muy habitable. Tenía enfrente un jardín en forma de terraza, que estaba coronado por una viña y á cuyo pie se extendía un huerto; á la otra parte, había un bosque de castaños con una fuente cercana; más arriba, en la montaña, prados para el ganado; en fin, cuanto podía desearse para la vida sencilla que allí queríamos llevar. Por lo que puedo recordar de las épocas y de las fechas, fué á fines del verano de 1736 cuando nos instalamos allí. Yo me hallaba transportado de gozo el primer día que allí dormimos. «¡Oh mamá, dije á aquella cara amiga, abrazándola é inundando su seno con lágrimas de ternura y de alegría, ésta es la mansión de la dicha y de la inocencia. Si aquí no la encontramos juntos, no hay que ir á buscarla en parte alguna! 1.»

¹ La casa en que vivió Rousseau con la señora de Warens, en las Charmettes, tiene la siguiente inscripción que le hizo poner Hérault de Sechelles, en 1792, cuando era comisario de la Convención en el departamento del Montblanch:

*Réduit par Jean-Jacques habité,
Tu me rappelles son génie.*

(Asilo, que fuiste habitado por Juan Jacobo, tú me recuerdas su genio.)

LIBRO SEXTO

(1736.)

*Hæc erat in votis : modus agri non ita magnus,
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis atque fons :
Et paulum sylvæ super his foret...⁴.*

Y no puedo añadir :

*Auctius atque
Di melius fecere⁵;*

no importa, no necesitaba más, ni para nada quería la propiedad; me bastaba gozarla; y hace ya mucho tiempo que he dicho y observado que el propietario y el poseedor son á menudo dos personas muy distintas, aun dejando aparte los maridos y los amantes.

En esta época comienza el corto período de mi felicidad en la vida, y traseurren los apacibles, si bien rápidos momentos que me dan derecho para decir que he vivido. ¡Momentos preciosos y tan echados de menos! ¡ah! empezad de nuevo para mi vuestro agradable curso; deslizaos por mi memoria más lentamente que lo hicisteis realmente en vuestra sucesión fugitiva. ¿Cómo podré prolongar á mi gusto este relato tan sencillo y conmovedor para repetir siempre lo mismo sin fas-

⁴ He aquí lo que deseaba : un campo no muy grande, un huerto y una fuente junto á la casa; y juntamente con esto un pequeño bosque. (Sat. II, VI, Horacio.)

⁵ Los dioses me han concedido más de lo que deseaba. *Ibid.*

tidar más á mis lectores, recordándoles que yo no me fastidiaba, empezando de nuevo sin cesar? Si al menos consistiese todo en hechos, en acciones, en palabras, me seria fácil describirlo y representarlo en cierto modo; mas, ¿cómo he de referir lo que no era dicho ni hecho, ni siquiera pensado; sino gozado, sentido, sin que pueda indicar otro objeto de mi felicidad que este mismo sentimiento?

Me levantaba con el sol y era dichoso; me paseaba y era dichoso; veía á mamá y era dichoso; me apartaba de ella y era dichoso; recorría los bosques, las cuevas, divagaba por los valles, leía, estaba ocioso, trabajaba en el jardín, cogía la fruta, ayudaba al arreglo de la casa y por todas partes me seguía la felicidad; no se hallaba ésta en ningún objeto determinado; estaba toda en mí mismo sin poder abandonarme un solo instante.

Nada de cuanto me sucedió en aquella grata época, nada de cuanto hice, dije ó pensé en todo el tiempo de su duración se ha borrado en mi memoria. Los tiempos anteriores y posteriores se reproducen en ella por intervalos; los recuerdo desigual y confusamente; pero éste lo tengo tan presente como si durase todavía. Mi imaginación, que en mi juventud iba sin cesar adelante y ahora retrograda, compensa con estos dulces recuerdos la esperanza que he perdido para siempre. Nada veo ya en lo porvenir; sólo las excursiones á lo pasado son capaces de halagarme, y estos recuerdos tan vivos y verdaderos de la época á que me remonto me hacen vivir feliz con frecuencia á pesar de mis infortunios.

Sólo pondré un ejemplo de estos recuerdos para que pueda juzgarse de su fuerza y verdad. El primer día que fuimos á pernoctar en las Charmettes, mamá iba en silla de manos y yo la seguía á pie. Nos encontramos con una cueva; ella pesaba bastante, y temiendo fatigar demasiado á los conductores, quiso bajar, poco más ó menos, á la mitad del camino para

andar el resto á pie. Siguiendo nuestra marcha, vió algo azul en el vallado y me dijo: «Mira, una vincapervinca aún en flor.» Nunca había visto esta planta, no me bajé para examinarla y tengo la vista demasiado corta para distinguir las plantas en la tierra desde la altura de mis ojos. Solamente eché un vistazo sobre ésta al pasar, y han pasado casi treinta años sin que yo haya visto vincapervinca, ó si la he visto no me he dado cuenta de ello. En 1764 hallándome en Cressier con mi amigo du Peyrou, subíamos á una pequeña montaña en cuya cima existe un bonito salón, á que da con razón el nombre de Bellavista; yo empezaba entonces á herborizar un poco. Al subir mirando entre las breñas, lancé un grito de alegría, exclamando: «¡He aquí una vincapervinca!» y lo era en efecto. Du Peyrou notó mi emoción, más ignoraba la causa; espero que la sabrá, leyendo esto algún día. El lector está en el caso de apreciar por la impresión de tan pequeño objeto, la que han debido causarme todos los que se refieren á la misma época.

Sin embargo, el aire del campo no me volvió mi primitiva salud; mi estado era lánguido y lo fué más. No pude soportar la leche, y me vi obligado á dejarla. Entonces estaba de moda el aplicar el agua para todo remedio; me dediqué al agua con tan poca discreción que por poco me cura, no de mis dolencias, sino de la vida. Cada mañana al levantarme me iba á la fuente con una gran copa y bebía sucesivamente, paseándome, hasta un par de botellas. Dejé enteramente el vino en mis comidas. El agua que bebía era algo cruda y de difícil digestión como lo son la mayor parte de las aguas de montaña. En una palabra, lo hice tan bien, que en menos de dos meses me eché á perder completamente el estómago, que había conservado muy bueno hasta entonces. No pudiendo digerir, comprendí que no había ya que esperar mi curación.

Por este mismo tiempo, me ocurrió un accidente tan singular por sí mismo, como por sus consecuencias, que durarán mien-

tras viva. Una mañana, sin estar más enfermo que de costumbre, levantando una pequeña mesa sobre su pie, experimenté en todo mi cuerpo una revolución súbita y casi inconcebible; con nada puedo compararla mejor que con una especie de tempestad que se levantó en mi sangre y recorrió en un solo instante todos mis miembros. Mis arterias latían con tanta fuerza, que no solamente sentía sus sacudidas, sino que hasta las oía, sobre todo las de las carótidas ¹. Á esto se unió un gran ruido en los oídos, ruido que era triple ó mejor cuádruple, á saber: un zumbido grave y sordo; un murmullo más claro, como de agua corriente; un silbido muy agudo, y la agitación arriba mencionada, cuyas pulsaciones podía contar fácilmente sin tocarme el pulso ni el cuerpo con las manos. Este ruido interior era tan grande que me quitó la delicadeza de oído que antes tenía y me dejó no enteramente sordo, pero sí con una dureza que la conservo desde aquel entonces.

Júzguese de mi sorpresa y mi espanto. Me creía muerto: me metí en cama; se llamó al médico; le referí el hecho estremeciéndome, y pensando que no tenía cura. Yo creo que él fué de igual parecer; no obstante desempeñó su papel. Me endilgó una serie de razonamientos, de que no entendí palabra; luego, en consecuencia de su sublime teoría, empezó *in anima vili* la cura experimental que le plugo ensayar. Pero era tan penosa, tan desagradable, y obraba tan poco, que me cansé pronto, y al cabo de algunas semanas, viendo que no mejoraba ni empeoraba, abandoné el lecho, volviendo á la vida ordinaria con la agitación de mis arterias y mis zumbidos, que desde aquella fecha, es decir desde hace treinta años, no me han dejado un solo instante.

Hasta entonces había sido muy dormilón. La completa privación del sueño, que se agregó á todos aquellos síntomas y

¹ Nombre de las dos arterias que conducen la sangre al cerebro.

que hasta ahora los ha acompañado constantemente, me acabó de persuadir de que se me acababa la vida, y esta persuasión me tranquilizó por algún tiempo respecto al cuidado de curarme. No pudiendo prolongar mi existencia, resolví sacar todo el partido posible de la poca vida que me restaba, lo que, por un singular favor de la naturaleza, me era posible, y á pesar de hallarme en tan fatal estado, no sufría los dolores que parece debía acarrear. Me sentía importunado, molestado por este ruido, pero no me hacía padecer; no estaba acompañado de ninguna otra incomodidad habitual más que del insomnio durante las noches, y, á todas horas, de una respiración corta que no llegaba al asma, y no se dejaba sentir sino cuando quería correr ú obrar con alguna viveza. Este accidente que debía matar mi cuerpo, no mató más que mis pasiones, y cada día bendigo al cielo por el excelente efecto que en mi espíritu produjo. Bien puede decirse que no empecé á vivir hasta que me tuve por muerto; dando á las cosas que iba á dejar su verdadero valor, comencé á ocuparme de objetos más elevados, como anticipándome á los que habrían de ocuparme en breve y que hasta la sazón había descuidado. Frecuentemente había disfrazado la religión á mi manera, pero jamás había dejado de tener alguna; así, me costó menos volver á esta materia, tan triste para mucha gente, como dulce para el que hace de ella un objeto de esperanza y de consuelo. En esta ocasión, mamá me fué mucho más útil que los teólogos.

Ella, que nunca dejaba de sistematizar, había seguido igual procedimiento con la religión, y este sistema era un compuesto de ideas chocantes; unas muy sanas, otras muy locas; sentimientos relativos á su carácter y preocupaciones hijas de su educación. En general, los creyentes se forman un Dios á su imagen y semejanza; los buenos bueno, y malo los malvados á los beatos, rencorosos y biliosos, como quisieran condenar;

todo el mundo, no ven más que el infierno, en que apenas creen las almas dulces y amantes; y una de las cosas que menos puedo explicarme es ver al bondadoso Fenelón hablar de él en su *Telémaco*, cual si creyera de veras; pero confío en que mintió entonces, porque al fin, por muy verídico que uno sea, siendo obispo, es necesario que mienta alguna vez. Mamá no mentía conmigo, y aquella alma sin hiel que era incapaz de concebir un Dios vengativo y siempre airado, sólo veía clemencia y misericordia donde los devotos no descubren más que justicia y castigo. Á menudo decía que Dios no sería justo, si obrara justamente con nosotros; pues, no habiéndonos dado lo necesario para serlo, exigiría que le devolviésemos más de lo que nos había dado. Lo más singular es que, sin creer en el infierno, no dejaba de creer en el purgatorio. Esto procedía de que no sabía qué hacerse de las almas de los malos, no pudiendo condenarlas ni colocarlas entre las de los buenos hasta que lo fuesen; preciso es convenir en que efectivamente, así en este mundo como en el otro, los malos son siempre un gran estorbo.

Otra rareza: como se ve, toda la doctrina del pecado original y de la redención queda destruida con este sistema; conmueve la base del cristianismo vulgar, y por lo menos con ella el catolicismo no puede subsistir. Sin embargo, mamá era buena católica ó pretendía serlo, y es bien seguro que lo pretendía de buena fe. Le parecía que se interpretaban las Escrituras demasiado literal y duramente. Todo lo que en ella se lee de los tormentos eternos le parecía conminatorio ó figurado. La muerte de Jesucristo era para ella un ejemplo de caridad, verdaderamente divino, para enseñar á los hombres á amar á Dios y á sus semejantes. En una palabra, fiel á la religión que había abrazado, admitía de ella sinceramente toda la profesión de fe; mas, descendiendo á pormenores, se descubría que sus creencias divergian mucho de las de la Iglesia, á la que

sin embargo se sometía. En esta materia tenía una sencillez de corazón, una franqueza más elocuente que todos los ergotismos y que frecuentemente ponía en aprietos á su confesor; pues ella nada le ocultaba. «Yo soy, le decía, buena católica y quiero serlo siempre; adopto con todas mis fuerzas las decisiones de la Santa Madre Iglesia; no soy dueña de mi fe, pero lo soy de mi voluntad; la someto sin reserva y quiero creerlo todo; ¿qué más exíjis de mí?»

Aunque no hubiese habido moral cristiana, opino que ella la habría seguido; de tal modo se acomodaba ésta á su carácter. Practicaba cuanto estaba prescrito, pero caso que no lo hubiese estado, su conducta habría sido la misma. En las cosas indiferentes le era agradable obedecer; y si no le hubiera estado permitido y hasta prescrito comer de carne, habría comido de viernes á solas con Dios y su conciencia sin que la prudencia hubiese intervenido para nada. Mas toda esta moral estaba subordinada á los principios del señor de Travel, ó más bien, ella pretendía no ver en la suya nada contradictorio. Se hubiera acostado con veinte hombres cada día con la conciencia tranquila, y sin sentir más escrúpulo que el deseo. Sé perfectamente que muchas devotas tampoco son en esto muy escrupulosas; mas la diferencia está en que á éstas las seducen las pasiones, y á ella sus sofismas. En las conversaciones más patéticas, y me atrevo á decir más edificantes, tocó este punto sin cambiar de tono ni de expresión y sin creer contradecirse ella misma. En caso necesario, hubiera dejado la conversación para pasar al hecho, y luego la hubiera seguido con la serenidad de antes; tan íntimamente estaba convencida de que todo eso no era más que máxima de buen orden social, que toda persona sensata podía interpretar y aplicar ó no, según las circunstancias, sin el menor riesgo de ofender á Dios. Aunque en este punto yo no era á buen seguro de su parecer, confieso que no me atrevía á replicarle, porque me aver-

gonzaba el papel poco galante que hubiera debido hacer para ello. Hubiera procurado con gusto establecer la regla para los demás, procurando descartarme: pero además de que su temperamento era bastante para evitar el abuso de sus principios, sé muy bien que no era mujer á propósito para admitir la permuta, y que reclamar la excepción para mí era dejársela para todos los que quisiesen. Por lo demás, cuento aquí accidentalmente esta inconsecuencia entre las demás, aunque produjo poco efecto en su conducta y entonces no produjo ninguno; mas he prometido exponer fielmente sus principios, y quiero cumplir esta promesa.

Volvamos de nuevo á mí. Hallando en ella todas las máximas que necesitaba para poner mi alma á cubierto de los terrores de la muerte y de sus efectos, me sumergía con seguridad en este piélago de confianza. Me entregaba á ella más que nunca; hubiera querido trasladarle toda mi vida, que sentía próxima á abandonarme. De esta superabundancia de afecto hacia ella, de la persuasión de que me quedaba poco tiempo de vida, de la profunda seguridad en mi futura suerte, resultaba un estado habitual muy tranquilo y hasta sensual; pues, apagando todas las pasiones que prolongan nuestros temores y nuestras esperanzas, me permitía gozar, sin inquietudes ni recelos, de los escasos días que me restaban. Una cosa contribuía á hacerlos más agradables, y era el deseo de alimentar su gusto por el campo por medio de todas las diversiones que me era posible acumular. Haciéndole amar su jardín, sus crías de animales domésticos, sus palomas, sus vacas, yo mismo me aficionaba á todo esto; y estas ligeras ocupaciones, que me entretenían todo el día sin turbar mi tranquilidad, me valieron más que la leche y más que todos los específicos para conservar mi pobre máquina y aun restablecerla en lo posible.

Las vendimias, la recolección de los frutos, nos divertieron

el resto de este año y nos aficionaron más y más á la vida rústica en medio de las buenas gentes que nos rodeaban. Vimos con dolor aproximarse el invierno y regresamos á la ciudad, como si fuese un destierro; y más aún, como aquel que, no esperando ver la primavera, creía despedirse de las Charmettes para siempre, las abandoné no sin besar la tierra y los árboles y sin volverme varias veces al marcharnos.

Habiendo dejado mis alumnas desde mucho tiempo, y perdido el gusto de las diversiones y reuniones de la ciudad, ya no salía de casa, ni veía á nadie, exceptuando á mamá y al señor Salomón, que desde hacía poco era su médico y el mío; hombre honrado y de ingenio, gran cartesiano, que hablaba bastante bien del sistema del mundo y cuyas gratas é instructivas conversaciones me fueron más provechosas que todas sus recetas. Jamás he podido tolerar ese cúmulo insignificante y tonto de las conversaciones ordinarias; mas las útiles y sólidas siempre me han causado un gran placer y nunca las he rehusado. Me aficioné á la del señor Salomón; me parecía que hablando con él me anticipaba á los profundos conocimientos que iba á adquirir mi espíritu cuando hubiese roto sus trabas. El placer que me proporcionaba se hizo extensivo á los asuntos de que trataba, y empecé á buscar los libros que podían ayudarme á comprenderle mejor. Los que unían la devoción á la ciencia eran los que más me convenían; tales eran particularmente los del Oratorio y de Port-Royal. Me entregué á su lectura con inaudito afán. Vinome á las manos uno del padre Lamy intitulado *Conversaciones sobre las ciencias*, que era una especie de introducción al estudio de los libros que tratan de ellas; lo lei y releí muchas veces, resolviendo tomarlo por mi guía. En fin, me sentí arrastrado poco á poco á pesar de mi estado, ó mejor, á causa del mismo, hacia el estudio con una fuerza irresistible; y creyendo que cada día era el último de mi vida, estudiaba con tanto ardor, como si me hubiese

creído inmortal. Decían que esto me dañaba; yo creo que me hizo bien, y no solamente á mi espíritu, sino también á mi cuerpo; porque esta aplicación, que degeneró en pasión, me fué tan deliciosa que, no pensando más en mis males, me torturaban mucho menos. Es sin embargo muy cierto que nada me producía un alivio real; pero, no sintiendo dolores vivos, me acostumbé á languidecer, á no dormir, á meditar en vez de obrar y, en fin, á ver la decadencia sucesiva y lenta de mi organismo, que sólo podía contener la muerte.

Esta opinión no sólo me libró de todos los vanos cuidados de la vida, si que también de la molestia de los remedios á que hasta entonces me habían sometido á pesar mío. Salomón, convencido de que sus drogas eran ineficaces para salvarme, me ahorró la obligación de tragarlas y se contentó con mitigar el dolor de mi pobre mamá, dándome algunas de esas recetas indiferentes que engañan la esperanza del enfermo, manteniendo el crédito del médico. Abandoné el estrecho régimen; volví á usar el vino y todo el método de vida de un hombre lleno de salud, según la medida de mis fuerzas, sobrio en todo, mas sin abstenerme de nada. Hasta salí de casa y reanudé mis relaciones, sobre todo las que me unían con el señor de Conzié, cuyo trato hallaba sumamente agradable. En fin, sea que me pareciese conveniente estudiar hasta mi última hora, sea que se ocultase en el fondo de mi corazón un resto de esperanza de vivir, la perspectiva de la muerte, lejos de entibiar mi afición al estudio, parecía animarlo; y me apresuraba á adquirir algunos conocimientos para el otro mundo, como si hubiese creído que no tendría en él más que lo que de éste me hubiese llevado. Me aficioné á la tienda de un librero llamado Bouchard, en que se reunían algunos literatos, y al aproximarse la primavera, que no creía volver á ver, me proveí de algunos libros para leer en las Charmettes, en el caso de que tuviese la dicha de pasar allí otra temporada.

Se realizó este deseo y lo aproveché cuanto pude. El placer con que vi apuntar las primeras yemas es inexplicable: ver la nueva primavera era para mí resucitar en el paraíso. No bien comenzaron á fundirse las nieves, cuando abandonamos nuestro calabozo y llegamos á las Charmettes á tiempo para gozar las primicias del ruiseñor. Desde aquel momento ya no pensé en morir; y realmente es muy extraño que jamás he sufrido enfermedades graves en el campo. He padecido mucho en él, pero nunca me he visto obligado á guardar cama. Con frecuencia, sintiéndome más enfermo que de ordinario, he dicho: « Cuando me veais próximo á la muerte, llevadme á la sombra de una encina, os prometo revivir. »

Aunque me hallaba débil, desempeñé de nuevo mis funciones campestres, pero en proporción á mis fuerzas. Sentí vivamente no poder cuidar el jardín yo solo; mas cuando había dado seis golpes con la azada, quedaba sin aliento, me inundaba el sudor y no podía más. Cuando me inclinaba, las pulsaciones de mi sangre se redoblaban y me subía á la cabeza con tanta violencia, que me obligaba á enderezarme rápidamente. Limitado á cuidados menos fatigosos, me dediqué entre otros al del palomar, y me encariñé con él de tal suerte, que hubo días que me entretuvo largas horas sin sentirlo. La paloma es muy tímida y difícil de domesticar; sin embargo logré inspirar á las mías una confianza tan grande, que me seguían por todas partes y se dejaban coger sin ningún temor. Lo mismo era salir al jardín ó al corral, que volaban á posarseme dos ó tres en los brazos y en la cabeza, llegando al extremo de que, á pesar de lo mucho que me divertía este cortejo, me llegó á ser tan molesto, que me vi obligado á enfriar esa familiaridad. Siempre he gustado en gran manera de amansar los animales, especialmente los tímidos y salvajes. Me parecía encantador infundirles una confianza, que no fué burlada por mí. Quería que me amasen con libertad.

Dije que me había llevado algunos libros; me servi de ellos, más de suerte que antes contribuían á anonadarme que á instruirme. La errónea idea que tenía de las cosas me inducía á creer que, para leer un libro con provecho, era necesario poseer todos los conocimientos que el mismo suponía, bien lejos de sospechar que con frecuencia carecía de ellos el mismo autor, quien iba á buscarlos en otros libros á medida que los necesitaba. Con esta falsa idea, me veía obligado á detenerme á cada instante para recorrer incesantemente uno y otro libro; y á veces, antes de llegar á las diez páginas del que quería estudiar, hubiera tenido que apurar bibliotecas enteras. Sin embargo me obstiné de tal modo en seguir este extravagante método, que perdí en ello mucho tiempo, y por poco me embrollo de tal suerte, que me inutilizará para comprender ni saber nada. Afortunadamente eché de ver que andaba por mal camino y que me extraviaba en un laberinto inmenso; de donde me salí antes de perderme por completo.

Por poco apego que se tenga á las ciencias, lo primero que se experimenta al dedicarse á ellas es su enlace, que hace que se atraigan mutuamente, se ayuden y se aclaren, y que una no pueda subsistir sin la otra. Aunque la inteligencia humana no baste para abarcarlas todas y sea siempre preciso dedicarse á una con preferencia á las demás, si se carece de nociones de las otras, aun en la preferida, se halla uno con frecuencia á oscuras. Yo conocía que lo que había emprendido era bueno y útil en sí mismo y que sólo debía cambiar de método. Tomando por de pronto la *Enciclopedia*, la iba distribuyendo por sus distintas ramas; y vi que era mejor hacer todo lo contrario; esto es, tomarlas por separado y elevarse en cada una separadamente hasta el punto de concurrencia. Así vine á parar á la síntesis común; mas como hombre que sabe lo que se hace. La meditación en este punto reemplazaba en mí los conocimientos, y una reflexión muy natural me ayudaba á encaminarme

bien. Sea que viviese ó que muriese, no tenía tiempo que perder. No saber nada á la edad cercana á los veinticinco años, y querer aprenderlo todo, es obligarse á aprovechar mucho el tiempo. Ignorando en qué punto podía detener mi celo, la suerte ó la muerte me proponía á todo trance adquirir ideas sobre todas las cosas, así para sondear mis inclinaciones naturales, como para juzgar por mí mismo cuál de ellas merecía mejor ser cultivada.

De la ejecución de este plan, saqué otra ventaja que no había esperado, y fué la de aprovechar mucho el tiempo. Preciso es que yo no haya nacido para el estudio, porque una atención continuada me fatiga de tal modo, que me es imposible ocuparme con actividad durante media hora sin interrupción de una misma cosa, sobre todo siguiendo ideas ajenas; pues algunas veces me ha sucedido que, á pesar de detenerme mayor tiempo en las mías, he logrado un resultado favorable. Cuando me he fijado en algunas páginas de un autor que debe ser leído con atención, mi espíritu le abandona y se cierne en los espacios. Si me obstino, me fatigo inútilmente, se agotan mis fuerzas y nada veo; pero cuando se suceden asuntos diferentes, aun sin interrupción, uno me hace descansar del otro, y sin necesidad de descanso sigo más fácilmente. En mi plan de estudio me vali de esta observación, y lo varié de tal manera, que trabajaba todo el día sin fatigarme jamás. Cierto es que los cuidados domésticos y campestres hacían el papel de muy útiles diversiones; mas en mi creciente fervor, hallé en breve el medio de cercenar el tiempo de éstas para aumentar el del estudio y ocuparme en dos cosas á la vez sin pensar que se perjudicaban mutuamente.

En el relato de tantos detalles que á mí me halagan y con los que frecuentemente canso al lector, uso sin embargo una discreción que éste no sospecharía si yo no cuidara de advertirle de ella. Ahora, por ejemplo, me acuerdo con fruición de

todos los diferentes ensayos que hice para distribuir el tiempo de modo que me produjese á la vez tanta utilidad como deleite; y bien puede decirse que aquel tiempo en que viví, retirado y siempre enfermo, ha sido el en que he estado menos ocioso y menos aburrido. Dos ó tres meses pasaron así tanteando la inclinación de mi espíritu y gozando, en la mejor estación del año y en un lugar que la primavera convertía en un jardín encantado, de las delicias de la vida, cuyo valor tan bien experimentaba, de las de una compañía tan libre como dulce, si puede darse semejante nombre á una unión tan perfecta, y del placer de los bellos conocimientos que me proponía adquirir; pues que para mí era como si ya los poseyese, ó mejor dicho, era más todavía, porque el gusto de aprender entraba por mucho en mi felicidad.

Es necesario pasar por alto todos estos ensayos, que para mí eran goces, pero harto simples para poder explicarse. Hay más: el verdadero placer no se describe, sólo se siente y tanto más, cuanto menos puede describirse, porque no resulta de un conjunto de hechos, sino de un estado permanente. Incurro en frecuentes repeticiones, mas incurriría aún en muchas más, si dijera una cosa tantas veces como se me ocurre. He aquí poco más ó menos la distribución del tiempo, cuando por fin mi método de vida, á menudo modificado, comenzó á seguir un curso uniforme.

Todos los días me levantaba al amanecer, por un vecino vergel subía á un hermoso camino, que se extendía por encima de la viña y seguía la cuesta hasta Chamberí. Allí, mientras me paseaba, hacía mi oración, que no consistía en balbucear algunas vanas palabras, sino en una sincera elevación de espíritu hacia el autor de esa admirable naturaleza, cuyas bellezas se desplegaban ante mis ojos. Nunca me ha gustado hacer mis oraciones en una habitación; me parece que las paredes y todas esas pequeñas obras del hombre se interponen entre Dios.

y yo. Me gusta contemplarle en sus obras, mientras mi corazón se eleva á él. Mis preces eran puras y por lo tanto dignas de ser escuchadas; no pedía para mí y para aquella de quien en mis aspiraciones jamás me separaba más que una vida inocente y tranquila, exenta del vicio, de dolores, de penosas necesidades, la muerte de los justos y su suerte en la posteridad. Por lo demás, este acto consistía más en admiración y contemplación que en súplicas; y no ignoraba que el mejor medio de obtener del Dispensador de los verdaderos bienes los que nos son necesarios, es más que pedirlos, merecerlos. Al volver, daba un rodeo de bastante consideración, embebido en considerar con interés y voluptuosidad los objetos campestres que me rodeaban, únicos que jamás fatigan los ojos ni el corazón. De lejos observaba si mamá estaba levantada; cuando veía abiertas las maderas de su ventana, me estremecía de gozo y acudía volando; si estaba cerrada, entraba en el jardín, esperando que despertarse, entreteniéndome en repasar lo que había aprendido la víspera ó bien trabajando en el jardín. Así que se abría la ventana, iba á abrazarla en su lecho, á menudo medio dormida; y este abrazo, tan puro como tierno, hacía brotar de su misma inocencia un encanto, que nunca va unido á la voluptuosidad de los sentidos.

Nos desayunábamos de ordinario tomando café con leche. Era la hora del día en que estábamos más tranquilos, en que hablábamos con más desahogo. Estas conferencias, por lo regular largas, me han dejado una viva afición á los desayunos; y prefiero infinitamente la costumbre de Inglaterra y de Soiza, en que se reúnen todos para el desayuno, á la de Francia en donde, cada cual se desayuna sólo en su cuarto y aun con más frecuencia no se desayuna. Después de una ó dos horas de conversación, me iba á mis libros hasta la hora de comer.

Empezaba por alguno de filosofía, como la *Lógica* de Port-Royal, el *Ensayo* de Locke, Malebranche, Leibnitz, Descartes, etc.

Pronto eché de ver que todos estos autores estaban en perpetua contradicción entre sí y formé el quimérico proyecto de concertarlos, proyecto que me fatigó mucho y me hizo perder bastante tiempo. Me llenaba de confusión la cabeza y no adelantaba nada. También renuncié á este método y adopté otro infinitamente mejor, al que atribuyo cuantos progresos puedo haber hecho, á pesar de mi escasa capacidad; porque es muy cierto que siempre he tenido muy poca para el estudio. Al leer cada autor, me impuse la obligación de seguir el curso de sus ideas sin mezclar en ello las mías ni las de otro alguno y sin discutir con él. Decía para mí: Empezemos por formar un almacén de ideas, verdaderas ó falsas, pero claras, hasta tanto que mi cabeza posea datos suficientes para comparar y escoger. Ya sé que este método no está exento de defectos, pero me ha producido buen resultado para mi objeto, que era instruirme. Al cabo de algunos años empleados en no pensar más que en amoldarme á las ideas de otros sin reflexionar, por decirlo así, y casi sin raciocinar, me encontré con un fondo de conocimientos bastante considerable, para bastarme á mi mismo y meditar sin ajeno auxilio. Desde entonces, cuando los viajes y los quehaceres me han quitado los medios de consultar los libros, me he entretenido en repasar y comparar lo que había leído, en pesar cada cosa con la balanza de la razón y á veces en juzgar á mis maestros. Por haber comenzado tarde á ejercitar mi raciocinio, no he notado que hubiese perdido su vigor; y cuando he dado á luz mis propias ideas, nadie me ha acusado de servil discípulo y de jurar *in verba magistrum*.

De aquí pasé á la geometría elemental; porque nunca he ido más allá por obstinarme en vencer mi falta de memoria, á fuerza de volver cien y cien veces atrás empezando de nuevo sin cesar la misma marcha. No me gustó la de Euclides, quien más bien busca el encadenamiento de las demostraciones, que la trabazón de las ideas; preferí la del padre Lamy, que desde

entonces fué uno de mis autores favoritos y cuyas obras siempre leo con gusto. Siguió el álgebra y continuó siendo mi guía el padre Lamy; cuando me hallé más adelantado tomé *la Ciencia del cálculo* del padre Reynault, luego su *Análisis demostrado*, que no hice más que ojear. Nunca he estado á bastante altura para conocer en toda su extensión la aplicación del álgebra á la geometría. Era poco amigo de ese método que tienen algunos de operar sin ver lo que se hace; y me parecía que resolver un problema de geometría por medio de ecuaciones, era tocar una sonata dando vueltas á un manubrio. La primera vez que encontré por medio del cálculo que el cuadrado de un binomio estaba compuesto del cuadrado de cada una de sus partes y del doble producto de la una por la otra, á pesar de la exactitud de la multiplicación, no quise creerlo hasta que hube construido la figura. Y no es que me agradase en extremo el álgebra que no considera más que la cantidad en abstracto; mas una vez aplicada á la extensión, quería ver las operaciones en los cuerpos, y no siendo así nada comprendía.

Después de esto venía el latín. Éste era mi estudio más penoso y en el cual jamás he adelantado mucho. Al principio seguí el *Método latino* de Port-Royal, pero sin fruto. Aquellos versos ostrogodos me daban calentura y no podían pegarse á mi oído. Me perdía en aquel cúmulo de reglas, y al aprender la última olvidaba todo lo que le precedía. Un estudio de palabras no es conveniente para un hombre sin memoria, y precisamente para obligar la mía á desarrollarse, me empeñaba en este ejercicio; mas al fin hube de abandonarlo. Comprendía la construcción lo bastante para entender un autor fácil con ayuda del diccionario y seguí este camino, que me fué mucho mejor. Dedicuéme á la traducción, no escrita sino mental, y no pasé de aquí. Á fuerza de práctica he logrado leer con bastante facilidad los autores latinos, pero jamás he podido hablar ni escribir en esta lengua; cosa que me ha puesto en apuros con fre-

cuencia cuando, sin saber cómo, me he hallado afiliado entre los literatos.

Otro inconveniente, consecuencia de este modo de estudiar, es que nunca he sabido la prosodia y menos aún las reglas de la versificación; sin embargo, deseando conocer la armonía de la lengua en verso y en prosa, me he esforzado lograrlo; pero estoy convencido de que sin aquéello es casi imposible. Habiendo aprendido la composición del más fácil de los versos, que es el hexámetro, tuve la paciencia de medir casi todos los pies y la cantidad; luego, cuando dudaba de si una sílaba era larga ó breve, consultaba mi Virgilio. Como se comprende, esto me hacía cometer muchos errores á causa de las licencias consentidas por las reglas de la versificación. Mas si el estudiar sólo tiene sus ventajas, tiene también grandes inconvenientes y sobre todo produce un trabajo increíble. Yo sé esto mejor que nadie.

Antes de medio día dejaba los libros, y si la comida no estaba pronta, hacía una visita á mis palomas ó me entretenía en el jardín aguardando la hora. Cuando me llamaban, acudía en seguida muy contento y con gran apetito, pues es otra cosa digna de notarse que éste nunca me falta por más enfermo que me halle. Comíamos apaciblemente, hablando de nuestros asuntos, mientras llegaba el momento, que mamá pudiese empezar á comer. Dos ó tres días á la semana, cuando hacía buen tiempo, íbamos á tomar el café detrás de la casa en una deliciosa glorieta cubierta de árboles, y que yo había adornado con lúpulo, donde nos recreábamos durante el calor; allí permanecíamos una hora escasa visitando nuestras legumbres, nuestras flores, y conversando sobre nuestro modo de vivir, lo cual nos hacía saborear mejor su dulzura. En el extremo del jardín tenía yo otra pequeña familia; eran las abejas. No me descuidaba, y mamá conmigo muchas veces, en ir á visitarlas; tomaba gran interés por su trabajo; me divertía gran

demente viéndolas volver de la pecorea tan hartas de néctar que apenas podían andar. Al principio, la curiosidad me hizo indiscreto, y me picaron dos ó tres veces; pero luego nos hicimos tan amigos, que por más que me acercase no me molestaban; y cuando las colmenas estaban tan rellenas que casi no quedaba espacio para los enjambres, éstos me rodeaban á veces, y tenía abejas en las manos y en el rostro sin que ninguna me picase jamás. Todos los animales desconfían del hombre, y no sin razón: mas desde el momento en que tienen la seguridad de que no quiere dañarles, cobran una confianza tan grande, que es preciso ser más que bárbaro para abusar de ella.

Luego volví á mis libros; pero mis ocupaciones de la tarde eran más bien recreaciones que verdadero estudio. Jamás he podido sobrellevar un trabajo atento y sedentario después de haber comido, y en general ninguna clase de fatiga durante las horas de calor. Por consiguiente, me ocupaba, pero ligeramente, leyendo, sin estudiar. Lo que seguía con más exactitud era la historia y la geografía; y como éstas no exigían ningún esfuerzo, adelantaba cuanto lo permitía mi falta de memoria. Quise estudiar el padre Petau y me sumergí en las tinieblas de la cronología; pero me cansé de la parte crítica, que no tiene fondo ni orillas, y me aficioné preferentemente á la exacta medida de los tiempos y al curso de los cuerpos celestes. También me habría apasionado por la astronomía, si hubiese tenido instrumentos; pero tenía que contentarme con algunos elementos hallados en los libros y algunas observaciones verificadas con un antejo de larga vista, sólo para conocer la situación general del cielo; porque mi corta vista por sí sola no me permite distinguir los astros con bastante claridad. Sobre este punto recuerdo una aventura, cuyo recuerdo me ha proporcionado alegres ratos.

Había comprado un planisferio para estudiar las constela-

ciones; lo puse en un marco, y durante las noches en que el cielo estaba sereno lo colocaba sobre cuatro piquetes de mi altura de modo que el planisferio mirase hacia abajo, y, para iluminarle sin que el viento apagase la bujía, la coloqué en un cubo, en tierra entre las cuatro estacas: luego, examinando alternativamente el planisferio que tenía á la vista y los astros con el antejo, me ejercitaba en conocer los astros y las constelaciones. Creo haber dicho que el jardín del señor Noiret estaba en forma de terraza; de modo que desde el camino se veía todo lo que contenía. Una noche, pasando algunos campesinos en hora algo avanzada, me vieron en un traje extraño ocupado en mi operación. La luz que se reflejaba en mi planisferio, cuyo origen quedaba oculto á sus ojos por los bordes del cubo, los cuatro palos, aquel gran papel manchado con figuras, aquel marco y el movimiento de mi antejo que veían ir y venir, daba á todo esto un aspecto fantasmagórico que les espantó. Mi apariencia no era muy á propósito para tranquilizarles; un sombrero alicaído puesto sobre mi gorra y una bata acolchada de mamá, que me obligó á ponerme, ofrecía á sus ojos la imagen de un verdadero brujo; y como era cerca de media noche, se figuraron que comenzaba el aquelarre. No queriendo ver más, huyeron despavoridos despertando á los vecinos para contarles su visión; y la historia se divulgó tanto, que desde el día siguiente supo todo el vecindario que en casa del señor Noiret un aquelarre tenía lugar. Ignoro lo que hubiera podido resultar de este rumor, si uno de los campesinos, testigo de mis conjuros, no hubiese ido el mismo día á lamentarse con los jesuitas, que nos visitaban, y que sin saber de qué se trataba, por de pronto les desengañaron. Nos refirieron la historia; yo les revelé la causa y nos reímos grandemente. Sin embargo, por temor de reincidencia, resolvimos que en adelante haría mis observaciones sin luz, yendo luego á consultar el planisferio en la casa. Los que hayan leído mi

Magia de Venecia en las *Cartas de la montaña*, no me cabe duda que verán que tenía desde hacía largo tiempo gran vocación para ser hechicero.

Tal era mi método de vida en las Charmettes cuando no me ocupaba de los cuidados domésticos; pues éstos eran siempre preferidos, y en lo que no era superior á mis fuerzas trabajaba como un patán; si bien es verdad que mi extrema debilidad me dejaba en este punto casi únicamente el mérito de la buena voluntad. Por otra parte quería hacer dos cosas á la vez, y por esta razón no salía bien con ninguna. Se me puso en la cabeza adquirir memoria á la fuerza y me obstinaba en retener mucho; al efecto siempre me llevaba algún libro, que con increíble trabajo estudiaba y repasaba trabajando. No sé cómo mi tenacidad en continuar tan vanos esfuerzos no acabó por atontarme. Lo menos, he aprendido veinte veces las églogas de Virgilio, de las que no sé una palabra. He perdido ó truncado una multitud de libros por la costumbre que tenía de llevarme algún volumen á todas partes, al palomar, al jardín, al huerto, á la viña. Cuando algo me distraía, colocaba mi libro al pie de un árbol ó sobre la cerca; luego me olvidaba de recogerlo, y me sucedió muchas veces hallarlo al cabo de quince días podrido ó bien estropeado por las hormigas y los caracoles. Este furor de aprender se convirtió en una manía que me dejaba como entontecido, estando sin cesar ocupado en murmurar entre dientes alguna cosa.

leyendo con más frecuencia las obras de Port-Royal y del Oratorio me había vuelto medio jansenista, y, á pesar de toda mi contienda, su dura teología á veces me espantaba. El terror del infierno, que hasta entonces había temido muy poco, turbaba lentamente mi serenidad; y si mamá no hubiese tranquilizado mi alma, esta horrible doctrina hubiera acabado por trastornarme completamente. Mi confesor, que lo era también suyo, contribuía por su parte á mantenerme en debido lugar.

Era éste el padre Hemet, jesuita, bueno y sabio anciano; cuya memoria veneraré siempre; á pesar de ser jesuita, era sencillo como un niño, y su moral, menos austera que dulce, era cabalmente la que me convenía para contrarrestar la influencia del jansenismo. Este buen hombre y su compañero el padre Coppier venían á menudo á visitarnos en las Charmettes, no obstante ser muy áspero el camino y asaz largo para personas de su edad. Sus visitas me hacían mucho bien, así Dios se lo premie á sus almas, pues ya eran entonces harto viejos para presumir que vivan todavía. Yo iba igualmente á verles en Camberí; me familiarizé poco á poco con su casa; y su biblioteca estuvo á mi disposición. El recuerdo de este dichoso tiempo se enlaza con el de los jesuitas hasta el punto de hacerme amar el uno por el otro, y aunque su doctrina me haya parecido siempre peligrosa, jamás he podido aborrecerles de corazón.

Yo quisiera saber si por los corazones de los demás pasan puerilidades semejantes á las que á veces pasan por el mío. En medio de mis estudios y de la vida más inocente que darse pueda, y á pesar de cuanto me hubiesen dicho, aun me agitaba frecuentemente la idea del infierno. Preguntábame de cuando en cuando: «¿En qué estado me hallo? Si muriese en este momento, ¿sería condenado?» Según mis jansenitas no había que dudarlo; pero según mi conciencia me parecía que no.

Siempre temeroso y fluctuando en esta cruel incertidumbre, para librarme de ella, acudía á los medios más ridículos y por los cuales de buena gana haría encerrar á un hombre á quien vieso hacer otro tanto. Un día, pensando en este triste asunto, me entretenía maquinalmente en tirar piedras á los troncos de los árboles, y esto con mi habitual destreza, es decir, sin acertar casi ninguna vez. En medio de este lindo ejercicio, tuve la feliz ocurrencia de hacerme una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dije para mí: «Voy á tirar esta pie-

dra contra el árbol situado enfrente de mí; si le toco, será señal de salvación; si yerro, signo de condenación.» Al decir esto lanzo la piedra con trémula mano y estremeciéndose horriblemente mi corazón, mas con tan buena fortuna, que di de lleno en medio del tronco, lo que ciertamente no era muy difícil, pues había tenido buen cuidado de escogerlo cercano y muy grueso. Desde entonces no he dudado más de mi salvación. No sé si al recordar este rasgo he de reirme ó compadecerme á mi mismo. Felicitaos, grandes hombres, vosotros que seguramente os reis; pero no insultéis mi miseria, pues os juro que la siento perfectamente. Por lo demás, estas turbaciones, estas alarmas, quizá inseparables de las creencias religiosas, no constitulan un estado permanente. Por lo común estaba bastante tranquilo, y la impresión que en mi alma producía la idea de una muerte próxima, no era tanto de tristeza como de una apacible languidez, que hasta encerraba sus dulzuras. No ha mucho que he encontrado entre mis papeles viejos una especie de exhortación que yo me hacía á mi mismo, donde me felicitaba por morir á la edad en que se siente uno con bastante valor para arrostrar la muerte, y sin haber padecido grandes males de cuerpo ni de espíritu durante mi vida. ¡Cuánta razón tenía! un presentimiento me impulsaba á temer que viviria para sufrir; parecía prever la suerte que esperaba á mi vejez.

Jamás he estado tan cerca de la sabiduría como en esta feliz etapa. Sin grandes remordimientos por mi pasado, libre de cuidados por el porvenir, el sentimiento siempre dominante en mi espíritu era gozar del presente. Los devotos tienen comunemente una pequeña sensualidad muy viva, que les consiente saborear con delicia los inocentes placeres que les son permitidos. Los mundanos se lo achacan á crimen, ignoro por qué razón; ó mejor, la sé muy bien: es porque envidian á los demás el goce de los placeres sencillos, para los cuales han perdido el gusto. Éste lo tenía yo y me encantaba poder satis-

facerlo con la conciencia tranquila. Mi corazón, joven todavía, se abandonaba con la alegría de un niño, ó más bien si se me permite la frase, con una sensualidad de ángel; porque á la verdad, esos tranquilos goces envuelven la serenidad de los del Paraíso. Comidas hechas sobre la hierba en Montañola, cenas debajo del emparrado, la recolección de los frutos, las vendimias, las veladas en que agramábamos con nuestros labradores, todo esto constituía para nosotros otras tantas diversiones en que mamá disfrutaba tanto como yo mismo. Los paseos solitarios tenían un atractivo mayor todavía, porque el corazón se esparcía con más holgura. Realizamos, entre otros, uno que forma época en mi memoria; un día de San Luis (nombre de mamá), salimos juntos y solos, muy temprano después de la misa, que había venido á celebrar un carmelita al amanecer en una capilla de la casa. Yo había hecho la proposición de ir á recorrer la falda de la montaña opuesta á la nuestra y que no habíamos inspeccionado todavía. Enviamos provisiones de adelantado, porque la excursión debía durar todo el día. Aunque algo gruesa, rechoncha, mamá no andaba con dificultad; íbamos de colina en colina y de bosque en bosque, ya expuestos á los rayos del sol, ya cobijados por la sombra, reposando de cuando en cuando y olvidándonos así horas enteras; hablando de nosotros, de nuestra unión, de la dulzura de nuestra apacible suerte y haciendo por su duración votos, que no fueron escuchados. Todo parecía coadyunar á la felicidad de esta jornada; poco antes había llovido; no se levantaba polvo alguno y corrían los arroyos; el céfiro ligero agitaba las hojas blandamente, el aire era puro, limpio el horizonte; reinaba la serenidad en el cielo como en nuestros corazones.

Comimos en casa de un campesino, acompañándonos toda su familia, que nos bendecía de corazón. ¡Cuán buenos son esos pobres saboyanos! Acabada la comida, nos colocamos á la sombra de unos frondosos árboles, donde mientras yo recogía

algunas ramas secas para hacernos el café, mamá se entretenía en herborizar entre la maleza; y con las flores del ramillete, que andando el camino había compuesto para ella, me hizo observar en su estructura mil cosas curiosas que me complacieron mucho, y debían infundirme gusto por la botánica; mas no era llegado el momento de dedicarme á ella todavía; me distraían sobrados estudios.

Vino á distraerme de las flores y de las plantas una idea que me sorprendió. La situación de espíritu en que me hallaba, cuanto habíamos dicho y hecho aquel día, cuantos objetos me habían admirado, trajeron á mi memoria la especie de sueño que había tenido en Annecy estando despierto, siete ú ocho años antes, y que referí en su lugar. La conexión entre éste y la realidad era tan singular, que al pensar en ello me conmoví hasta saltármeme las lágrimas. En un raptó de ternura abracé á esta cara amiga. «Mamá, le dije apasionadamente, este día me fué prometido mucho tiempo hace y nada veo superior á él. Gracias á vos, mi felicidad llega á su colmo; ¡ojalá no decaiga en adelante! ¡ojalá tardase tanto en acabar como en dejar de agradarme, pues entonces no concluiría sino con mi vida.»

Así corrieron mis días felices y tanto más dichosos en cuanto no vislumbrando nada que pudiese turbarlos, me figuraba que en efecto no habían de tener fin sino con los míos. Y no es que la causa de mis recelos hubiese cesado por completo; pero la veía tomar otro curso que yo encaminaba lo mejor que podía á objetos útiles, á fin de que en sí misma encerrase su remedio. Mamá tenía una inclinación natural al campo, gusto que seguramente no se entibiaba conmigo. Poco á poco lo halló en los entrenamientos campestres; le agradaba cuidar de las tierras, y en esta materia poseía conocimientos, de que hacía uso con placer. No contenta con lo que estaba anejo á la casa que había tomado, ya arrendaba un campo, ya un prado, y en fin, aplicando su carácter emprendedor á los objetos de agricultura, en

vez de permanecer ociosa en su casa, se encaminaba á ser en breve una gran agricultora. Á mi no me agradaba mucho verla tomar tanto vuelo y me oponía cuanto me era dable, seguro de que ella siempre se vería engañada y que su carácter liberal y pródigo haría que constantemente fuese mayor el gasto que el provecho; sin embargo me consolaba con la idea de que este provecho no sería nulo y por lo menos la ayudaría á vivir. De todo lo que estaba en su mano emprender, esto me parecía lo menos ruinoso, y, sin esperar resultados como ella, consideraba que tenía una ocupación continua que la libraba de los negocios malos y de los petardistas. Con esta idea deseaba ardentemente recobrar toda la fuerza y la salud que me eran necesarios, á fin de velar por sus intereses, para ser sobrestante de sus trabajadores ó su primer jornalero; y el ejercicio que esto me imponía, distrayéndome naturalmente de mis libros y de mi estado, debía mejorarlo.

(1737 á 1741.)

Al volver Barillot de Italia, el próximo invierno, me trajo algunos libros, entre ellos el *Bontempi* y la *Cartella per musica* del padre Bianchi, que me aficionaron á la historia de la música y á las investigaciones teóricas sobre este bello arte. Barillot permaneció varios días con nosotros; y como hacia algunos meses que había entrado en la mayor edad, convenimos en que á la inmediata primavera me iría á Ginebra á reclamar la herencia de mi madre, ó á lo menos la parte que me correspondía, hasta saber qué había sido de mi hermano. Así se efectuó. Pasé á Ginebra, donde por su parte acudió mi padre, quien iba allí hacia mucho tiempo sin que nadie le molestara á pesar de no haberse terminado la causa; mas como

se apreciaba su valor y se le respetaba por su probidad, hicieron como **que** se había olvidado; y los magistrados, que se ocupaban del gran proyecto que salió á luz después, no querían asustar á la clase media recordándole inoportunamente su antigua parcialidad¹.

Yo temía que se me opusieran dificultades por haber cambiado de religión, mas no fué así. Las leyes de Ginebra son en este punto menos duras que las de Berna, donde el que cambia de religión pierde no solamente su estado, sino también sus bienes. Los míos, por tanto, no me fueron disputados, pero se encontró, no sé cómo, que quedaban reducidos á muy poca cosa. Aun cuando tuviesen la casi seguridad de que mi hermano había muerto, no existía prueba alguna jurídica; me faltaban pruebas suficientes para reclamar su parte, y la dejé con gusto para ayudar á vivir á mi padre, que disfrutó de ella hasta el fin de su vida. Tan luego como fueron cumplidas las formalidades judiciales y hube recibido mi dinero, empleé una parte en libros y volé á depositar el resto á los pies de mamá. El corazón me latía de gozo durante el camino, y el momento en que le entregué este dinero me fué mil veces más grato que aquel en que lo recibí. Ella lo tomó con esa sencillez de las almas nobles que, haciendo esas cosas sin esfuerzo, las ven sin admiración. Casi todo se empleó para mí, y esto con un desprendimiento igual, empleo que hubiera sido exactamente el mismo si ella lo hubiese recibido por otro conducto.

Con todo eso, mi salud no se restablecía; al contrario, decayó visiblemente; estaba pálido como un muerto y flaco como un esqueleto; la agitación de mis arterias era terrible, más frecuentes mis palpitaciones; me sentía constantemente opri-

¹ Sin duda se refiere á la terminación de las diferencias que existían entre los magistrados y los ciudadanos de Ginebra, por la mediación del marqués de Sautter, embajador de Francia, y de los diputados de Zurich y Berna.

mido, y en fin caía en tanta debilidad que me costaba trabajo moverme: no podía bajarme sin que me dieran vértigos, era incapaz de levantar el peso más mínimo; me hallaba reducido á la inacción más atormentadora para un hombre tan inquieto como yo. Ciertamente es que en todo esto se mezclaba mucho flato, que es la enfermedad de las personas felices; ésta era la mía: las lágrimas que derramaba á menudo sin razón de llorar, los sobresaltos que me causaba el ruido de una hoja ó de un pájaro, la falta de fijeza viviendo en la calma de la más dulce vida; todo indicaba este fastidio del bienestar que hace, por decirlo así, desbarrar á la sensibilidad. Es tan cierto que no hemos sido hechos para ser felices acá bajo, que es fuerza que sufra el alma ó el cuerpo cuando no padecen los dos y que el buen estado del uno casi siempre daña al otro. Cuando hubiera podido gozar deliciosamente de la vida, la decadencia de mi organismo lo impedía, sin que fuese fácil acertar dónde tenía asiento la causa. En lo sucesivo, no obstante el declinar de los años y á pesar de males muy reales y muy graves, parece que mi cuerpo ha recobrado fuerzas para sentir mejor mis desgracias; y á la hora en que esto escribo, doliente y casi sexagenario, encorvado por sufrimientos de todo género, me siento para sufrir con más vigor y más vida que tuve para gozar en la flor de mi edad y en el seno de la más verdadera felicidad.

Para concluir conmigo, habiendo enlazado con mis lecturas un poco de fisiología, me había entregado al estudio de la anatomía; y examinando la multitud y el juego de las piezas que componían mi máquina, se me figuraba que todo esto se me había de descomponer veinte veces cada día; lejos de extrañar hallarme moribundo, me sorprendía que viviese aún, y no podía leer la descripción de una enfermedad que no creyese ser la mía. Estoy seguro de que si no hubiese estado enfermo, hubiera enfermado con este fatal estudio. Hallando en cada enfermedad síntomas de la mía, creía tenerlas todas

y contraje una más cruel de que me conceptuaba libre, el anhelo de curar: y es una enfermedad difícil de evitar cuando se leen libros de medicina.

Á vueltas de buscar, de reflexionar y comparar, vine á creer que la base de mi mal era un pólipa en el corazón, y Salomón mismo pareció sorprenderse de semejante idea. Razonablemente, yo debía partir de esta opinión para confirmarme en mi precedente resolución. Lejos de hacerlo así, puse en juego todas las fuerzas de mi espíritu para averiguar cómo podía curarse un pólipa en el corazón, resuelto á emprender esta maravillosa cura. En un viaje que Anet habia hecho á Montpellier para visitar el jardín de plantas y á su encargado, señor Sauvages, le dijeron que el señor Fizes habia curado un pólipa semejante. Mamá se acordó y me habló de ello. No necesité más para alentar el deseo de ir á consultar al señor Fizes. La esperanza de curar me infundió valor y fuerzas para emprender este viaje, para lo cual nos sirvió el dinero de Ginebra. Mamá, lejos de disuadirme, me animó; y heme aquí en camino hacia Montpellier.

No tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar el médico que me interesaba. El caballo me fatigaba demasiado y habia tomado una silla en Grenoble. En Moirans llegaron detrás de mí cinco ó seis sillas más. Esto era verdaderamente la aventura de las angarillas. La mayor parte de esas sillas eran el cortejo de una recién casada llamada señora de Colombier. Iba con ella otra mujer llamada de Larnage, menos joven y bella, pero no menos amable, y que desde Romans, donde ésta se detenía, debía proseguir su camino hasta la villa de Saint-Andiol, junto á Pont-Saint-Esprit. Con mi timidez, ya se deja comprender que no trabé en seguida conocimiento con mujeres de distinción y con el séquito que las rodeaba; pero fui siguiendo el mismo camino, parando en las mismas posadas, y so pena de pasar plaza de hurón, obligado á presentarme en la

misma mesa, era forzoso que trabásemos relaciones. Así sucedió, y aun más pronto de lo que hubiera querido: porque aquel barullo convenia poco á un enfermo, y sobre todo á un enfermo de mi genio. Mas la curiosidad hace á esas pícaras tan insinuantes, que para conocer á un hombre comienzan por encapricharle. Así me sucedió á mí. La señora de Colombier, por demás asediada de sus mequetrefes, apenas tenía tiempo para dedicarme su atención, y por otra parte tampoco valia la pena, puesto que íbamos á separarnos; mas la de Larnage, menos importunada, debía procurarse compañía para el resto del camino; he aquí que me toma por su cuenta y, adiós, pobre Juan Jacobo, ó mejor, adiós fiebre, flato y pólipa: á su lado desapareció todo, á excepción de ciertas palpitaciones que me quedaron y de que seguramente no quería curarme. El mal estado de mi salud fué el primer motivo de nuestro conocimiento. Bien se echaba de ver que estaba enfermo, era sabido que me dirigia á Montpellier; preciso es que mi semblante y mis maneras no anunciasen un disoluto, pues claramente se echó luego de ver que no se habia sospechado que fuese allá con el objeto de tomar las fumigaciones. Aunque el estado de enfermedad no sea para un hombre una gran recomendación para con las mujeres, me hizo sin embargo interesante á los ojos de éstas. Por la mañana enviaban á preguntar por mi salud, y se informaban de cómo habia pasado la noche. Una vez, según mi loable costumbre de hablar sin pensar, respondí que no lo sabia. Esta respuesta les hizo creer que estaba loco, y me examinaron más, examen que no me dañó seguramente. En una ocasión oí que la señora du Colombier decía á su amiga: «Le falta mundo, pero es amable.» Esto me tranquilizó mucho y me hizo serlo en efecto.

Familiarizándose, preciso era hablar de sí mismo, decir de dónde se venia, quién era. Esto me molestaba, pues conocia muy bien que entre personas distinguidas, como entre mere-

trices, la palabra neófito iba á aplastarme. No sé por qué extravagancia se me ocurrió pasar por inglés; me di por jacobita, y me tomaron por tal; me llamè Dudding, y me llamaron señor Dudding. Un maldito marqués de Torignán, que estaba enfermo como yo, viejo por añadidura, y de bastante mal humor, se le antojó trabar conversación con el señor Dudding. Me habló del rey Jacobo, del pretendiente, de la antigua corte de Saint-Germain. Yo me hallaba sobre abrojos; no sabía de todo esto más que lo poco que había leído en Hamilton y en las gacetas; sin embargo, utilicé tan bien este poco, que salí del paso; por fortuna no se le ocurrió hacerme preguntas acerca de la lengua inglesa, de que no sabía una palabra.

Toda la compañía fraternizaba y veía con sentimiento el instante de separarse, así es que hicimos jornadas de tortuga. Hallándonos un domingo en San Marcelino, la señora de Larnage quiso ir á misa, yo fui con ella, y esto por poco me pone en un conflicto. Yo me conduje, como siempre, y por mi continente modesto y recogido, me creyó devoto, y formó de mí la peor opinión del mundo, según me lo confesó dos días después. Mucha galantería hube de usar después, para borrar esta mala impresión; ó más bien la de Larnage, como mujer de experiencia y que no se desalentaba fácilmente, quiso correr el riesgo de ser la primera en insinuar para ver cómo saldría yo del paso. De tal modo se insinuó, que bien lejos de presumir por mi figura, creí que se burlaba de mí. Con esta loca idea no hubo tontería que no hiciese; era peor que el marqués de *Legs*. Aquella señora supo aguantarse, me agasajó tanto y me dijo cosas tan tiernas, que un hombre mucho menos tonto con trabajo hubiera podido tomarlo seriamente. Cuanto más hacia, más me confirmaba en mi idea; y lo que más me atormentaba era que entre tanto me enamoraba de ella de veras. Yo me decía y le decía suspirando: «¡Ah! todo

esto no es verdad! yo sería el más feliz de los hombres.» Creo que mi sencillez de novicio no hizo más que avivar su fantasía, y no quiso verse desairada.

En Romans habíamos dejado á la señora de Colombier y su séquito. Nosotros continuamos nuestra ruta del modo más pausado y agradable, la señora de Larnage, el marqués de Torignán y yo. El marqués, aunque enfermo y regañón, era bastante buen hombre, pero no le gustaba comer su pan seco al olor de un buen asado. La de Larnage disimulaba tan poco la preferencia que yo le merecía, que él lo notó antes que yo mismo; y sus malignos sarcasmos hubieran debido inducirme á la confianza que no me atrevía á adquirir en vista de las bondades de la dama, si por una singularidad de carácter, de que yo solo era susceptible, no hubiera imaginado que estaban de común acuerdo para chulearse conmigo. Tamaña estupidez acabó de trastornarme la cabeza y me hizo representar el papel más ridículo en una situación en que, estando mi corazón realmente cautivado, me lo podía inspirar asaz brillante. No concebí cómo no se desanimó con mi grosería y no me despidió con el más solemne chasco. Mas, era una mujer de ingenio que conocía con quién se las había, y veía perfectamente que en mi proceder había más inocencia que tibieza.

Por fin logró darse á entender, aunque no sin trabajo. Habíamos arribado á Valenc: á la hora de comer, y, según nuestra laudable costumbre, continuamos allí el resto del día. Nos albergamos en Saint-Jacques, fuera de la ciudad; siempre me acordaré de esta posada, así como de la habitación que en ella ocupaba la de Larnage. Después de comer, quiso dar un paseo; sabía que el marqués no se hallaba en estado de andar, y éste era el medio más á propósito para facilitar una entrevista á solas, de la cual estaba resuelta á sacar partido; pues no había ocasiones que desperdiciar. Nos paseamos alrededor de la ciudad y á lo largo de los fosos. Allí volví á empezar la

larga historia de mis querellas, á que respondia ella con un tono tan tierno y apretando á veces mi brazo contra su corazón, que era necesaria toda mi estupidez para no averiguar si hablaba con formalidad. Lo chocante era que yo mismo me hallaba excesivamente conmovido. He dicho que era amable: el amor la hacia encantadora; le devolvía todo el atractivo de la juventud, y sabia comunicar á sus halagos tanto arte, que hubiera seducido á un hombre de mármol. Por tanto yo me hallaba cortado y siempre con impulsos de soltar la rienda; mas el temor de ofender ó de disgustar, el miedo mayor todavía de verme burlado, silbado y objeto de zumba, de dar motivo para un cuento de sobremesa y de ser felicitado por mis empresas por el implacable marqués, me retuvieron hasta el punto de que yo mismo me indignaba por mi estólida vergüenza y por no poder vencerla, aun echándomela en cara. Me hallaba en un potro; habia ya abandonado mi propósito de hacer el amor por lo fino, cuyo completo ridiculo conocia; no sabiendo qué papel tomar, ni qué decir, me callaba; parecia mohino, en fin, hacia todo lo indispensable para que me aplicaran el trato que merecia. Por fortuna la señora de Larnage tomó una resolución más humana; interrumpió bruscamente este silencio, pasando el brazo alrededor de mi cuello, y de improviso su boca se expresó con harta claridad sobre la mía, para dejarme en mi error. La crisis no podia venir más oportunamente y me volvi amable; ya era tiempo. Me habia dado esta prueba de confianza, cuya falta casi siempre me ha privado de demostrarme cómo soy. Entonces lo logré. Mis ojos, mis sentidos, mi corazón y mi boca jamás se han expresado tan bien; jamás he reparado tan completamente mi torpeza; y si esta pequeña conquista habia costado tanto trabajo á esta señora, tuve motivos para creer que no le dolia.

Aunque viviese cien años, siempre me seria grato el recuerdo de aquella encantadora mujer. Digo encantadora, aunque

no fuese joven y hermosa; mas, no siendo tampoco fea ni vieja, no habia nada en su figura que impidiese producir el mejor efecto á su ingenio y á su donaire. Al contrario de las demás mujeres, lo menos fresco que tenia era la cara, sin duda á la que habia perjudicado el colorete. No dejaba de tener sus motivos para mostrarse asequible, pues era el mejor medio de hacer conocer cuánto valia. Se la podia ver sin amarla, mas no poseerla sin adorarla. Y esto prueba, á mi entender, que no prodigaba siempre sus favores, como lo hizo conmigo. Se habia aficionado demasiado pronto y con harta viveza para ser disculpable; mas era un afecto en que el corazón entraba por lo menos tanto como los sentidos; y durante el corto y delicioso espacio que permaneci á su lado, tuve ocasion de convencerme por las limitaciones que me imponia, de que, á pesar de ser sensual y voluptuosa, anteponia mi salud á su placer.

Al marqués no le pasó desapercibida nuestra familiaridad, mas no por esto dejó de atormentarme; al contrario, más que nunca me trataba como á un pobre amante tímido, mártir de los rigores de su dama. Jamás se le escapó una palabra, ni una sonrisa, ni una mirada que pudiese inducirme á sospechar que hubiese adivinado nuestra intimidad; y yo le hubiera creido engañado si la de Larnage, que veía más que yo, no me hubiese dicho que no lo estaba, pero que era un hombre galante, y en efecto no pueden darse más finas atenciones, ni comportamiento más urbano que el que usó constantemente, hasta conmigo, salvo sus sátiras, sobre todo después de mi triunfo. Quizás me atribuía el honor de haberlo logrado, y me suponía menos estúpido de lo que antes le habia parecido. Se equivocaba, como se ha visto; mas no importa; yo me aproveché de su error, y lo cierto es que entonces las ventajas estaban de mi parte; por esta razón no me importaba servir de banco de buena voluntad á sus epigramas; algunas veces

le pagaba con la misma moneda y con acierto, orgulloso de hacer gala al lado de la señora de Larnage del valor que me había infundido. Ya no era yo el mismo hombre.

Nos hallábamos en un país y en una estación en que se comía espléndidamente, lo que habíamos hecho en todo el viaje, gracias al buen cuidado del marqués. Sin embargo, le hubiera agradecido que no lo extendiera á las habitaciones, pues enviaba por delante á su lacayo para tomarlas; y el tunante, ya fuese por inspiración propia, ya por mandato de su amo le colocaba siempre al lado de la de Larnage, y á mí me arrinconaba al otro extremo de la casa. Mas esto me ofrecía poca dificultad, y dió nuevo estímulo á nuestras entrevistas. Esta deliciosa vida duró cuatro ó cinco días, durante los cuales me embriagué en la más dulce voluptuosidad. La gocé pura, viva, sin la más ligera sombra de pesar; fué la primera y la única que he gozado; y puedo afirmar que debo á la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer.

Si lo que por ella sentía no era precisamente amor, por lo menos era una correspondencia tan afectuosa por el que ella me manifestaba, como una sensualidad tan ardiente en el placer, y una intimidad tan dulce en la conversación, que tenía todo el embeleso de la pasión sin contener su frenesí, que hace perder la cabeza y arrebató el verdadero goce. No he sentido el verdadero amor más que una vez en mi vida, y seguramente no fué hacia ella. Tampoco la quería como había amado y amaba aún á la señora de Warens; mas por esto mismo la poseía cien veces mejor. Con mamá, mi sensualidad estaba siempre turbada por un sentimiento de tristeza, por una secreta opresión de espíritu, que no podía vencer sin trabajo; en vez de felicitarme de que fuese mía, me hacía un cargo de ello porque la envilecía. Al contrario, con la de Larnage, satisfecho de ser hombre y afortunado, me entregaba á mis sentidos con gusto, con confianza. La satisfacción de am-

bos era de igual intensidad; tenía bastante dominio sobre mí mismo para contemplar mi triunfo con tanta vanidad como voluptuosidad y para conseguir de este modo aumentarlo.

No recuerdo bien dónde nos dejó el marqués, que era hijo del país; pero nos encontramos solos antes de llegar á Montelimar, y desde aquel momento la señora de Larnage mandó á su doncella á mi silla, y yo pasé á la suya con ella, y de esta manera no nos fastidiaba el camino; me vería apurado para decir cómo era el país que recorrimos. En Montelimar algunos negocios la detuvieron tres días, durante los cuales no me abandonó más que un cuarto de hora para recibir una visita, que le trajo desoladoras importunidades é invitaciones, que tuvo buen cuidado de no aceptar. Pretextó molestias, que sin embargo no impedían que fuésemos á pasear juntos todos los días por el más bello país y bajo el cielo más hermoso del mundo. ¡Oh! ¡qué tres días! alguna vez he tenido que echarlos de menos; no han vuelto á presentarse jamás otros semejantes.

Los amores de viaje se olvidan fácilmente; fué preciso separarnos, y confieso que ya era á tiempo, no porque me sintiese saciado ni próximo á ello: cada día me aficionaba más, pero á pesar de toda la discreción de la dama, casi no me quedaba más que la voluntad. Nos consolamos del sentimiento que experimentábamos alejándonos, formando proyectos para volvernos á ver. Se decidió que, pues me convenía aquel régimen, me sometería á él, yendo á pasar el invierno en la villa Saint-Andiol, bajo la dirección de la señora de Larnage. Sólo debía permanecer en Montpellier cinco ó seis semanas para que ella tuviese tiempo de preparar las cosas de manera que se cubriesen las apariencias. Dióme amplias instrucciones acerca de lo que debía decir y de mi conducta. Entre tanto habíamos de escribirnos; me habló detenidamente y con mucha formalidad de mi salud. me exhortó á consultar á gente

entendida, que tuviese cuidado con lo que me prescribiesen, y se encargó de hacerme ejecutar sus órdenes, por más severas que fuesen, mientras permaneciese á su lado. Yo creo que hablaba sinceramente, porque me quería; mil pruebas me dió de ello más elocuentes que sus favores. Por mi equipaje conoció que yo no nadaba en la opulencia; aunque tampoco ella fuese rica, al separarnos quiso obligarme á partir su bolsillo, que de Grenoble traía bien repleto; y me vi apurado para rehusarlo. En fin, me separé de ella llevando su imagen en el corazón, dejándole á lo que me parece, un verdadero afecto hacia mi.

Concluí mi camino, repasándolo en mi memoria, y entre tanto satisfecho de ir en buena silla para soñar más ampliamente en los placeres que había gozado y los que me aguardaban. No pensaba más que en la villa de Saint-Andiol y en la venturosa vida que en ella me esperaba; no veía más que á la señora de Larnage y sus allegados; el resto del universo nada era para mí; hasta mamá quedaba olvidada.

Me ocupaba en combinar en mi fantasía todos los detalles en que entraba la de Larnage para formarme una idea de su vivienda, de su vecindad, de su sociedad y de todo su modo de vivir. Tenía una hija, de que repetidas veces me habló como madre cariñosa. Esta hija contaba quince años cumplidos; era vivaracha, graciosa y de un carácter amable. Se me había prometido que la hallaría cariñosa; yo no había olvidado esta promesa y tenía gran empeño en imaginar cómo trataría la señorita de Larnage al buen amigo de su madre. Tales fueron los motivos de mis delirios desde Pont-Saint-Espirit hasta Remoulin. Me habían dicho que fuese á ver el puente del Gard y no dejé de hacerlo. Después de haberme desayunado con excelentes higos, tomé un guía y fui á visitar el puente del Gard. Era éste el primer monumento romano que veía; yo esperaba encontrar una obra digna de sus constructores, y por

esta vez, única en mi vida, la realidad sobrepujo mis esperanzas. Sólo á los romanos era dado obtener tal resultado. El aspecto de esa sencilla y admirable obra me llamó la atención, tanto más en cuanto se halla situada en medio de un desierto, donde el silencio y la soledad hacen el objeto más admirable y la impresión más viva; el pretendido puente no era más que un acueducto. Uno se pregunta cómo piedras tan enormes se trasladaron á aquel lugar tan alejado de toda cantera y cómo se reunieron millares de hombres para trabajar en un punto tan desierto. Recorrí los tres pisos de este soberbio edificio, que el respeto casi me impedía hollar con mis plantas. El eco de mis pisadas bajo aquellas inmensas bóvedas me hacía imaginar la potente voz de los que las habían levantado. Me perdía como un insecto en su inmensidad. Al considerarme pequeño, sentía un no sé que que elevaba mi alma, y suspirando me decía: «¿Por qué no nací romano?» Allí permanecí largas horas en una contemplación arrobadora. Volvíme pensativo y delirante, y este delirio fué muy poco favorable para la señora de Larnage. Ella había pensado en precaverme de las mujeres de Montpellier, mas no del puente del Gard. Nunca se piensa en todo.

En Nimes fui á visitar el anfiteatro; es una obra muy superior al puente del Gard y que me impresionó mucho menos, sea que mi admiración se hubiese agotado con el primer objeto, sea que la situación del otro en medio de una ciudad fuese menos propia para excitarla. Este vasto y magnífico circo está rodeado de casas pequeñas y feas, y otras más pequeñas y más feas todavía llenan su arena; de suerte que el conjunto no produce más que un efecto chocante y confuso, donde el sentimiento y la indignación ahogan el placer y la sorpresa. Posteriormente, he visto el circo de Verona, mucho más pequeño y menos hermoso que el de Nimes, pero cuidado y conservado con toda la decencia y propiedad posibles, y que

por esto mismo me causó una impresión más viva y agradable. Los franceses no tienen cuidado de nada y no respetan ningún monumento. Son todo fuego para emprender y no saben concluir ni conservar nada ⁴.

De tal modo cambié, y mi sensualidad puesta en ejercicio tan bien se había despertado, que un día me detuve en el *Pont de Lunel* para comer en alegre compañía de los que en él se encontraban. Esta fonda, la más acreditada de Europa entonces, merecía serlo. Los que la tenían habían sabido sacar partido de su favorable situación, para mantenerla escogida y abundantemente provista. Realmente era una cosa curiosa hallar en una casa sola y aislada en medio del campo una mesa donde aparecían pescados de mar y de agua dulce, excelente caza, vinos delicados, servidos con esa finura y diligencia que sólo se encuentra en las casas de los grandes y de los ricos, y todo por treinta y cinco sueldos. Mas no permaneció mucho tiempo bajo este pie el *Pont de Lunel*, y á fuerza de extenderse su reputación, al fin la perdió completamente.

Durante el camino me había olvidado de que estaba enfermo, y me acordé de ello al llegar á Montpellier. Mi flato se había curado, pero los otros males me quedaban todos; y aunque la costumbre hizo que no los sintiera tanto, eran lo bastante para que cualquiera que se sintiese atacado por ellos repentinamente se creyese muerto. En efecto, eran menos dolorosos que terribles, y hacían sufrir más en el espíritu que en el cuerpo, cuya destrucción parecían anunciar. De ahí provenía que al distraerme vivas pasiones, ya no pensaba en mi estado; mas como no era imaginario, lo conocía tan pronto como recobraba mi sangre fría. Por lo tanto, pensaba seriamente en los consejos de la señora de Larnage y en el objeto

⁴ Una disposición del gobierno francés ordenó en 1810 la destrucción de todas estas casuchas.

de mi viaje. Fui á consultar á los más famosos prácticos, sobre todo al señor Fizes, y por exceso de precaución me puse á pupilo en casa de un señor médico. Era éste un inglés llamado Fitz-Moris que tenía una mesa bastante numerosa de estudiantes de medicina; el enfermo hallaba en su casa la ventaja de que Fitz-Moris se contentaba con una módica pensión por la manutención y no llevaba nada á sus pensionistas por sus cuidados como médico. Se encargó de ejecutar las prescripciones de Fizes y velar por mi salud. Pronto se cobró su trabajo por medio del régimen; en aquella pensión estaba uno seguro de no padecer nunca indigestiones; y aunque no doy gran importancia á esa clase de privaciones, los términos de comparación estaban tan cercanos, que no pude menos de convenir conmigo mismo, que el señor de Toriguán era mejor proveedor que Fitz-Moris. Sin embargo, como tampoco se moría uno de hambre, y todos aquellos jóvenes eran muy divertidos, este modo de vivir me fué realmente provechoso, evitándome caer de nuevo en mi languidez. Empleaba la mañana en tomar medicinas, sobre todo no sé qué aguas, creó que las de Vals, y escribiendo á la señora de Larnage; pues la correspondencia era activa, y Rousseau se encargaba de retirar la correspondencia de su amigo Dudding; á medio día, iba á dar un paseo por la Canourgue con algunos de nuestros jóvenes comensales, que eran todos muy buenos muchachos; luego nos reuníamos para ir á comer. Después de comer, la mayor parte de nosotros se ocupaba en un asunto importante, cual era jugar la merienda en dos ó tres partidas de mallo. Yo no jugaba, pues me faltaban fuerzas y destreza, pero apostaba, y siguiendo con el interés de la apuesta á los jugadores y sus bolas á través de caminos ásperos y pedregosos, hacía un ejercicio grato y saludable que me era conveniente. Merendábamos en una fonda fuera de la ciudad. No necesito decir que estas meriendas eran alegres; y debo añadir bastante decentes,

á pesar de que las muchachas de la fonda eran lindas. Fitz-Moris, gran jugador de mallo, era nuestro presidente; y, no obstante la mala reputación de los estudiantes, puedo decir que hallé mejores costumbres y honradez en aquella juventud, de la que hubiera podido encontrar entre hombres formales. Eran más bullangueros que crapulosos, más divertidos que libertinos; y yo me adapté tan fácilmente á un método de vida, cuando es voluntaria, que sólo hubiera deseado que éste durase siempre. Entre aquellos estudiantes había algunos irlandeses, con los cuales procuré aprender algunas palabras inglesas, por precaución, previniéndome para ir á Saint-Andiol, época que ya se acercaba. La señora de Larnage me apremiaba á cada correo, y yo me disponía á obedecerla.

Era evidente que mis médicos, que no habían entendido nada en mis dolencias, me tomaban por un enfermo imaginario, y me trataban en consecuencia con su china, aguas y suero. Enteramente al revés de los teólogos, los médicos y los filósofos no admiten como verdadero sino lo que pueden explicar, y hacen de su inteligencia la medida de lo posible. Esos señores no entendían nada de mi enfermedad; luego yo no estaba enfermo; porque, ¿cómo suponer que unos doctores no lo supiesen todo? Vi que no buscaban más que entretenerme y hacerme perder el dinero; y juzgando que su sustituto de Saint-Andiol obtendría igual resultado que ellos, pero más agradablemente, resolví darle la preferencia, y con esta sana intención larguéme de Montpellier.

Partí á fines de noviembre, después de haber permanecido mes y medio ó dos en esta ciudad, donde dejé una docena de luisés sin provecho alguno para mi salud ni para mi instrucción, fuera de un curso de anatomía que había comenzado con Fitz-Moris y que me vi obligado á abandonar á causa de la horrible ediondez de los cadáveres que se disecaban y que me fué imposible soportar.

Mal satisfecho de mí mismo por mi resolución, iba reflexionando camino de Pont-Saint-Esprit, que lo era igualmente de Saint-Andiol y de Chamberi. El recuerdo de mi mamá y sus cartas, aunque menos frecuentes que las de la señora de Larnage, despertaban en mi alma el remordimiento que había ahogado al principio de mi marcha, y vino siendo tan vivo á la vuelta, que equilibrando el amor con el gusto, me pusieron en situación de oír la razón sola. Desde luego, en el papel de aventurero que iba á tomar nuevamente, podía ser menos afortunado que la vez primera; bastaba que hubiese en toda la villa de Saint-Andiol una sola persona que hubiese estado en Inglaterra, que conociese á los ingleses ó su lengua, para desmascararme. La familia de la señora de Larnage podía mirarme y tratarme con poco miramiento. También me inquietaba su hija, en quien pensaba, á pesar mio, más de lo que era menester; temblaba de enamorarme de ella, y este miedo hacia por sí solo la mitad del trabajo. ¿Iba yo á ir á corromper á la hija, á trabar las más detestables relaciones, introducir las disensiones, la deshonra, el escándalo y el infierno en su casa, en premio á las bondades de la madre? Esta idea me causó horror, tomé la firme resolución de combatirme y vencerme á mí mismo, si desgraciadamente se apoderaba de mí esta inclinación.

Mas, ¿para qué exponerme á este debate? ¿qué modo de vivir tan miserable con la madre, que al fin me saciaría; ardiendo por la hija sin poder abrirle mi corazón! ¿Qué necesidad tenía yo de ir en busca de semejante estado, y exponerme á los disgustos, á las afrentas, á los remordimientos, en cambio de placeres, cuyo mayor encanto había gozado ya de antemano? Porque es muy cierto que mi fantasía había perdido su primer fuego. El gusto del placer existía todavía, mas la pasión había desaparecido. A todo esto se agregaban reflexiones referentes á mi situación, á mis deberes, á aquella mamá tan buena, tan

generosa, que agobiada ya de deudas, todavía lo estaba más con mis insensatos dispendios, que se arruinaba por mi mientras yo la engañaba tan vilmente. Este reproche creció tanto, que al fin ganó la partida. Próximo á Saint-Esprit, tomé la determinación de no pararme en Saint-Andiol y pasar de largo.

Lo ejecuté valerosamente, no sin algunos suspiros, lo confieso; mas también con la satisfacción interior, que experimentaba por vez primera, de poder decirme: « Merezco mi propia estimación, sé preferir mi deber á mi placer. » He aquí lo primero que debo verdaderamente al estudio; por él había aprendido á reflexionar y comparar. Con la pureza de principios que había adoptado hacía poco tiempo, con las reglas de prudencia y de virtud que me había formado y que tan satisfecho estaba de seguir, la vergüenza de ser tan poco consecuente conmigo mismo, de desmentir tan pronto y tan escandalosamente mis propias máximas, ganó la partida contra la voluptuosidad. Quizás tomó tanta parte en mi resolución el orgullo como la virtud; mas si este orgullo no es la verdad misma, produce efectos tan semejantes que es disculpable confundirlos.

Una de las ventajas de las acciones buenas es elevar el alma y disponerla á otras mejores; porque tal es la flaqueza humana que hay que colocar en el número de las buenas acciones la abstinencia de un mal que se han tenido tentaciones de cometer. Así que hube tomado esta resolución, me convertí en otro hombre, ó mejor, volví á ser el de antes y que había desaparecido en un momento de embriaguez. Henchido de buenos sentimientos y de buenas resoluciones, continué mi camino con el buen intento de expiar mi falta, proponiéndome arreglar en adelante mi conducta á las leyes de la virtud, consagrarme sin reserva á la mejor de las madres, á ofrecerle tanta fidelidad como cariño le profesaba, y no escuchar otro amor que el de mis deberes. ¡Ay de mí! la since-

ridad con que me restituí al bien parecía prometerme otro destino; mas el mío estaba ya escrito y comenzado; y cuando mi corazón lleno de amor por el bien y la pureza no veía en la vida más que inocencia y ventura, tocaba ya al funesto momento que debía inaugurar la larga cadena de mis desdichas.

La prisa de llegar me hizo ser más diligente de lo que había pensado. Desde Valence, le había anunciado el día y hora de mi llegada, y habiendo adelantado media jornada sobre mi cálculo, permaneci igual tiempo en Chaparillant con el fin de llegar exactamente á la hora que le había indicado. Quería gozar con todo su atractivo el placer del volver á verla, prefiriendo diferirlo un poco, para aumentarlo con el de ser esperado. Esta precaución siempre me había dado buen resultado, siempre había visto señalarse mi llegada, por medio de una especie de fiesta; no esperaba menos esta vez y su ansiedad que tanto me halagaba valía muy bien el trabajo de procurarla.

Llegué, pues, exactamente á la hora indicada. De lejos iba mirando si la vería aparecer en el camino, y el corazón me latía más fuertemente á medida que me aproximaba. Llego jadeante, pues había dejado el coche en la ciudad; á nadie veo en patio, puerta ni ventana. Empecé á turbarme temiendo algún accidente. Entro, la más completa tranquilidad; los trabajadores comían en la cocina, y no se notaba preparativo alguno. La criada se sorprendió de verme; ignoraba mi llegada. Subo, y veo al fin á esta cara mamá tan tierna, tan pura, tan vivamente amada; corro, me precipito á sus plantas. « Ola, hijo mío, dijo abrazándome: ¿ has tenido buen viaje? ¿ Cómo estás? » Este recibimiento me cortó un poco. Le pregunté si no había recibido mi carta; me contestó que sí. « Yo hubiera creído que no, » repliqué; y aquí acabaron las explicaciones. Estaba con ella un joven, á quien conocía yo por haberle visto en la casa antes de mi partida; mas esta vez parecía establecido en

ella, y lo estaba en efecto. En una palabra, hallé mi puesto ocupado.

Ese joven era del país de Vaud, hijo de un tal Vintzenried, guardián, por más que él se llamaba capitán, del castillo de Chillon. El hijo del señor capitán era un oficial peluquero, y recorría el mundo en calidad de tal cuando se presentó á la señora de Warens, quien le acogió bien, como hacia con todos los transeúntes, y sobre todo con los de su país. Era hombre muy insulso, pelirrojo, bastante bien formado, de fisonomía y alma vulgares, que hablaba como el bello Leandro; confundía todos los tonos, todas las afecciones de su profesión con la larga historia de sus conquistas; no nombraba más que la mitad de las marquesas con quienes había tenido relaciones íntimas, y pretendía no haber peinado mujer bonita, cuyo marido no hubiese quedado igualmente peinado; vano, estúpido, ignorante é insolente, aunque por lo demás era un buen muchacho. Tal fué el que me substituyó en mi ausencia y el socio que me ofreció á mi regreso.

¡Oh! si las almas desprendidas de las terrestres trabas ven aún desde el seno de la luz eterna lo que pasa entre los mortales, perdonad, sombra querida y respetable, si no encubro más vuestras faltas que las mías y si levanto igualmente el velo que cubre unas y otras á los ojos de los lectores. Debo, quiero, ser veraz por vos, como por mí mismo; siempre perderéis en ello mucho menos que yo. Además, ¡cuán bien no compensan y expian, vuestro carácter amable y dulce, la inagotable bondad de vuestro corazón, vuestra sencillez y todas vuestras relevantes virtudes, vuestras flaquezas, si tales pueden llamarse los extravíos de vuestra razón! Tuvisteis errores, mas no vicios; vuestra conducta fué reprehensible, pero vuestro corazón se conservó siempre puro.

El advenedizo se había mostrado celoso, diligente, exacto en

todas sus pequeñas comisiones, que eran siempre en gran número, y se había convertido en capataz de sus trabajadores. Tan activo como yo quieto, se hacia ver y sobre todo oír á la vez en el arado, en los henos, en el bosque, en la cuadra y en el corral. No descuidaba más que el jardín, porque era un trabajo harto apacible, y en el cual no podía meterse ruido. Su mayor placer consistía en cargar y acarrear, en aserrar ó partir leña; siempre se le veía empuñando el hacha ó el azadón; se le oía correr, golpear y gritar á voz en cuello. No sé de cuantos hombres hacia el trabajo, pero metía ruido por diez ó doce. Esa algazara subyugó á mi pobre mamá, que creyó hallar en él una alhaja para sus intereses, y queriendo granjearsele, empleó todos los medios que le parecieron conducentes, sin olvidar aquel en que más confiaba.

Ya debe conocerse mi corazón, sus sentimientos más constantes, más verdaderos, sobre todo los que á la sazón me conducían al lado de ella. ¡Qué rápido trastorno en todo mi ser! Póngase cada cual en mi lugar para juzgarlo. En un instante, vi desvanecerse para siempre todo el porvenir de ventura que yo me había imaginado: todas las ideas placenteras, que tan afectuosamente acariciaba, huyeron; y yo que desde mi infancia no podía concebir mi existencia separada de la suya, me encontré solo por vez primera. Este momento fué espantoso; los que le siguieron fueron siempre sombríos. Yo era joven todavía, mas la dulzura de las ilusiones y de las esperanzas que vivifican la juventud me abandonó para siempre. Desde entonces el ser sensible permaneció medio muerto. Ya no vi para lo porvenir más que los tristes restos de una vida insípida; y si alguna vez todavía dió algún aliento á mis deseos una imagen de felicidad, no era ésta la que me convenia; presentía que aun obteniéndola, no sería realmente dichoso.

Era yo tan simple y mi confianza tan completa, que, á pesar

de que el advenedizo usaba un tono familiar que me parecía efecto de la franqueza de mamá, que atraía hacia sí á todo el mundo, nunca se me hubiera ocurrido sospechar la verdadera causa á no habérmela revelado ella misma; mas se apresuró á hacerme esta confesión con una franqueza capaz de aumentar mi coraje, si éste hubiese podido entrar en mi corazón, hallando ella por su parte, la cosa muy sencilla, echándome en cara mi negligencia en la casa, y alegando mis frecuentes ausencias, como si su temperamento la hubiese inducido á llenar el vacío que yo con mis viajes dejaba. «¡Ah! mamá, le dije con el corazón oprimido por el dolor; ¡cómo, tenéis valor de decirme eso! ¡qué pago para un afecto semejante al mío! ¡Me habéis conservado la vida mil veces sólo para quitarme lo que me la hacía estimable! Moriré, pero vos me echaréis de menos.» Ella me respondió con tono tranquilo capaz de volverme loco, que yo era un niño, y que nadie se moría por esto; que nada perdería con ello; que no dejaríamos por eso de ser tan buenos amigos y tan íntimos en todos sentidos; que su tierno afecto hacia mí no podía cesar sino con su vida. En una palabra me dió á entender que todos mis derechos permanecían los mismos, y que no se me privaba de ellos, aunque los compartiera con otro.

Jamás la pureza, la verdad, la fuerza de mi cariño hacia ella: jamás se revelaron á mi alma la sinceridad, la honestidad y la fuerza de mis sentimientos con tanta energía como en este momento. Me precipité á sus pies y abracé sus rodillas deshecho en lágrimas. «No, mamá, le dije con efusión; os amo demasiado para envileceros; vuestra posesión me es demasiado cara para compartirla; el pesar que acompañó su adquisición ha crecido con mi amor; no, no puedo conservarla al mismo precio. Siempre os adoraré; haceos digna de ello; todavía me es más necesario honraros que poseeros. Os cedo á vos misma, oh mamá; sacrificio todos mis placeres á la unión de nuestros

corazones. ¡Muera yo mil veces antes de permitir nada que degrade al objeto de mi amor!»

Cumplí esta resolución, me atrevo á decirlo, con una constancia digna del sentimiento que me indujo á tomarla. Desde este momento ya no vi á esta mamá tan querida sino con los ojos de un verdadero hijo; y es de notar que, aunque en su interior no aprobaba mi resolución, como tuve ocasión de observarlo, jamás empleó para hacerme renunciar á ella, insinuaciones, ni caricias, ni ninguna de esas diestras zalameñas que tan bien manejan las mujeres sin comprometerse y que raras veces dejan de salirles bien. Reducido á procurarme una posición independiente de ella, y no pudiendo siquiera imaginarla, pronto pasé al extremo opuesto y la busqué en ella exclusivamente. Y tanto me empeñé lograrlo, que casi llegué á olvidarme de mí mismo. El deseo ardiente de verla feliz á todo evento, absorbía todas mis afecciones; por más que ella separase de la mía su felicidad, yo consideraba la suya como mía á despecho suyo.

Así con mis desgracias comenzaron á germinar mis virtudes, cuya semilla estaba en el fondo de mi alma; el estudio las había cultivado, y para desarrollarse no esperaba más que el fermento de la adversidad. El primer fruto de esta disposición tan desinteresada fué alejar de mi corazón todo sentimiento de odio y de envidia contra el que me había suplantado; al contrario, quise con sinceridad bienquistarme con ese joven, dedicarme á formarle, á educarle, darle á conocer todo el precio de su fortuna, convertirlo en digno de ella, si posible fuese, y en una palabra, hacer por él todo lo que Anet hizo por mí en ocasión semejante. Mas faltaba la paridad entre las personas. Teniendo yo mayor dulzura y más luces, carecía de la sangre fría y firmeza de Anet, así como de aquella entereza de carácter que imponía y que tanto hubiera necesitado para salir adelante en mi empresa. Además tampoco hallé en aquel jo-

ven las cualidades que Anet había encontrado en mí: la docilidad, el afecto, la gratitud, sobre todo el sentimiento que á mi me animaba de la necesidad de sus cuidados, y el deseo ardiente de procurar que me fuesen de utilidad. Ahora faltaba todo esto. Aquel á quien yo quería formar no veía en mí más que un pedante que sólo tenía cháchara. Es más: hasta se admiraba á sí mismo como á un hombre importante en la casa; y midiendo los servicios que creía prestar por el ruido que metía, consideraba sus hachas y azadones como infinitamente más útiles que todos mis librotos. Hasta cierto punto no le faltaba razón, mas lleno de esta idea se daba una importancia capaz de hacer reventar de risa. Se las echaba con los labradores de hidalgo lugareño; á poco hizo lo mismo conmigo y al fin hasta con mamá. Pareciéndole poco noble su nombre de Vintzenried, lo cambió por el de señor de Courtilles; y bajo este último, fué conocido después en Chamberi y en Maurienne, donde se ha casado.

En fin, tanto las echó de ilustre personaje, que acabó por ser el todo de la casa, y yo nada. Como cuando yo tenía la desdicha de disgustarle, era á mamá á quien regañaba y no á mí, el temor de exponerla á sus brutalidades me hacía dócil á sus exigencias y cada vez que partía leña, empleo que desempeñaba con singular altanería, preciso era que yo permaneciese allí como expectador ocioso y como tranquilo admirador de su proeza.

Sin embargo, este muchacho no carecía enteramente de buen fondo; quería á mamá, porque era imposible no quererla; á mi mismo no me tenía aversión; y cuando los intervalos de su impetuosidad permitían hablarle, á veces nos escuchaba con bastante docilidad y convenía francamente en que era un mentecato; después de lo cual, no dejaba de cometer nuevas tonterías. Por otra parte, su inteligencia era tan limitada y sus gustos tan bajos, que difícilmente se podía razonar con él y

era casi imposible complacerse en su trato. Á la posesión de una mujer llena de encantos añadió la salsa de una doncella vieja, de pelo rojo y desdentada, cuyo desagradable servicio mamá tenía la paciencia de soportar, aunque le revolvió el estómago. Yo eché de ver este nuevo manejo, que me exasperó de indignación; pero observé también otra cosa que me afectó más vivamente todavía y me hundió en un profundo abatimiento más que todo cuanto hasta entonces había sucedido, y fué la frialdad de mamá conmigo.

La privación que yo me había impuesto, y que ella había hecho como que aprobaba, es una de las cosas que las mujeres no perdonan nunca, aunque no lo demuestren, no tanto por la privación que para ellas resulta, cuanto por la indiferencia con que se mira su posesión. Supóngase la mujer más filosófica, menos afecta al goce de los sentidos, el crimen más imperdonable que el hombre que menos le interese puede cometer con ella es que, pudiendo poseerla, no lo haga. Forzoso es que esta regla no tenga excepción, pues alteró una simpatía tan natural y tan fuerte, una abstinencia que no reconocía más causa que virtud, estimación y afecto. Desde entonces cesé de encontrar en ella esa afinidad de los corazones que fué siempre la mayor dulzura para el mío. Ya no se desahogaba conmigo sino cuando tenía que lamentarse del recién venido; cuando estaban en armonía, me daba muy poca parte en sus confidencias. En fin, poco á poco fué tomando un modo de vivir de que yo no formaba ya parte alguna. Mi presencia le complacía aún, más ya no le era indispensable; y aunque hubiese pasado días enteros sin verme, no se hubiera hecho cargo de ello.

Insensiblemente me hallé aislado y solo en esta casa de la cual antes había sido el alma y donde, por decirlo así, estaba como un suplente. Poco á poco me acostumbé á separarme de cuanto en ella se hacía, como también de los que la habi-

taban; y, para ahorrarme continuas amarguras, me encerraba con mis libros, ó me iba á suspirar ó llorar en la soledad de los bosques. Pronto me fué esta vida del todo insoportable. Comprendía que la presencia personal y el alejamiento de corazón de una mujer que tanto amaba, irritaba mi dolor, y que cesando de verla sentiría menos cruelmente la separación. Formé el proyecto de abandonar la casa, se lo dije, y, lejos de oponerse, convino en ello. Tenía ella en Grenoble una amiga, llamada señora de Ibens, cuyo marido estaba relacionado con el señor de Mably, gran preboste de Lyon. El señor de Ibens me propuso el cargo de maestro de los hijos del señor de Mably; yo acepté y partí para Lyon sin dejar tras de mí, ni casi sentir, el menor pesar por una separación cuya sola idea nos hubiera costado en otro tiempo las angustias de la muerte.

Poseía casi los conocimientos necesarios para un preceptor y creía tener la disposición indispensable para serlo; mas durante el año que permanecí en casa del señor de Mably, tuve ocasión de desengañarme. La dulzura de mi carácter me nubiera hecho muy á propósito para el caso, si el arrebatamiento no hubiese dado lugar á tempestades. Mientras todo iba bien y veía que mis cuidados y fatigas producian resultado, ningún trabajo me dolía y era un ángel; mas era un diablo cuando iban mal. Cuando mis alumnos no me entendían, me exasperaba; y cuando manifestaban inocuidad, les habria matado; esto no era seguramente el mejor medio de hacerlos sabios y prudentes. Tenia dos de genio muy diferentes. Uno de ocho á nueve años, llamado Santa Maria, era de buena figura, de inteligencia bastante despejada, vivo, bullicioso y muy tarambana; pero divertido y alegre en su malignidad. El menor, llamado Condillac * parecia casi estúpido,

* Sobrino del filósofo.

huraño, más testarudo que un borrico, é incapaz de aprender nada. Como puede suponerse, con este par de cabezas de nada servia mi trabajo. Á fuerza de paciencia y sangre fria, tal vez habria salido del paso, mas faltándome una y otra, no hice nada que valiese la pena, y mis alumnos no adelantaban nada. No me faltaba asiduidad, pero sí entereza y sobre todo prudencia. No sabía emplear con ellos más que tres medios inútiles siempre y frecuentemente perniciosos con los niños: el sentimiento, los razonamientos y el enojo. Ya me enternecía con Santa Maria hasta el derramar lágrimas; quería enternecerle, como si el muchacho hubiese sido susceptible de una emoción verdadera; ya me fatigaba haciéndole discursos, como si hubiese podido entenderme; y como á veces me contestaba con mucha sutileza, le tomaba de veras por razonable, porque era razonador. El pequeño Condillac era todavía más embarazoso, pues sin entender nada, ni responder nada, ni converse por nada y obstinado á toda prueba, nunca triunfaba mejor de mí como cuando me habia encolerizado; entonces él era el discreto, y yo el niño. Yo veía todas mis faltas y me dolían; estudiaba el carácter de mis alumnos, penetraba perfectamente en su interior y no creo que ni una sola vez me viese engañado por sus mañas. Mas, ¿de que me servía ver el mal sin saber aplicar el remedio? Conociéndolo todo, nada evitaba, nada lograba, y hacia todo lo que no debía hacer.

No obtenia casi mejor resultado para mí que para mis discípulos. La señora de Ibens me habia recomendado á la de Mably. Aquella habia rogado á ésta que procurase formar mis maneras y comunicarme el tono de sociedad. Ésta hizo algo para conseguirlo, y quiso que yo aprendiese á hacer los honores de su casa; pero lo hice tan mal, era tan vergonzoso, tan simple, que pronto se disgustó y me dejó plantado. Esto no impidió que, según mi costumbre, me enamorase de ella, lo que dejé traslucir lo bastante para que se hiciese cargo de

ello, mas nunca osé declararme. No la encontré dispuesta á tomar la iniciativa y me quedé con mis miradas y mis suspiros, de que luego me cansé yo mismo, viendo que á nada conducian.

En casa de mamá, había perdido enteramente mi afición á robar bagatelas, porque perteneciéndome todo, nada tenía que robar. Además, los elevados principios que me había formado debían hacerme para lo sucesivo superior á tales bajezas, y es muy cierto que desde entonces generalmente lo he sido; pero no es tanto por haber cortado la raíz como por haber aprendido á vencer mis tentaciones; y temería mucho volver á robar, como en mi infancia, si me viese sujeto á iguales deseos. Se me ofreció una prueba de esto en casa del señor de Mably. Rodeado allí de varias chucherías, que ni siquiera miraba, se me antojó codiciar cierto vinillo blanco de Arboix, muy agradable, á que me habían aficionado algunos vasos, que de vez en cuando bebía en la mesa. Estaba algo espeso; yo creía saber clarificarlo; me lo confiaron y lo clarifiqué deteriorándolo, aunque sólo á la vista; pues fué siempre sabroso, y esto hizo que me apoderase de algunas botellas de cuando en cuando, para beberlo á mis anchas particularmente. Desgraciadamente, nunca he podido beber sin comer; mas, ¿cómo componérmelas para tener pan? Guardarlo era imposible; mandarlo comprar por los lacayos era descubrirme y casi insultar al amo de la casa, y no me atreví á comprarlo yo mismo; todo un caballero con espada al cinto, ¿podía ir á buscar un pedazo de pan en casa de un tahonero? Me acordé entonces de lo que contestó una princesa, á quien dijeron que los labradores no tenían pan, y ella dijo: «Que coman tortas*.» ¡Cuántas dificultades tuve para lograrlo! Saliendo sólo para este objeto recorría á veces toda la ciudad y pasaba por

* Variante: Entonces compré tortas...

delante de treinta pastelerías antes de entrar en ninguna. Preciso era que no hubiese en la tienda más que una persona y que su fisonomía me inspirase mucha confianza para que me atreviese á pisar el umbral. Mas una vez dueño de mi cara torta y encerrado en mi cuarto, iba á sacar mi botella del fondo de un armario. ¡Que deliciosas comidillas hacia allí solo, leyendo algunas páginas de novela! Porque leer comiendo fué siempre mi mayor capricho, á falta de mejor compañía: es el suplemento de la sociedad que me falta. Alternativamente devoro una página y un bocado; es como si mi libro comiese conmigo.

Jamás he sido disoluto ni crapuloso, ni me he embriagado en la vida.

Así pues, mis pequeños robos no eran muy indiscretos: sin embargo, fueron descubiertos; las botellas me vendieron. No me lo dieron á entender, pero me quitaron el encargo de la bodega. En todo esto el señor de Mably se conducía con discreción y prudencia. Era un hombre muy galante, que bajo un aspecto tan duro como su empleo, poseía un carácter verdaderamente dulce y una rara bondad de sentimientos; era juicioso, equitativo y, lo que no podría esperarse de un oficial de la prebostera, hasta muy humano. Agradeciendo su indulgencia, le cobré mayor afecto, y esto fué causa de que prolongase mi estancia en su casa más de lo que de otra suerte lo hubiera hecho. Mas, al fin, disgustado de un empleo para el cual no servía, y de una situación muy embarazosa que nada tenía de agradable para mí, después de un año de prueba, durante el cual no escaseé mis cuidados, me resolví á dejar á mis discípulos, profundamente convencido de que jamás lograría educarlos bien. El mismo señor de Mably lo veía tan bien como yo; sin embargo creo que nunca se hubiera resuelto á despedirme, si yo no le hubiese ahorrado este trabajo, exceso de condescendencia que yo no apruebo seguramente en semejante caso.

Lo que me hacía más insoportable mi estado era la continua comparación que establecía entre él y el que anteriormente tenía; el recuerdo de mi querida casa de las Charmettes, de mi jardín, de mis árboles, de mi fuente, de mi verjel, y sobre todo, de aquella para quien yo había nacido, que daba vida á todo esto. Volviendo á pensar en ella, en mis placeres, en nuestra inocente vida, se me oprimía el corazón, y el ahogo me dejaba sin aliento para hacer nada. Cien veces me acometió el deseo de partir repentinamente y á pie para volar á su lado; con tal que la viese una vez siquiera, hubiera muerto contento en seguida. En fin no pude resistir tan tiernos recuerdos que me impellian hacia ella á toda costa. Yo me decía que no había sabido tener suficiente paciencia, que no había sido bastante complaciente y cariñoso; que todavía podía vivir feliz en el seno de una amistad tan dulce, poniendo algo más de mi parte.

Formé los más bellos proyectos del mundo y estaba frenético por ejecutarlos. Entonces lo dejé todo, renuncié á todo, partí, volé, llegué con todo el arrebató de mi juventud primera, y me encontré de nuevo á sus pies. ¡ Ah! hubiera muerto allí de gozo, si hubiese vuelto á encontrar en su acogida, en sus ojos, en sus caricias, en su corazón, en fin, la cuarta parte de lo que en ella encontraba en otro tiempo y de lo que yo le llevaba todavía.

¡ Horrible ilusión de las cosas humanas! Me recibí con aquella excelencia de corazón que no podía acabar sino con ella; mas yo iba en busca de un pasado que ya no existía y cuyo renacimiento era imposible. Apenas transcurrida media hora, cuando sentí muerta para siempre mi antigua felicidad. Nuevamente me hallé en la misma situación desoladora que me había visto forzado á abandonar, y esto sin que pudiese achacarlo á nadie; porque en el fondo Courtilles no era malo y pareció verme con más gusto que desagrado. Mas, ¿ cómo

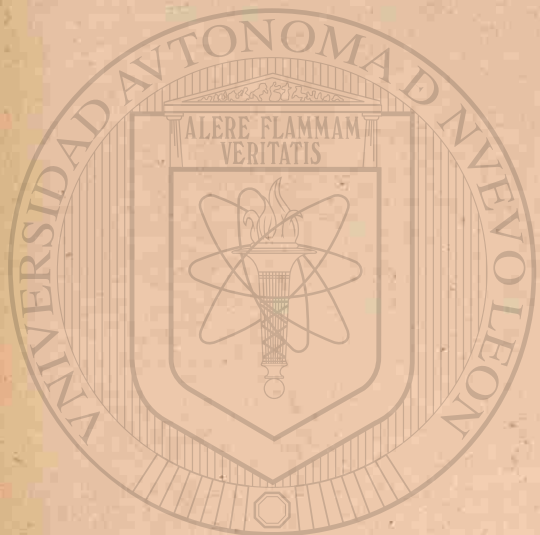
caer verme de supernumerario cerca de aquella para quien lo había sido todo y que no podía dejar de serlo todo para mí? ¿ Cómo vivir cual extraño en la casa donde había sido el hijo? El aspecto de los objetos de mi pasada felicidad me representaban la comparación más cruel. En otra vivienda no hubiera sufrido tanto, pero ver incesantemente seres que me recordaban momentos tan dulces, era irritar el dolor de mi pérdida. Consumido por vanos pesares, sumergido en la más negra melancolía, volví á tomar la costumbre de permanecer solo, fuera de las horas de comer. Encerrado con mis libros, buscaba en ellos distracción provechosa; y sintiendo el peligro inminente que antes tanto había temido, me mortificaba con el fin de hallar en mí mismo los medios de remediarlo cuando mamá quedase exhausta de recursos. Yo había dispuesto en su casa las cosas de modo que marchase todo sin empeorar; pero después de mi salida, todo había cambiado. Su mayordomo era un disipador; quería brillar, lucir buen caballo y buen tren; le gustaba presentarse á lo noble á los ojos de los vecinos; acometía sin cesar empresas de que no entendía palabra; la pensión, de la cual le retenían la cuarta parte, se gastaba por adelantado, los alquileres estaban atrasados y las deudas iban siguiendo. Yo preveía que esta pensión sería embargada en breve y quizás suprimida. En fin, no vislumbraba más que ruina y desastres, y me parecía tan cercano el momento, que experimentaba con anticipación todos sus horrores.

Mi querido gabinete era mi única distracción. Á fuerza de buscar en él remedios contra la turbación de mi espíritu, me apliqué á buscarlos contra los males que presentía; y volviendo á mis antiguas ideas, me llené la cabeza de nuevos planes utópicos para sacar á mamá de la fatal estrechez en que se veía próxima á caer. No me sentí con bastantes conocimientos ni bastante ingenio para figurar en la república de los

etras y adquirir una fortuna por este camino, y una nueva idea que se me presentó me inspiró la confianza que no podía darme la medianía de mi capacidad. No había abandonado la música, aunque hubiese dejado de enseñarla; al contrario, había estudiado la teoría lo bastante para considerarme perito en esta parte. Reflexionando sobre el trabajo que me había costado aprender y descifrar las notas musicales, y en el que me costaba todavía cantar de repente, pensé que esta dificultad podía muy bien provenir tanto de la cosa como de mí, sobre todo sabiendo que en general el aprender música no es para nadie cosa fácil. Examinando la combinación de los signos, á menudo me parecían mal inventados. Muy anteriormente, había pensado en notar la escala por medio de cifras, á fin de evitar tener que trazar siempre líneas y pentágramas cuando se había de notar la mas pequeña cantata. Pero me había detenido la dificultad de las octavas y la del compás y de los valores de las notas. Esta antigua idea se reprodujo en mi mente, y discurriendo de nuevo sobre ella, vi que estas dificultades no eran insuperables. Medité acerca del asunto con buen éxito y logré notar alguna pieza de música por medio de mis cifras con la mayor exactitud, y puedo añadir que con la mayor sencillez. Desde este momento, di por hecha mi fortuna; y con el ardiente deseo de compartirla con aquella á quien todo lo debía, no tuve otro deseo que marchar á París, convencido de que presentando mi innovación á la Academia, causaría una revolución. Me había traído de Lyon algún dinero, vendi mis libros, y en quince dias mi resolución quedó tomada y ejecutada. En fin, lleno de las magnificas ideas que me la habían inspirado, y siendo siempre el mismo en todos tiempos, parti de Saboya con mi sistema de música, como parti en otro tiempo de Turín con mi fuente de Hierón.

Tales han sido los errores y las faltas de mi juventud. He narrado su historia con una fidelidad de que mi corazón se

siente satisfecho. Si en lo sucesivo he honrado mi edad madura con algunas virtudes, con igual franqueza lo hubiera referido, y éste era mi designio; mas preciso es detenerme aquí. El tiempo puede levantar muchos velos. Si mi memoria llega á la posteridad, quizás sepa ésta algún dia lo que tenia que decir. Entonces se sabrá por qué me callo.



PARTE SEGUNDA

LIBRO SÉPTIMO

(1744.)

Después de dos años de silencio y de paciencia, vuelvo á tomar la pluma á despecho de mi resolución. Lector, suspende tu juicio acerca de los motivos que á ello me obligan; no puedes juzgar hasta después de haberme leído.

Se ha visto deslizarse mi apacible juventud en una vida tranquila, bastante dulce, sin grandes reveses ni grandes prosperidades. Esta medianía fué en gran parte efecto de mi naturaleza ardiente, pero débil, más propia par descorazonarme que para emprender algo; la cual, saliendo del reposo por medio de sacudidas violentas, pero volviendo á él por cansancio y por gusto, y conduciéndome siempre lejos de las grandes virtudes y más aún de los grandes vicios á la vida ociosa y tranquila á que me sentía inclinado, jamás me permitió, en bien ni en mal, lanzarme á nada grande.

¡Cuán diferente cuadro **tendré** que desarrollar en breve! La suerte que durante treinta años favoreció mis inclinaciones, durante otros treinta hizo lo contrario; y de esta oposición continua entre mi situación y mis inclinaciones se verán nacer faltas enormes, inauditas desventuras, y, excepto la fuerza, todas las virtudes que pueden honrar á la adversidad.

La primera parte de **mi** vida ha sido escrita toda de me-

moria y por lo tanto he debido cometer muchos errores. Obligado á escribir la segunda de memorita también, probablemente cometeré muchos más aún. Los dulces recuerdos de mis bellos años, pasados con tanta tranquilidad como inocencia, me han dejado mil gratas impresiones, que me halaga de continuo recordar. Pronto se verá cuán diferentes son los del resto de mi existencia. Recordarlos es renovar su amargura. Lejos de agriar la de mi situación con estos tristes recuerdos, los evito cuanto puedo; y á veces lo he logrado hasta el punto de no poder hacerlos revivir cuando me ha convenido. Esta facilidad de olvidar los males es un consuelo que el cielo me ha concedido en medio de los que un día la suerte debía acumular sobre mí. Mi memoria, que únicamente me recuerda los objetos agradables, es el feliz contrapeso de mi espantada fantasía, que sólo me hace prever desdichas en el porvenir.

Todos los papeles que habia juntado para suplir á mi memoria y guiarme en esta empresa han pasado á otras manos y jamás volverán á las mías.

Sólo me queda un guía fiel con que poder contar: es la larga cadena de sentimientos que han señalado la sucesión de mi ser, y por ellos, la de los acontecimientos que han sido sus causas ó sus efectos. Fácilmente olvido mis pesares, mas nunca mis faltas, y menos aún mis buenos sentimientos. Me es harto grato su recuerdo para que se borre de mi corazón. Puedo cometer omisiones en los hechos, transposiciones, errores de fechas, mas no puedo equivocarme acerca de lo que he sentido, ni acerca de lo que mis sentimientos me han inducido á ejecutar; y he aquí de lo que se trata principalmente. El verdadero objeto de mis confesiones es haber comprendido exactamente mi interior en todas las situaciones. He prometido la historia de mi alma; y para escribirla con fidelidad, no necesito otros recuerdos: me basta, como lo he hecho hasta aquí, entrar dentro de mí mismo.

Hay sin embargo, felizmente, un intervalo de seis á siete años, del cual tengo datos seguros en una colección de copias de cartas, cuyos originales obran en poder del señor du Peyrou. Esta colección, que acaba en el año 1760, comprende todo el tiempo de mi permanencia en l'Ermitage, y de mi gran rompimiento con los que se llamaban amigos míos; época memorable de mi vida que fué el manantial de todas mis desdichas. Con respecto á las cartas originales más recientes que pueden quedarme, y que son en número muy reducido, en vez de transcribirlas al final de la colección, harto voluminosa para que pueda esperar sustraerla á la vigilancia de mis Argos, las copiaré en este mismo escrito, cuando me parezca que pueden derramar alguna claridad, ya sea en favor, ya en contra mía; pues no temo que el lector olvide jamás que escribo mis confesiones creyendo que hago mi apología; mas tampoco debe esperarse que me calle la verdad cuando ésta me enalteeza.

Por lo demás, esta segunda parte no tiene de común con la primera más que la verdad, ni tiene sobre ella más ventaja que la importancia de los hechos. Fuera de esto, no puede menos de serle inferior en todo. Escribía la primera con placer, con complacencia, á mi satisfacción, en Wooton ó en el castillo de Trye * todos los recuerdos que tenía que renovar eran otros tantos goces. Los refrescaba sin cesar con nueva fruición y podía dar vueltas á mis descripciones sin dificultad hasta que me satisficiesen. Hoy día, mi memoria y mi cabeza debilitadas, me reducen á la incapacidad para todo trabajo; me ocupo en éste casi por fuerza y con el corazón oprimido por la angustia. No me ofrece más que desventuras, traiciones, perfidias, recuerdos tristes y desgarradores.

Yo quisiera encerrar por todo lo del mundo, en la noche de

* Castillo del príncipe de Condé, cerca de Gisors, á quince leguas de Paris.

los tiempos lo que tengo que decir; y, obligado á hablar contra mi voluntad, me veo reducido también á ocultarme, á valerme de astucias, á procurar engaños, á envilecerme con las cosas menos adecuadas á mi naturaleza. El suelo que piso tiene ojos, las paredes que me rodean tienen oídos; cercado de espías y vigilantes malévolos, que me celan, inquieto y perturbado, echo presuroso sobre el papel algunas palabras interrumpidas, que apenas tengo tiempo de releer, y menos aún de corregir. Sé que á pesar de las inmensas barreras que amontonan en derredor mio, siempre temen que la verdad se escape por alguna hendidura. ¿Cómo saltarías? Lo intento con escasa esperanza. Júzguese si así pueden trazarse agradables cuadros y comunicarse un colorido halagüeño. Advierto, pues, á los que quieran emprender esta lectura, que al proseguirla nada puede distraer su fastidio, si ya no es el deseo de acabar de conocer á un hombre y el amor sincero de la justicia y de la verdad.

Dejé la primera parte cuando, partiendo con pesar, depositando mi corazón en las Charmettes, y forjándome mi última ilusión, proyecté llevar allá algún día á los pies de mi mamá los tesoros que hubiese adquirido, y contando con mi sistema musical como con una fortuna segura.

Me detuve algún tiempo en Lyon con objeto de visitar allí mis conocidos, para hacerme con algunas recomendaciones para París y para vender mis libros de geometría que me había llevado. Todos me dispensaron buena acogida. Los señores de Mably manifestaron el placer que les causaba mi visita y me dieron de comer por algunos días. En su casa trabé conocimiento con el abate de Mably, así como también adquirí el del abate Condillac, los cuales habían venido á visitar á su hermano. El de Mably me dió algunas cartas para París, entre ellas una para Fontenelle y otra para el conde de Caylus. Ambas relaciones me fueron muy gratas, sobre todo la primera, que no

ha cesado de manifestarme amistad hasta el último suspiro, y de darme en nuestras entrevistas consejos que hubiera debido aprovechar mejor.

Volvi á ver al señor de Bordes, á quien conocía de mucho antes, y que frecuentemente había favorecido de buena voluntad y con verdadera satisfacción. En esta ocasión le encontré como siempre. Por su mediación pude vender mis libros, y me dió ó me procuró recomendaciones para París. Vi de nuevo también al señor intendente, cuyo conocimiento debía á Bordes, y á quien debí la del señor duque de Richelieu, que fué á Lyon por este tiempo. Fuille presentado por el señor Pallu; me recibió bien y me dijo que fuese á verle en París, lo que hice varias veces, y no obstante el conocimiento de tan elevado personaje, de quien tendré que hablar á menudo, nunca me fué útil para nada.

Vi de nuevo al músico señor David, que me había ayudado en la estrechez que pasé durante uno de mis viajes precedentes. Me había dado ó prestado un gorro y unas medias, que no le he devuelto más, ni me los ha pedido nunca, á pesar de haberlo visto varias veces desde entonces. Sin embargo, posteriormente le hice un regalo equivalente poco más ó menos, y aun diría que de más valor si aquí se tratara de lo que he quedado á deber, mas se trata de lo que he hecho y desgraciadamente no es lo mismo.

También vi nuevamente al noble y generoso Perrichón, quien me dió pruebas de su ordinaria magnificencia; pues me dispensó el mismo obsequio que antes había hecho á Gentil-Bernard, pagándome el asiento de la diligencia. Volvi á ver al cirujano Parisot, el mejor y más bondadoso de los hombres; volvi á ver á su cara Godefroy, á quien sustentaba hacia diez años, y cuya dulzura de carácter y bondad de corazón constituían casi todo su mérito, mas á quien no se podía tratar sin interés, ni abandonar sin enternecerse, pues se hallaba en el último grado de una tisis que le quitó la vida al poco tiempo.

Nada manifiesta tanto las verdaderas inclinaciones de un hombre como la clase de relaciones que contrae¹. El que veía á la dulce Godefroy conocía al buen Parisot.

Yo estaba obligado á todas esas gentes. En lo sucesivo, de todos me olvidé, no por ingratitud á buen seguro, sino á causa de esa pereza invencible que con frecuencia me ha hecho parecer ingrato; jamás se ha borrado de mi corazón la gratitud que les debo; pero me hubiera costado menos darles de ello una prueba evidente que manifestárselo con mi asiduidad. La exactitud en escribir ha estado siempre por encima de mis fuerzas; cuando empiezo á dejar pasar tiempo, la vergüenza y la dificultad de reparar mi falta me la hacen agravar, y ya no escribo. Por lo tanto he guardado silencio y ha parecido que les olvidaba. Parisot y Perrichón ni siquiera se han fijado en ello, y siempre han sido lo mismo para mí; mas en cuanto á Bordes, se verá, veinte años después, hasta dónde llega la venganza del amor propio de un hombre presumido, que se cree menospreciado.

Antes de salir de Lyon, no debo olvidar una amable persona, que volví á ver con más placer que nunca, y que dejó en mi corazón tiernos recuerdos: es la señorita de Serre, de quien he hablado en la primera parte, y con quien había trabado nuevas relaciones mientras estuve en casa del señor de Mably. Teniendo más espacio en este viaje, la vi más á menudo; mi corazón se prendó grandemente de ella y tuve motivos para

¹ Á menos que no se haya engañado en su elección, ó que aquella con la cual se ha unido haya cambiado después de carácter por un concurso de causas extraordinarias, cosa que no es de todo punto imposible. Si se admitiese sin excepción esta consecuencia, debería juzgarse á Sócrates por su mujer Janipa, y á Dión por su amigo Calippo; lo que sería el más inicuo y más falso juicio que jamás se haya formado. Por lo demás, no se haga ninguna aplicación injuriosa á mi mujer. Ella es, á la verdad, más corta y fácil de engañar de lo que yo había creído; mas por su carácter casto, excelente, sin malicia, es digna de toda mi estimación y se la tendré mientras viva.

creer que el suyo no me era hostil; pero me hizo una revelación que me quitó todo deseo de abusar de su amor. Ella no tenía nada, yo tampoco; nuestras situaciones eran harto semejantes para unirnos; y con las miras que yo llevaba, estaba muy lejos de pensar en el matrimonio. Me hizo saber que un joven comerciante, llamado Jenève, parecía querer casarse con ella. Le vi en su casa una ó dos veces, me pareció hombre de bien, y por tal pasaba. Persuadido de que con él sería dichosa, deseé que se unieran, como se efectuó posteriormente; y, para no turbar sus inocentes amores, me apresuré á partir, haciendo votos por la felicidad de esta encantadora joven, votos que no han sido oídos aquí abajo, sino por breve tiempo; pues supe que había muerto al cabo de dos ó tres años de casada. Ocupado durante todo el camino con el recuerdo de mi dulce pesar, sentí y he sentido posteriormente á menudo, pensando de nuevo en ello, que si los sacrificios que se hacen en aras del deber y de la virtud exigen un esfuerzo, queda éste bien recompensado por los recuerdos dulces que deja en el fondo de nuestro corazón.

Así como en mi primer viaje había visto á Paris por su lado feo, en el presente lo vi por su lado brillante; no me refiero ciertamente á mi morada; pues gracias á unas señas que me había dado el señor Bordes, fui á parar á la fonda de San Quintin, calle des Cordeliers, cerca de la Sorbona, calle fea, fea fonda y cuarto feo, pero donde sin embargo se habían albergado hombres de mérito, tales como Gresset, Bordes, los abates de Mably, de Condillac, y muchos otros, de los que por desdicha no encontré ninguno; mas hallé un cierto señor de Bonnefont, hidalguelo cojo, litigante, que se las echaba de purista, á quien debí el conocimiento del señor Roquin, decano ahora de mis amigos, y por su conducto el del filósofo Diderot, de quien tendré que hablar mucho en lo sucesivo.

Llegué á París por el otoño de 1741 con quince lises de moneda corriente, mi comedia *Narciso* y mi proyecto de música por todo recurso, teniendo, por consecuencia, poco tiempo que perder para sacar de él algún provecho. Me apresuré á presentar mis recomendaciones. Un joven que llega á París, teniendo una regular figura, y que se anuncia con cierto talento, está siempre seguro de hallar buena acogida. Tal fué la mía, y esto me proporcionó buenos ratos sin conducirme a gran cosa. De todas las personas á quienes fui recomendado, sólo tres me sirvieron: el señor Damesin, gentilhomme saboyano, entonces escudero y creo que favorito de la señora princesa de Carinián; el señor de Boze, secretario de la Academia de las Inscripciones y conservador de las medallas del gabinete del rey, y el padre Castel, jesuita, autor del clave ocular. Todas esas recomendaciones, excepto la del señor Damesin, me próvenían del abate de Mably.

El señor Damesin proveyó lo más necesario por medio de dos relaciones que me procuró: la una del señor de Gase, presidente con birrete en el parlamento de Burdeos, y que tocaba perfectamente el violin; la otra, la del señor de León, que á la sazón vivía en la Sorbona, joven caballero muy amable, que murió en la flor de su edad, después de haber brillado breve tiempo en el mundo bajo el nombre de Rohán. Uno y otro tuvieron la humorada de aprender la composición. Les di lección algunos meses, y esto contribuyó á sostener un poco mi moribundo bolsillo. El abate de León me cobró amistad y quiso tomarme por su secretario, mas como no era rico, no pudo ofrecerme más que ochocientos francos, que rehusé con pesar, que no eran suficientes para mi vivienda, mi alimentación y demás atenciones.

El señor de Boze me recibió muy bien, apreciaba los conocimientos y los tenía también, mas era un poco pedante. Su señora hubiera podido ser su hija; era brillante y petimetra.

Yo comía algunas veces en su casa, y no puede darse un aspecto más soso y estúpido que el que yo tenía, colocado en frente de ella. Su desenfado me intimidaba y ponía más de relieve mi cortedad. Cuando me presentaban un plato, adelantaba mi tenedor para coger modestamente un pedacito de lo que me ofrecía; de suerte que ella daba á su lacayo el plato que me había destinado, volviéndose para ocultarme su risa. Ni siquiera sospechaba que en la cabeza de un provinciano como yo hubiese alguna capacidad.

El señor de Boze me presentó al de Reaumur, amigo suyo, que venía á comer en su casa todos los viernes, días de sesión en la Academia de ciencias. Le habló de mi proyecto y de mi deseo de someterlo al examen de la Academia. El señor de Reaumur se encargó de la proposición, que fué atendida. El día señalada fui introducido y presentado por el señor de Reaumur, y el mismo día de 22 de Agosto de 1742 tuve el honor de leer á la Academia la memoria que al efecto tenía preparada. Aunque esta ilustre asamblea fuese en verdad muy imponente, me encontré en ella menos intimidado que ante la señora de Boze y quedé regularmente en mis lecturas y mis respuestas. La memoria produjo buen efecto y me granjeó felicitaciones, que me sorprendieron tanto como me halagaron, pues me costaba trabajo comprender que para una academia pudiese tener sentido común cualquiera que no perteneciese á ella. Los comisionados examinadores fueron los señores de Mayrán, Hellot y de Fouchy, personas seguramente de mérito, pero ninguno sabía de música, á lo menos lo bastante para hallarse en aptitud necesaria á fin de apreciar mi proyecto

(1742.)

Durante mis conferencias con esos señores, me convencí con

tanta seguridad como sorpresa que, si á veces los sabios tienen menos preocupaciones que los demás hombres, en cambio están más aferrados á las suyas. Por débiles y falsas que fueran la mayor parte de sus objeciones, y aunque yo respondiese con mucha timidez, como lo confieso, y me explicase mal, aunque con razones decisivas, ni una sola vez logré hacerme entender y satisfacerles. Á mi me tenían siempre absorto al ver con qué facilidad por medio de algunas frases sonoras me refutaban sin haberme comprendido. No sé de dónde desenterraron que un monje, llamado padre Souhaitti habia ideado mucho tiempo antes el pentágrama con cifras, y con esto tuvieron bastante para pretender que mi sistema no era nuevo. Y esto aun puede pasar, pues — aunque yo jamás hubiese oído hablar del padre Souhaitti, y aunque su modo de escribir las siete notas del canto llano sin soñar siquiera en las octavas, de ningún modo mereciese entrar en comparación con mi sencilla y cómoda invención para notar cualquier música imaginable, llaves, pausas, octavas, compases, tiempos y valores de las notas, cosas en que ni siquiera habia pensado el padre Souhaitti — venia por lo menos muy á propósito para decir que en cuanto á la expresión elemental de las siete notas era él el primer inventor. Pero además de haber dado á esta invención primera más importancia de la que merecía, no se contentaron con solo esto; y tan luego como quisieron hablar del fondo del sistema, no hicieron más que desbarrar. La ventaja mayor del mio era suprimir las transposiciones y las llaves, de suerte que el mismo trozo se hallaba notado y transpuesto á voluntad, en cualquier tono que se quisiese, con el cambio de una letra inicial al principio de la composición. Aquellos señores habian oído á los sopranos de París que el método de ejecutar la música por transposición no valia nada; en esto se apoyaron para formular una invencible objeción contra la más notable ventaja de mi sistema, y resolvieron que mi notación era buena

para la parte vocal y mala para la instrumental, cuando hubieran debido juzgarla buena para la vocal y mejor para la instrumental. Con semejante dictamen, la Academia me concedió un certificado lleno de halagüeñas frases, en cuyo fondo se traslucía que no consideraba mi sistema útil ni nuevo. No creí por consiguiente deber acompañar con semejante documento la obra titulada *Disertación sobre la música moderna*, por medio de la cual apelé del fallo de la Academia al público.

Con esta ocasión, tuve lugar de ver cómo aun con talento escaso, el conocimiento único, pero profundo, de una materia es preferible para juzgar bien de ella, á todas las luces que da la cultura de las ciencias, cuando no se agrega á la misma el estudio particular de la materia que se trata. La única objeción sólida que podia oponerse á mi sistema la hizo Rameau. Apenas se lo hube explicado, cuando vió su lado flaco. «Vuestros signos, me dijo, son muy buenos en cuanto determinan sencilla y claramente los valores, en cuanto representan visiblemente los intervalos y muestran siempre lo simple en lo complicado, cosas todas que no tiene la notación ordinaria; pero son malos por cuanto exigen una operación de la inteligencia, que no siempre permite seguir la rapidez de la ejecución. La posición de nuestras notas, continuó, se manifiesta á la vista sin el concurso de este trabajo. Si dos notas, una muy alta y otra muy baja, se hallan enlazadas por una serie de notas intermedias, desde la primera ojeada veo la progresión de una á otra por grados continuos; mas para estar seguro de esta progresión con vuestro sistema, es indispensable deletrear todas las cifras una á una; el golpe de vista no sirve para nada.» Esta objeción me pareció que no tenia réplica, y convine en ello al instante mismo; aunque sea natural y salte á la vista, sólo una práctica dilatada del arte puede sugerirla, y nada tiene de extraño que no se le hubiese ocurrido á ningún académico; pero sí lo es que todos esos grandes sabios que

saben tantas cosas, ignoren que no deberían juzgar de lo que no entienden.

Mis frecuentes visitas á los comisionados y á otros académicos me facilitaron trabar relaciones con lo mejor de París en punto á literatura; y de ahí resultó que estas relaciones estaban ya contraídas cuando me vi inscrito de repente entre ellos. Concretándome al caso presente, concentrado en mi sistema de música, me obstiné en querer causar por su medio una revolución en el arte, y lograr así una celebridad que, tratándose de bellas artes, en París va siempre unida con la fortuna. Me encerré en mi cuarto y me estuve trabajando dos ó tres meses con inexplicable afán, refundiendo en una obra destinada para el público la memoria que había leído á la Academia. La dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomar mi manuscrito, atendiendo á que había que hacer algunos gastos para los caracteres nuevos, que los libreros no prodigan su dinero para las obras de los escritores noveles, y que sin embargo me parecía muy justo que mi obra me valiese el pan que había comido escribiéndola.

Bonnefond me puso en relaciones con Quillau padre, que hizo conmigo un tratado estipulando que los beneficios serian por mitad, sin contar el privilegio, que pagué yo. Tan bien se manejó el expresado Quillau, que perdí lo que me costó el privilegio y jamás he sacado un ochavo de esta edición, que probablemente obtuvo una venta mediana, aunque el abate Desfontaines me había prometido hacerla correr y aunque los otros periodistas la recomendaron.

El mayor obstáculo con que tropezaba mi sistema era el temor de que si no se extendía era perdido el tiempo que se emplease en aprenderlo. A esto decia yo que la práctica de mi notación aclaraba de tal modo las ideas, que aun para aprender la música con los caracteres ordinarios, todavía se ganaba tiempo, empezando por los míos. Para arrecer una

prueba de ello enseñé gratis la música á una joven americana, la señorita de Roullins, que me había hecho conocer el señor Boguin. En tres meses se halló en estado de descifrar con mi notación cualquier pieza de música que se le presentase, y aun de cantar repentinamente mejor que yo mismo cualquiera que no estuviese erizada de dificultades. Este resultado fué sorprendente, pero ignorado. Otro que no hubiese sido yo, lo hubiera pregonado por medio de los diarios; mas con alguna capacidad para encontrar cosas útiles, siempre fui nulo para hacerlas valer.

He aquí cómo se rompió mi nueva fuente de Herón; mas á la sazón contaba treinta años y me hallaba en París donde no puede vivirse sin contar con algo. La resolución que tomé en esa extremidad no parecerá extraña á los que hayan leído la primera parte de estas memorias. Acababa de darme un trabajo tan grande como inútil y necesitaba tomar aliento. En vez de abandonarme á la desesperación me eché tranquilamente en brazos de mi pereza y de la Providencia; y para darle tiempo de obrar, me comí sin precipitación, algunos luses que me restaban todavía, arreglando el gasto de mis indolentes placeres, pero sin suprimirlos, no yendo al café más que un día si y otro no, y al teatro sólo dos veces á la semana. En cuanto á muchachas, no tuve que reformar nada, pues en mi vida he empleado un sueldo, esto exceptuando una sola vez, de que hablaré en breve.

La seguridad, la voluptuosidad, la confianza con que me entregaba á esta vida indolente y solitaria, careciendo de medios para subsistir así tres meses, es una de las particularidades de mi vida y una de las rarezas de mi carácter. La extrema necesidad en que me hallaba de que alguien me protegiese, era precisamente lo que me quitaba el valor de presentarme, y la necesidad de hacer visitas me las hizo insoportables, hasta el punto de cesar de ver hasta á los académicos y otros literatos

con quienes me hallaba ya relacionado. Marivaux, el abate de Mably, Fontenelle, fueron casi los únicos á quienes continué viendo. Al primero hasta le mostré mi comedia *Narciso*, que le agradó y tuvo la complacencia de revisar. Más joven que ellos, Diderot, poco más ó menos de mi edad, era aficionado á la música, cuya teoría conocía, y hablábamos los dos sobre la materia; también me hablaba de los proyectos de sus obras, de donde en breve resultó mayor intimidad, que ha durado quince años y probablemente no se hubiera extinguido si, desgraciadamente y sólo por su culpa, yo no me hubiese entregado á trabajos del mismo género que los suyos.

Difícilmente se adivinaria en qué empleé el corto y precioso intervalo que me quedaba todavía antes de verme reducido á mendigar el pan; me dediqué á estudiar de memoria pasajes de poetas, que había aprendido y olvidado cien veces. Cada mañana, á eso de las diez, iba á pasearme por el Luxemburgo con un Virgilio ó un Rousseau en la faltriquera; y allí, hasta la hora de comer, recordaba ya una oda sagrada, ya una bucólica, sin disgustarme, porque repasando la del día no dejaba de olvidar la de la vispera. Me acordaba de que, después de la derrota de Nicias en Siracusa, los atenienses cautivos se ganaban la vida recitando los poemas de Homero. El partido que saqué de este rasgo de erudición para precaverme de la miseria fué ejercitar mi feliz memoria en retener todos los poetas. Otro medio tenía no menos sólido en el ajedrez, al que consagraba regularmente en casa de Mangis todas las tardes que no iba al teatro. Allí conocí al señor de Legal, Hussón Philidor, y demás grandes jugadores de ajedrez de aquel tiempo, lo cual no fué bastante para que yo adelantara mucho. No dudaba, sin embargo, de que al fin sería más fuerte que todos ellos; esto bastaba, á mi entender, para servirme de recurso; cualquier locura que me entusiasmase siempre me daba ocasión para razonar del mismo modo. Yo me decía: «El que sobresate en

alguna cosa, siempre se ve solicitado. Estemos, pues, en primera línea no importa en qué fuere; seré buscado, se ofrecerán ocasiones, y lo demás depende de mi mérito.» Esta niñada no era un sofisma de mi razón, sino de mi indolencia. Asustado de los grandes y rápidos esfuerzos que hubiera tenido que hacer para animarme, procuraba alhagar mi pereza ocultando la vergüenza por medio de argumentos dignos de ella.

Así esperaba tranquilamente que se acabase mi dinero; y creo que hubiera llegado al último sueldo sin agitarme, si el padre Castel, á quien veía de cuando en cuando en el café, no me hubiese arrancado de mi letargo. El padre Castel era un loco, pero por lo demás un buen hombre, y estaba disgustado de ver que me consumía así sin hacer nada. Puesto que no podéis salir con bien de los músicos ni de los sabios, tocad otro registro y ved á las mujeres. Quizás por este lado logréis un éxito más lisonjero. He hablado de vos á la señora de Beuzenval, id á verla de mi parte; es una buena mujer que recibirá con gusto á un paisano de su hijo y de su marido. En su casa veréis á su hija la señora de Broglie, mujer de talento. También he hablado de vos á la señora Dupin: llevadle vuestra obra; desea veros y os recibirá muy bien. En Paris nada se hace sino por mediación de las mujeres: son como las líneas curvas, cuyas asindotas son los hombres discretos; constantemente se acercan á ellas, pero sin tocarlas jamás.»

Después de haber dilatado uno y otro día ese terrible trabajo, al fin me revestí de valor y fui á ver á la señora de Beuzenval, que me recibió afectuosamente. Habiendo entrado en su cuarto la señora de Broglie, le dijo: «Hija mía, he aquí al señor Rousseau, de quien nos habló el padre Castel.» La de Broglie me felicitó por mi obra y, conduciéndome á su clavicordio, me demostró que la conocía. Viendo en su péndulo que era cerca de la una, quise marcharme; mas la señora de Beuzenval me

dijo: «Vuestra casa está muy lejos, quedaos y comeréis aquí.» Yo no me hice de rogar, y un cuarto de hora después comprendí por algunas palabras que me convidaban á comer á segunda mesa. La señora de Beuzenval era muy buena mujer, mas de cortos alcances, y harto hinchada con su ilustre nobleza polaca; no tenía idea de los miramientos debidos al talento. En esta ocasión me juzgaba más por mi aspecto, que por mi traje, que aunque muy sencillo era muy decente, y de ningún modo indicaba un hombre digno de comer con la servidumbre. Había olvidado el camino hacia demasiado tiempo para querer emprenderlo nuevamente. Sin manifestar todo mi despecho, dije á la señora de Beuzenval que un pequeño asunto que se me ocurría entonces me llamaba á casa, y quise marcharme. La señora de Broglie se acercó á su madre y le dijo al oído algunas palabras que produjeron efecto. La de Beuzenval se levantó para retenerme y me dijo: «Cuento que nos dispensaréis el honor de comer en nuestra mesa.» Yo creí que hacer el orgulloso sería hacer el tonto, y me quedé. Por otra parte, la bondad de la señora de Broglie me había conmovido y me la hizo interesante. Me halagó comer con ella, y esperé que, conociéndome mejor, no se arrepentiría de haberme proporcionado este honor. El señor presidente de Lamoignon, grande amigo de la casa, comió también en ella. Éste, lo mismo que la señora de Broglie, usaba esa jerigonza de París, compuesta de palabritas y agudas alusiones, en que estaba muy lejos de poder brillar el pobre Juan Jacobo. Yo tuve el buen sentido de no querer echarlas de agudo á despecho de Minerva, y me callé. Ojalá hubiese sido siempre tan prudente, que no gemiría en el abismo en que me hallo sumido.

Á mí me desolaba mi torpeza y no poder justificar á los ojos de la señora de Broglie lo que había hecho en favor mío. Después de comer, acudí á mi ordinario recurso: llevaba en la faltriquera una epístola en verso dirigida á Parisot durante

mi permanencia en Lyon. Este trozo no carecía de movimiento; la leí con algún calor, é hice llorar á los tres. Ya sea vanidad, ya la verdad de mis interpretaciones, ello es que creí leer en las miradas que la señora de Broglie dirigía á su madre; y bien, mamá, ¿no tenía razón de decirnos que ese hombre era más á propósito para comer con nosotras, que con vuestras criadas? Hasta este momento había tenido el corazón algo oprimido; mas después de haberme así vengado, me hallé satisfecho. La señora de Broglie, llevando demasiado lejos el ventajoso juicio que de mí había formado y para guiar mi inexperiencia, me dió las *Confesiones* del conde de... «Este libro, me dijo, es un Mentor que necesitaréis en la sociedad: haréis bien en consultarlo algunas veces.» Más de veinte años he guardado este ejemplar con agradecimiento por las manos de que procedía, mas riéndome á menudo de la opinión que aquella dama parecía tener de mi cualidad de galanteador. Desde el momento en que hube leído esta obra concebí el deseo de obtener la amistad de su autor. Mi inclinación me inspiraba muy bien, pues es el único amigo verdadero que he tenido entre los literatos⁴.

Desde entonces me atreví á esperar que la señora baronesa de Beuzenval y la marquesa de Broglie interesándose por mí, no me dejarían mucho tiempo sin recursos, y no me equivoqué. Mas ahora hablemos de mi entrada en casa de la señora Dupin, que ha tenido consecuencias de más bulto.

La señora Dupin era, como es sabido, hija de Samuel Bernard y de la señora Fontaine. Eran tres hermanas que podían llamarse las tres gracias. La señora de Latouche, que se fugó á Inglaterra con el duque de Kingston; la señora de Arty,

⁴ Así lo he creído tan cierto y por tanto tiempo que, después de mi vuelta á París, á él fué á quien confíe el manuscrito de mis *confesiones*. El desconfiado Juan Jacobo jamás ha podido creer en la falsedad y la perfidia hasta que ha sido su víctima. (Nota de Rousseau.)

querida, o mejor amiga, la única y sincera amiga del príncipe de Conti, mujer adorable, tanto por la dulzura como por la bondad de su carácter encantador, como por su genio placenro y constantemente risueño; y por último, la señora Dupin, que era la más hermosa de las tres y la única á quien no se haya podido reprochar nada en su conducta. Ella fué el premio de la hospitalidad del señor Dupin, á quien su madre se la dió con una plaza de arrendador general y con una fortuna inmensa, agradecida á la buena acogida que le había dispensado en su provincia. Cuando yo la vi por vez primera, todavía era una de las más bellas mujeres de París. Me recibió en su tocador; estaba con los brazos desnudos, esparcido el cabello, mal compuesto el peinador. Esta introducción era enteramente nueva para mí; mi pobre cabeza no pudo resistirlo; me turbó, me alucinó; en fin, me enamoré de la señora Dupin.

Mi turbación no pareció molestarme; ella no la echó de ver. Acogió el libro y al autor, me habló de mi proyecto como persona enterada, cantó acompañándose con el clavicordio, me re-tuvo á comer y me colocó á su lado. No se necesitaba tanto para volvérmelo loco, y efectivamente, así fué. Me permitió visitarla; yo usé y abusé de este permiso. Iba casi todos los días, quedándome á comer dos ó tres veces á la semana. Me ahogaba el deseo de hablar, mas no me atreví nunca.

Varios motivos reforzaban mi natural timidez. La entrada en una casa opulenta era una puerta abierta á la fortuna, y en mi situación no quería exponerme á cerrármela yo mismo. La señora Dupin, á pesar de toda su amabilidad, era seria y fría, y no encontraba en sus maneras nada capaz de animarme. En su casa, entonces tan brillante como la que más de París, se daban reuniones á las que sólo les faltaba ser menos numerosas para contener lo más florido bajo todos conceptos. Le gustaba ver todas las personas que se distinguían: los magnates, los literatos, las mujeres hermosas; no se veían en su casa

más que duques, embajadores, y cordones azules⁴. La princesa de Rohán, la condesa de Forcalquier, la señora de Mirepoix; la de Brignolé, milady Hervey, podían considerarse como amigas tuyas. De Fontenelle, el abate de Saint-Pierre, el abate Sallier, Fourmont, Bernis, Buffón, Voltaire, formaban parte de su círculo y de su mesa. Si su vida privada no atraía mucho á los jóvenes, su sociedad de lo más escogido era aún más imponente, y el pobre Juan Jacobo no tenía por qué envanecerse de lo que lucía en medio de tanto brillo. Dicho se está con esto que no osé desplegar los labios; mas no pudiendo callar más tiempo, me aventuré á escribirle. Dos días guardó mi carta sin decirme palabra; al tercero me la devolvió dirigiéndome verbalmente una ligera exhortación con tono tan frío que me dejó helado. Quise hablar, mas las palabras se extinguieron en mis labios: mi súbita pasión se apagó con la esperanza; y, después de una declaración en toda forma, continué siendo para ella como antes sin volver á hablar con ella, ni aun con los ojos.

Yo creí olvidada mi tontería, pero me equivoqué. El señor de Francueil, hijo del señor Dupin é hijastro de la señora, era poco más ó menos de su edad y de la mía. Era vivo y de buena figura; podía tener buenas pretensiones, y se decía que las tenía respecto de ella, quizás sólo porque le habían casado con una mujer muy fea, pero buena, que vivía en perfecta armonía con ambos. El señor de Francueil estimaba y cultivaba el estudio y la música, que él conocía perfectamente, lo cual fué un motivo de vínculo entre nosotros dos. Le traté con frecuencia y le cobré afecto. De repente me dió á entender que la señora Dupin hallaba sobrado frecuentes mis visitas y me rogaba que las suspendiese. Este cumplido podía estar en su lugar cuando me devolvió la carta; mas ocho ó diez días después, y sin otro motivo alguno, me parece que venía fuera

⁴ Grandes cruces de la orden del Espíritu Santo.

de propósito. Esto constituía una posición tanto más extraña en cuanto seguía siendo tan bien recibido como antes por los señores de Francueil; sin embargo, fui con menos frecuencia; y habría cesado completamente de visitarles, si por otro capricho inesperado la señora Dupin no me hubiese hecho rogar que me encargase por ocho ó diez días de su hijo, que por cambiar de ayo debía quedar solo durante ese intervalo. Pasé estos ocho días en un suplicio que sólo podía hacerme soportable el gusto de obedecer á la señora Dupin; pues el pobre Chenonceaux entonces ya tenía la mala cabeza que al fin había de causar la deshonra de su familia y que le condujo á acabar sus días en la isla de Borbón. Mientras á su lado estuve, impedí que se hiciese daño á sí mismo y á los demás, y nada más; y aun no me costó poco trabajo; de suerte que no habría seguido ocho días más aun cuando en recompensa la misma señora Dupin se me hubiese entregado.

El señor de Francueil me cobró amistad, yo trabajaba con él, y juntos empezamos un curso de química con Roule. Para estar más cerca de él, dejé mi fonda de San Quintin, yendo á alojarme en el juego de pelota de la calle Verdelet, que da á la calle Platrière, donde vivía el señor Dupin. Allí, de resultas de un resfriado mal cuidado, cogí una pulmonía que por poco acaba con mi vida. En mi juventud he sufrido enfermedades inflamatorias, pleuresías, y sobre todo esquimancias á que era muy propenso, cuyo número no recuerdo y que me han hecho ver la muerte bastante cerca para familiarizarme con su imagen. Durante mi convalecencia tuve tiempo de reflexionar acerca de mi estado y deplorar mi timidez, mi debilidad y mi indolencia, que, á pesar del fuego en que me sentía arder, me dejaba languidecer en la ociosidad de espíritu siempre á las puertas de la miseria. La vispera del día en que caí enfermo, había ido á una ópera de Roger que entonces se representaba y cuyo título he olvidado. Á pesar de mi preocu-

pación acerca de los ajenos talentos que siempre me ha hecho desconfiar del mío, no pude menos de encontrar débil, sin calor y sin invención aquella música. Á veces no podía menos de decirme: «Parece que yo haría algo mejor que esto.» Mas la idea terrible que tenía de la composición de una ópera, y la importancia que según vi daban los músicos á esta empresa, me desalentaba en el mismo instante, avergonzándome de haberme atrevido á pensar en ello; y por otra parte, ¿dónde hallar quién quisiese escribirme el libreto y se tomase el trabajo de componer los versos á mi voluntad?

Durante mi enfermedad, me asaltaron de nuevo estas ideas de música y de ópera, y en el delirio de la fiebre componía cantos, dúos y coros. Estoy seguro de haber compuesto dos ó tres trozos *di prima intenzione* dignos quizás de la admiración de los maestros, si hubiesen podido oírlos ejecutar. ¡Oh, si pudiesen escribirse los delirios del que padece fiebre, cuántas cosas grandes y sublimes se verían surgir de su delirio!

Estos motivos de música y ópera siguieron ocupándome aunque más tranquilamente durante mi convalecencia. A fuerza de pensar en ello, aun á pesar mío, quise salir de dudas y probar á hacer una ópera yo solo, música y letra. Éste no era mi primer ensayo: en Chambery había compuesto una ópera-tragedia titulada *Iphis y Anaxarete*, que había tenido el buen acuerdo de arrojar al fuego. En Lyon había compuesto otra titulada *el Descubrimiento del nuevo mundo*, que después de haberla leído á los señores Bordes, abate de Mably, abate Trublet y á otros, había acabado por hacer lo mismo con ella, aunque ya había compuesto la música del prólogo y del primer acto y á pesar de que al verla David me dijo que tenía trozos dignos de *Buononcini*.

Esta vez, antes de poner manos á la obra, tomé tiempo para meditar el plan. Ideé un baile heróico en tres actos cada uno de los cuales debía tener su acción bien distinta y música de

diferente carácter; y tomando para cada asunto los amores de un poeta, intitulé esta ópera *las Musas galantes*. El primer acto con música enérgica era el Tasso; el segundo, cuyo género de música era tierno, Ovidio; el tercero, titulado *Anacreonte*, debía respirar la gracia y el movimiento del ditirambo. Empecé á ensayar el primer acto y me entregué á ello con un ardor que me hizo gozar por vez primera las delicias del numen en la composición. Una noche, próximo á entrar en la ópera, me sentí atormentado, dominado por mis ideas; volví á meterme el dinero en mi bolsillo, y corrí á encerrarme en mi casa; me metí en cama, después de haber cerrado bien las cortinas para que la luz no penetrase en ellas, y allí entregándome á todo el estro poético y musical, compuse rápidamente en seis ó siete horas la mejor parte del acto. Puede decirse que mi amor hacia la princesa de Ferrara (pues entonces yo me convertí en el Tasso) y mis sentimientos nobles y altivos para con su injusto hermano, me proporcionaron una noche cien veces más deliciosa que la que hubiese logrado en brazos de la misma princesa. Por la mañana recordaba solamente una pequeña parte de lo que había compuesto; mas este poco, casi borrado por la fatiga y el sueño, no dejaba de revelar aún la energía de los trozos de que era solo.

Esta vez no llevé mucho más allá mi trabajo, porque me distrajeron de él otros asuntos. Mientras continuaba siendo asiduo á la casa Dupin, las señoras de Beuzenval y de Broglie, que seguí visitando de cuando en cuando, no me habían olvidado. El conde de Montaigu, capitán de la guardia, acababa de ser nombrado embajador en Venecia. Era un embajador hechura de Barjac¹, á quien hacia asiduamente la corte. Su hermano el caballero de Montaigu, gentil-hombre de manga de monseñor el Delfin, era conocido de estas damas y del abate Alary

¹ Ayuda de cámara del cardenal de Fleury.

de la Academia francesa, á quien yo visitaba también de cuando en cuando. La señora de Broglie, sabiendo que el embajador buscaba un secretario, me propuso para este cargo. Entramos en tratos y pedí cincuenta luises de asignación, lo que era bien poco para un empleo que obligaba á figurar. Él no quería darme más que cien pistolas y que yo hiciese el viaje á costa mía. Esta proposición era ridícula y no pudimos convenirnos. El señor de Francueil, que se esforzaba en retenerme, ganó la partida. Yo me quedé, y el de Montaigu partió llevando otro secretario llamado Follau, que le habian facilitado en el despacho de negocios extranjeros. Llegados apenas á Venecia, se malquistaron: Follau, viendo que tenía que habérselas con un loco, le dejó plantado; Montaigu, que no tenía más que un joven abate llamado de Binis, escribiente á las órdenes del secretario que no estaba en el caso de poder reemplazarle, hubo de recurrir á mí. Su hermano, hombre listo, me supo embaucar tan bien, dándome á entender que habia ciertos derechos anejos al empleo de secretario, que me hizo aceptar mil francos. Diéronme veinte luises para gastos de viaje, y partí.

(1743 á 1744.)

Al pasar por Lyon tenía grandes deseos de tomar el camino de Mont-Cenis para ver de paso á mi pobre mamá; mas seguí Ródano abajo yendo á embarcarme en Tolón, tanto por causa de la guerra y por razón de economía, como para tomar un pasaporte del señor de Mirepoix, que entonces gobernaba en Provenza y á quien me habian dirigido. No sabiendo cómo componérselas sin mí, el señor Montaigu me dirigía carta tras carta á fin de que apresurara mi viaje, que retardó un incidente.

Era el tiempo en que reinaba la peste en Mesina; la flota

inglesa allí anclada visitó el buque en que yo iba, lo que nos valió una cuarentena de veinte y un días, al llegar á Génova después de una larga y penosa travesía. Dieron á escoger á los pasajeros entre pasarla á bordo ó en el lazareto, donde nos previnieron que no hallaríamos más que paredes, pues no habían tenido tiempo para amueblarlo. Todos se quedaron en el buque. Lo insoportable del calor, la falta de espacio, la imposibilidad de andar y la miseria me hicieron preferir el lazareto á todo trance. Fui conducido á un gran edificio de dos pisos enteramente vacío, donde no hallé ventana, ni mesa, ni cama, ni silla, ni siquiera un mal taburete para sentarme, ni un haz de paja donde reclinarme. Trajéronme mi capa, mi saco de noche y mis dos maletas; cerraron tras de mí enormes puertas con grandes cerrojos, y yo quedé allí hueño de pasearme á mi antojo de cuarto en cuarto y de uno á otro piso hallando por todas partes la misma soledad é idéntica desnudez.

Con todo esto no me arrepenti de haber escogido el lazareto con preferencia al buque; y, como un nuevo Robinson, me dediqué á arreglarme para los veinte y un días, como si fuese para toda la vida. Lo primero que tuve que hacer fué librarme de los piojos que se me habían pegado á bordo; cuando, á vueltas de cambiar de ropa interior y exterior, hube al fin logrado quedar limpio, procedí á amueblar el cuarto que había escogido. Me arreglé un buen colchón con mis chupas y mis camisas, sábanas con varias servilletas cosidas, un cabertor con mi bata, y con mi capa arrollada una almohada. Me sirvió de silla una maleta puesta de plano y de mesa otra, puesta de canto. Formé con papel un escritorio, y dispuse una docena de libros que llevaba en forma de biblioteca. En una palabra me arreglé tan bien que, exceptuando las cortinas y las ventanas, me hallaba casi tan cómodamente en ese lazareto enteramente vacío, como en mi juego de pelota de la calle Verdelot.

Me servían la comida con mucha pompa; venía escoltada por dos granaderos con bayoneta calada; mi comedor era la escalera, la meseta me servía de mesa y el peldaño inferior de silla; cuando estaba la comida, y en el acto de retirarse, tocaban una campanilla para advertírmelo. Entre comida y comida, cuando no leía ni escribía ó no trabajaba en el ajuar, me iba á dar un paseo por el cementerio de los protestantes, que me servía de patio, ó subía á una linterna que daba al puerto, desde donde podía ver entrar y salir los buques. Así pasé catorce días y habría pasado los veinte completos sin aburrirme un solo instante, si el señor de Fonvielle, enviado de Francia, á quien dirigí una carta avinagrada, perfumada y medio quemada, no hubiese hecho que me rebajaran ocho días; fui á pasarlos en su casa, donde confieso que allé mejor albergue que en el lazareto. Me agasajó mucho. Dupont, su secretario, era un buen muchacho, que me acompañó á varias casas, así de Génova como del campo, donde se divertía uno mucho; y trabé con él amistad, entablando una correspondencia que seguimos largo tiempo. Proseguí agradablemente mi viaje á través de la Lombardia; vi á Milán, Verona, Brescia, Padua, llegando al fin á Venecia esperado impacientemente por el señor embajador.

Encontré una aglomeración de despachos, tanto de la corte como de otros embajadores, que él no había podido leer porque estaban en cifra, aunque tenía todas las cifras necesarias para su inteligencia. No habiendo yo estado nunca ocupado en despacho alguno ni visto una cifra de ministro, me creí por de pronto verme con dificultades; mas hallé que era lo más sencillo, y en menos de ocho días lo descifré todo, y seguramente no valía la pena, pues además de que la embajada de Venecia estaba siempre ociosa, es indudable que á nuestro hombre no le hubieran confiado la menor negociación. Hasta mi llegada, se había visto muy embarazado, pues no sabía

dictar, ni escribir inteligentemente. Yo le servía de mucho; él lo conocía y me trató bien. Otro motivo le inducía á ello. Desde que á su predecesor, el señor de Froulay, se le había trastornado la cabeza, el cónsul de Francia señor le Blond había quedado encargado de los negocios de la embajada; y desde la llegada del señor de Montaigu continuaba desempeñándolos hasta tanto que le hubiese puesto al corriente. Montaigu, celoso de que otro desempeñase su cometido, aunque él fuese incapaz, vió con malos ojos al cónsul; y tan pronto como yo llegué, le quitó las funciones de secretario de la embajada para dármelas á mí. Estas eran inseparables del título, y me dijo que lo tomase. Mientras estuve con él, me envió siempre en este concepto al senado y á sus conferencias; y en el fondo era muy natural que prefiriese tener por secretario de la embajada una persona adicta á él que no á un cónsul ó un empleado nombrado por la corte.

Esto me proporcionaba una situación bastante agradable é impidió á sus gentiles-hombres, que eran italianos, así como á sus pajes y la mayor parte de su servidumbre, disputarme la primacía de su casa. Me valí con buen éxito de la autoridad que le estaba aneja para mantener su derecho de nómina, es decir las franquicias de su departamento, contra las tentativas que se hicieron varias veces para infringirlas, y á que sus empleados italianos no eran capaces de resistir. Mas tampoco permití jamás que allí se refugiaran bandidos, á pesar de que me hubiera proporcionado gajes, y de que S. E. no hubiera desdeñado su parte.

Hasta se atrevió á reclamarla sobre los derechos de secretaria que se llaman de cancillería. Se estaba en guerra y por ende no dejaba de haber numerosos expedientes de pasaporte. Cada uno de estos pasaportes pagaba un zequí al secretario que lo expedía y refrendaba. Todos mis predecesores se habían hecho pagar indistintamente este zequí así por los fran-

ceses como por los extranjeros. Yo juzgué injusto este uso, y sin ser francés, lo abrogué para los franceses; mas exigí mi derecho de cualquier otro con tanto rigor que, habiéndome hecho pedir un pasaporte el marqués Scotti, hermano del favorito de la reina de España, sin enviarme el zequí, se lo hice pedir; atrevimiento que el vengativo italiano no echó en saco roto. Así que se supo la reforma que yo había introducido en la tasa de los pasaportes, se presentaron á tomarlos multitud de pretendidos franceses, que hablando jergas abominables decían ser uno provenzal, otro picardo, borgoñón otro; mas como tengo el oído bastante fino, pocas veces pudieron engañarme, y dudo mucho que ningún italiano me soplase el zequí, ni que lo pagase ningún francés.

Cometí la tontería de manifestar al señor de Montaigu lo que había hecho, pues él lo ignoraba todo. La palabra zequí le sonó bien al oído; y sin decirme su parecer acerca de la supresión del de los franceses, pretendió participar del producto de los otros, prometiéndome otras ventajas equivalentes. Indignado más por la bajeza, que desabrido por mi propio interés, rechacé resueltamente su proposición. Insistió, yo me irrité y le dije enérgicamente: «No señor, guarde V. E. lo que le pertenece y déjeme lo que es mío; jamás le cederé un sueldo.» Cuando vió que nada podía sacar por este lado, tanteó otro y no se avergonzó de decirme que, pues me daba provecho su cancillería, era justo que yo pagase los gastos de la misma. Yo no quise regatear; y desde entonces pagué de mi bolsillo tinta, papel, lacre, bujías, balduque, hasta el sello que mandé hacer nuevo sin que me haya resarcido por él un solo maravedí. Esto no impidió dar una pequeña parte del producto de los pasaportes al abate de Binis, buen muchacho que no pensaba en pretenderlo. Si era complaciente conmigo, yo no era menos atento con él, y siempre vivimos bien juntos.

En las funciones de mi cargo hallé menos dificultades de la

que había temido para un hombre sin experiencia como yo junto á un embajador, que no la tenía mayor, y que por añadidura con su ignorancia y obstinación parecía complacerse en contrariar todo lo que el buen sentido y mis luces me inspiraban de útil á su servicio y al del rey. Lo más razonable de cuanto hizo fué hacerse amigo del marqués de Mari, embajador de España, hombre mañoso y fino que le hubiera llevado del cabestro si hubiese querido; pero que vista la afinidad de intereses de ambas coronas, ordinariamente le encaminaba bien si el otro no hubiese maleado sus consejos con lo que quería poner de su cosecha. Lo único que tenían que hacer juntos era inducir á los venecianos á mantener la neutralidad.

La terquedad y estupidez de ese pobre hombre me forzaban á escribir y cometer á cada instante extravagancias, porque había de pasar como agente suyo, puesto que así lo quería y á veces me hacía mi empleo insoportable y casi insostenible. Por ejemplo, quería que casi todos los despachos que dirigía al rey ó al ministro fuesen en cifra, aunque ni unos ni otros exigían absolutamente esta precaución. Yo le demostré que no había suficiente tiempo para hacerlo, desde el viernes, en que llegaban los despachos de la corte, hasta el sábado, en que expedíamos los nuestros, sin contar con la mucha correspondencia que tenía que despachar por el mismo correo. Él encontró á esto una solución admirable, y fué comenzar desde el jueves la contestación á los despachos que habían de llegar al día siguiente. Esta idea le pareció tan feliz, á pesar de patentizarle lo absurda que era y la imposibilidad de su ejecución, que tuyo que pasar por ello; y mientras con él estuve, habiendo tomado nota de algunas palabras al vuelo, que me decía durante la semana, y con algunas noticias triviales recogidas acá y acullá, sin otros materiales, no dejaba nunca de presentarle el jueves por la mañana un borrador de los despachos que debían expedirse el sábado, salvo algunas adiciones y co-

rrecciones hechas aprisa en presencia de los que llegaban el viernes y á que los nuestros servían de respuesta.

Otro capricho tenía muy chocante que comunicaba á su correspondencia un carácter ridículo y difícil de concebir: consistía en volver cada noticia á su origen, en vez de hacerla seguir su curso. Al señor Amelot le indicaba las noticias de la corte, las de París al señor de Maurepas, al señor de Havincourt las de Suecia, y las de San Petersburgo al señor de la Chetardie, y á veces dirigía á cada uno las que había recibido del mismo, disfrazadas por mí con términos diferentes. Como de cuanto le presentaba para firmar no repasaba nada más que los despachos de la corte, y firmaba los de los otros embajadores sin leerlos, de mí dependía dar á los demás el corte que mejor me parecía, y á lo menos hacía cruzarse las noticias. Pero me fué imposible dar un estilo razonable á los despachos importantes, y gracias aún si no se le antojaba intercalar de improviso en ellos algunas líneas de su cosecha, que me obligaban á transcribirlos de nuevo y precipitadamente, adornados con esta nueva impertinencia que era preciso honrar poniéndola en cifra, sin cuyo requisito no habría firmado. Por amor á su gloria, varias veces estuve tentado de cifrar otra cosa distinta de lo que él había puesto; mas conociendo que nada podía autorizar semejante infidelidad, le dejaba delirar á su riesgo, satisfecho de hablarle con franqueza y á lo menos de cumplir.

Esto es lo que hice siempre con una rectitud, un celo y un valor que merecía otra recompensa de la que me dió al fin. Ya era tiempo de que una vez siquiera ocupase el lugar que me correspondía en atención á las dotes que me había dispensado el cielo, de la educación que recibí de la mejor de las mujeres y de la que yo mismo me había dado. Entregado á mí mismo, sin consejeros, sin experiencia, en país extranjero, sirviendo á una nación extranjera, en medio de una muche-

dumbre de tunantes que por interés propio y para alejar el escándalo del buen ejemplo me excitaban á imitarles; lejos de obrar así, servi bien á Francia, aunque nada le debía, y mejor aún, como era justo, al embajador en cuanto de mí dependía. Irreprochable en un puesto bastante visible, merecí y obtuve el aprecio de la República, el de todos los embajadores con quienes estábamos en correspondencia y el afecto de todos los franceses establecidos en Venecia, sin exceptuar el mismo cónsul, á quien suplantaba con pesar en las funciones que yo sabia le correspondían y que me causaban más molestia que placer.

El señor de Montaigu, entregado sin reserva al marqués Mari, quien no se mezclaba en los pormenores de sus deberes, los descuidaba hasta tal extremo que sin mí los franceses que habia en Venecia no se hubieran hecho cargo de que habia allí un embajador de su nación. Siempre despedidos sin ser escuchados cuando necesitaban su protección, se fastidieron, y ya no se veía ninguno en su comitiva ni en su mesa, á que jamas les invitaba. A menudo hacia yo por mi cuenta lo que debiera haber hecho él, dispensando á los franceses que reclamaban su apoyo ó el mio todos los servicios que estaban en mi mano.

En cualquier otro país hubiera hecho mucho más; pero no pudiendo moverme de mi lugar á causa de mi empleo, me veía obligado á recurrir al cónsul: y éste, que se hallaba establecido en el país donde tenia su familia, tenia que guardar ciertos miramientos que le impedían hacer lo que queria. Sin embargo, algunas veces viéndole ceder y que no se atrevía á hablar, me aventuraba á dar pasos atrevidos, de los cuales algunos me salian bien. Recuerdo uno que todavía me da risa: nadie imaginaria que los aficionados al teatro de Paris me debieron á mí el tener á Coralina y su hermana Camila; sin embargo nada es mas exacto.

Su padre Veronese, se habia contratado con sus hijas para la compañía italiana; y después de haber recibido dos mil francos para el viaje, en vez de partir se habia metido tranquilamente en el teatro de San Lucas⁴; adonde Coralina, muy niña todavía, atraía mucha gente. El señor duque de Gesvres, como primer gentilhombre de cámara, escribió al embajador reclamando al padre y á la hija. El de Montaigu, dándome la carta, me dijo por toda instrucción: *ved esto*. Yo fui á casa del señor le Blond á rogarle que hablase al patricio á quien pertenecia el teatro de San Lucas y que era según creo un Justiniani, á fin de que despidiese á Veronese que estaba contratado al rey. Le Blond, á quien le importaba poco, desempeñó mal la comisión. Justiniani se incomodó, y Veronese no fué despedido. Yo me piqué. Estábamos en carnaval, y tomando la palmeta y la máscara, hiceme conducir al palacio Justiniani. Cuantos vieron entrar mi góndola con el distintivo de la embajada quedaron sorprendidos, pues jamas en Venecia se habia visto cosa semejante. Entro y me hago anunciar bajo el nombre de *una signora maschera*. Tan luego como hube entrado, me quité la máscara y me di á conocer; el senador palideció y quedó estupefacto. «Caballero, le dije en veneciano, siento importunar á V. R. con mis visitas; pero tenéis en vuestro teatro de San Lucas á un hombre llamado Veronese que está contratado al servicio del rey y que se os ha reclamado inútilmente; vengo á reclamarlo en nombre de S. M.» Mi corta arenga produjo efecto. Apenas hube salido, cuando nuestro hombre corrió á dar cuenta del hecho á los inquisidores del Estado, quienes le reprendieron. El mismo dia, se despidió á Veronese; yo le hice decir que si no partía dentro de ocho dias le pondria preso, y partió.

⁴ Estoy en duda de si era el de San Samuel. Los nombres propios es me olvidan completamente.

En otra ocasión saqué de apuros al capitán de un buque mercante, por mí solo y casi sin el concurso de nadie. Se llamaba el capitán Olivet de Marsella; el nombre del buque lo he olvidado; su tripulación había tenido disputas con los esclavones que estaban al servicio de la República, y, habiendo llegado á las manos se había embargado el buque con una severidad tal, que nadie, exceptuando únicamente el capitán, podía entrar ni salir de bordo sin permiso. Acudieron al embajador, que les mandó á paseo; fueron al cónsul, quien les dijo que, no siendo asunto de comercio, no podía mezclarse en ello. No sabiendo ya que hacer, volvieron á mí. Yo di á entender al señor Montaigu que debía permitirme presentar al senado una memoria sobre este hecho. No recuerdo bien si consintió en ello y si presenté la memoria, pero lo cierto es que el embargo no se levantaba y tomé una resolución que nos sacó del atajo.

Puse la relación del hecho en un despacho dirigido al señor de Maurepas, y me costó bastante hacer que el de Montaigu consintiese en dejarlo pasar. Yo sabia que aunque no valiese la pena de hacerlo, nuestros despachos se abrían en Venecia misma, pues tenia una prueba de ello en los artículos insertos en la Gaceta, en donde se veia claramente; aunque inútilmente, habia tratado de inducir al embajador á que se quejara. Mi objeto, al hablar de esta vejación en el despacho, era sacar partido de su curiosidad, metiéndoles miedo y obligarles á dejar el buque libre; pues si para ello se hubiese tenido que esperar la respuesta de la corte, antes de que ésta llegase, hubiera el capitán quedado arruinado. Hice más aún: me presenté á bordo á fin de interrogar á la tripulación, llevando conmigo al abate Patizel, canciller del consulado, que vino de mala gana; pues aquellas pobres gentes temían en gran manera disgustar al Senado. No pudiendo subir á bordo por causa del interdicto, me quedé en mi góndola y llevé á cabo mi interrogatorio, preguntando sucesivamente y en alta voz á todos

los tripulantes, y haciendo las preguntas de modo que las respuestas les fuesen ventajosas. Quise que el interrogatorio y je proceso verbal lo hiciese Patizel, pues en efecto era esto más de su incumbencia que de la mia, mas no pude lograrlo; no dijo una palabra y apenas logré que firmase el proceso verbal despues de mí. Este procedimiento algo atrevido produjo sin embargo buen efecto, y el buque fué desembargado mucho tiempo antes de que llegase la respuesta del ministro. El capitán quiso hacerme un regalo, mas yo, sin incomodarme por ello, tocándole amigablemente en el hombro: «Capitán Olivet, le dije, ¿te figuras tú que el que no cobra de los franceses un derecho de pasaporte que halla establecido, será capaz de venderles la protección del rey?» Entonces quiso darme a lo menos una comida á bordo, que acepté llevando conmigo a secretario de la embajada de España, llamado Carrio, hombre de talento y muy amable, que posteriormente fué secretario de embajada en París y encargado de negocios, con el cual estaba intimamente ligado, siguiendo el ejemplo de nuestros embajadores.

Por dichoso me daría si cuando con el mayor desinterés hacia todo el bien que me era dable, hubiese sabido poner bastante orden y atención en todos estos pequeños detalles, para no salir burlado sirviendo á los demás á costa mía. Mas en los empleos como el mio, donde las menores faltas no dejan de traer consecuencias, empleé toda mi atención á fin de no cometer ninguna en mi servicio. Hasta el fin obré con el mayor orden y con la mayor exactitud en todo lo referente á mis deberes esenciales. Aparte de algunos errores que una precipitación forzada me hizo cometer escribiendo en cifra y de que una vez se quejaron los subordinados del señor Amelot, ni el embajador ni nadie tuvo que echarme en cara jamás el menor descuido en el ejercicio de mis funciones; hecho que es de notar, siendo, como soy, tan negligente y atolondrado; mas a

veces me faltaba la memoria y el buen cuidado en los asuntos particulares que á mi cargo tomaba; y el amor á la justicia me ha hecho siempre sufrir el perjuicio espontáneamente antes que nadie tuviese ocasión de quejarse. Sólo citaré un hecho que se refiere al tiempo de mi salida de Venecia, cuyas consecuencias sufrí en París posteriormente.

Nuestro cocinero, llamado Rousselot, había traído de Francia un pagaré antiguo de doscientos francos que el peluquero de unos amigos suyos había recibido de un noble veneciano, llamado Zanetto Nani en pago de algunas pelucas. Rousselot me trajo ese pagaré, suplicándome que procurarse cobrar alguna cosa por vía de arreglo. Yo sabía y él también que la costumbre constante de los nobles venecianos es no pagar de vuelta á su país, las deudas contraídas en el extranjero, y cuando se les quiere obligar, aburren al desdichado acreedor á fuerza de dilaciones y de gastos hasta que se cansa y acalaba por abandonarlo todo, ó conviene en aceptar casi nada. Yo rogué á Le Blond que hablase á Zanetto, éste reconoció el pagaré, mas no se avino á pagarlo. Á fuerza de batallar, prometió al fin tres zequies, mas cuando le Blond le llevó el pagaré no estaban dispuestos los tres zequies, y fué preciso esperar. Entre tanto sobrevino mi disputa con el embajador y mi salida de su casa. Dejé los papeles de la embajada en el mayor orden, mas el pagaré de Rousselot no se encontró. Le Blond me aseguró habérmelo devuelto, y á mi me constaba que era un hombre barto honrado para dudar de su palabra; pero me fué imposible recordar qué había sido de este pagaré. Como Zanetto había confesado la deuda, supliqué á Le Blond que procurase cobrar los tres zequies contra un recibo, ó inducirle á renovar el pagaré por duplicado. Pero Zanetto al saber que se había perdido el pagaré, no quiso hacer lo uno ni lo otro: yo ofrecí á Rousselot, de mi bolsillo, los tres zequies para indemnizarle. Mas él los rehusó di-

ciendo que ya me arreglaría en París con el acreedor, cuya dirección me dió. El peluquero, teniendo noticia de lo que había pasado, exigió el pagaré ó su importe completo. ¡Qué no habría dado yo en mi indignación por encontrar ese maldito pagaré! Pagué los doscientos francos, y á fe mía que á la razón me hallaba apurado. He aquí cómo la pérdida del pagaré le valió al acreedor la suma entera mientras que si desgraciadamente para él se hubiese vuelto á encontrar, difícilmente habría sacado los diez escudos prometidos por S. E. Zanetto Nani.

La disposición que creí descubrir en mí para este empleo fué causa de que lo desempeñara con gusto; y aparte la compañía de mi amigo Carrio y la del virtuoso Altuna, de quien en breve tendré que hablar, aparte las inocentes diversiones de la plaza de San Marcos, de los espectáculos y de algunas visitas que casi siempre hacíamos juntos, hice consistir toda mi satisfacción en el cumplimiento de mis deberes. Aunque no fuese el mío un trabajo muy penoso, sobre todo con el auxilio del abate de Binis, como la correspondencia era muy extensa y se estaba en guerra, no dejaba de estar bastante ocupado. Pasaba trabajando una buena parte de la mañana, y los días de correo á veces hasta media noche, consagrando el tiempo que me quedaba libre á estudiar la carrera que empezaba, en la cual confiaba, visto mi primer ensayo, que obtendría en lo sucesivo un empleo más ventajoso. En efecto, no había más que una opinión respecto de mí, comenzando por el embajador que se felicitaba en gran manera de mis servicios, que no se quejó jamás y cuyo disgusto provino únicamente de que, habiéndome quejado inútilmente, yo mismo quise al fin marcharme. Los embajadores y los ministros del rey con quienes estábamos en correspondencia le dirigían felicitaciones por el mérito de su secretario que hubieran debido halagarle, mas en su mala cabeza produjeron un efecto contrario. Sobre todo recibió una

en circunstancias especiales que jamás me ha perdonado. Esto vale la pena de ser explicado.

Tanto le costaba molestarle, que aun el sábado, día de casi todos los correos, no podía esperar para salir á que estuviere concluido el trabajo y hostigándome sin cesar para que expidiera los despachos del rey y de los ministros, los firmaba precipitadamente, y en seguida se iba corriendo no sé adonde, dejando sin firmar la mayor parte de las otras cartas, lo que me obligaba, cuando no eran más que simples noticias, á expedirlas á manera de boletín; mas cuando se trataba de negocios referentes al servicio del rey, preciso era que firmase alguien y firmaba yo. Así lo hice en un aviso importante que acabábamos de recibir del señor Vincent, encargado de los negocios del rey en Viena. Era esto cuando el príncipe de Lobkowitz iba á Nápoles y el conde de Gages¹ llevó á cabo aquella famosa retirada, que es el hecho de armas más notable del presente siglo y de que no se ha hablado en Europa cuanto merecía. Decía el aviso que un hombre, cuyas señas nos había dado el señor Vincent, salía de Viena y, pasando por Venecia, debía llegar furtivamente al Abruzzo con la misión de sublevar el pueblo al aproximarse los austriacos. Ausente el señor conde de Montaigu, que no tomaba interés por nada, nice pasar tan acertadamente este aviso al marqués de l'Hospital, que quizás la casa de Borbón deba á este pobre Juan Jacobo, tan escarnecido, la conservación del reino de Nápoles.

El marqués de l'Hospital felicitando á su colega, como correspondía, le habló de su secretario y del servicio que acababa de prestar á la causa común. El conde de Montaigu, que debía avergonzarse por la negligencia con que había procedido en

¹ J. B. Dumont mandó el ejército español en 1742; al año siguiente, batió á los austriacos en Lombardia; obligado á retirarse ante fuerzas superiores, hizo una retirada brillante sin perder un soldado. A esto se refiere Rousseau.

este asunto, creyó entrever un reproche en aquel cumplido y me habló de ello mal humorado. Me había visto en el caso de hacer con el conde de Castellani, embajador en Constantinopla, lo mismo que con el marqués de l'Hospital, aunque por asuntos de menos monta. Como no había otro medio de comunicación con Constantinopla que los correos expedidos por el senado, de cuando en cuando á su bailio, se daba aviso de la salida de estos correos al embajador de Francia, á fin de que por este conducto pudiese escribir á su colega, si lo juzgaba á propósito. Este aviso se recibía ordinariamente con uno ó dos días de anticipación; mas tan poco caso se hacía del señor de Montaigu que se contentaban con enviárselo una ó dos horas antes de salir el correo, lo que me puso en el caso de expedir el correo muchas veces en su ausencia. El de Castellani, al contestar, hacía mención de mí en términos halagüenos; el señor de Joinville desde Ginebra hacía otro tanto; todo lo cual producía otros tantos agravios.

Confieso que yo no desperdiciaba las ocasiones de darme á conocer, mas tampoco las buscaba inmotivadamente; sirviendo bien me parecía justo aspirar al premio natural de los buenos servicios, que es la estimación de los que se hallan en el caso de comprenderlos y recompensarlos. Yo no afirmaba que mi exactitud en llenar mis funciones fuese por parte del embajador un motivo de queja; pero sí diré que hasta el día de nuestra separación fué el único que tuvo.

Su casa, que yo había puesto en buen pie, se llenaba de canalla; en ella los franceses se veían maltratados y los italianos cobraban ascendiente, y hasta de estos mismos, los buenos servidores, afectos de mucho tiempo á la embajada, fueron echados de mala manera: entre ellos su primer gentilhombre, que lo había sido del conde Froulai y que me parece se llamaba el conde Peati ó otro semejante. El segundo gentilhombre, escogido por el señor de Montaigu, era un bandido de Mantua,

llamado Domingo Vitali, á quien confió el embajador el cuidado de su casa, quien á fuerza de embelecos y de miserables mezquindades, ganó su confianza y fué su favorito, con gran perjuicio de las pocas personas honradas que aun quedaban y del secretario que estaba al frente de ellas. La integridad de un hombre de bien es siempre antipática á los malvados. Esto solo hubiera bastado para granjearme el odio de aquél; mas este odio tuvo además otra causa que lo hizo más enconado. Preciso es decirlo á fin de que se me condene si fué culpable.

Según era costumbre, tenía el embajador un palco en cada uno de los cinco teatros. En la mesa, decía todos los días á qué teatros quería ir: yo escogía después de él, y los gentileshombres disponían de los demás. Al salir tomaba la llave del palco que había escogido; mas un día, en que Vitali no estaba presente, encargué al lacayo que me trajese la mía á una casa que le indiqué. Pero Vitali en vez de enviarme la llave me mandó decir que había dispuesto de ella. Yo estaba tanto más despechado cuanto que el lacayo me había dado cuenta de mi comisión en presencia de todo el mundo. Por la noche Vitali quiso dar alguna excusa, mas yo la rechacé, diciéndole: «Mañana vendréis á darme satisfacción en la casa donde he recibido la afrenta y ante las personas que han sido testigos de ella, ó de lo contrario, suceda lo que suceda, os prevengo que pasado mañana ó vos ó yo saldremos de aquí.» El tono decidido con que hablé le impuso y vino al lugar y hora indicados á darme una pública satisfacción digna de él; pero tomó sus medidas con anticipación, y mientras se humillaba, trabajaba tan á la italiana que, no pudiendo lograr que el embajador me despidiera, me puso en la necesidad de marcharme yo mismo.

Semejante miserable no era seguramente capaz de cono- cerme, pero conocía de mí lo que servía á su intento; sabía que era bueno y tolerante por demás para soportar las faltas

involuntarias, altivo é intransigente para las ofensas premeditadas, amigo de la decencia, de la dignidad y de las cosas convenientes y no menos exigente respecto á las consideraciones que se me debían, que atento á las que debía á los demás. Por aquí es por donde emprendió y logró desanimarme. Trastornó toda la casa, hizo perder en ella cuanto yo había logrado de orden, subordinación, limpieza y propiedad. Una casa sin mujer necesita una disciplina algo severa para que reine en ella la modestia, compañera inseparable de la dignidad. Pronto convirtió la nuestra en un lugar de crápula y de licéncia, en una guarida de bribones y de libertinos. En lugar del segundo gentilhombre, que había hecho despedir, puso á otro alcahuete como él, que tenía burdel público en la Cruz de Malta, la indecencia de estos dos infames, puestos de acuerdo, corría parejas con su insolencia. Exceptuando únicamente la estancia del embajador, y aun no estaba en toda regla, no había en la casa un solo rincón que fuese tolerable para un hombre honrado.

Como S. E. no cenaba en casa, teníamos los gentileshombres y yo una mesa particular, donde comían también el abate de Binis y los pajes. En el más asqueroso figón se sirve la comida mejor, más aseadamente, con más decencia, con más limpieza; nos daban sólo una vela pequeña y negra, platos de estaño y tenedores de hierro. Pase aún para lo que se hacía en casa, pero me quitaron mi góndola, siendo yo el único de los secretarios de embajada que me veía obligado á alquilar una ó andar á pie; y sólo llevaba la librea de S. E. para ir al senado. Por otra parte nada de cuanto pasaba en casa se ignoraba en la ciudad, toda la servidumbre clamaba á grito herido, y Domingo, única causa de todo, era el que más gritaba, sabiendo perfectamente que la indecencia con que éramos tratados me afectaba á mí más que á ningún otro. Yo era el único de la casa que nada decía fuera de ella; pero me quejaba vivamente con el

embajador de todo y de él mismo, que, inducido secretamente por aquel hombre rastrero, me infería nuevas afrentas cada día. Obligado á gastar mucho para mantenerme al igual de mis compañeros y como correspondía á mi empleo, me era imposible ahorrar un sueldo; y cuando le pedía dinero, me hablaba de su aprecio y de su confianza, como si con ella hubiese debido llenarse mi bolsillo y proveer á todo.

Esos dos bandidos acabaron por hacer perder completamente á su amo la cabeza, que ya no tenía muy segura, y le arruinaban con una truhanería continua, presentándole negocios falaces so capa de gangas. Le hicieron alquilar en la Brenta un *palazzo* por el doble de su valor, cuyo exceso partieron con el propietario. Las habitaciones estaban incrustadas con mosaicos y adornadas con columnas y pilastras de magníficos mármoles al estilo del país. El señor de Montaigne mandó cubrirlo todo espléndidamente de abeto, por la sola razón de que así se acostumbraba en París. Por un motivo semejante fué el único de los embajadores que había en Venecia que quitó á sus pajes la espada y el bastón á sus lacayos. He aquí cuál era el hombre que quizás siempre por el mismo motivo me tuvo entre ceja y ceja, únicamente porque le servía con fidelidad.

Yo sufrí con paciencia sus desdenes, su brutalidad y sus malos tratos mientras no creí ver odio en ellos, porque revelaban mal humor; mas desde el momento en que advertí el designio de privarme de la consideración que merecía por mi buen comportamiento, resolví tomar otro camino. La primera manifestación que vi de su mala voluntad fué con motivo de una comida que debía dar al señor duque de Módena y su familia, que estaban en Venecia, y á la cual me indicó que yo no asistiría. Yo le contesté picado, aunque sin enojo, que teniendo el honor de comer todos los días en su mesa, si el señor duque de Módena exigía que yo no lo hiciera cuando él viniese, la dignidad de S. E. y mi deber no debían consentirlo.

« ¡Cómo, dijo airado, mi secretario, que ni siquiera es gentil-hombre, pretende comer con un soberano, cuando no lo obtienen mis gentiles-hombres! Si, señor, le repliqué yo; el puesto con que V. E. me ha honrado me ennoblece tanto, mientras en él permanezca, que estoy por encima aun de vuestros gentiles-hombres ó lo que sean, y soy admitido donde ellos no pueden serlo. Vos no ignoráis que el día en que seáis recibido solemnemente, yo estoy llamado por la etiqueta y por una costumbre inmemorial á seguiros en traje de ceremonia y á comer con vos en el palacio de San Marcos; y no comprendo por qué causa, el que puede y debe comer en público con el dux y el senado de Venecia, no ha de poder comer privadamente con el duque de Módena. » Aunque el argumento no tenía réplica, el embajador no se dió por vencido; mas no tuvimos ocasión de renovar la disputa, pues el duque de Módena no comió en su casa.

Desde entonces no dejó nunca de darme motivos de disgusto y de hacerme desaire, esforzándose en quitarme las pequeñas prerrogativas anejas á mi empleo, para transmitir las á su estimado Vitali; y estoy seguro de que hasta, si se hubiese atrevido, le hubiera enviado al senado en lugar mío. Comunmente se valía del abate de Binis para escribir en su gabinete sus cartas particulares y de él se valió para remitir al señor de Maurepas una relación del asunto del capitán Olivet, en la cual, lejos de hacerle ninguna mención de mí, único que me había ocupado de ello, me quitaba hasta el honor de proceso verbal, de que le envié un duplicado para atribuirlo á Palizel, que ni siquiera había dicho una palabra.

Quería mortificarme y complacer á su favorito, pero sin deshacerse de mí, pues conocía que no le sería tan fácil hallarme un sucesor como le había sido encontrarlo para el señor Follau, pues éste ya lo había dado á conocer. Necesitaba imprescindiblemente un secretario que supiese el italiano á

causa de las respuestas del senado; que despachara todas las notas y todos sus asuntos sin que él se metiese en nada; que al mérito de servir bien uniese la bajeza de complacer á todos sus bellacos y gentiles-hombres. Por consiguiente queria conservarme, abatirme teniéndome lejos de mi país y del suyo, sin dinero para volverme, y tal vez lo habria conseguido, si se hubiese portado con moderación. Pero Vitali, que tenia otras miras y queria impelerme á tomar una resolución, logró su objeto. Desde el momento en que vi que todos mis cuidados eran trabajo perdido, que el embajador tenia por crímenes mis servicios en vez de agradecerme los, que no tenia que esperar de él más que ingratitud dentro é injusticias fuera y que el desercito general en que habian caído sus malos oficios podian dañarme, sin que los buenos pudiesen servirme, me resolví á marcharme dándole tiempo para que buscase otro secretario; pero sin decirme que sí ni que no, siguieron las cosas el mismo curso que antes.

Viendo que nada se adelantaba y que nada hacia para encontrarme un sucesor, escribí á su hermano detallando mis motivos y suplicándole que obtuviese de S. E. el permiso de retirarme, añadiendo que de todos modos me era imposible continuar. Largo tiempo estuve esperando sin obtener respuesta alguna, y ya empezaba á estar muy molesto cuando el embajador recibió al fin una carta de su hermano. Preciso es que fuese muy enérgica, porque motivó arrebatos muy feroces, tales como jamás los habia visto. Después de deshacerse en torrentes de abominables injurias y no sabiendo ya qué decir, me acusó de haber vendido sus cifras. Yo me eché á reir y le pregunté en tono zumbón si creia que hubiese en toda Venecia una persona siquiera que diese por ellas un solo escudo. Esta respuesta le hizo echar espumarajos de ira, hizo ademán de llamar á los criados para hacerme, según dijo, arrojar por la ventana. Hasta entonces yo habia permanecido muy tranquilo,

mas al oír esta amenaza, la cólera y la indignación me arrebataron á mi vez; me lancé á la puerta y tirando del picaporte que la cerraba por dentro le contesté, dirigiéndome á él con paso grave: «No, señor conde, contentaos con que vuestros servidores no se mezclen en este asunto, que esto quede entre nosotros.» Mi acción y mi semblante le calmaron instantáneamente, y se dibujó en su rostro el sobresalto y la sorpresa. Cuando le vi repuesto de su furia, me despedí de él en pocas palabras; luego, sin esperar su respuesta, abrí de nuevo la puerta, salí y pasé pausadamente por la antecámara en medio de sus servidores, que se levantaron, como de ordinario, y que más bien se hubieran puesto de mi lado que del suyo. Sin subir siquiera á mi habitación bajé la escalera, y salí inmediatamente de palacio para no volver jamás á pisarlo.

Fui directamente á casa de Le Blond á contarle el lance, que le sorprendió poco, pues conocia á nuestro hombre. Me invitó á comer, y esta comida, aunque improvisada, fué magnífica; á ella asistieron todos los franceses de consideración que se hallaban en Venecia, y el embajador no tuvo á su lado á nadie. El cónsul refirió la aventura á los presentes, á cuyo relato no hubo más que una opinión, que seguramente no fué favorable á S. E. No me habia ajustado la cuenta ni me habia dado un solo sueldo; y, reducido por todo recurso á algunos luises que tenia, me hallaba con dificultades para volverme. Todos me ofrecieron su bolsillo y tomé unos veinte zequies de Le Blond y otros tantos del señor de Saint-Cyr, con quien después de aquél, tenia mayor intimidad, dando las gracias á los demás, y entre tanto me albergué hasta el día de mi partida en la cancillería del consulado para probar al público que la nación no era cómplice de las injusticias del embajador. Furioso éste al verme obsequiado en mi infortunio y el abandonado, no obstante de ser todo un embajador, perdió completamente la cabeza y se portó como un loco, olvidándose

hasta el extremo de presentar al senado una memoria para hacerme detener, y habiéndome dado aviso de ello el abate de Binis, determiné permanecer quince días más, en vez de marchar al día siguiente, como había contado. Mi conducta había sido conocida y aprobada y yo era generalmente apreciado. El senado ni siquiera se dignó responder á la extravagante memoria del embajador, y por intermedio del cónsul me dijo que podía quedarme en Venecia cuanto tiempo quisiese sin inquietarme por las exigencias de un loco. Seguí visitando á mis amigos, fui á despedirme del embajador de España, que me recibió con mucha caballerosidad, y del conde Finocchietti, ministro de Nápoles, á quien, por no haberle encontrado, le escribí una carta y me contestó en los términos más halagüenos.

En fin, parti no dejando á pesar de mi estrechez más deudas que los préstamos que acabo de citar y unos cincuenta escudos en casa del mercader Morandi, que Carrió se encargó de satisfacer y que jamás le he devuelto á pesar de habernos visto menudo desde entonces; pero los dos citados préstamos los salíase con toda exactitud tan pronto como me fué posible.

No dejemos á Venecia sin decir algo de las célebres diversiones de esta ciudad ó á lo menos de la pequeña parte que en ellas tomé durante mi permanencia. En el transcurso de mi juventud ya se ha visto cuán poco he gustado los placeres de esta edad ó á lo menos los tenidos por tales. En Venecia no cambié de gustos; pero mis ocupaciones, que por otra parte me los hubieran impedido, hicieron más picarecos los sencillos recreos que me permitía. El primero y más grato era la compañía de las personas de mérito, los señores Le Blond Saint-Cyr, Carrió, Altuna, y un noble del Friul, cuyo nombre siento mucho haber olvidado, y cuyo amable recuerdo nunca deja de conmovirme; de cuantos hombres he conocido en mi vida era el que poseía un corazón más semejante al mío. Éramos también amigos de dos ó tres ingleses muy despejados é ins-

truidos, apasionados por la música como nosotros. Todos estos señores tentan mujer, amiga ó querida; estas últimas, casi todas eran jóvenes de ingenio, en cuyas casas se daban conciertos ó bailes. También se jugaba, aunque muy poco; nos hacian insipido este entretenimiento, los placeres vivos, las diversiones y los espectáculos. El juego no es más que un recurso de las personas que se fastidian.

Yo había traído de París la preocupación que allí domina contra la música italiana; mas también había recibido de la naturaleza la sensibilidad contra la cual nada pueden las preocupaciones. Pronto me inspiró la pasión que inspira á los que han nacido para comprenderla. Al escuchar las barcarolas, conocí que nunca había oído cantar hasta entonces; y me aficioné á la ópera de tal modo, que fastidiado de charlar, comer y jugar en los palcos, cuando no hubiera querido hacer otra cosa que escuchar, me apartaba á menudo de la compañía para ir á otro lado. Allí, solo, encerrado en mi palco, me entregaba, á pesar de la duración del espectáculo, al placer de gozarlo á mi gusto hasta el fin. Un día, me quedé dormido en el teatro de San Crisóstomo y más profundamente que si estuviera en mi cama. Los pasajes más ruidosos y brillantes no pudieron despertarme; mas, ¿quién pudiera expresar la deliciosa sensación que me causaron la dulce armonía y los angélicos cantos del trozo que me despertó? ¡Qué despertar, qué arrobamiento! ¡qué éxtasis! cuando á un mismo tiempo abrí los ojos y los oídos. El primer pensamiento fué creerme en el paraíso. Ese trozo encantador que todavía recuerdo y jamás olvidaré, empezaba así:

*Conservami la bella
Che sí mi accende in cor.*

Quise poseer este trozo, lo conseguí y lo he guardado largo tiempo; pero mejor lo conservaba en mi memoria que sobre

el papel donde constaban seguramente las mismas notas, pero no era aquello mismo. Esta divina aria sólo en mi mente puede ser ejecutada, como lo fué en efecto el día que me despertó.

A mi modo de ver hay una música muy superior á la de las óperas y que no tiene semejante en Italia ni en el resto del mundo, y es la de las *scuole*. La *scuole* son casas de caridad establecidas para dar educación á niñas pobres, á quienes dota luego la república casándolas ó haciéndolas monjas. Entre los conocimientos que cultivan esas niñas, la música ocupa el primer lugar. Cada domingo en la iglesia de cada una de esas cuatro *scuole*, durante las visperas, se ejecutan *motetes* á gran coro y á gran orquesta, compuestos y dirigidos por los más grandes maestros de Italia, ejecutados en tribunas enrejadas, únicamente por niñas de las cuales la mayor no cuenta veinte años. Nada conozco tan voluptuoso, tan conmovedor como esta música; las maravillas del arte, el gusto exquisito de los cantos, la belleza de las voces, lo exacto de la ejecución, todo, en fin, en esos deliciosos conciertos concurre á producir una impresión, que no es seguramente muy saludable, pero de que no creo que haya corazón capaz de librarse. Ni Carrio ni yo dejábamos nunca de asistir á esas visperas en los *Mendicanti*, y no éramos los únicos. La iglesia estaba llena siempre de aficionados, y hasta los mismos actores de la ópera iban á estudiar el verdadero gusto del canto con estos excelentes modelos.

Lo que me desconsolaba eran aquellas malditas rejas que, dando sólo paso á los sonidos, me ocultaban los bellos ángeles que tales voces tenían. Yo no hablaba de otra cosa. Un día conversando de ello en casa de Le Blond, éste me dijo: «Si tenéis curiosidad por conocer á esas niñas, fácil es satisfaceros. Yo soy uno de los administradores de la casa y quiero que podáis merendar en su compañía.» Yo no le dejé punto de reposo hasta que hubo cumplido su palabra. Al entrar en el salón que

encerraba esas codiciadas bellezas senti una emoción amorosa que jamás había experimentado. El señor Le Blond me presentó una tras otra todas aquellas cantatrices célebres, de quienes no conocía más que la voz y el nombre. «Venid, Sofía...» Era horrible. «Venid, Catina...» Etra tuerta. «Venid, Bettina...» Estaba desfigurada por las viruelas. Apenas había una que no tuviese un defecto notable. El malvado se reía de mi cruel sorpresa. Sin embargo, hubo dos ó tres que no me parecieron del todo feas: mas no cantaban sino en los coros. Yo estaba desconsolado. Durante la merienda, las estimularon y estuvieron animadas. La fealdad no excluye las gracias, y las encontré en ellas. Yo me decía: no se canta así sin alma; por consiguiente deben tenerla. En fin, mi manera de verlas cambió de tal modo que salí prendado de todas aquellas feitas. Apenas me atrevía á volver á sus visperas, mas en breve me tranquilicé, y continué hallando sus cantos deliciosos, y sus voces prestaban en mi mente tal encanto á sus rostros, que siempre que cantaban, á pesar de mis ojos, me empeñaba en hallarlas bellas.

Tan poco cuesta la música en Italia que no hay que privarse cuando se tiene gusto por ella. Alquilé un clavicordio, y por un escudito tenía en mi casa cuatro ó cinco sinfonistas con quienes me ejercitaba una vez á la semana ejecutando los trozos que más me gustaron. También hice ensayar algunos trozos de mis *Musas galantes*. Sea que agradase ó que quisiese halagarme, ello es que el maestro de baile de San Juan Crisóstomo me hizo pedir dos que tuve el placer de oír ejecutar por aquella admirable orquesta, y fueron bailados por una joven llamada Bettina, linda y sobre todo amable muchacha, mantenida por un español, amigo nuestro, llamado Pogoaga, y á casa de la cual íbamos á pasar la velada.

Mas, á propósito de muchachas, seguramente no es en una ciudad como Venecia donde uno se abstiene de ellas y podría decirseme: ¿nada tenéis que confesar sobre este punto? Sí; en

efecto algo tengo que decir y voy á proceder á esta confesión con la misma ingenuidad que he usado en todas las demás.

Siempre he tenido aversión á las mujeres públicas, y en Venecia no tenía otra cosa á mi alcance, pues á causa de mi empleo me estaba prohibida la entrada en la mayor parte de las casas. Las hijas de Le Blond eran muy amables, pero muy difíciles, y yo apreciaba demasiado á sus padres para pensar siquiera en codiciarlas.

Más me hubiera gustado una joven llamada señorita de Caltaneo, hija del agente del rey de Prusia; pero Carrio estaba enamorado de ella y hasta se trató de casamiento. Él estaba acomodado, y yo nada tenía; él tenía cien luises de sueldo, cuando el mío no era más que de cien pistolas; y además de que yo no quería hacer la competencia á un amigo, sabía que por todas partes y sobre todo en Venecia con un bolsillo tan escuálido no debe uno meterse á galanteador. No había perdido el funesto hábito de engañar mis necesidades; y harto atareado para sentir vivamente las que causa el clima, viví en esa ciudad cerca de un año con tanta prudencia como lo había hecho en Paris, y salí de ella al cabo de diez y ocho meses sin haber cohabitado más que dos veces en las singulares circunstancias que voy á citar.

La primera me fué proporcionada por el pulcro gentil-hombre Vitali, poco tiempo después de la satisfacción que le obligué á darme en toda forma. Se hablaba en la mesa de las diversiones de Venecia. Aquellos señores me echaban en cara mi indiferencia hacia la más incitante de todas, ponderando el gracejo de las cortesanas venecianas, y diciendo que no tenían rival en el mundo. Domingo añadió que era preciso conociese á la más amable de todas, que él me acompañaría y que se lo había de agradecer. Yo me ref de este ofrecimiento oficioso, y el conde Peati, hombre ya viejo y venerable, dijo, con una franqueza que no podía esperarse de un italiano, que me creía harto

prudente para que me dejase llevar por mi enemigo á una casa de muchachas. En efecto, yo no tenía tentación ni intención de ir; mas á pesar de ello, por una de esas inconsecuencias que yo mismo difícilmente comprendo, acabé por dejarme arrastrar contra mi gusto, mi corazón, mi razón y hasta contra mi voluntad, únicamente por flaqueza, por vergüenza de manifestar desconfianza, y, como allí se dice, *per non parer troppo coglione*. La *padoana* á quien visitamos era bastante linda, y aun hermosa, pero no fué de mi gusto. Domingo me dejó con ella; yo mandé traer sorbetes, la hice cantar, y al cabo de media hora quise marcharme dejando un escudo sobre la mesa; mas tuvo el singular escrúpulo de no admitirlo sin haberlo ganado, y yo la singular estupidez de quitarle ese escúpulo. Volvíme á palacio tan persuadido de que estaba contaminado, que lo primero que hice al llegar fué llamar al médico para pedirle tisanas. Es inexplicable la inquietud que sufrí durante tres semanas, á pesar de que no justificase ninguna dolencia real ni signo alguno aparente. Yo no podía concebir que pudiese salir impune de los brazos de la *padoana*; el mismo médico no me logró tranquilizar sino con gran trabajo, persuadiéndome de que estaba conformado de un modo particular que hacía que difícilmente pudiese quedar infectado; y aunque yo me haya expuesto quizás menos que otro ninguno á esta experiencia, por este lado jamás ha sufrido menoscabo mi salud, lo cual prueba la razón del médico. Sin embargo, esta opinión no me ha hecho temerario, y si efectivamente he recibido de la naturaleza esta ventaja, puedo decir que no he abusado de ella. La otra aventura, aunque también con una cortesana, fué de un género muy diferente así por su origen, como por sus consecuencias. Ya dije que el capitán Olivet me había dado á bordo una comida á la cual llevé al secretario de España. Me esperaba un saludo de ordenanza; la tripulación nos recibió con alegría, pero sin disparar un fegonazo, lo que me mortí-

ficó mucho por Carrio, á quien vi un poco picado y es lo cierto que en los buques mercantes se saludaba con disparos á personas de menor categoría que la nuestra, y además yo creía merecer alguna distinción del capitán. No pude disimular, puesto que siempre me ha sido imposible, y aunque la comida fuese muy buena y Olivet hiciese muy bien los honores de la mesa, la empecé de mal humor comiendo poco y hablando menos.

A lo menos al primer brindis me esperaba una salva, pero no se oyó un tiro. Carrio, que leía en mi alma, se reía al verme refunfuñar como un chiquillo, y á cosa del tercio de la comida veo aproximarse una góndola. «Á fe mía, caballero, me dijo el capitán, id con cuidado pues se acerca el enemigo.» Yo le pregunté qué quería decir, y me respondió bromeando. La góndola atracó y vi salir de ella á una joven desumbradora, graciosamente vestida y muy libre, que en tres saltos se plantó en la cámara y la vi sentada á mi lado antes que pudiese hacerme cargo de que se había puesto otro cubierto. Era tan bella como vivaracha; una morenita de veinte abriles lo más. No hablaba más que el italiano, y sólo su acento hubiera bastado para hacerme perder la cabeza. Siguiendo así la comida y conversando me miró, se fijó un momento y luego exclamó: «¡Virgen María! ¡ah! ¡mi caro Bremond! ¡cuánto tiempo hace que no te había visto!» Se arrojó en mis brazos, aplicó su boca á la mía y me abrazó frenéticamente. Sus grandes ojos negros á la oriental lanzaban centellas á mi corazón; y aunque la sorpresa motivó al principio alguna distracción, la voluptuosidad me subyugó rápidamente hasta el punto que á pesar de los expectadores fué necesario que esta hermosa me contuviese, porque yo estaba ébrio, ó mejor furioso. Cuando me vió en el punto que me quería, moderó un tanto sus caricias, aunque no sin vivacidad; y cuando le plugo explicarnos la causa verdadera ó falsa de toda esta petulancia, nos dijo que me parecía de tal modo af

señor de Bremond, director de las aduanas de Toscana, que era muy fácil equivocarse; que se había apasionado de este Bremond, que todavía estaba loca por él, que lo había dejado porque era una tonta, que me tomaba á mí en su lugar, que quería amarme porque así le placía, que por la misma razón era forzoso que yo la amase mientras le conviniese á ella y que cuando me dejase plantado tendría paciencia como lo había hecho su caro Bremond. Como lo dijo, lo hizo; tomó posesión de mí como si le perteneciese, dándome á guardar los guantes, el abanico, su *cinda*, su papalina; me mandaba esto y aquello y yo obedecía. Me dijo que fuese á despedir su góndola, pues quería servirse de la mía, y obedecí; me dijo que me levantara de mi asiento y rogase á Carrio que lo ocupase, pues tenía que hablarle y lo cumplí. Largo tiempo conversaron juntos y en voz baja. Yo les dejé. Ella me llamó y volví. «Oye, Zanetto, me dijo, yo no quiero de ningún modo que me hagas el amor á la francesa, y además no sería agradable; en el primer momento de fastidio, véte; pero te advierto que no te quedes á medias.» Acabada la comida fuimos á visitar la fábrica de vidrios en Murana, donde compré una porción de bagatelas, que nos dejó pagar sin cumplimientos; pero ella gastó luego por todas partes sumas más fuertes que lo que nosotros habíamos pagado. Por la indiferencia con que tiraba su dinero y nos dejaba tirar el nuestro, se veía que no tenía para ella ningún valor. Cuando hacía pagar á otro, era más bien por vanidad que por avaricia; se envanecía del aprecio que se hacía de sus favores.

Al anochecer la condujimos á su casa. Conversando vi dos pistolas sobre su tocador, y tomando una, dije: ola, «Ola, he aquí una caja para lunares de nueva invención; ¿podría saberse para qué sirve? Yo conozco otras armas más terribles que éstas.» Después de algunas bromas sobre el mismo tema, con una ingenua altivez que la hacía aún más interesante, nos dijo: «Cuando dispenso mis bondades á personas á quienes no

amo, les hago pagar el fastidio que me causan como es justo; mas si sufro sus caricias, no quiero aguantar sus insultos y el que una vez me falte no lo contará.»

Al separarnos quedamos citados para el día siguiente y nos dimos hora. No la hice esperar. La encontré *in vestito di confidenza*; en un traje de mañana más que rumboso que sólo se conoce en los países meridionales y que no me detendré á describir, aunque lo recuerdo muy bien. Sólo diré que sus vuelos y su gola eran bordados de seda, guarnecido con borlitas ó madroños de color de rosa. Esto me pareció que daba nueva vida á un cútis hermosísimo, luego vi que era la moda de Venecia y me sorprende que esta moda no se haya introducido nunca en Francia.

No tenía la menor idea de las voluptuosidades que me aguardaban. He hablado de la señora de Larnage en los raptos que su recuerdo me proporciona á veces; pero; todavía ¡cuán vieja y fría era comparada con Julietta. ¡No es posible que el lector imagine el atractivo y las gracias de esta encantadora niña, porque se quedaría muy corto; las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las heldades de los serrallos menos vivas, las huries del paraíso menos incitantes. Jamás se ofreció al corazón y los sentidos de un mortal más dulce goce. ¡Ah! si á lo menos hubiese sabido gozarlo enteramente y con toda su plenitud una vez siquiera... lo gocé, pero sin ilusión; emboté toda mi delicia; la destruí, como de propósito. No, la naturaleza no me ha hecho para gozar; ha colocado en mi mala cabeza el veneno de esta felicidad inefable, cuyo apetito depositó en mi corazón.

Si hay alguna circunstancia de mi vida que pinte bien mi carácter, es la que voy á relatar. La viveza con que se me representa en este momento el objeto de mi libro, hará que desprecie aquí el falso miramiento que podría detenerme en con-

tarlo. Los que queréis conocer á un hombre, quienes quiera que seáis, leed las dos ó tres páginas siguientes: vais á conocer plenamente á Juan Jacobo Rousseau.

Entré en la alcova de una cortesana como en el santuario del amor y de la belleza, cuya divinidad creí ver en su persona. Jamás habría creído que sin respeto y sin estimación se hubiese podido sentir nada semejante á lo que ella me hizo experimentar. Así que desde las primeras familiaridades hube conocido el precio de sus gracias y de sus caricias, cuando por miedo de perder el fruto de antemano quise apresurarme á cogerlo; mas de repente en vez del fuego que me devoraba sentí un frío mortal que recorría todas mis venas: las piernas me flaqueaban, y sintiéndome desfallecer, empecé á llorar como un niño.

¿Quién fuera capaz de adivinar la causa de mis lágrimas y lo que en aquel instante pasaba por mi mente? Yo me decía: este ser que está á mi disposición, es la obra maestra de la naturaleza y del amor; el espíritu y el cuerpo son perfectos; es tan buena y generosa, como amable y bella; los grandes y los príncipes deberían ser esclavos suyos y á sus pies deberían rendirse los cetros. Sin embargo, es una miserable cortesana, entregada al público; un capitán de buque mercante dispone de ella, y viene por sí misma á entregarse á mí sabiendo que nada poseo; á mí, cuyo mérito, que ella es incapaz de conocer, es nulo á sus ojos. Hay en esto algo de incomprendible: ó mi corazón me engaña, fascina mis sentidos y me convierte en juguete de una indigna ramera, ó es fuerza que algún secreto defecto que yo ignoro destruya el efecto del embéleso, y la haga odiosa á los que deberían disputársela. Entonces me apliqué á buscar este defecto dominado por una lucha interna singular, y ni siquiera se me ocurrió la idea de que el g... pudiese ser causa de ello. La frescura de sus carnes, la brillantez de su tez, la blancura de sus dientes, la suavidad

de su aliento, la pulcritud de toda su persona, alejaban de mí esta idea tan completamente, que, conservando aún alguna duda sobre el estado de mi salud desde la padoana, hasta sentía el temor de no hallarme bastante sano para ella; y estoy bien persuadido de que en este punto mi confianza no me engañaba.

Estas reflexiones tan oportunamente sugeridas me conmovieron hasta el punto de hacerme llorar. Julietta, para quien era esto un espectáculo nuevo en semejantes circunstancias, quedó cortada por un momento; mas habiendo dado una vuelta por el cuarto y pasado por delante del espejo, comprendió y mis ojos le confirmaron que no era el desagrado la causa de semejante fiasco, de que no le fué difícil curarme y borrar esta nimia vergüenza; mas en el momento en que estaba próximo á desfallecer sobre aquel seno, que parecía recibir por vez primera la boca y la mano de un hombre, observé que le faltaba un pezón. Sorprendí, examiné y creí que no estaba formado como el otro. Echéme á buscar en mi mente cómo podía ser eso; y persuadido de que era debido á un vicio de la naturaleza, á fuerza de dar vueltas á esta idea, vi claro como la luz del día que, en la persona de la más encantadora muchacha que pudiese imaginar, no tenía en mis brazos más que una especie de monstruo, desecho de la naturaleza, de los hombres y del amor. Llevé mi estupidez hasta el extremo de hablarle de este pecho defectuoso. Al principio, ella lo tomó á broma, y, con su carácter bullicioso, dijo é hizo cosas capaces de hacerme morir de amor; mas como yo conservaba un fondo de inquietud, que no pude ocultarle, vi al fin encenderse su rostro, abrocharse de nuevo, levantarse, y sin decir palabra ir á asomarse á la ventana. Yo quise colocarme á su lado; ella se apartó, yendo á sentarse sobre un canapé, levantándose en seguida; y paseándose por la estancia, abanicándose, me dijo en tono frío y desdeñoso: *Zanetto, lascia le donne e studia la matematica.*

Antes de marcharme pedile otra entrevista para el siguiente día, que alejó ella hasta el tercero, añadiendo con una sonrisa irónica que yo tendría necesidad de reposo. Yo pasé este tiempo incómodo embebido con sus encantos y gracias, sintiendo mi extravagancia, echándomela en cara y afligiéndome por haber empleado tan mal un tiempo que de mí solo hubiera dependido que fuese el más dulce de mi vida; esperé con la mayor impaciencia el de reparar la pérdida, y sin embargo inquieto todavía, no pudiendo conciliar las perfecciones de esta adorable moza con la baja de su estado.

Á la hora citada corrí, volé á su casa. Ignoro si su temperamento ardiente se hubiera satisfecho con esta visita; á lo menos lo hubiera sido su orgullo, pues de antemano yo experimentaba un placer delicioso imaginando cómo sabría demostrarle de todas maneras que sabía reparar mis faltas. Prueba excusada. El gondolero que le envié al atracar, volvió diciendo que había partido la víspera para Florencia. Si no había sentido toda la fuerza de mi amor al poseerla, la sentí cruel por de más al perderla. Mi insensato pesar no me ha abandonado. Por más amable, por más encantadora que á mis ojos fuese, podía consolarme de perderla; mas de lo que no he podido consolarme, lo confieso, es de que no haya podido guardar de mí más que un recuerdo de menosprecio.

He aquí mis dos anécdotas. Los diez y ochos meses pasados en Venecia no me dan motivo para referir otra cosa, á no ser un simple proyecto. Carrío era galanteador; fastidiado de no tratar más que con muchachas que pertenecian á otros, tuvo el capricho de tener una también; y como éramos inseparables, me propuso el arreglo, en Venecia nada raro, de tomarla para los dos. Yo consentí en ello, tratóse de encontrar una de confianza: tanto buscó que al fin desenterró una niña de once á doce años, á quien su indigna madre quería vender. Fuimos á verla juntos; mis entrañas se conmovieron viendo

aquella criatura; era rubia y dulce como un cordero; nadie la hubiera tomado por italiana. En Venecia se vive barato; dimos algún dinero á la madre y nos encargamos de la manutención de la hija, y, teniendo ésta buena voz, á fin de procurarle un recurso para vivir, dimosle una espineta y un maestro de canto. Apenas nos costaba todo esto dos zequies mensuales á cada uno; mas, como era preciso aguardar á que estuviere desarrollada, era sembrar mucho antes de recoger. Sin embargo, satisfechos con ir allí á pasar las veladas, hablando y jugando muy inocentemente con esta niña, nos divertíamos quizás más gratamente que si la hubiésemos poseído; tan cierto es que lo que más no atrae hacia las mujeres es más que la incontinencia cierto placer que se experimenta viviendo con ellas. Insensiblemente iba amando á la pequeña Anzoletta, pero con un cariño paternal, en que tan poca parte tenían los sentidos que á medida que iba aumentando me hubiera sido menos posible que se dejaran sentir; y yo conocía que me hubiera horrorizado gozar de aquella niña, llegada su edad núbil, como de un incesto abominable, y ví que los sentimientos del buen Carrio, sin que él lo echara de ver, seguían el mismo camino. Así nos proporcionamos naturalmente placeres no menos dulces, aunque muy diferentes de los que nos propusimos al principio; y estoy cierto de que por más hermosa que hubiese podido llegar á ser aquella pobre criatura, lejos de ser jamás los corruptores de su inocencia, habríamos sido sus protectores. La catástrofe que me ocurrió poco tiempo después de eso no me dejó el necesario para tomar parte en esta buena obra, y no puedo envanecerme en este asunto más que de la inclinación de mi alma.

Volvamos á mi viaje.

El primer proyecto que formé al salir de la casa de Montaignu fué retirarme á Ginebra esperando que una suerte mejor,

apartando los obstáculos, pudiese reunirme á mi pobre mamá. Mas el ruido que había metido nuestro rompimiento y la tontería que cometió de escribirlo á la corte, me hizo tomar la resolución de ir yo mismo á dar cuenta de mi conducta y quejarme de un loco. Desde Venecia participé mi resolución al señor du Theil, encargado interino de los negocios extranjeros desde la muerte del señor de Amelot¹. Partí al mismo tiempo que la carta, tomando el camino por Bérgamo, Como y Domodossola, y atravesé el Simplón. En Sión, el señor de Chaignón, encargado de negocios de Francia, me dispensó mil finezas, y otro tanto hizo en Ginebra el señor de la Closure. Aquí renové mi conocimiento con el señor de Gauffecourt, quien debía entregarme algún dinero.

Había pasado por Nyón sin ver á mi padre, y no es que no me costase gran trabajo, mas no pude resolverme á mostrarme á mi madrastra después de mi desastre, seguro de que ella me juzgaría sin oirme. El librero Duvillard, antiguo amigo de mi padre, me lo afeó. Yo le dije la causa, y para reparar mi falta sin expormé á ver á mi madrastra tomé una silla y fuimos juntos á Nyón parando en la taberna. Duvillard fué á buscar á mi pobre padre, que acudió volando á mis brazos. Cenamos juntos, y después de haber pasado una velada grata á mi corazón, á la mañana siguiente volví á Ginebra con Duvillard, á quien siempre he agradecido el bien que en esta ocasión me hizo.

El camino más corto no era el de Lyon, pero quise pasar por allí á fin de descubrir una miserable intriga del señor de Montaignu. Yo me había hecho traer de Paris una cajita que contenía una chupa bordada en oro, algunos pares de medias y seis de medias de seda blancas; nada más. Habiéndomelo propuesto él mismo, hice unir esta cajita á su equipaje. En la

¹ Es decir, después de su cesantía El señor de Amelot era ministro, gracias al cardenal Fleury. A la muerte de éste (febrero de 1743) fué despedido.

cuenta de boticario que quiso darme en pago de mis honorarios y que había escrito de su propio puño, había puesto esa cajita, á que llamaba fardo, atribuyéndole un peso de quince quintales, cuyo porte ascendía á un precio enorme. Por mediación del señor Boy de La Tour, á quien estaba yo recomendado por su tío el señor Roquin, se averiguó por los registros de las aduanas de Lyon y de Marsella que el expresado fardo no pesaba más que cuarenta y cinco libras y no había pagado el porte más que á razón de este peso. Junté este extracto auténtico á la cuenta del señor de Montaigu; y pertrechado con estos documentos y con muchos otros del mismo género, me trasladé á París impaciente por hacer uso de ellos. Durante esta larga travesía tuve algunas aventurillas en Como, en Valais y otros puntos. Vi varias cosas, y entre otras las islas Borromeas, que merecerían ser descritas; pero me falta tiempo, me rodean los espías; me veo obligado á hacer aprisa y mal un trabajo que exige el espacio y la tranquilidad que me falta. Si algún día volviendo los ojos á mi la Providencia me depara al fin más apacibles días, los destino á refundir esta obra si me es posible, ó á lo menos á ponerle un suplemento que conozco necesita en gran manera ¹.

El ruido de mi historia con el embajador se me había adelantado, y al llegar hallé ya en las oficinas y fuera de ellas á todo el mundo escandalizado de las locuras del mismo. Á pesar de esto, á pesar de mi reputación en Venecia, á pesar de las pruebas irrefutables que yo exhibía, no pude obtener justicia. Lejos de tener satisfacción y reparación, hasta fui dejado á discreción del embajador en cuanto á mis haberes, y esto por la única razón de que, no siendo francés, no tenía derecho á la protección nacional, y de que esto era un asunto particular entre él y yo. Todo el mundo convino conmigo en que yo es-

¹ He renunciado á este proyecto.

taba ofendido y perjudicado; en que el embajador, era un extravagante, cruel, inicuo, y que este hecho le deshonoraba para siempre. ¡Pero qué! él era el embajador y yo no más que el secretario. El buen orden, ó lo que así se llama, exigía que yo no obtuviese la menor justicia y no logré ninguna.

Yo me imaginé que á fuerza de gritar y tratar á este loco como se merecía, al fin me dirían que callase; y esto era lo que esperaba resuelto á no obedecer hasta que sehubiese sentenciado la causa. Mas entonces no había ministro de negocios extranjeros, y me dejaron gritar; es más, me animaron y me hacían coro; mas aquí paró todo, hasta que cansado de tener siempre razón y nunca justicia, me cansé y lo abandoné todo.

La única persona que me recibió mal y de quien nunca lo habría esperado fué la señora de Beuzenval. Hinchada con las prerogativas del rango y de la nobleza, jamás le pudo entrar en la cabeza que un embajador pudiese no tener razón contra su secretario. La acogida que me dispensó fué al tenor de esta preocupación. Yo me piqué de tal modo, que al salir le dirigí una carta de las mas violentas que haya escrito en mi vida ¹ y no me presenté más en su casa. El padre Castel me recibió mejor; mas á través de la melosidad jesuitica, le vi seguir con bastante exactitud una de las grandes máximas de la sociedad, que es inmolar siempre al más débil en aras del poderoso. El vivo sentimiento de la justicia de mi causa y mi alíve natural no me permitieron sufrir con paciencia esta par-

¹ He aquí un fragmento de esta carta citada por Musset-Pathay: «Yo me tengo la culpa, señora, me había equivocado: os creía justa, pero hubiera debido recordar que sois noble; hubiera debido reconocer que es una inconveniencia que yo, plebeyo, reclame contra un noble. ¿Tengo ascendientes, tengo títulos? La equidad sin peregrinos; es acaso equidad?... Si el señor de Montaigu carece de elevación de alma, es porque su nobleza le dispensa de tenerla; si si está afiliado á cuanto hay de inmundo en la ciudad más inmoral, si frecuenta el trato de los farsantes, si lo es él mismo, es porque sus antepasados han tenido honor por él.»

cialidad. Dejé de ver al padre Castel, y por consiguiente á los jesuitas, pues á él solo conocía. Por otra parte el espíritu tiránico é intrigante de sus cofrades, tan diferente de la hombría de bien del buen padre Hemet, me alejaba tanto de su trato que no me he relacionado con ningún otro desde entonces, exceptuando al padre Berthier, á quien vi dos ó tres veces en casa del señor Dupin, con quien trabajaba con todas sus fuerzas en la refutación de Montesquieu.

Acabemos, para no acordarnos más de ello, con lo que me resta decir del señor de Montaigu. En nuestras disputas le había dicho que no le convenía un secretario, sino un pasante de procurador. Él siguió este parecer y realmente me dió por sucesor uno muy largo de manos, que en menos de un año le robó veinte ó treinta mil libras. Le echó, le hizo poner preso, echó igualmente á sus gentiles-hombres vergonzosamente y con escándalo; dió motivo á mil querellas, recibió afrentas, que no sufriría el menor criado, y á fuerza de locuras acabó por ser destituido de su empleo. Á lo que parece, en medio de las reprensiones que recibió de la corte no quedó olvidado el asunto que tenía pendiente conmigo; á lo menos poco tiempo después de su regreso, me envió su maestresala para saldar mi cuenta y darme dinero. En aquellos momentos me hallaba necesitado; mis deudas de Venecia, deudas de honor si las hay, pesaban sobre mi corazón como losa de plomo, y aproveché el medio que se me presentaba para desembarazarme de ellas, así como del pagaré de Zanetto Zani. Tomé lo que quisieron darme; pagué todas mis deudas y me quedé sin blanca, como antes, pero aliviado de un peso que me era insostenible. Desde entonces no he oído hablar más del señor de Montaigu hasta que por la voz pública supe su muerte. ¡Dios tenga en su santa gloria á este pobre hombre! Tan propio era para el cargo de embajador como lo había sido yo en mi infancia para el de procurador. Sin embargo sólo de él dependió poder

sostenerse honrosamente por medio de mis servicios, y hacerme adelantar rápidamente en la carrera á que el conde de Gouyón me había destinado en mi juventud, y para la cual me había hecho apto por mí mismo en edad más avanzada.

La justicia é inutilidad de mis clamores dejaron en el fondo de mi alma un germen de indignación contra nuestras estúpidas instituciones civiles, en que el verdadero bien público y la verdadera justicia quedan siempre sacrificadas á no sé qué orden aparente, destrucción real de todo orden, que sólo sirve para agregar la sanción de la autoridad pública á la opresión del débil y á la iniquidad del fuerte. Dos cosas concurrieron para impedir que por entonces se desarrollara ese germen como lo ha hecho posteriormente; la primera que en este asunto se trataba de mí, y que el interés privado, que jamás ha producido nada grande y noble, no hubiera sido capaz de producir en mi corazón los heroicos esfuerzos que sólo es capaz de producir en mi corazón el más puro amor de lo justo y de lo bello; fué la otra la dulzura de la amistad que templaba y calmaba mi cólera por medio del ascendiente de un sentimiento más dulce. Había conocido en Venecia á un vizcaíno amigo de mi querido Carrió, y digno de serlo de todo hombre de bien. Este amable joven, nacido para poseer todos los talentos y todas las virtudes, acababa de recorrer la Italia para adquirir el gusto de las bellas artes; y pareciéndole que nada más tenía que adquirir, quería volverse en derechura á su patria. Yo le dije que las artes no eran más que un descanso para un ingenio como el suyo, apto para el cultivo de las ciencias; y le aconsejé que para aficionarse á ellas fuese á vivir seis meses en París. Me creyó y fué allá, donde me esperaba cuando llegué.

Su habitación era sobrado grande para él y me ofreció la mitad, que acepté. Halléle en el fervor de los grandes conocimientos. Nada estaba fuera de su alcance; todo lo devoraba á ligera con prodigiosa rapidez. ¡Cuánto me agradeció haber

procurado este alimento á su espíritu, atormentado por la necesidad de saber sin que lo sospechase él mismo! ¡Qué tesoro de luces y de virtudes encontré en esta alma de temple fuerte! Conoci que era el amigo que me convenia, y llegamos á ser íntimos. Nuestros gustos no eran iguales, siempre estábamos disputando; terceros ambos, jamás estábamos acordes en punto alguno, y sin embargo no podíamos separarnos; y mientras sin cesar nos hacíamos la oposición, ninguno de los dos hubiera querido que el otro fuese de distinta manera.

Ignacio Manuel de Altuna era uno de esos hombres raros que sólo produce España aunque demasiado pocos para su gloria. No tenia esas pasiones violentas nacionales, comunes, en su país; la idea de la venganza no podia entrar en su mente como tampoco podia tener cabida en su corazón el deseo de la misma. Era demasiado altivo para ser vengativo, y le he oído decir muchas veces con la mayor sangre fría que ningún mortal podia inferir una ofensa á su alma. Era galante sin ser fiero; jugaba con las mujeres como si fuesen lindas criaturas. Se divertia con las queridas de sus amigos, mas nunca le vi tener ninguna ni desearla tampoco. El fuego de la virtud que su corazón alimentaba, jamás permitió que brotara el de sus sentidos.

Acabados sus viajes, se casó; murió joven dejando hijos, y estoy persuadido como de mi propia existencia de que su mujer fué la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. En lo exterior era devoto á la española, mas en su interior tenia la piedad de un ángel. Á no ser yo mismo, no he visto en la vida otra persona más tolerante que él; jamás se informó de cómo pensaba nadie en materias de religión. Que su amigo fuese judío, protestante, turco, santurrón ó ateo poco le importaba, con tal que fuese hombre de bien. Obstinado, testarudo en materias de poca importancia, desde el momento que se trataba de religión y aun de moral, se con-

tonia y callaba, ó decia simplemente: *no tengo que ocuparme sino de mí.*

Parece increíble que pueda aunarse tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minuciosidad. De antemano fijaba la distribución del día por horas, cuartos de hora y minutos, y seguia esta distribución tan escrupulosamente que, si hubiese dado la hora en el momento en que estaba leyendo una frase, hubiera cerrado el libro sin acabarla. Para cada cosa tenia su tiempo señalado: para la meditación, para la conversación, para el oficio divino, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura; y no habia placer, ni tentación, ni complacencia capaz de alterar este orden; sólo hubiera podido alterarlo el tener que cumplir con un deber. Cuando me referia la lista de su distribución á fin de que yo hiciese lo propio, empezaba por reirme y acababa por llorar de admiración. Nunca molestaba á nadie ni toleraba ninguna molestia; y se mostraba brusco con todos los que por cortesía querian molestarle. Sin ser colérico, era mohino. Le he visto á menudo acalorado, pero nunca enfadado. Nada tan alegre como su carácter; sabia aguantar las bromas y le agradaba darlas; es más, brillaba en ellas y hasta tenia el talento del epigrama. Cuando le animaban, era vocinglero y hasta escandaloso de palabra; su voz se oia de lejos, pero al paso que gritaba, se le veia sonreír; y á lo mejor, en medio de sus arranques, se le ocurría alguna frase chistosa que hacia reír á todo el mundo; no tenia ni el color ni la calma de los españoles; su cutis era blanco, las mejillas sonrosadas, el cabello de un castaño casi rubio. Era alto y bien formado. Su cuerpo estaba formado para contener su alma.

Este hombre, profundo lo mismo de corazón que de cabeza, distinguia á los hombres y fué mi amigo. Es cuanto respondo á quien quiera que no lo sea. De tal suerte nos unimos, que proyectamos vivir juntos. Á la vuelta de algunos años debía yo

pasar á Azoitia para vivir con él en sus tierras. La víspera de su partida, arreglamos todos los detalles de este proyecto. Sólo faltó lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su casamiento, y, en fin, su muerte, nos separaron para siempre.

Diríase que sólo logran buen resultado los miserables complotos de los malvados; los inocentes proyectos de los buenos casi nunca se cumplen.

Habiendo tocado de cerca el inconveniente de la dependencia, prometí no exponerme nunca más á ella. Habiendo visto desmoronarse desde su principio los proyectos de ambición que las circunstancias me habían hecho forjar, desanimado en cuanto á entrar en la carrera que tan bien había comenzado y de la cual, como quiera que sea, acababa de ser expulsado, resolví no ligarme á nadie, sino conservar mi independencia sacando partido de mis conocimientos, cuyo valor comenzaba á conocer al fin y que hasta entonces había juzgado con harta modestia.

Emprendí de nuevo el trabajo de mi ópera, que había interrumpido para ir á Venecia; y, á fin de dedicarme á ello con más tranquilidad, cuando se hubo marchado Altuna, me alojé nuevamente en mi antigua fonda de San Quintín, que, situada en un barrio solitario y no lejos del Luxemburgo, me era más cómodo para trabajar á mis anchas que la ruidosa calle de Saint-Honoré. Allí me esperaba el único consuelo real que me ha concedido el cielo en medio de mi desgracia, y el único que me la hace soportable. Ésta no es una relación pasajera, y es conveniente que entre en algunos detalles acerca el modo de adquirirla.

Teníamos una nueva patrona natural de Orleans, que tomó para trabajar en la ropa blanca una paisana suya de unos veinte y dos á veinte y tres años, la cual comía con nosotros. Esta joven, llamada Teresa Le Vasseur, era de buena familia,

hija de un oficial de la fábrica de moneda de Orleans y de una tendera, los cuales tenían muchos hijos. No funcionando ya la casa de moneda de Orleans, quedó su padre sin empleo; y la madre, después de haber sufrido grandes pérdidas comerciales, dejó el comercio y se vino á París con su marido é hija que mantenía á los tres con su trabajo.

La primera vez que ví aparecer á esta joven en la mesa me maravilló su aspecto modesto y más aún su mirada viva y dulce que para mí jamás tuvo semejante. Había en la mesa además del señor Bonnefont varios abates irlandeses, gascones y otra gente de igual estofa. Nuestra huésped también había llevado una vida algo desarreglada y allí era yo la única persona que hablaba y obraba con decencia. Empezaron á fastidiar á la muchacha; yo tomé su defensa é inmediatamente llovieron sobre mí las pullas y los sarcasmos. Aun cuando no hubiese sentido naturalmente ninguna inclinación hacia la pobre joven, la compasión y la contradicción me la habrían inspirado. Siempre me ha atraído la modestia en las palabras, sobre todo en el sexo débil; por consiguiente, vine á ser abiertamente su campeón. La ví sensible á mis cuidados, y sus miradas animadas por el agradecimiento que no osaba expresar con palabras fueron todavía más penetrantes.

Ella era muy tímida, yo lo mismo. Las relaciones que esta común disposición parecía alejar, se establecieron sin embargo con gran rapidez. La patrona, que lo echó de ver, se puso furiosa; y sus brutalidades acrecentaron más aún mi ascendiente sobre el ánimo de la muchacha, que, no teniendo otro apoyo que yo en toda la casa, me veía salir con pesar y suspiraba por la vuelta de su protector. La correspondencia de nuestros corazones y el concurso de nuestras disposiciones produjeron bien pronto su natural efecto. Ella creyó ver en mí un hombre honrado, y no se equivocó; yo creí ver en ella una oven tierna, sencilla y sin coquetería, y tampoco me equivoqué.

De antemano le declaré que jamás la abandonaré aunque no me casaría tampoco. El amor, la estimación y la candorosa sinceridad fueron los agentes de mi triunfo; y fui afortunado sin ser emprendedor, porque su corazón era honesto y tierno.

El temor que se apoderó de ella de que yo me incomodase no hallando lo que creía que yo deseaba, retardó mi felicidad más que otra cosa alguna. La ví cortada y confusa antes de entregarse, querer explicarse y no atreverse á ello. Lejos de dar con la verdadera causa de su inquietud, imaginé otra muy falsa y afrentosa para su conducta; y creyendo que ella me advertía que mi salud corría riesgo, caí en una perplejidad que no me contuvo, pero que envenenó mi felicidad durante muchos días. Como no nos entendíamos uno á otro, nuestras conversaciones en este punto eran otros tantos enigmas y baturrillos completamente visibles. Ella estuvo á punto de creérmelo completamente loco, yo próximo á no saber qué pensar de ella. Al fin nos explicamos; ella me confesó llorando una falta única cometida apenas salida de la infancia, fruto de su ignorancia y de la habilidad de un seductor. Así que la heube comprendido lancé un grito de alegría: virginidad, exclamé, ¿se puede buscar en París á los veinte años? ¡Ah! Teresa mía, ya soy hartamente afortunado poseyéndote prudente tal cual eres, y sana, aunque no halle lo que no buscaba.

Al principio no me había propuesto encontrar más que un pasatiempo; mas luego ví que había hecho algo más y me había proporcionado una compañera. Un poco de trato con esta excelente joven y el reflexionar sobre mi situación, me hicieron conocer que pensando sólo en mis placeres había ganado mucho para mi felicidad. En lugar de la extinguida ambición necesitaba otro sentimiento que llenase mi corazón. En una palabra, necesitaba una sucesora de mamá; puesto que no debía ya vivir con ella, necesitaba alguien que viviese con su discípulo y reuniese la sencillez y docilidad de corazón que

ella había hallado en mí. Era preciso que la dulzura de la vida privada y doméstica me indemnizara del brillante porvenir á que renunciaba. Cuando vivía enteramente solo, estaba mi corazón vacío; pero no se necesitaba más que otro corazón para llenarlo. La suerte me había quitado, enajenado, á lo menos en parte, aquel que la naturaleza había formado para mí, y desde entonces yo estaba solo, pues para mí no había término medio entre todo y nada. En Teresa hallé el suplemento que necesitaba; por su medio viví feliz cuanto podía serlo atendido el curso de los acontecimientos.

Al principio, me propuse formar su inteligencia, mas fué tiempo perdido. Su capacidad era lo que la naturaleza la había hecho; el cultivo y el trabajo no le servían de nada. No me avergüenzo de confesar que nunca ha sabido leer bien, á pesar de que escribe regularmente. Cuando fui á vivir en la calle Neuve-des-Petits-Champs en la fonda de Pontchartrain, frente á mis ventanas había un cuadrante en el cual me esforcé durante más de un mes en hacerle conocer las horas; hoy día apenas las conoce. Jamás ha podido seguir el orden de los meses del año, y no conoce una sola cifra, no obstante todo el cuidado que he puesto para enseñárselas. No sabe contar el dinero ni el precio de nada. La palabra que se le ocurría hablando, era á menudo la opuesta á lo que quería expresar. Tiempo atrás hice un diccionario de sus frases para divertir á la señora de Luxemburgo, y sus quid-pro-quos han sido célebres en las reuniones que he frecuentado. Sin embargo, esta persona tan limitada, y si se quiere tan estúpida, raciocina de un modo excelente en las ocasiones difíciles. A menudo, en Suiza, en Inglaterra, en Francia, en las catástrofes que he sufrido, ella ha visto lo que yo mismo no veía; me ha dado los mejores consejos, me ha sacado de peligros en que yo ciegameamente me precipitaba, y ante las damas del más elevado rango, ante los grandes y los príncipes, sus sentimientos, su buen sentido, sus

respuestas y su conducta, le han granjeado la estimación universal; y á mi parabienes, de cuya sinceridad no podía dudar, sobre su mérito

Junto á las personas amadas, el sentimiento nutre la inteligencia lo mismo que el corazón y se tiene poca necesidad de buscar otros órdenes de ideas. Vivía con mi Teresa casi tan agradablemente como si fuese el más bello ingenio de la naturaleza. Su madre, orgullosa por haberse criado al lado de la marquesa de Monpipeau, se preciaba de ilustrada, quería dirigirla, y con su astucia echaba á perder la sencillez de nuestras relaciones. El fastidio de esta importunidad me hizo vencer algún tanto la necia vergüenza de no presentarme en público con Teresa; juntos dábamos pequeños paseos campestres y hacíamos meriendas deliciosas. Veía que me amaba sinceramente y esto redoblaba mi ternura. Esta dulce intimidad me bastaba y el porvenir ya no me importaba nada, ó por lo menos no lo consideraba más que como una prolongación del presente, y sólo deseaba asegurar su duración.

Por causa de este sentimiento hallé superfluas é inspidas todas las demás disipaciones. No salía más que para ir á casa de Teresa, que vino á ser casi la mía, y esta vida retirada fué tan ventajosa para mi trabajo, que en menos de tres meses concluí mi ópera, letra y música. Sólo faltaban algunos acompañamientos y partes accesorias, trabajo material que me aburría. Propuse á Philidor si quería hacerlo dándole una parte en los beneficios. Vino dos veces é hizo algunos accesorios en el acto de Ovidio; más no pudo halagarle un trabajo tan asiduo con la perspectiva de una ganancia lejana y aun incierta. No vino más, y yo mismo terminé mi tarea.

Terminada la obra, era preciso sacar de ella algún provecho: otro trabajo mucho más difícil todavía. En París nada consigues el que se halla aislado. Pensé abrirme camino por medio del señor de la Poplinière, á quien me había presentado Gauffecourt.

á su regreso de Ginebra. Era aquél el Meccenas de Rameau, y su mujer su más humilde alumno. Rameau era, como vulgarmente se dice, el todo en aquella casa. Creyendo que tendría gusto en proteger una obra de un discípulo suyo, quise mostrársela, mas él no quiso mirarla, diciendo que no podía leer partituras porque se fatigaba demasiado. Á esto La Poplinière dijo que podía hacérsela oír y me ofreció reunir los músicos necesarios para ejecutar algunos trozos. No deseaba yo otra cosa. Rameau consintió en ello gruñendo y repitiendo sin cesar que debía ser cosa muy linda una composición de un hombre que no pertenecía al gremio teatral y que se había aprendido la música él solo.

Yo me apresuré á disponer cinco ó seis trozos escogidos. Diéronme una docena de músicos, y Albert, Berard y la señorita Bourbonnais fueron los cantores. Desde la introducción comenzó á dar á entender con sus exagerados elogios que no podía ser mía. No dejó pasar un solo trozo sin dar muestras de impaciencia; mas en un aria de contralto, cuyo canto era vigoroso y sonoro, y muy brillante el acompañamiento, no pudo contenerse y me apostrofó con una brutalidad que asustó á todo el mundo, sosteniendo que una parte de lo que acababa de oír debía ser obra de un maestro consumado y lo demás de un ignorante que apenas sabía de música. Y es la verdad que mi trabajo desigual y sin arte tan pronto era sublime como trivial, como debe serlo el de cualquiera que sólo posea arranques de genio y no se halle sostenido por la ciencia. Rameau pretendió no ver en mi más que un plagiario falto de gusto y de talento, pero los demás presentes y sobre todo el dueño de la casa no fueron del mismo parecer. El señor de Richelieu, que por aquel entonces visitaba mucho al señor y, como es sabido, á la señora de Poplinière, oyó hablar de mi trabajo y quiso oírlo completo, teniendo el propósito de presentarlo á la corte si le gustaba. Se ejecutó á grandes coros y á toda

orquesta, á expensas del rey en casa de Bonneval, intendente de los gastos menores. Francœur dirigia la orquesta. Produjo un efecto sorprendente; el señor duque no cesaba de lanzar exclamaciones y aplaudir; y al concluirse un coro en el acto del Tasso se levantó y, viniendo hacia mí, me apretó la mano diciendo: «Caballero Rousseau, esa es una armonía que entusiasma, jamás he oído nada más bello, y quiero que esta obra se represente en Versailles. La señora de la Poplinière, que estaba presente, no dijo palabra. Rameau no quiso venir, aunque fué invitado.

Al siguiente día la señora de la Poplinière me recibió en su cuarto con marcada dureza, afectó rebajar mi obra y me dijo que si bien había alucinado al señor de Richelieu un poco de oropel ya se había desengañado, y ella me aconsejaba que no fundase esperanzas en mi obra; mas habiendo llegado poco después el duque, me habló en términos muy distintos y me pareció siempre dispuesto á hacer ejecutar mi obra delante del rey. «Lo único que no puede pasar en la corte, me dijo, es el acto del Tasso, que se habrá de cambiar.» Por sólo estas palabras fui á encerrarme en mi casa, y en tres semanas compuse en lugar del Tasso otro acto, cuyo asunto era Hesíodo inspirado por una musa, donde hallé medio de introducir una parte de la historia de mis conocimientos y de la emulación con que Rameau quería tener la bondad de honrarlos. Había en este acto una elevación gigantesca y mejor sostenida que en el del Tasso; y si los otros dos actos hubiesen estado á la altura de éste, toda la obra habría sostenido ventajosamente la representación; mas cuando lo estaba acabando, suspendió otra empresa la realización de ésta.

(1745. á 1747.)

Durante el invierno siguiente á la batalla de Fontenoy hubo en Versailles muchas fiestas y entre ellas se dieron varias óperas

en el teatro des Petites-Ecuries. Una de éstas fué el drama de Voltaire titulado la *Princesa de Navarra*, cuya música había compuesto Rameau y que acababa de ser cambiado y reformado bajo el nombre de *las Fiestas de Ramiro*. Este nuevo asunto exigía varios cambios en el antiguo, así en el verso como en la música. Tratábase de hallar alguien que llenase este doble objeto. Voltaire, que se encontraba entonces en Lorena, y Rameau estaban por entonces ocupado ambos en la ópera *el Templo de la Gloria* y no podían distraerse en esto. El señor de Richelieu pensó en mí y me hizo proponer tomarlo á mi cargo; á fin de que pudiese examinar mejor lo que había que hacer, me envió por separado el poema y la música. Ante todo no quise tocar nada en el verso sin la aquiescencia de su autor, y á este fin le dirigí una carta muy atenta y hasta respetuosa, como correspondía. He aquí su respuesta, cuyo original consta en el legajo A. núm. 1.

« 13 de diciembre de 1743.

» Vos reunís dos talentos que hasta ahora siempre han existido separados. He aquí ya dos poderosos motivos para que os aprecie y procure quereros. Siento por vos que los empleéis en una obra que vale poco. Hace algunos meses, el señor duque de Richelieu me dió orden de que le hiciese imprescindiblemente en un abrir y cerrar de ojos un mal bosquejo de algunas escenas inspidas y truncadas que debían ajustarse á trozos musicales que no les correspondían. Obedecí con la mayor exactitud; lo hice muy aprisa y muy mal. Remití este miserable croquis al duque contando con que no serviría ó con que á lo menos podría corregirlo antes. Afortunadamente se halla en vuestras manos y os dejó dueño absoluto; yo no me acuerdo más de ello. No me cabe duda

» de que habréis rectificado todas las faltas escapadas necesariamente en la composición tan rápida de un simple bosquejo, y que habréis suplido á todo.

» Me acuerdo de que, entre otros descuidos, no indiqué en estas escenas, que enlazan los intermedios de música, cómo pasa la princesa granadina de una prisión á un jardín ó palacio. Como no es un mágico el que la festeja, sino un magnate español, me parece que nada debe hacerse por arte de encantamiento; así pues, os ruego que tengáis la bondad de revisar este pasaje de que sólo conservo un confuso recuerdo. Ved si es necesario que se abra la prisión y que desde ella se haga pasar á nuestra princesa á un magnífico palacio dorado y brillante preparado para ella. Ya sé muy bien que todo esto es muy mezquino y que está muy por debajo de un ser racional la idea de tomar esas bagatelas como cosas de importancia; pero en fin, ya que se trata de desagradar lo menos posible, preciso es hacerlo del modo más razonable que se pueda, aun cuando se trate de un mal intermedio de ópera.

» Me entregó completamente á vos y al señor Ballot, en la seguridad de tener que daros en breve las gracias y reiteraros hasta qué punto tengo el honor de ser, etc. »

Nadie se sorprenda al ver la gran cortesía de esta carta, comparada con las otras semidescomedidas que posteriormente me escribió. Había creído que yo privaba mucho con el señor de Richelieu, y la elasticidad cortesana que todo el mundo le reconoce le obligaba á tener muchos miramientos con un neófito, hasta que conoció mejor la extensión de su crédito.

Autorizado por el señor de Voltaire y dispensado de todo miramiento con respecto á Rameau, que no procuraba más que fastidiarme, me puse á trabajar, y en dos meses estuvo concluida la tarea. En cuanto á los versos, modifiqué poca cosa.

Sólo procuré que no se notara la diferencia de los estilos, y tuve la presunción de creer haberlo logrado. Pero en cuanto á la música, mi trabajo fué más largo y más penoso. Además de que tuve que hacer varios trozos preparatorios, entre ellos la introducción, todo el recitado que tuve encargo de componer resultó de una dificultad extrema, por cuanto era preciso enlazar á menudo con pocos versos y modulaciones muy rápidas, sinfonías y coros escritos en tonos muy distantes; pues á fin de que Rameau no me acusase de haber desfigurado sus cantos, no quise cambiar ni transportar ninguno. Sali airoso de este recitado; estaba bien acentuado, lleno de energía, y sobre todo excelentemente modulado. La idea de los dos hombres superiores á quienes se habían dignado asociarme, levantó mi inspiración; y puedo envanecerme de que en ese trabajo ingrato y sin gloria, que el público debía hasta ignorar, me sostuve casi siempre á la altura de mis modelos.

La obra, tal cual yo la había dejado, fué representada en el teatro de la Ópera. De los tres autores sólo yo me hallé presente: Voltaire estaba ausente y Rameau no vino ó se ocultó. El primer monólogo era muy lúgubre; he aquí el primer verso: «Oh muerte, ven á cortar de mis desdichas el hilo...» Fué preciso ponerle una música adecuada. Sin embargo, en esto fundó su censura la señora de la Poplinière, acusándome agriamente de haber hecho música de entierro. El señor de Richelieu empezó juiciosamente por enterarse de quién era el autor de este monólogo. Yo le presenté el manuscrito que él mismo me había enviado y probaba que era de Voltaire. «En este caso, dijo, sólo él tiene la culpa.» Durante la ejecución todo lo que era mío fué sucesivamente condenado por la señora de la Poplinière y aprobado por de Richelieu; mas como al fin tenía que habérmelas con enemigo fuerte por demás, se me indicó que debía modificar muchas cosas en mi trabajo sobre las cuales preciso era consultar á Rameau. Lacerado por seme-

jante conclusión en vez de los elogios que esperaba y ciertamente me eran debidos, me retiré con el corazón angustiado. Cai enfermo, extenuado de fatiga, devorado por el despecho; y en seis semanas no me hallé en estado de salir de casa.

Rameau, que estuvo encargado de las modificaciones indicadas por la señora de Poplinière, me mandó pedir la introducción de mi grande ópera, para sustituirla á la que yo acababa de componer. Afortunadamente presumi la zancadilla y la rehusé. Como no faltaban más que cinco ó seis días para la representación, no hubo tiempo para componer otra, y tuvieron que dejar la mía. Estaba compuesta al gusto italiano muy nuevo por entonces en Francia; sin embargo agradó, y supe por medio del señor de Valmalette, maestresala del rey, y yerno del señor Mussard, pariente y amigo mio, que los inteligentes estaban muy satisfechos de mi trabajo y que el público no lo había distinguido del de Rameau. Pero éste, de acuerdo con la señora de la Poplinière, tomó sus medidas para evitar que se supiese que yo había trabajado en aquella obra. En los cuadernos que se distribuyen á los espectadores y en que siempre constan los autores, no se nombraba más que á Voltaire; y Rameau prefirió que se suprimiese su nombre á verle asociado con el mio.

Así que pude salir de casa, fui á visitar al señor de Richelieu; más llegué tarde, pues acababa de partir para Dunquerque, donde debía mandar el embarque destinado para Escocia. Á su vuelta, dije para mis adentros y para disculpar mi pereza, será demasiado tarde. No habiéndole visto más desde entonces, he perdido el honor de mi trabajo y los honorarios que debía producirme; y el tiempo, el trabajo mi melancolía, mi enfermedad y el dinero que me costó, todo cargó sobre mí sin proporcionarme un sueldo de beneficio, ó mejor de resarcimiento. No obstante, siempre he creído que Richelieu me tenía afecto y que había formado un concepto ventajoso de mis méritos; pero

mi infortunio y la señora de la Poplinière impidieron los efectos de su buena voluntad.

Yo no podia comprender la aversión de esta mujer, á quien me había esforzado en agradar y á quien hacia con regularidad la corte. Gauffecourt me explicó las causas. «Primera-mente, me dijo, su amistad con Rameau, de quien es la primera encomiadora, y que no quiere aguantar ningún competidor; y además, añadió, tenéis un pecado original que á sus ojos os condena y no os perdonará jamás, y es el ser ginebrino.» En seguida me explicó que el abate Hubert, que lo era, y amigo verdadero del señor de la Poplinière, se había esforzado para evitar que se casara con esta mujer, á quien conocia muy bien; y que después del casamiento le había jurado un odio implacable, así como á todos los ginebrinos. «Aunque la Poplinière, añadió, os aprecie, como me consta, no contéis con él, porque está enamorado de su mujer; ella os odia, es ruin y hábil; no adelantaréis nunca nada en esa casa.» Yo no eché el consejo en saco roto.

El mismo Gauffecourt me prestó luego un gran servicio. Acababa de perder á mi virtuoso padre, á los sesenta años de edad, pérdida que sentí entonces menos que en otro tiempo cualquiera en que la estrechez de mi situación no me hubiese preocupado tanto. Mientras vivió, no quise reclamar lo que restaba de los bienes de mi madre y de los cuales percibía él una pequeña renta. Ya no tuve escrúpulo ninguno después de su muerte, mas la falta de prueba jurídica de la muerte de mi hermano ofrecía una dificultad que Gauffecourt se encargó de remover y que obvió en efecto, valiéndose de los buenos servicios del abogado de Lolme. Como yo necesitaba en gran manera estos recursos, y como el resultado de mis gestiones era dudoso, esperaba la nueva definitiva con viva ansiedad. Una noche al entrar en mi casa hallé la carta que debía contener esta noticia y la cogí para abrirla con un temblor de im-

paciencia, de que me avergonzaba yo mismo. ¿Y qué, me dije con desdén; Juan Jacobo debe dejarse subyugar á tal extremo por el interés y la curiosidad? y en seguida dejé la carta sobre la chimenea, me desnudé, me acosté tranquilamente; dormí mejor que de ordinario, y al día siguiente me levanté bastante tarde, sin pensar ya en mi carta. Mientras me estaba vistiendo, la eché de ver, abrila sin apresurarme y hallé una letra de cambio. Tuve á la vez varias satisfacciones, pero la más viva fue la de haber sabido vencerme á mi mismo. Podría citar muchos otros rasgos semejantes en mi vida, pero tengo que apresurarme demasiado para poderlo decir todo. Envié una pequeña parte de este dinero á mi pobre mamá, recordando con las lágrimas en los ojos aquellos felices tiempos en que lo hubiera puesto todo á sus pies. En todas sus cartas se traslucía la estrechez en que se hallaba; me enviaba montones de recetas y secretos con que pretendía que yo hiciese mi fortuna y la suya. El sentimiento de su miseria le oprimía ya el corazón y apocaba su ánimo. Lo poco que yo le envié fué presa de los bribones que la asediaban. No sirvió de nada: esto hizo que me aburriese de partir con aquellos miserables lo que necesitaba bastante para mí, sobre todo después de la última tentativa que hice para arrancarla de sus manos, como veremos más adelante.

Se deslizaba el tiempo y con él el dinero. Eramos dos y aun cuatro, ó por mejor decir, éramos siete ú ocho, pues aunque Teresa era desinteresada como pocas, no sucedía lo mismo con su madre. Así que se vió algo repuesta por mi buen cuidado, llamó á toda su familia para gozar del fruto. Hermanas, hijos, hijas, nietas, todos vinieron, excepto su hija mayor casada con el director de las carrozas de Angers. Cuanto le era por Teresa quedaba destruido por su madre, que lo aplicaba al servicio de aquellos hambrientos. Como no tenía que habér-

melas con una insaciable, y como no me hallaba subyugado por una pasión loca, no cometía locuras. Contento con tener modestamente á Teresa, sin lujo y al abrigo de las necesidades más apremiantes, consentía en que su madre se aprovechase de todo lo que ella ganase con su trabajo, y aun no me limitaba á esto; mas por una fatalidad que me perseguía, mientras mamá era presa de unos bribones, Teresa lo era de su familia, y yo me veía privado de hacer nada por ninguna de aquellas á quienes quería.

Era bien singular que la menor de las hijas de la señora Le Vasseur, única que no había tenido dote, fuese la única también que mantuviese á sus padres, y después de haber sufrido largo tiempo que le pegasen sus hermanos, hermanas y hasta sus sobrinas; esa pobre muchacha se veía ahora despojada por ellos, sin que pudiese escapar del saqueo más fácilmente que había escapado de los golpes. Sólo una de sus sobrinas, llamada Gotón le Duc, era bastante amable y de un carácter bastante dulce, aunque maleado por el ejemplo y por las lecciones de los otros. Como las veía juntas muy á menudo, les daba los nombres con que se llamaban entre sí; llamaba *sobrino* á la sobrina, y *tía* á la tía. Ambas me llamaban tío. De aquí el nombre de tía con el cual he continuado nombrado á Teresal y que á veces mis amigos repetían en tono de broma.

Como se comprende, en semejante situación, no tenía que perder momento para salirme de ella. Persuadido de que el señor de Richelieu me había olvidado, y no esperando ya nada de la corte, hice algunas tentativas para que se representase mi ópera en París: mas hallé dificultades que exigían mucho tiempo para vencerlas, y yo me hallaba cada día más apurado. Entonces se me ocurrió presentar á los Italianos mi pieza *Narciso*, la admitieron y tuve entrada libre, lo que me fué muy agradable; mas aquí paró todo. Jamás pude conseguir que se representara, y fastidiado de hacer la corte á los comediantes,

lo dejé así. En fin, eché mano del único recurso que me quedaba y único en que hubiera debido pensar. Frecuentando la casa del señor de la Poplinière, me había olvidado de la de Dupin. Aunque parientes, las dos señoras estaban disgustadas y no se trataban; no había relación ninguna entre las dos casas, y sólo Thieriot seguía asistiendo á ambas. Éste se encargó de procurar llevarme de nuevo á casa del señor Dupin. El de Francueil se dedicaba entonces á la historia natural y la química, y organizaba un gabinete. Creo que aspiraba á la Academia de ciencias, á cuyo fin quería componer un libro, y creyó que yo podría servirle para este trabajo. Por su parte la señora Dupin, que también tenía intento de componer un libro, tenía respecto á mí poco más ó menos el mismo designio. Hubieran querido tenerme en común como una especie de secretario, y éste era el objeto de los convites de Thieriot. Yo exigía de antemano que el señor de Francueil emplease su influencia con Yelyote para hacer ensayar mi trabajo en la ópera. Habiendo consentido en ello, *las Musas galantes*, se ensayaron primero varias veces en el almacén y después en el gran teatro. En el ensayo general había mucha gente, y varios trozos fueron muy aplaudidos. Sin embargo, durante la ejecución, muy mal dirigida por Rebel mismo, conocí que no pasaría, y hasta que no se hallaba en estado de ser representada sin grandes correcciones. Así es que la retiré sin decir una palabra por no exponerme á una negativa; pero claramente vi por varios indicios que no hubiera pasado aunque hubiese sido perfecta. El señor de Francueil me había prometido hacerla ensayar, mas no hacerla recibir, y me cumplió lo prometido. Así en esta ocasión como en otras muchas, siempre he creído ver que ni él ni la señora Dupin hacían nada que pudiese favorecernie para la adquisición de alguna reputación en el mundo, quizás por miedo de que al ver sus libros se supusiese que se habían valido de mis conocimientos. Sin embargo, como la señora Dupin ha creído siempre

que los míos eran muy limitados, y como nunca me ha empleado en escribir sino bajo su dictado, ó en investigaciones de pura erudición, este reproche, sobre todo en cuanto á ella, hubiera sido injusto.

(1747 á 1749.)

Este último desengaño acabó de anonadarme. Abandoné todo proyecto de ambición y de gloria; y sin pensar más en los talentos verdaderos ó vanos con que tan poco prosperaba, dediqué el tiempo y consagré mis cuidados á procurar la subsistencia para mí y para Teresa por los medios que quisieran los que se encargaran de ampararme. Por consiguiente, me consagré completamente á la señora Dupin y al señor de Francueil. Esto no me proporcionó vivir con opulencia; pues con ocho ó novecientos francos anuales que tuve los dos primeros años, apenas me bastaba para cubrir las primeras necesidades, obligado como estaba á vivir en un cuarto amueblado y vecino á su casa, en un barrio bastante caro, pagando otro alquiler en la extremidad de París á lo último de la calle de Santiago, donde iba á cenar casi todas las noches aunque hiciese mal tiempo.

Pronto me acostumbé y hasta me aficioné á mis nuevas ocupaciones, sobre todo, á la química; seguí varios cursos con Francueil en casa del señor Rouelle, y nos pusimos á emborronar escribiendo sobre esta ciencia, cuando apenas conocíamos sus elementos.

En 1747 fuimos á pasar el otoño en Touraine, en el castillo de Chenonceaux, casa real sobre el Cher, levantada por Enrique II para Diana de Poitiers, donde todavía se veían sus cifras, y actualmente posesión del señor Dupin, asentista general. En este sitio estuvimos muy divertidos, se comía muy bien y yo engordé como un fraile. La música estaba á la orden

del día y compuse varios tríos de canto, llenos de una armonía bastante vigorosa y de que tal vez hablaré de nuevo en el suplemento, si lo hago algún día. También se hicieron comedias, y en quince días compuse una en tres actos titulada *l'Engagement téméraire*, que se hallará entre mis papeles y no tiene otro mérito que el de ser muy jocosa. También hice otras pequeñas composiciones, entre ellas una pieza en verso titulada *l'Allée de Sylvie*, nombre de una alameda del parque que corría á lo largo del Cher; y todo esto sin dejar mi trabajo sobre la química y el que hacía con la señora Dupin.

Mientras yo engordaba en Chenonceaux, mi pobre Teresa engrosaba en París por otro estilo; y cuando volví hallé la obra que yo había dejado en el telar más adelantada de lo que había creído. Atendida mi situación, esto me hubiera puesto en grandes apuros si mis comensales no me hubiesen facilitado el único recurso que podía sacarme de ellos. Es uno de esos relatos esenciales que no puedo hacer con toda llaneza, porque sería preciso excusarme ó acusarme yo mismo comentándolos, y aquí no debo hacer una cosa ni otra.

Durante la permanencia de Altuna en París, en vez de comer en una fonda lo hacíamos ordinariamente juntos en nuestra vecindad, casi frente á frente al callejón de la Ópera, en casa de cierta señora la Selle, mujer de un sastre que servía bastante mal de comer, mas cuya mesa no dejaba de ser solicitada á causa de la buena y decente compañía que en ella se encontraba, pues no se admitía en ella á ningún desconocido, y era preciso ser presentado por alguno de los concurrentes. El comendador de Graville, viejo crapuloso, hombre de buenas maneras y de chispa, pero libertino, paraba allí y atráta una multitud brillante de jóvenes oficiales de la guardia y de mosqueteros. El comendador de Nonant, galán de todas las muchachas de la Ópera, traía todos los días las últimas noticias de la misma. Los señores Duplessis, teniente coronel retira-

do, anciano bondadoso y prudente y Ancelet⁴, oficial de mosqueteros, mantenían un poco de orden en medio de estas gentes. También iban allí comerciantes, arrendadores y proveedores; pero corteses, probos, y de esos que se distinguen en su clase; el señor de Besse, el de Forcade, y otros cuyos nombres he olvidado. En fin, allí se veían personas de buen porte pertenecientes á todos los estados, excepto abates y golillas, gentes que jamás vi en aquella casa, pues estaba convenido no introducir ninguno.

Esta mesa, bastante numerosa, era muy divertida sin ser ruidosa; se bromeaba mucho en ella sin grosería. El anciano comendador, en todos sus cuentos de un color algo subido en el fondo, jamás perdía sus formas, de antiguo cortesano, y nunca pronunciaba una palabra obscena que no fuese con tanta gracia que hasta las mujeres lo hubieran perdonado. Él daba el tono en la mesa; todos los jóvenes referían sus aventuras galantes con tanta licencia como donaire, y los cuentos de muchachas estaban tanto más en boga, cuanto que teníamos el manantial á la puerta; pues la calle que conducía á casa de la señora la Selle era la misma donde estaba la tienda Duchapt, célebre modista, que tenía á la sazón muy lindas muchachas, y nuestros comensales iban á requerebrarlas antes ó después de comer. Yo me habría divertido como los demás á ser más

⁴ A este Ancelet fué á quien di una comedia mía, titulada *los Prisioneros de guerra*, que había escrito después de los desastres de los franceses en Baviera y Bohemia y que jamás osé confesar haber escrito ni mostrar; y esto por la singular razón de que el rey, la Francia y los franceses jamás fueron tan enaltecidos ni más sinceramente que en esta pieza; y porque llamándome republicano y revolucionario, no osé declararme panegirista de una nación cuyas máximas eran todas contrarias á las mías. Más condolido de las desdichas de Francia que los franceses mismos, temía que se tachase de lisonja y baja la expresión de un afecto sincero, cuya época y causa he manifestado en la primera parte y me he avergonzado de confesar. (Nota de Rousseau.)

atrevido, pues no había que hacer sino entrar como ellos, pero jamás supe atreverme.

En cuanto á la señora de la Selle, continué yendo á comer con frecuencia á su casa después de la salida de Altuna. Allí aprendí multitud de anécdotas muy divertidas, y poco á poco también adquirí, á Dios gracias, no las costumbres, pero sí las máximas que estaban en boga. Personas de reconocida integridad colocadas en situaciones difíciles, maridos engañados, mujeres seducidas, partos clandestinos, he aquí los asuntos más comunes; y el que más enriquecía la Inclusa, era siempre el más aplaudido. Esto me sedujo; formé mi modo de pensar conforme á lo que veía ser corriente entre personas tan amables, y muy buenos sujetos en el fondo, diciéndome: ya que son éstas las costumbres del país, cuando se vive en él bien pueden seguirse. He aquí la salida que yo necesitaba, y me resolví á seguirla gallardamente sin el menor escrúpulo; y el único que tuve de vencer fué el de Teresa, á quien me vi en los mayores apuros para hacerle adoptar este medio, único de salvar su honor. Su madre, que temía además una nueva invasión de chiquillos, vino á apoyarme, y entonces se dejó vencer. Buscóse una comadrona prudente y segura, llamada señorita Gouin, que vivía en la esquina de San Eustaquio, para confiarle este secreto, y, llegada la ocasión, Teresa fué acompañada por su madre á casa de la Gouin para dar á luz. Yo fui á verla varias veces, le llevé una cifra que hice por duplicado en dos tarjetas, y se puso una en las mantillas del niño que fué depositado por la comadrona en la Inclusa, del modo acostumbrado. Al año siguiente, vuelta á lo mismo, excepto la señal, que fué olvidada. Ya no fué preciso ninguna reflexión de mi parte ni el asentimiento de su madre: Teresa obedecía, si bien con dolor. Sucesivamente se verán todas las vicisitudes que esta fatal conducta ha producido en mi modo de pensar, así como en mi destino. Entre tanto atengámonos á esta primera época,

pues sus consecuencias, tan crueles como imprevistas, me obligarán demasiado á recordarlos nuevamente.

De esta época data mi conocimiento con la señora de Epinay, cuyo nombre aparecerá con frecuencia en estas memorias; se llamaba señorita de Esclavelles, y acababa de casarse con el señor de Epinay, hijo del señor de Lalive de Bellegarde, asentista general. Su marido era músico, así como Francueil. Ella lo era también, y la pasión por este arte estableció una grande intimidad entre estas tres personas. De Francueil me introdujo en casa de la señora de Epinay, donde ambos cenábamos á veces. Era una mujer amable, de talento, é instruida, y por consiguiente una buena relación. Pero tenía una amiga, llamada señorita de Ette, que tenía fama de mujer malévola y que vivía con el caballero de Valory, quien tampoco gozaba de una reputación envidiable. Estoy persuadido de que el trato de estas dos personas hizo daño á la señora de Epinay, á quien la naturaleza, al darle un temperamento muy exigente, había dotado de cualidades excelentes para moderar sus extravíos ó á lo menos hacerlos disimulables. El señor de Francueil le comunicó una parte de la amistad que á mi me tenía, y me confesó las relaciones que le unían con ella, por cuya razón yo no lo diría aquí si no se hubiesen hecho públicas hasta el punto de no ignorarlas el mismo señor de Epinay. De Francueil me confió bien singulares cosas sobre esta señora, de las cuales jamás me habló ella ni sospechó que las supiese, pues nunca dije una palabra ni la diré jamás en este punto á nadie¹.

Estas mutuas confianzas me colocaban en una situación por demás embarazosa, sobre todo con respecto á la señora de

¹ (Las *confidencias* hechas á Rousseau por el señor Francueil sobre la señora de Epinay no son ya un secreto para nadie. Las memorias publicadas á nombre de esta dama, nos han revelado que el señor de Epinay había comunicado á su mujer una enfermedad vergonzosa, y que de ésta la había adquirido su amante, á quien por poco le cuesta la vida.)

Francueil, que me conocía lo bastante para no desconfiar de mí, aunque sabía que estaba relacionado con su rival. Yo hacía cuanto me era dable para consolar á esta pobre mujer, á quien su marido no pagaba seguramente todo el amor que ella le profesaba. Tenía que escuchar por separado á estas tres personas; guardaba sus secretos con la mayor fidelidad, sin que ninguna de las tres me arrancase jamás ninguno perteneciente á los otros dos, y sin disimular á ninguna de las dos el afecto que me unía á su rival. La señora de Francueil, que quería valerse de mí para muchas cosas, tuvo negativas formales, y la señora de Epinay, que había querido encargarme un día una carta para Francueil, no solamente recibió una repuesta, sino también una explícita declaración de que si quería que no volviese á su casa, no tenía más que proponerme otra vez una cosa semejante. Debo hacer justicia á la señora de Epinay: lejos de desagradarle este proceder, habló de él á Francueil con elogio, y siguió recibíendome con el mismo agrado. Así es como en medio de relaciones tempestuosas entre tres personas á quienes apreciaba, conservé hasta el fin su amistad, su estimación y su confianza, conduciéndome con dulzura y complacencia, pero siempre con rectitud y firmeza.

Á pesar de mi estupidez y mi nulidad, la de Epinay quiso hacerme tomar parte en las diversiones de la Chevette, castillo inmediato á San Denis, propiedad del señor de Bellegarde. Había allí un teatro donde á menudo se daban algunas representaciones. Diéronme un papel que me estuve estudiando durante seis meses sin descanso, y al fin hubieron de apuntármelo de cabo á rabo. Después de esta prueba no me propusieron más papeles.

Al trazar relaciones con la señora de Epinay conocí también á su cuñada la señorita de Bellegarde, que fué á poco condesa de Houdetot. La primera vez que la vi era la vispera de su casamiento; estuvo hablándome largo rato con esa encantadora

familiaridad que le es natural. Yo la encontré muy amable; pero estaba bien lejos de prever que esta joven sería algún día el árbitro de mi destino, y me arrastraría aunque muy inocentemente al abismo donde yazgo ahora.

Aunque no haya hablado de Diderot desde mi regreso de Venecia, así como de mi amigo Roguin, no obstante no había descuidado á uno ni otro, y cada día me había ido ligando con ellos más intimamente, sobre todo con el primero. Él tenía una Naneta, así como yo una Teresa: era un punto más de contacto entre los dos. Mas la diferencia estaba en que mi Teresa, tan bonita como su Naneta, tenía un carácter dulce y amable, á propósito para enamorar á un hombre de bien; mientras que la suya, de genio áspero y de condición, nada revelaba que disimulase su mala educación. Sin embargo, él se casó con ella, en lo que hizo muy bien si lo había prometido. Pero yo que no había prometido nada, no me apresuré á imitarle.

También me había ligado con el abate de Condillac, que no era nada, como yo mismo, en literatura, pero que debía ser en el porvenir lo que es hoy día. Yo soy quizás el primero que ha conocido su capacidad y la ha apreciado en lo que valía. Él parecía complacerse también en mi compañía; y mientras que encerrado en mi cuarto de la calle Jean-Saint-Denis, cerca de la Ópera, componía mi acto de *Hesiodo*, venía algunas veces á comer á escote conmigo. Entonces se ocupaba en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, que es su primera obra. Cuando la tuvo concluida, la dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomarla. Los de París son arrogantes y duros para todos los principiantes; y la metafísica, entonces muy poco de moda, ofrecía poco atractivo. Yo hablé á Diderot de Condillac y de su obra, y los puse en relaciones. Eran á propósito para simpatizar y simpatizaron. Diderot comprometió al librero Durant á tomar el manuscrito del

abate, y este gran metafísico cobró de su primer libro, y casi por favor, cien escudos, que quizás sin mí no habría encontrado. Como vivíamos en barrios muy separados, nos reuníamos los tres una vez en la semana en el Palais-Royal, é íbamos á comer juntos en la fonda de la Cesta Florida. Fuerza es que estas comidas semanales agradasen sobre manera á Diderot, porque él, que faltaba casi siempre á todas las citas, jamás faltó á ninguna de éstas. De aquí vino que yo concibiese el proyecto de escribir una hoja periódica titulada *le Persifleur*, que debíamos hacer alternativamente Diderot y yo. Borroneé la primera hoja, y esto me hizo conocer á d'Alembert, á quien Diderot había hablado de ello. Pero acontecimientos imprevistos nos atajaron y este proyecto quedó así.

Estos dos autores acababan de emprender el *Diccionario enciclopédico*, que al principio no debía ser más que una especie de traducción de Chambers, poco más ó menos como la del *Diccionario de medicina* de James, que Diderot había concluido por entonces. Este quiso que tomase parte en la nueva empresa, y me propuso la parte de música, que acepté y escribí aprisa y mal en tres meses, plazo que me había dado, como á todos los autores que debían cooperar en esta empresa.

Mas yo fui el único que estuve á punto el día fijado. Remítile mi manuscrito, que había hecho poner en limpio por un criado del señor de Francueil, llamado Dupont, que tenía muy buena letra, y á quien pagué su trabajo en diez escudos, sacados de mi bolsillo y que no me han reembolsado jamás. Diderot me había prometido por parte de los libreros una retribución de que nunca más hemos vuelto á hablar.

Esta empresa de la enciclopedia fué suspendida á causa de su prisión. Los *Pensamientos filosóficos* le causaron algunos disgustos sin ulteriores consecuencias. No sucedió así con la *Carta sobre los ciegos*, que no tenía de reprehensible sino algunas sátiras personales de que se ofendieron la señora Dupré

de Saint-Maur y el señor de Reaumur, y por las cuales fué detenido en la torre de Vincennes. Nada es capaz de describir la angustia que me causó la desdicha de mi amigo. Mi funesta imaginación, que siempre se pone en lo peor, se espantó; creí que quedaría allí el resto de su vida, y por poco me vuelvo loco. Escribí á la señora de Pompadour para rogarle encarecidamente que le hiciese poner en libertad, ó que se me permitiese encerrarme con él. Ninguna respuesta recibí á esta carta, que era poco razonable para ser eficaz; y no me lisonjeo de que haya contribuido á los paliativos que algún tiempo después suavizaron la cautividad del pobre Diderot. Pero si hubiese durado con el mismo rigor, creo que habría muerto de desesperación al pie de aquel abominable castillo. Por lo demás, si mi carta produjo poco efecto, tampoco me he jactado de haberla escrito; pues he hablado de ella á muy pocas personas, y nunca al mismo Diderot.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



NUEV

IOTEC